



Atlas Libertas

Copia de un libro
para enfermos

Sara de Mingo Fernández

Copia de un libro
para enfermos



Unión Editorial

2018

© 2018 Sara de Mingo Fernández
© 2018 UNIÓN EDITORIAL, S.A.
c/ Martín Machío, 15 • 28002 Madrid
Tel.: 913 500 228
Correo: editorial@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

ISBN: 978-84-7209-728-5
Depósito legal: M. 4.582-2018
Imagen de la cubierta: «El Jardín»
© Constanza Huerta de Soto

Maquetado e impreso por JPM Graphic, S.L.

Impreso en España • *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de Unión Editorial, S.A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

No te rindas, por favor no cedas,
aunque el frío queme,
aunque el miedo muerda.
Aunque el sol se esconda y se calle el viento,
aún hay fuego en tu alma,
aún hay vida en tus sueños.

MARIO BENEDETTI

Sara de Mingo Fernández (Madrid, 1987) empezó a escribir con dieciséis años en el Instituto, durante las clases en las que se aburría. Tras aprobar selectividad, abandonó los estudios y tan solo ha ido a la Universidad para asistir como oyente a las clases de su interés.

Le encanta el teatro de improvisación y el deporte (sobre todo el de riesgo); viajar a la aventura para ver paisajes y monumentos insólitos, y explorar lugares abandonados a los que no siempre es sencillo acceder. Le gusta investigar y aprender continuamente, y en general le interesa cualquier actividad que le aporte nuevos conocimientos o diversión.

Ha escrito una decena de poesías, un ensayo, un relato, y esta es su tercera novela.

ÍNDICE

DE ÁNGEL A DEMONIO	11
Enero	15
Marzo	113
Abril	135
DE DEMONIO A DIOS	177
Junio	179
Julio	303
Enero	421
APÉNDICE	435

De Ángel
a Demonio

El muchacho rodó por un barranco de la Çosta dü Morte, y el corazón de la joven con él. Los dos hermanos se habían prometido que nada los separaría, que nunca dejarían de cuidar el uno del otro. Así lo aprendieron de sus padres, que siempre se cuidaron mutuamente quizá porque, al ser pobres, no tenían otra cosa que su amor. Pese a todo, hacía cuatro años y medio que no vivían con sus hijos en casa, sino que los observaban orgullosos desde el Infierno. Era allí donde enviaban a los ladrones al morir, por mucho que los muchachos quisieran convencerse de que sus padres estaban en el cielo, o por mucho que la Biblia intentase engañarlos llamando bienaventurados a los que roban para vivir. En el caso de Acracio y İhanet, robaban para que pudieran vivir otros, para dar a los demás la oportunidad que nadie les concedió a sus padres.

La tarde moría en Gálizhia y los hermanos con ella. Acracio caía por el despeñadero, junto a sus últimos rayos de sol y sus últimas monedas robadas. İhanet bajaba corriendo tras él, saltando de piedra en piedra y de miedo en miedo, sin saber si dejaría de girar antes el cuerpo de su compañero, o si lo haría el Mundo. Las lágrimas resbalaban por el rostro desolado de la joven, como dos ríos a punto de morir a orillas del océano hermano. Le llamaba a gritos aunque no pudiera responderla, y tal vez ni oírla, esperando que su voz pudiera mantenerle con vida. Cuando al fin Acracio se detuvo el tiempo también lo hizo, permitiendo que İhanet

se arrodillara junto al muchacho para acunarle contra su pecho. Sollozando, le dijo que sin él no podría seguir vi- viendo sobre un planeta que según la gente era plano, y en el que todos decían descubrir el vacío del fin del mundo cuando, a sus pies, la moneda se acababa.

—İhanet... seguirás sin mí... Prométemelo... —balbuceó Acracio al oírla.

—No... Vas a ponerte bien... —respondió İhanet, apre- tando esa mano que, pese a ser de un ladrón, tantas veces compartió el pan cuando no tenían.

—¿Te acuerdas de cuando papá nos decía que aunque el Mundo fuese un lugar muy grande, estaba habitado por seres con el corazón muy pequeño?

—Sí, por no compartir... —respondió İhanet entre lá- grimas.

—Nosotros hemos querido cambiarlo...

—Sí, y ahora tú estás herido...

—No importa, İhanet, seguro que ha merecido la pena intentarlo. Prométeme que si mue...

—No vas a morir... —sollozó.

—Prométeme que si muero seguirás por los dos. Sabes lo que hay que hacer.

—Acracio, yo no dejaré que...

—Shhhh... calla... —dijo, colocando el dedo sobre sus labios llenos de lágrimas—. Hazlo por nuestros padres.

—Yo sola no podré...

—¿Recuerdas que dijimos que enterraríamos a todos nuestros compañeros en la Quinta Post Mortem?

—Sí... porque siempre lo compartieron todo, y para que eso no cambie ahora...

—Pues también quiero que me entierres allí.

—No digas eso...

—Voy al encuentro de nuestros padres.

—No te vayas...

—Prométeme que nos enterrarás a todos en la Quinta Post Mortem. Prométeme que no te rendirás nunca.

—Te lo prometo...

Enero

Los primeros rayos del amanecer de un 23 de Enero, en los albores de una época lejana, se fundieron en la diabólica mente del único banquero de la ciudad con el corazón de moneda y la imaginación de un niño. Corrían tiempos difíciles en los que para sobrevivir a veces era necesario robar, en los que al caer la noche las estrellas se contaban por su peso en oro y los asesinos por el peso de sus víctimas. Los truhanes y bandidos habían hecho de la Tierra su Cielo, y eran las aceras las Iglesias de los pobres y las Iglesias el templo de los ricos.

Los bohemios callejones de la Poblá dü Mâdrid eran estrechos pasadizos de piedra llenos de historias y secretos, laberintos en los que entrabas persiguiendo aventuras que siempre terminaban persiguiéndote a ti y casi nunca vivías para contar. Las plazas eran los teatros donde quedaba escenificada la muerte de los bandoleros que perecían en la horca, los teatros eran el Gobierno en sí, y en cada rincón había vertederos de basura donde la ciudad enterraba a sus hijos. Eran tiempos en los que el hambre y la enfermedad formaban las dos caras de la misma moneda, en los que las niñas solo tenían valor como prostitutas, los niños con el yunque y el arado, las mujeres sin niños que alimentar, los ancianos cerca de la muerte, y los hombres cuando su fachada era de oro.

Porque esta, como todas, es una historia donde el dinero se alimenta del alma de los seres humanos, y en cambio los seres humanos no se alimentan del dinero.

Ni siquiera los banqueros.

Crucius da Morte cerró la puerta de la granja de sus padres, suspirando con desgana. Sabía que sin la *Reserva Fraccionaria* y las *estafas piramidales* (cuya ejecución aún no terminaba de encajar como un perfecto puzzle negro en su cuadrículada mente de matemático amargado) jamás podría salir de la pobreza en la que regurgitaba junto a sus vacas, cerdos, gallinas, y demás fauna ibérica a la que a menudo entendía y sometía mejor que a los propios seres humanos. Pero si bien tenía que convivir con esas malditas e insulsas —por no decir ya injustas— leyes que le impedían prestar los *depósitos a la vista* de sus clientes, y con las que los honrados banqueros como él no iban a forrarse a costa de los demás en la vida; al menos el negocio sí le daba para comer (o eso se empeñaba en creer él mientras compartía el pienso y el existo con el resto del ganado ya en vías de extinción).

Con una cojera completamente imperceptible a sus apenas treinta años, porque la única vaca con sobrepeso que su familia había poseído en las últimas generaciones se había desplomado —siguiendo el Vía Crucius— sobre la pierna de Crucius tras caerse de un andamio (hombre y vaca) y se la había aplastado haciéndole mucho daño; caminó el banquero hasta el antro infecto y perdido en mitad del monte que, tres años atrás, aún hacía las veces de banco y prostíbulo, asociación de términos que perduraría hasta nuestros días.

—Mírale... Anda que... menudo cabrón... No te imaginas lo que es —susurró alguien a espaldas de Crucius, señalándole descaradamente.

—Sí, «cabrón». Ya me lo estás diciendo tú —apuntó su interlocutor—. Se le ve un tipo atormentado.

—Me refiero a que no te imaginas a qué se dedica.

—Enterrador.

—No.

—¡Tanatopractor!

—Por Dios, no. Banquero.

—Ahora me explico esas pintas de cruzado medieval que se gasta el pobre. ¿Y qué pasa con él?

—Que no me da el préstamo, que dice que no tengo solvencia —respondió, mordisqueando un hueso de rata.

—¡Pffff! ¡¿Tú?! ¡¿Qué no tienes solvencia?! ¡¿Pero y quién se ha creído ese que es, el Rey de Escornia?!

—Pues ya ves que no tiene motivo, pero eso dice. Debe ser uno de los banqueros más tacaños de toda Escornia. Apenas presta dinero, lo único que hace es guardárselo a sus clientes para cobrarles una comisión enorme. Si te fijas verás que jamás entra nadie al banco, perdido como está en mitad del campo. Antes, cuando el prostíbulo del piso de arriba aún estaba abierto, sí había bastante gente. Pero desde que el dueño lo cerró y se fue ya no pasa por ahí ni Dios. Así está el banquero, blanco como un cadáver; porque como encima no se arriesga a prestar el dinero no ganará ni para comer.

—Bueno, pero igual si se arriesga lo pierde, ¿no?

—¡¿Pero qué estás diciendo?! ¡Espero que eso no lo digas por mí...!

—No, claro que no, pero...

Totalmente ajeno a la entrañable muestra de afecto que aquellos dos vagabundos profesaban hacia él, y a la presencia de un par de muchachos (uno de ellos vestido con capucha y el otro entablillado y apoyado en un bastón) que, a lo lejos, observaban la escena a la sombra de un árbol; entró Mr. da Morte en el local y se acomodó tras la mesa. Instantes después, como si en el cerebro de su primer cliente —y tal vez último del día— acabara de saltar el aviso de llegada, se abrió la puerta dejando paso a la única persona que al banquero le hacía sufrible el negocio e insufrible el resto de su vida.

Nephysto llevaba consigo esa genuina expresión de pandertería en la cara que siempre le acompañaba, y esta vez también un sencillo y ajado maletín negro —con una Cruz Roja grabada en la superficie— que, aunque a simple vista no pareciera contener las joyas de la corona, podía esconder una buena suma de dinero por el modo en que se aferraba a él. Estrangulaba la pobre maleta contra su poco pecho de

pelo y palo como si en cualquier momento el objeto pudiera escaparse de sus brazos, cosa que indudablemente haría si dispusiera de voluntad propia.

—Buenos días. ¿Cómo estamos? —preguntó el banquero cortésmente a modo de saludo, haciendo como que despedaba una mesa ya de por sí bastante limpia salvo por una hoja y una pluma.

Enseguida levantó la vista de nuevo, teniendo que disimular unos escalofríos al encontrarse con la cara picuda de su cliente a treinta centímetros de la suya, y con su pelo rubio y ligeramente encrespado —recogido en una coletita— prácticamente rozándole la piel.

—Yo bien —respondió Nephysto, Conde a sus treinta y tres años, cogiendo la pluma para mordisquearla y depositarla luego junto a las babas en la mano de Crucius—. En tu caso veo que sensiblemente peor; pero tranquilo, ya estoy yo aquí para rescatarte de la quiebra y convertir en cifras con ceros detrás esos negativos tan orondos que tienes escritos en el pergamino que ahora mismo intentas ocultar con la mano.

—No intento ocultar nada, simplemente estoy escribiendo —mintió—. Bueno, ¿qué quiere usted? Porque no creo que haya venido hasta aquí a perder el tiempo.

—Dejar mi pequeño cofre de caudales en tu custodia —respondió el Noble, refiriéndose alegremente a la maleta que sujetaba bajo el brazo—. Contiene 20000 espurias.

—Es una gran cantidad —señaló el humilde banquero con la expresión inalterable, a pesar de que tras escuchar la cifra se le salía el corazón del pecho.

—Lo es. Y obviamente te pagaré una buena comisión por la guarda y custodia de todo ese dinero. Te ofrezco 100 espurias al mes, ¿no te parece algo así como la mejor oferta que te han hecho en la vida?

«Lo que me parece es que me tomas por imbécil» —pensó Mr. da Morte.

—El doble o nada, no acepto comisiones de menos del 1% al mes por guardar dinero. Si voy a guardarle 20000 espurias me corresponde una comisión de 200.

—Venga, cedo yo...

«Venga, cerdo tú» —se hizo el banquero el juego de palabras para mantener su mente activa mientras Nephysto mantuviera la lengua, y así no tener que escuchar sus idioteces:

—¡Ay...! ¡Qué harías tú de no ser por mí...! El único cliente gracias al cual aún mantienes un ilusorio contacto con el mundo de las finanzas... Debo ser la única persona que se digna a visitar tu banco, casi para ti como un hijo.

«Sí, como un hijo de puta».

—Desde luego, estoy casi por adoptarle. Deme la maleta para que compruebe que efectivamente están las 20000 espurias y voy sellando el *certificado de depósito*.

—Tranquilo, que las 20000 espurias están ya bien contadas. Eso sí, ante todo espero que el hambre, las ratas, el frío, los agujeros del techo de paja en los días lluviosos y otra serie de pequeñas molestias de tu vida campesina diaria no constituyan un incentivo para gastar un dinero que no es tuyo —dijo Nephysto, acurrucándose con recochineo dentro de su capa dorada de terciopelo y permitiéndose dar unos saltitos de alegría, sujetando con la mano algo que debía llevar bajo la camisa (y que el Señor da Morte dedujo que sería un colgante, pues hasta el momento la carne siempre se había sujetado a los huesos por sí misma) para que no botase con él.

—Tranquilo, ya sé cuál es mi trabajo y cómo tengo que hacerlo —contestó Crucius secamente.

—O igual no lo sabes bien. Te recuerdo que un *depósito a la vista* debe permanecer siempre en el banco.

Crucius suspiró.

—Que yo sepa, el único «depósito a la vista» —dijo remarcando las comillas con los dedos— que hasta ahora no ha permanecido ha sido el cadáver que me pidió que guardara vaya usted a saber por qué —espetó el banquero aun sabiendo que, según el acuerdo dispuesto por ambos, su obligación era conservar el cuerpo del gitano a cambio de que Nephysto le pagase una comisión.

Aunque, lógicamente, en el *certificado de depósito* que le entregaba al Noble no figuraba que éste le hubiera dejado un cadáver; sino simplemente 2000 espurias. De este modo, ante la ley quedaba reflejado que lo que estaba guardando eran 2000 espurias, aunque no fuese cierto.

Hasta que Nephysto, furioso —y aún siendo consciente de que no podría recuperar el cuerpo porque en el *certificado de depósito* figuraba que el banquero le estaba guardando 2000 espurias—, decidió poner una denuncia y reclamarlo, confesándose él mismo como el asesino y acusando a Crucius de cómplice de asesinato, al haber escondido el cuerpo.

—Yo no tengo la culpa de que alguien se enterara de que usted había dejado un cadáver en mi banco y decidiera denunciarlo. Lógicamente, cuando la policía vino a por el cuerpo no tuve otro remedio que entregarlo.

—Porque no te imaginabas cómo acabarías, que si no te habías pegado un tiro y les habías entregado el tuyo... —se recochineó Nephysto.

Crucius cerró los puños, imaginando que lo hacía sobre el cuello de aquel maldito Noble que tanto daño le hizo al no conformarse con las 2000 espurias que figuraban en el contrato, y al denunciarlo como cómplice de asesinato.

—No se preocupe, que ya no tendremos que incurrir en ese riesgo, porque a partir de ahora me niego a guardarle otra cosa que no sea dinero. Con eso no tendremos ningún problema, puesto que jamás presto ni entrego a nadie los ahorros que mis clientes *depositan a la vista*, entre otras cosas porque la policía no suele venir a pedírmelos —respondió Mr. da Morte, irguiéndose para hacer notar su banquera presencia, y su altura no solo física sino también moral.

—Y haces bien en no prestar el dinero de los *depósitos a la vista*... Diez latigazos por cada 1000 espurias que no podáis devolver a vuestros depositantes, esa es la equivalencia para los banqueros en toda Escornia, ¿verdad?

«¿Por qué no te vas a dar por saco con esto y con tus putas aficiones necrófilas a quien pueda interesarle?».

—Normalmente pediríamos un préstamo antes de llegar a esos extremos —respondió Mr. da Morte secamente.

—Vaya, creía recordar que no está precisamente bien visto que los banqueros os arrastréis suplicando créditos y mendigándoos dinero los unos a los otros...

«No me toques más los huevos» —pensó Crucius.

—Ya —respondió, esperando que se callase de una vez.

—Aunque claro, peor visto está todavía que un banquero tenga un cadáver en su banco. Así pasó, que finalmente el Juez Huertaz te condenó como cómplice de asesinato, tal y como yo había sugerido, y te dejaron la espalda como un campo de labranza...

La expresión de Crucius continuó inalterable, pero por debajo de la mesa cerró los puños hasta casi hacerse sangre con las uñas.

—Pero ya te recuperaste de los cuarenta latigazos, ¿no?

—Sí —respondió Mr. da Morte con la mandíbula temblorosa, esperando que un segundo monosílabo animase a su cliente a cerrar la puta boca.

—Menos mal que, como yo no soy un don nadie, a mí no me pasó nada cuando denuncié la pérdida del cadáver para reclamar su devolución, y me descubrí como el autor del asesinato. Afortunadamente pude sobornar al Juez Huertaz y me dejó libre y sin cargos... porque qué horror si, por ejemplo, hubiera tenido que ser azotado públicamente como te ocurrió a ti.

—Sí, un horror.

Crucius había tenido bajo su custodia de banquero todo tipo de objetos peliagudos, de esos con los que si por desgracia te topas por la calle te apartas rápidamente con el admirable propósito de que no te confundan con la mafia y quieran romperte las piernas.

El primer fardo ilegal que aceptó cinco años atrás fue una colección de hojas y plantas con las que su bucólico cliente querría fumarse unos eucaliptos por no decir otras cosas; aunque posteriormente recibiría muchos más. Por ejemplo, hacía dos años y medio también se ocupó de ocultar

el revólver de su amigo Pasquín el Pistolero, a cambio de que éste le enseñara a utilizarlo. Más tarde también recibió todo tipo de joyas, armas, y antiguas reliquias de subasta; entre ellas obras de arte robadas que Crucius solo aceptaba porque gracias a sus eruditos conocimientos de arte (rupestre) solía llegar a la sagaz conclusión de que se trataban de burdas y grotescas imitaciones sin valor alguno (eran los originales). Pero jamás le habían entregado en custodia nada tan insólito como el cadáver de un gitano rajado de arriba a abajo, que el propio asesino le pidió que guardara durante un tiempo (quizá simplemente para ocultarlo de la policía, o para encasquetarle a él el muerto), y que nunca tuvo a bien explicarle por qué tenía tanto interés en recuperar.

Al final, Mr. da Morte tan solo sabía que a pesar de la gran cantidad de clientes a los que había atendido (ocupándose durante cinco años de todo tipo de trastos absurdos y estrambóticos) ninguno le desagradaba tanto como Nephysto, aunque en esta ocasión solo tuviera que guardarle un maletín —con el símbolo de una Cruz Roja tallado en su superficie— lleno de dinero. Un trabajo perfectamente legal siempre y cuando no ocultara ninguna sorpresita debajo de las 20000 espurias, en cuyo caso esta vez no le podrían acusar de ser cómplice de nada, pues él no tenía por qué saber qué contenía la maleta aparte del dinero.

Básicamente, el Señor da Morte firmaría un contrato en el que afirmaba haber recibido 20000 espurias de Nephysto, que se comprometía a devolverle íntegramente en cuanto éste se presentase en el banco con su *certificado de depósito*, siendo como era *a la vista*. Si por alguna razón (como que decidiera prestarlas como hacía con el dinero procedente de los *depósitos a plazo*) no podía devolverlas a tiempo, se enfrentaría a penas de tortura y/u/o muerte. A cambio, el Noble pagaba una comisión —en este caso muy grande, ya que era mucho dinero el que Mr. da Morte tenía que guardar— por sus servicios de custodia.

Y, obviamente, Crucius da Morte rellenó el contrato y el *certificado de depósito*, y finalmente los selló con su firma.

Ese era su trabajo, o al menos su trabajo legal. Cuando custodiaba objetos ilegales, simplemente negociaba el precio con su cliente, realizando un contrato oficial como si estuviera guardando dinero. Por ejemplo, el cadáver de aquel gitano barriobajero y marginal de los suburbios del distrito 56 de la morgue que funcionaba como almacén de órganos y otros instrumentos desechables de las iglesias quemadas, lo tasaron en 2000 espurias. Por eso, cuando Crucius perdió el cadáver, pidió en otro banco un préstamo de 2000 espurias que Nephysto no quiso aceptar, obcecado como estaba en recuperar el cuerpo. En cualquier caso, aquel cadáver era lo único que el banquero había perdido en diez años, mostrando una eficacia de la que se sentía particularmente orgulloso.

La mayoría de las veces, el precio al que tasaban los bienes ilegales era bastante bajo, mientras que las comisiones que recibía da Morte por guardarlos eran enormes. Al disminuir el precio oficial que le ponían al objeto, disminuían también las penas para el banquero en caso de perderlo si, por ejemplo, la policía se presentaba en el banco reclamando el cadáver que tuviera escondido debajo (o dentro en caso de Mr. da Morte) de la cama, cuando decidiera sacarlo un rato para que le diese el aire. Generalmente a Crucius no le gustaba que permaneciera dentro de la «caja fuerte» durante todo el día, porque al poseer un cierre hermético como el de los ataúdes, el cadáver no respiraba. Pero tampoco quería guardarlo en otra caja donde estuviera más a su aire, sobre todo porque entonces olería mal en todo el banco, y tampoco era plan lo de estar respirando siempre por la boca. Además, últimamente había cogido mucho cariño a los dos féretros —procedentes de la funeraria— que le regalaron por su vigésimo sexto cumpleaños en agradecimiento a sus entusiastas y generosas labores de enterrador. Desde entonces —y como parecían tan sólidos y él era ante todo un hombre práctico en la vida— los estuvo utilizando como consignas, guardando en ellos el dinero y casi cualquier cosa que sus clientes le llevaron durante los últimos cuatro años.

Obviamente, prefería que le llevaran objetos ilegales, y así cobrar altísimas comisiones. Las que recibía por custodiar los ahorros de sus depositantes eran muy reducidas, y para colmo no es que el trabajo estuviera exento de riesgos. A fin de cuentas, no sería la primera vez que a un banquero le cortaban las manos, le condenaban a trabajos forzados o a pudrirse en la cárcel... o le decapitaban directamente en su propia mesa por no poder devolver el dinero a sus clientes. En cualquier caso, al Señor da Morte le bastaba con recordar que nunca había perdido el dinero de ninguno (simplemente se dejaba en el ataúd y de ahí ni salía ni entraba porque no disponía de patitas) para conservar la tranquilidad y la seguridad en sí mismo y en su propio y —en caso de guardar dinero— honrado trabajo.

—De todos modos, como ésta vez me vas a guardar un dinero que se supone que no prestarás ni te gastarás, y no cualquier otra cosa reflejada en el *certificado de depósito* como si de dinero se tratase, en principio no deberías tener ningún problema.

—Eso —respondió Mr. da Morte secamente, pensando que si tuviera una pistola (como otros banqueros con un mayor poder adquisitivo) para defenderse de los atracos, ya no hubiera sabido muy bien si herir a su cliente o si mejor suicidarse directamente él, para así acabar con aquel martirio.

Ante el gesto de hastío del banquero, el rostro burlón de Nephysto se oscureció hasta parecer el del mismo Diablo y, con su voz más grave, advirtió:

—Si me pierdes el dinero te llevaré otra vez a los tribunales y desearás no haber nacido. Escúchame bien, esa maleta y lo que hay en su interior vale mucho más que cien millones de vidas juntas. Lo que hay en ese maletín es único, no debes tocar ni uno solo de los billetes que contiene.

«A saber qué otras mierdas me habrá metido dentro de la maleta el cabrón éste y se lo esté callando» —pensó Crucius.

—Recuerda que es un *depósito a la vista*. No prestes el dinero, no te lo gastes... Vamos, que ni lo toques. Querré

que me devuelvas exactamente los mismos billetes que he depositado y no otros, aunque tengan el mismo valor —añadió Nephysto, abriendo la maleta y extrayendo delante del propio banquero cada fajo de billetes.

Uno a uno fue colocándolos sobre el mostrador hasta crear el frondoso y mullido paraíso verde al que todos los banqueros irían al morir, tanto si habían sido buenos como si habían sido malos. Porque aquella tremenda y magnífica montaña de papel era tan valiosa para un banquero codicioso que, solo el verla arder, podía ser el peor de los Infiernos.

Y a Crucius se le caía la baba.

—Perdone, pero resulta que mi trabajo consiste en devolverle la misma cantidad que usted deposita en el banco, si le devuelvo los mismos billetes u otros diferentes eso ya es cosa mía mientras el bastardo de los frunces y los volantes que aparece dibujado en todos se encuentre también en estos.

Mr. da Morte se había referido al Rey de Escornia como «bastardo» porque realmente fue un hijo nacido fuera del matrimonio, y de ahí el nombre de su moneda. Aunque muy pronto, cuando los banqueros empezaran a prestar los *depósitos a la vista* de sus clientes, tendrían aún más motivos para llamarla «espuria». Estas eran acuñadas y emitidas por el Banco de Escornia, en mayor o menor cantidad según los designios y apetencias del Gobierno. Cada espuria equivalía a 100 gags y, aparte de estas, existían monedas más pequeñas de 1, 5, 10 y 50 gags. Para las cantidades grandes, se utilizaban los billetes de 5, 10, 20, 50, 100, 200 y 500 espurias, aunque no muchas personas en la ciudad habían visto un billete de 500. Quizá, los pocos que había, estuvieran todos en la maleta de ese señor.

—Si se empeña en que le devuelva exactamente los mismos billetes que depositó porque por algún motivo les tenga un cariño especial, puede usted guardárselos directamente en el orto, que ya verá cómo de ahí no se los quita nadie —añadió el banquero con toda su arrogancia, sabiendo que no tenía ningún tipo de obligación en ese sentido, tan sólo debía devolverle la misma cantidad que depositara.

—Y me tienes que guardar también el maletín mientras yo me voy de viaje —dijo el Conde mientras, al igual que antes, apretaba en su mano aquel supuesto amuleto que tendría bajo la camisa, e ignoraba el comentario de Crucius.

«Los cojones» —pensó éste.

—Igual no se esté percatando de que esto es un banco serio, no las consignas del ferrocarril de juguete con el que se entretiene en sus ratos libres. Si quiere que le guarde también sus reliquias tendrá que pagarme una comisión extra.

—Te veo poco receptivo. Creo que va a ser mejor que le lleve el dinero a otro banquero que esté de acuerdo con devolverme los mismos billetes, firmados con una dedicatoria de amor si hace falta, en su maleta correspondiente. Igual me resulta un poco complicado encontrarlo, porque claro, todos los banqueros estáis tan solicitados últimamente... —se burló el Noble, fingiendo abatimiento mientras arrastraba los pies hacia la puerta.

—¿De modo que el dinero dentro de su maleta y ya está? Si no va a pedirme ninguna otra incongruencia como que le sostenga el Noches dü Mádrid mientras utiliza el urinario entonces de acuerdo —respondió Crucius sin prisa, sabiendo que a pesar de todo su cliente no se marcharía hasta obtener una respuesta.

—La lengua es lo único que te tienes que sostener tú... Y sí, el dinero dentro de la maleta, nada más —contestó Nephysto, regresando al mostrador y colocándola encima.

—¿Y la comisión de dónde la obtengo? Porque el dinero ya dijo usted que no debía sacarlo de la maleta para nada, así que imagino que no podré tomar mi comisión de ahí.

—No, no, no, por supuesto que no. Todos los meses pasarán por aquí dos de mis hombres para comprobarla y darte las 200 espurias en mano. Yo no podré hacerlo, pues estaré en Gálizhia, al norte de Escornia. Debo encontrar allí a alguien importante, y no sé cuánto tiempo me llevará. Mientras tanto irás recibiendo la visita de mis hombres.

—Pues qué bien —masculló Mr. da Morte, entregándole a Nephysto el *certificado de depósito*, y cogiendo a su vez el

contrato que ya habían firmado ambos—. Bueno, entonces si ya está todo dicho me retiro al almacén para guardar la maleta. Que tenga usted una buena tarde y un buen viaje, por si no vuelvo a verle otro día por aquí.

«Que Dios lo quiera» —pensó el banquero, buscando anticipadamente la llave del almacén en su bolsillo, como precaución por si el Conde no era capaz de entender sus palabras como una despedida.

—Recuerda, es un *depósito a la vista*, guarda ese dinero como si fuera el último tesoro sobre la Tierra porque algo más que tu vida está en juego.

—No se preocupe, adiós... —insistió Crucius viendo que, efectivamente, Nephysto no había sido capaz de entenderle.

—Y no abras la maleta.

* * *

En cuanto aquella abominación por fin se hubo marchado, Crucius corrió a por el maletín para inspeccionarlo. Pese a la dura capa de cuero que lo recubría, se dio cuenta de que por dentro también llevaba un armazón muy resistente. El Señor da Morte contempló la figura de la Cruz tallada en un lateral, en la que ya se había fijado antes al ser el único detalle característico de la maleta. Al deslizar los dedos por la pequeña hendidura roja con forma de crucifijo —salvo porque todos los lados medían lo mismo—, el banquero se percató de que tenía unas diminutas protuberancias sobre las aspas, como si fueran los clavos con los que inmovilizarían a un Cristo diminuto. Sin perder más tiempo se dispuso a abrir el maletín para averiguar con qué graciosas sorpresas había querido deleitarle su desconcertante cliente. A los dos minutos, y viendo que era incapaz de conseguirlo, se fue a comer algo por si necesitaba reponer fuerzas ante tantísimo esfuerzo, y varias horas después volvió (a la batalla, aunque también al plato) para intentar abrirlo durante el resto de la tarde, que ya no era mucha.

Afuera ya estaba anocheciendo y un manto oscuro ahogaba a los sin techo con su abrazo, mientras a los ricos los ahogaba la tristeza de no poder permitirse el lujo de dormir bajo las estrellas. Uno a uno, los esclavos del dinero iban regresando a sus casas, donde se aseguraban de que el tiempo no hubiera transcurrido para ellos durante aquel día igual al anterior. Era la hora de cenar el pan obtenido con el sudor de su frente y las lágrimas de deseos que ya ni recordaban, con el pecho latiéndoles al mismo ritmo muerto de siempre. Y era el momento en el que los primeros candelabros de la noche se encendían como faros en la mar, para que agitadores y aventureros pudieran navegar hacia remotas utopías por las que muchos se sacaban medio corazón y lo arrojaban al agua, al ser pobres y no tener un barco.

Entre ellos estaba İhanet, una anarquista que lo único que tenía en orden era su granja; y Pasquín el Pistolero, el aventurero que dejó su revólver bajo la custodia de Crucius dos años y medio atrás, a cambio de enseñarle a utilizarlo. Apenas se detenía durante sus viajes, y allá donde iba dejaba siempre una nueva leyenda tan insólita que solo podían creer en ella los que le hubiesen conocido. Los rumores insistían en que había muerto persiguiendo sus sueños, pero İhanet aún vivía para cumplir los suyos. Era una joven rebelde de unos veinticinco años que amaba la libertad, quizá por ser uno de esos ideales lejanos por los que había que luchar, y que tanto merecían la pena al parecer inalcanzables. Crucius conocía medianamente a la joven, aunque no tanto por las escasas conversaciones que había mantenido con ella, sino por las conversaciones que otros mantenían sobre ella. Quizá, el silencio de aquella solitaria mujer decía más de sí misma que mil palabras, y por eso cuanto menos hablaba ella más lo hacían los demás.

Sabía que la joven odiaba las injusticias y los abusos de poder, especialmente si provenían de las Autoridades. Quizá, porque el resto de la gente los veía con buenos ojos, y İhanet adoraba llevarle la contraria a todo el mundo. Discutía con quien hiciera falta, y no tenía reparo en enfren-

tarse a los policías que golpearan a personas indefensas, independientemente de si las víctimas eran ricas o pobres, mendigos o empresarios. No quería pertenecer a una sociedad que estuviera de acuerdo con encerrar o torturar a ladrones, violadores o asesinos que, en muchos casos, el propio pueblo había convertido en lo que eran.

Una vez, Mr. da Morte la vio alzar la voz contra varios agentes que pretendían echar del parque a un mendigo al que, al igual que a ese banco donde la gente se sentaba, todo el mundo daba la espalda. Aquel día concretamente el parque estaba casi desierto, y nadie salvo la policía se había acercado a un vagabundo que —al igual que su asiento— parecía sobrar en la calle. İhanet, siendo testigo del abuso junto con varias personas que se conformaron con desviar la mirada, intentó defenderle. Tras varios minutos de discusión casi la golpean, siendo un milagro que no lo hicieran y que Crucius no tuviera que intervenir para ayudarla (porque tampoco lo habría hecho). En cualquier caso, sabía que el tema de los enfrentamientos de la joven con las Autoridades no eran habladorías de la gente, pues él mismo había presenciado aquel.

En cambio, jamás había visto a İhanet colarse en casas ajenas a pesar de que, en palabras del propio banquero, todo el mundo en el barrio decía tener un tío que tenía un primo que tenía un perro que tenía una novia que tenía un dueño que tenía un amigo que había visto a İhanet forzar la puerta de algún vecino con técnicas de ganzuado para entrar en su casa y robarle. Que, en caso de que fuera verdad —pensaba Crucius— ya podría aparecer por ahí la dichosa joven con sus dos milagrosos hierritos para ayudarle porque, lo que era él, llevaba ya casi tres horas de infructuosos intentos con el maldito maletín.

Tras varios minutos más estudiando cómo forzar los candados de forma elegante sin conseguirlo (entre otras cosas, se dijo, porque la mente de su enemigo no había sido lo bastante sofisticada como para utilizar una clave numérica que sin duda —se dijo también— él habría conseguido descifrar), se

decidió por fin a recurrir a las ancestrales técnicas artesanales de sus abuelos alfareros con una roca. Y después del esfuerzo, ya con la frente cubierta de sudor y algún que otro golpe mal dado, lo único que encontró Mr. da Morte al abrir la maleta fue un surtido de frases del estilo de «a dinero regalado no le metas el rabo», «a quien medroga Dios le ayuda» (que, o era una errata, o en algún momento otro desdichado como él tuvo que guardar la misma maleta llena de droga), «vale por cuarenta latigazos» (acompañado de un emotivo icono infantil de una carita de dolor que el Conde habría tenido a bien trazar hábilmente y a mano alzada con la ayuda de alguna plantilla), «más vale banquero en mano que a ciento robando» o «vuelve a dejar ese puto fajo de billetes de 500 donde estaba, cerdo» (que el Noble había dejado escrito con su estupenda caligrafía sin salirse demasiado del hueco que ocupaba dicho fajo); amén de otras delicatessen de la literatura que iban floreciendo en el cuero al ir retirando los billetes, y de las que su amigo Pasquín (que también escribía mucho, pero él en los libelos que colgaba en los muros de las calles) se habría horrorizado.

Mientras el banquero, a la luz de un par de velas, volvía a hacer una vez más el recuento del dinero a fin de poder jugársela a su cliente en caso de que éste se hubiera equivocado, una sombra alargada se materializó sobre la maleta. El Señor da Morte se sobresaltó de tal forma que no pudo evitar dar un salto sobre sus rodillas mientras cerraba de golpe el maletín, sin importar que gran parte del dinero aún descansara directamente sobre el suelo.

—Disculpa si te he asustado, llamé a la puerta pero nadie contestaba, así que entré.

«Más te vale que no me la hayas roto» —pensó Crucius, sabiendo que había dejado la puerta cerrada, y que la escurridiza y pícara sabandija que se alzaba ante él acababa de forzar la cerradura con esas técnicas de ganzuado que, ya sin lugar a duda, la dama conocía.

Pero no dijo nada relacionado con «romper», porque aquella mujer de pelo castaño claro y rizado —ondeando

al viento que salía de las rejillas del prostíbulo cerrado en el piso de arriba— le había atraído a Mr. da Morte (de vista, porque solo habían intercambiado eso aparte de sus nombres, alguna que otra breve conversación de cuatro palabras con el «hola» y el «adiós» incluido y un paquete de sal por otro de azúcar) desde su juventud exprimiéndose con las vacas y bañándose con los cerdos. Y puesto que tampoco podía despreciarse el hecho de que la fémina se hubiera arrodillado junto a él, de forma que incluso se podría decir sin temor a la exageración que estaba entablando algún tipo de contacto físico con su sombra ahí en el suelo, respondió con su tono más dulce:

—No te preocupes, İhanet, no me has asustado, solo me ha extrañado verte por aquí. Hacía meses que no te veía.

—Claro, y has saltado de la alegría... Hemos coincidido poco últimamente, sí.

—¿Qué te ha pasado? —cambió él de tema, refiriéndose a la sangre que le goteaba del labio y a su ropa desgarrada.

—Tranquilo, no es nada —respondió ella.

Pero al instante Crucius la tenía literalmente enganchada a su cuello, temblando entre sus brazos. Saboreó el tacto en la mejilla de su cabello rizado y empapado por la lluvia, sintiendo cómo su propio cuerpo ardía de placer.

El Señor da Morte no se había dado cuenta hasta entonces de que afuera estaba diluviando. Y de que había una sombra en la ventana.

—¿Quién anda ahí? —preguntó entonces, dirigiéndose más bien a İhanet que al exterior.

Ya se encaminaba a comprobarlo, cuando la joven lo detuvo cogiendo su mano.

—Es... mi hermano.

—No sabía que tuvieras un hermano —respondió, evitando entonces acercarse a la puerta para no tener que invitarle a pasar, aunque afuera siguiera diluviando.

—Lo tengo. Nos están persiguiendo a los dos. Nos han pegado...

—¿De nuevo te has enfrentado a Las Autoridades? — preguntó Mr. da Morte, frenando con sus dedos una gota que rodaba por la mejilla de la joven.

—Solo a un oficial de grado menor. Quería cortarle las manos a un niño por robar un trozo de pan.

«Es algo que ocurre cada día, no vas a conseguir cambiar nada por mucho que te empeñes. Solo conseguirás acabar como Pasquín» —pensó Crucius en su amigo el Pistolero, tan optimista como de costumbre.

—¿Os han visto llegar hasta aquí?

—No.

«Claro, habrán cerrado los ojos mientras corrían detrás. Igual han pensado que así os cogerían antes».

—Dime la verdad. Hoy mismo ha venido un cliente importante y ya estoy de líos hasta el cuello.

—Por favor... deja que nos quedemos aquí. Te prometo que no te daremos ningún problema.

İhanet le miraba a los ojos mientras sujetaba sus manos. Suplicándole.

—No puedo...

—Solo esta noche...

De pronto los dedos de İhanet se deslizaron por las manos de Crucius en un roce tan tierno que casi le hizo estremecerse.

—Pero cuando uno quiere esconderse se va a las Iglesias, que para algo están y no es precisamente para foll... para rezar —rectificó en el último momento, esperando que ella no lo hubiese notado, aunque obviamente no caería esa breva.

Los dedos de İhanet ascendieron suavemente por los brazos del banquero en una caricia lenta que, aunque se hacía esperar, iba acercándose al cuello.

—Se supone que los banqueros guardáis cosas...

Cuando ella empezó a acariciarle y a besarle el cuello y a deslizar los dedos por su cabello y por su rostro en un roce tan delicado que le quemaba, él ya no pudo soportarlo más y devolvió a su vez los besos y las caricias, con las manos temblándole de placer y de dolor porque sabía que

los besos de aquella mujer eran los besos de Judas, y que sus caricias no eran más que el dinero con el que compraba sus servicios de custodio.

—Tú lo has dicho... cosas, no personas —respondió el Señor da Morte, consiguiendo una perfecta pronunciación para el estado de embriaguez en el que se encontraba.

—¿Y no quieres guardarme a mí? —atacó İhanet, acariciándole los labios.

Crucius temblaba literalmente y se moría por besarla. Tragó saliva.

—¿Y a tu hermano también?

La mujer ya había empezado a bajarle por los costados, sin dejar de besarle el cuello, e iba de camino a las piernas. Crucius sentía que se le iban a doblar en cualquier momento.

—No molestará. Y yo pagaré bien.

Aquel era el momento.

—No, lo siento —dijo Crucius su última palabra, con la voz entrecortada por unas lágrimas que en ningún momento dejó ver—. Tengo que pedirte que te vayas.

İhanet le abrazó aún más fuerte, y acercó sus manos a la cintura del banquero de tal modo que éste creyó que a pesar de todo ella iba a meter la mano bajo el pantalón y se iba a poner a masturbarle allí mismo, pero en su lugar introdujo las manos en el interior de la camisa y se puso a acariciarle la espalda. Cuando Crucius sintió los suaves dedos de la mujer recorriendo con total comodidad las antiguas cicatrices de una piel que durante demasiado tiempo no pudo ni rozar una camisa, le invadió tal sensación de placer y gratitud ante la infinita ternura y el amor de sus caricias que no pudo contener un gemido. İhanet entonces se colocó detrás del banquero y, levantándole la camisa con una caricia, procedió a lamer y a besar sus cicatrices con calma, mientras a él se le erizaba el vello y jadeaba sin darse cuenta; hasta que finalmente se rindió a sus deseos y se dio la vuelta para besarla en los labios.

Se tomaron su tiempo y al terminar ella le indicó con la cabeza que le acompañara al cuarto de arriba. Temblando

cogió la llave del prostíbulo y en silencio vio cómo İhanet se la quitaba para abrir ella misma la puerta. A pesar de que la joven jamás había entrado en aquella habitación, se adentró como si estuviera en su propia casa, mientras el dueño la seguía sin rechistar.

Menos de un minuto después, ya con los dos cuerpos desnudos sobre la cama y a punto de empezar la faena, Crucius escuchó un ruido en la sala de abajo y se acordó de una cosita importante que había dejado abierta y de otras 20000 cositas que había dejado desperdigadas en medio de la sala, y que venía a ser otra cosa aparte de su cándida inocencia. Se levantó de un salto de la cama y zafó su muñeca de la mano de la joven, que por un momento intentó retenerle preguntándole qué ocurría. El banquero se abalanzó escaleras abajo como si su vida dependiera de ello (que de hecho dependía), comprobando desde el último peldaño que la puerta de la calle seguía cerrada y la habitación aparentemente como él la había dejado, salvo porque las dos velas se habían apagado.

—Por favor, que no se la hayan llevado, por favor, por favor, por favor... —suplicó el banquero a un supuesto ser superior en el que tampoco creía, recorriendo a tientas una habitación en penumbra que solo quedaba iluminada las pocas veces que la luz de algún relámpago se filtraba por el pequeño ventanal.

Pero Crucius no necesitaba más luz para saber que la maleta y el dinero ya no estaban. Esquivó el mostrador en la oscuridad y se dirigió rápidamente hacia la puerta de la calle, con la mujer que ya había bajado también las escaleras (ella con su ropa en la mano, y un par de mantitas —ambas para ella— por si cogía frío u ofendía a Dios) intentando sujetarle del brazo. Crucius volvió a esquivarla y abrió la puerta con tal brusquedad y desesperación que no tuvo tiempo ni de apartarse, estando además a punto de desencajarla de sus goznes. Desnudo y cojeando después de haberse dejado parte del pie debajo de la puerta, el Señor da Morte corrió bajo la lluvia y sin demasiada elegancia

tras una silueta que a bastantes metros de él, y con un bulto bajo el brazo (que suponía que no era su hijo ni tampoco un forúnculo que le hubiera crecido en la costilla), iba empequeñeciendo en la lejanía.

—¡Por favor, no te lo lloves, por favor...! ¡Por lo que más quieras, devuélveme el maletín, por favor! —probó el banquero a ver si por suerte el forúnculo de la costilla resultaba tener algo de caridad humana, porque lo que era el hombre en sí no parecía tener mucha.

Sus súplicas no parecieron surtir demasiado efecto, ni siquiera con Ihanet, que a veces sacaba un pie del banco como con intención de acudir en su ayuda, pero al momento lo volvía a encoger como con intención de que la ayuda acudiera sola. Finalmente la joven, tras varios intentos que no terminaban de cuajar, consiguió asomar también la cabeza, pero todavía mantuvo el resto del cuerpo dentro del establecimiento. Desde la puerta, logró al menos brindarle con inmensa cortesía alguna que otra sonrisa piadosa mientras le guiaba con señas esporádicas hacia una dirección que, en un momento dado, Crucius ya no sabía si es que acaso perseguían a personas diferentes. Desesperado y viendo que era imposible alcanzar al ladrón, se dejó caer de rodillas sobre el suelo embarrado y, sujetándose el pie que no dejaba de dolerle, rompió a llorar a la luz de la luna.

Un par de metros antes de que el Señor da Morte llegase a la puerta del banco tiritando y básicamente arrastrándose, a Ihanet le pareció correcto estirar los brazos para colocarle una de sus mantas sobre los hombros. El cabello negro como la noche, ligeramente alborotado y ondulado, se le pegaba ahora al banquero a la cara, por la que aún se deslizaba la lluvia mezclada con nuevas lágrimas mientras encendía con manos temblorosas la chimenea.

—Lo siento —dijo la mujer, sentándose junto al banquero y frotándole la espalda por si le ayudaba a entrar en calor. Crucius se apartó de su lado sin mostrar ni un ápice de esa cortesía que solía mantener hasta con sus peores enemigos.

«¿Qué demonios vas a sentir?! ¡Si parecía que estuvieras viendo un circo de gladiadores mientras me veías arrastrándome desnudo detrás de tu hermano!»

—No me jodas más. Tu hermano se ha llevado la puta maleta, y ahora mi cliente va a ir a por mí —respondió con el entrecejo fruncido y una profunda mirada de odio que helaría a cualquiera, mientras ella se ponía tranquilamente la blusa para no tener ese problema.

—Bueno, también la policía iba a por mí hace solo unas horas y no hago un mundo de ello —respondió İhanet con la misma parsimonia que si estuviera tomando una tacita de té a la sombra de un almendro en flor durante un soleado día de primavera con su criado sirviéndole un racimo de uvas en la boca.

Tal muestra de pasividad e indiferencia ante su desesperada situación, enervó a Crucius de tal forma que las últimas gotas de lluvia se evaporaron en su piel, mientras sus ojos marrones se clavaban en los de la mujer.

—Por favor, sal de mi banco.

İhanet le devolvió la mirada como si no hubiera roto un plato en su vida y, como si allí no hubiese pasado nada, respondió:

—Tranquilo, te ayudaré a encontrar la maleta.

—Hasta ahora solo me has traído problemas, y dudo que eso vaya a cambiar. Insisto en que no te quiero ver más.

—Es mi hermano, sé dónde puede haber escondido el maletín.

«Lo que tienes que mirar es a ver dónde puedes haber escondido tú el puto sentido de la dignidad, zorra».

—No me lo pongas más difícil.

—Intento ponértelo más fácil. Además, existen otros modos de conseguir ese dinero sin necesidad de recuperar la maleta.

«Mírala qué lista se cree. Se debe pensar que de los dos ella es la banquera y yo el vulgar payaso que se mete con la policía».

—Mi cliente me pidió que le guardara esa misma maleta con ese mismo dinero, y así quedé con él.

—Por eso mismo me ofrecía para ayudarte a recuperar esa misma maleta con ese mismo dinero pero, como entendí que te estabas negando, se me ocurrió que igual habías cogido la idea de que no es necesario devolverle el mismo dinero antes de lo que yo pensaba que serías capaz de coger dicha idea —expresó como si estuviera recitando un trabalenguas.

«No entiendo nada» —pensó Crucius.

—No me toques los cojones —dijo, dándola a entender al menos que la había comprendido.

—Está bien, como veo que eso es lo que quieres me marcharé —respondió la mujer mientras se subía el pantalón para ponerse los zapatos—. Si cambias de opinión puedes venir a buscarme, sabes dónde vivo.

—Te puedo garantizar que esta será la última vez que nos veamos.

* * *

Al día siguiente:

—Buenos días —saludó Crucius a İhanet cuando tras llamar durante casi un minuto (a las siete de la mañana) ésta le abrió la puerta de su casa.

—Buenos y tempranos.

—Para la gente que trabajamos y llevamos una vida honrada, sí.

—Qué bien, así aprovechas más el día. Veo que ya estás mejor, porque anoche estabas un poco más hosco que de costumbre, por no decir francamente inaguantable.

Crucius la fulminó con la mirada mientras İhanet le retiraba suavemente algunas hojas y ramas que traía pegadas al pelo y a la ropa.

—Si quieres te las dejo —saltó la otra.

—Es por toda la lista de improperios. No es muy agradable que te diga cosas así la hermana de una persona que te ha robado 20000 espurias.

Varios segundos de silencio.

—¿Por qué no llevas pantalones?

«¿Por qué eres tan sumamente hija de puta?».

—Solía usarlos más que nada por los bolsillos. Como me han quitado todo mi dinero, ya no los necesito.

—Mejor, porque así no hará falta que te deje los de mi hermano —dijo alegremente, haciendo que Crucius la fulminara de nuevo—. A él también le gusta subirse a los árboles, y se ha caído alguna vez al haberse partido la rama.

«Como si le gusta subirse a su puta madre y se ha caído al haberle partido la cara, ¿a qué viene esto ahora?» —pensó Crucius.

—A mí no me gusta subirme a los árboles —respondió.

—Ah, entonces no te has caído de un árbol... como vienes todo lleno de hojas y de ramitas pensé que sí... ¿Te has tropezado o algo caminando por el bosque? A mi hermano también le gusta caminar por el bosque, y se ha tropezado alguna vez al...

—No, tampoco camino por el bosque —se apresuró a cortarla—. Ha sido un pequeño incidente sin importancia, no te preocupes.

Aquella misma noche Crucius la había seguido hasta su casa y, pese a sus sospechas, había averiguado que la mujer no ocultaba allí el maletín ni a la rata nauseabunda de su hermano, el cual aún no había regresado como el reflujo de sus babas a la comodidad del hogar.

El Señor da Morte había iniciado su pequeña aventura detectivesca sin tiempo de ponerse más que los zapatos y echarse una gabardina por encima, antes de empezar a seguir a la joven. Al llegar a la granja de İhanet y encaramarse medio desnudo a la ventana, vio cómo la mujer se untaba en la insignificante herida del labio un liquidillo transparente que lo mismo provenía de su nariz, conociendo lo poco que le gustaban a la joven los ungüentos artificiales. Se dio cuenta de que, tras aplicarse las gotas, İhanet adoptaba una exageradísima mueca de dolor para la tontería que le había hecho aquel policía (Crucius esperaba que al menos al

hermano sí le hubiese quitado la cara). Luego Mr. da Morte observó cómo se retiraba a la cama para desempeñar sus rituales nocturnos de mujer soltera, que en cualquier caso no se asemejaban a los suyos.

Puesto que al final el hermano de İhanet no apareció por casa en ningún momento —y de esto podía dar fe el Señor da Morte que, tras caerse de la ventana (sin que afortunadamente en esta ocasión le aterrizará ninguna vaca encima), se quedó tirado sobre el seto de abajo durante el resto de la noche—, ya por la mañana solo se le ocurría una forma de encontrar al ladrón... Preguntándole a ella:

—¿Que se quiere hacer el Camino de Santatere? —repitió el banquero por tercera vez tras la insólita respuesta de la joven, ya con la certeza de que —estuviera compinchada con su hermano o no— le tomaba el pelo.

Crucius no descartaba la idea de que pudieran vivir en lugares diferentes, y debía averiguar dónde se hospedaba él. El problema era que cada vez que se lo preguntaba a İhanet, ésta le salía por peteneras, respondiéndole con algo que no tenía absolutamente nada que ver.

—Sí, se quiere hacer el Camino de Santatere —confirmó ella de nuevo.

—Estupendo.

—Estupendo.

—Estupendo, ¿pero dónde vive ahora?

—Está por la sierra, entrenando. Es que quiere llegar a la Çosta dü Morte, tiene un amigo por allí —respondió totalmente seria, invitando al Señor da Morte a pasar y dejándole solo en el interior del cuarto mientras ella iba en busca de algo bebible que ofrecerle.

«A la Çosta dü Morte te iba a enviar yo a ti pero de una hostia» —pensó mientras ojeaba la sala en busca de un maletín que en cualquier caso él ya daba por hecho que no encontraría a primera vista; antes de decidirse a dar el paso de empezar a abrir cajones y armarios.

—Y claro, se irá cargado con la maleta para hacer penitencia por el camino —repuso el banquero, arrastrando

con un pie los cristales rotos de la vasija que se le acababa de caer, hasta acumularlos en una preciosa montañita que depositó disimuladamente debajo del sillón.

—¿Qué era ese ruido? —preguntó İhanet, entrando de nuevo en el saloncito con un vaso de limonada que el banquero enseguida rehusó pensando que podía estar envenenada, y que se bebió ella demostrándole que no lo estaba.

—Tranquila, solo fue el rechinar de mis dientes —contestó Crucius irónicamente—. Estoy un poquito nervioso últimamente, por si no lo habías notado... Es lo que tiene que aceptes a una desconocida en tu banco y que un familiar suyo te robe una maleta con 20000 espurias.

—Pues el familiar suyo se ha ido a hacer una ruta por la sierra, porque quiere estar en forma para hacer el Camino de Santatere más adelante. Igual cuando luego llegue a la Çosta dü Morte se siente culpable y le entrega el dinero a tus familiares de allí.

«Esta hija de puta encima se está riendo de mí y se lo toma como un juego».

—He cambiado de opinión. ¿Me puedes traer otro vaso de limonada, por favor?

—Claro —respondió İhanet cortésmente.

«Puta».

—Gracias —dijo el banquero.

—Porque supongo que tienes familiares en la Çosta dü Morte. ¿No te viene de allí el apellido? —preguntó ella desde lo que tuviera como cocina.

«Tú ni caso, Crucius» —se dijo, permitiéndose ignorarla directamente mientras, tras haber registrado todo el salón, se preguntaba en qué lugar menos obvio que un armario o un cajón escondería el maletín una persona retorcida y desquiciada con la mente tan jodidamente desviada como demostraba tenerla aquella perturbada mujer.

—¿No te viene de allí el apellido? —repitió ella la pregunta desde el otro lado de la pared.

«No funciona. Dile algo, a ver si se calla».

—Ehm... sí —respondió Crucius distraídamente, antes de tropezar con una baldosa ligeramente levantada que interrumpió sus cavilaciones.

—Pues mi hermano y yo no tenemos familiares en Gâli-zhia, y ambos hemos nacido aquí, en la Pobla dñ Mâdrid. Aunque sabiendo que él pretende hacerse el Camino de Santatere con la maleta seguramente quieras hacerlo tú también. Te irá bien, igual así te relajas un poco... Porque madre mía, cómo estás.

Crucius se agachó y levantó con cuidado la baldosa del suelo, descubriendo una trampilla oculta.

—Ehm... ya —respondió al rato, sin saber en qué exactamente acababa de darle la razón.

Dentro del compartimento había unas horquillas para el pelo que usaría Acracio, porque lo que era a İhanet nunca le había visto con ellas; una herradura de caballo; una Biblia escornia; una peonza de madera; un pergamino con ilustraciones muy rimbombantes que podían representar desde el relieve de una alfombra persa que İhanet estuviera interesada en robar, hasta los planos de alguna catedral ostrogoda muy bonita donde pensara tomar asilo después, y en el que también venían incluidos los engranajes del plan y las fórmulas matemáticas necesarias para que éste resultara todo un éxito; un montón de hojas y flores que a İhanet no le cabrían en el tiesto; un muñequito con unos alfileres clavados de los que le robarían a la vidente Hortensia; un pepino mordido; un pequeño frasco de cristal con los restos de algún tipo de pomada o potingue raro y otros dos con un líquido transparente a medio terminar que perfectamente podría tratarse de agua; un espejo que Acracio habría roto al verse; varios carboncillos de diferente intensidad por si lo de profundizar en el trazo al escribir era algo que no iba con los dos hermanos; una Cruz Roja; un peine con bastantes púas rotas y una maraña de pelos enredada entre las pocas que aún quedaban intactas; las tijeras que hicieron posible que dicho peine terminase en la trampilla y no de tener en la cocina; los restos de un mendrugo de pan y un libro

forado de pétalos y flores secas. Llevaba por título *Un Libro para Enfermos* y olía a cementerio, a primavera muerta, y a naturaleza enterrada entre las dos páginas de un cuaderno. Pero lo que llamó la atención de Crucius fue el símbolo —idéntico al del maletín de Nephysto— de una Cruz Roja tallado en la portada; donde probablemente también encargaría la Cruz Roja que acababa de ver unos instantes atrás entre los objetos esparcidos en el interior de la trampilla.

Mr. da Morte sumergió los dedos entre los restos de pelos, migas, y demás recuerdos de valor que a la joven le habrían parecido dignos de conservar, y escogió la Cruz Roja entre todos ellos. Era del tamaño de un amuleto, y estaba fabricada de algún metal ligero y cobrizo a punto de oxidarse. El banquero se fijó en que había una fila de diminutos agujeros tallados en cada aspa, que alguien había abierto manualmente con la ayuda de un cuchillo sin que llegaran a atravesar el cobre. Cogió de nuevo el Libro para enfermos y colocó la Cruz sobre la hendidura de la portada, viendo que encajaba a la perfección, y que incluso se mantenía adherida sin necesidad de sostenerla. Sin pensarlo dos veces se guardó la Cruz en el bolsillo y, seguidamente, abrió aquel libro que parecía escrito con la sangre de una rosa. Aunque estaba expresado en su idioma, con solo un primer vistazo se dio cuenta de que había muchas palabras que no conocía, tales como *helichrysum*, *ulmaria*, *agrimonia*, etc. Intentó concentrarse en leer las dos primeras líneas sin que sus impacientes ojos le llevaran hasta la mitad de la página, suponiendo que con una lectura ordenada descubriría antes la característica en común de todos esos sustantiv...

—¿Qué haces?

La mujer estaba parada de pié justo enfrente de él, con el vaso de limonada en la mano.

El Señor da Morte dio un respingo y rápidamente cerró aquel libro, depositándolo de nuevo en el interior del agujero.

—Pues ya lo ves, en busca del Tesoro —respondió secamente, cogiendo entonces el plano con las fórmulas matemá-

ticas que había visto antes, mientras se levantaba para poder mirar a la mujer por encima del hombro más fácilmente.

—Aquí no vas a encontrar la maleta ni el dinero —dijo İhanet tranquilamente, dejando el vaso encima de la mesa para quitarle a Crucius el pergamino y volver a colocarlo en la trampilla junto con las demás cosas.

—¿Y no sería eso un mapa del tesoro? —preguntó Crucius, intentando averiguar si esos objetos que la mujer escondía con tanto recelo poseían algún valor más allá del puramente sentimental; o si lo de ir enterrando cositas debajo del suelo formaba parte de algún tipo de ritual maligno que le hubiera dictado un hechicero como terapia para hacer frente a sus trastornos alquímicos.

—No hay mapa del tesoro, el mapa es el tesoro —repitió sin emoción alguna lo que habría leído en algún muro chabolero de la calle; mientras revisaba si el pepino y demás objetos sagrados continuaban en el interior de la trampilla, antes de cerrarla de nuevo y colocar la baldosa en su sitio.

El Señor da Morte reparó en que no iba a conseguir sacarle tan fácilmente el motivo por el que guardaba aquellos objetos ahí, por lo que decidió cambiar de táctica.

—¿Cómo se llama tu hermano?

İhanet se quedó pensativa durante varios segundos.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó a su vez.

«¡Oh, perdone usted a este caprichoso y vulgar banquero por esa estúpida manía suya de intentar conocer el nombre del mal nacido que le ha robado 20000 espurias!».

—¿Y tú por qué crees que voy a querer saberlo?

—Te dije que te ayudaría solo a recuperar la maleta...

—Pues ya te veo lo concentrada que estás en ello... —masculló Crucius.

—No a meter a mi hermano en la cárcel —concluyó İhanet.

«A la horca directamente que lo enviaba yo».

—No voy a denunciarlo. Ojalá pudiera hacerlo, pero si diera el aviso de que me han robado 20000 espurias se extendería por la ciudad el rumor de que soy insolvente y

mis clientes correrían a retirar sus depósitos. Dime cómo se llama.

—Prométeme que no le harás daño.

«No te preocupes, solo quiero hablar con él y pegarle una buena leche en la cara antes de que lo encierren...».

—No te preocupes, solo quiero hablar con él y pagarle una buena leche en la... taza... antes de que nos cierren... el bar, digo.

—Se llama Acracio —accedió finalmente la mujer, convencida.

—¿Acracio Treasón? —preguntó Crucius, sabiendo que ella se llamaba «Ihanet Treasón».

—Sí.

—¿Y dónde puedo encontrarlo?

—Ya te he dicho que por la sierra, que quiere ponerse en forma para hacer el Camino de Santatere.

«Otra vez con la gilipollez del puto Camino de Santatere de los cojones. A saber si no me ha mentado también con el nombre» —pensó el banquero.

—Está bien, tendré que encontrarle por mí mismo. Gracias de todos modos —respondió secamente.

«Maldita perraca».

Crucius se dio la vuelta y salió de la casa de Ihanet, cerrando de un portazo. Antes de regresar al banco fue a la granja para ponerse unos pantalones, sin entender aún cómo Ihanet había podido adivinar que no los llevaba, cuando la gabardina le llegaba a la altura de los tobillos (se le había roto por detrás al caerse de la ventana).

El sol resplandecía como un niño de luz formándose y muriendo en el útero del cielo, asomando entre nubes y nubes de oscura placenta, e insinuándole al Señor da Morte que a veces también es posible brillar aunque la esperanza brille por su ausencia. Las calles estaban vacías salvo por algunos carruajes de codicia y madera, algunos hombres mal pagados que se ofrecían a tirar de ellos si hacía falta, y algunos niños mal pagados que bastante tenían con tirar de su sombra, si es que no eran tan pobres como para no tenerla.

Crucius se internó por un callejón solitario donde inesperadamente se topó con un grupo de banqueros a los que conocía de vista y que, al igual que él, no dejaban escapar ni una sola oportunidad para huir del resto de la sociedad. Se saludaron cordialmente y Mr. da Morte continuó su camino mientras aquellos conspiradores seguían tramando ideas imposibles para convertir el agua en vino, las pérdidas en beneficios y a los clientes en esclavos con dinero, porque esclavos eran ya de por sí.

¡Ah... los banqueros...! Si algo bueno tenía, según Crucius, aquella casta de paletos ignorantes, creídos y elitistas marginales que evitaban mezclarse con nadie para que no se les notara que no tenían dónde caerse muertos, era que entre ellos eran como una gran familia que se respetaba y se quería. Y Mr. da Morte, sin ser un paleta ignorante, un creído (bueno, eso sí) y un elitista marginal (eso un poco también), igualmente pertenecía a esa gran familia entrañable de humildes (porque no tenían ni un duro), pero orgullosos (porque aún así todos se creían *Rockefeller*) banqueros.

Ensimismado como estaba en sus propios pensamientos, Crucius no se dio cuenta de que avanzaba en dirección a la comisaría hasta que se vio parado delante de la puerta. Entró al recinto, donde sin necesidad de hacer ninguna pregunta le quedó confirmado que İhanet Treasón efectivamente tenía un hermano que se llamaba Acracio Treasón. Los restos de un cartel de «SE BUSCA» con una enorme imagen sonriente acompañada de su nombre —y una para nada desdeñable cifra de recompensa— se empeñaban en burlarse de Crucius desde la pared. El cartel informaba además de que el mâ-drileño, de veintitrés años, era todo un modelo de persona cívica y perfectamente adaptada a la sociedad que ya había pasado por prisión unas cuantas veces, habiendo logrado escapar la mayoría de ellas.

—Perdone, ¿sabe dónde vive? —preguntó Crucius al agente que, a sus cuarenta y dos años, reposaba medio espatarrado sobre un sillón tras una mesa de la que apartó los pies de mala gana.

El Inspector había realizado un depósito en el banco del Señor da Morte varios meses atrás, y desde entonces hasta se saludaban con la mirada cuando se cruzaban por la calle. El banquero solía encontrárselo a cualquier hora del día y en cualquier lugar donde abundase la comida grasienta. Al parecer y como de costumbre tras cada extenuante pelea, la fatiga de aquel policía después de haberse enfrentado en solitario a media mafia encadenada en las alcantarillas —o bien a medio estofado de buey en la taberna de la esquina— le impedía incorporarse de la silla con dignidad. Así que Crucius se vio señalando el cartelito del ladrón como si fuera gilipollas, esperando que la memoria del Inspector todavía conservara alguna función intacta. Por ejemplo, esa que le permitiera recordar el retrato por su ubicación en la pared; donde el 80% de los carteles eran de menús que coleccionaba porque le habían gustado.

—Acracio estuvo viviendo durante dos años y medio en la Quinta Post Mortem s/n, una mansión abandonada cerca del barrio de Alcurnia; pero eso fue cuando salió de la cárcel, tres años atrás. Ahora hace unos cuantos meses que no sé nada de él. A ver cuándo arrancan ese papel de una vez, que debe llevar ahí más de cinco años —probó suerte el agente, a ver si colaba.

«Anda que no es vaga esta gente ni nah» —pensó Crucius, viendo que para aquel uniformado mastodonte toda gran proeza física consistía en alargar la mano hasta la cintura a fin de poder subirse los pantalones cuando se le iban escurriendo, y que alargarla hacia el cartel ya constituía un esfuerzo físico y psicológico excesivo para él.

—Ehm... ¿Le importa si...? —expresó el Señor da Morte con pocas palabras, dando a entender su interés por redecorar el banco con aquella distinguida estampa de la crème de la crème de la ciudad.

—No, lléveselo —respondió el Inspector, dando gracias a Dios—. ¿Por qué le busca, si no es indiscreción?

«¿Por qué cojones está usted tan gordo, si no es indiscreción?».

—No le busco. Colecciono los anuncios en un homenaje a las veces que la policía no es capaz de encontrar a un criminal y pretende que el resto de ciudadanos lo hagamos en su lugar —respondió el banquero con toda su altivez, sin molestarse en disimular el fastidio que le había producido la pregunta.

—Je, jejerrje, hehejeleheejeje... —emitió el agente un sonido parecido a la risa—. «Que la policía no es capaz de encontrar a un criminal...» —repitió el chiste, aún desternillándose mientras se secaba una lágrima. Últimamente todos los policías de su cuerpo hacían tan bien su trabajo que a la gente, enormemente agradecida por su labor pero sin saber cómo reconocérsela, solo se le ocurría ya alabarlos haciendo chistes cariñosos sobre ellos, comentarios jocosos pero siempre bien intencionados, y representaciones de teatro muy divertidas sobre su magnífica obra en las que al final siempre morían todos para dar un poco de dramatismo a la escena.

«Éste pobre es idiota» —pensó Crucius sin más.

—Es usted la monda... —balbuceó el Inspector, aún entre risas—. Acracio no es una persona con la que sea recomendable tener trato alguno. Aunque por fuera pueda parecer que se han reformado, por dentro nunca cambian.

«Sódale un poco la pavana, Crucius, y luego le sacas el resto de la información» —se dijo el banquero.

—Tiene usted más razón que un Santo, Don Papus —respondió, leyendo el nombre en el cartelito de su mesa—. Se nota que es usted todo un veterano en esto y que ya tiene adquirida una buena experiencia en el trato con los ladrones y delincuentes de Escornia.

—Bueno, sí, ya llevo mis añitos... —respondió Papus, sonrojándose.

—Pero lo que más admiro de usted es que a pesar de su destreza y de su habilidad en el cargo, conserva la modestia y la humildad; es usted un caballero y un ejemplo a seguir... Bueno, tengo que marcharme ya, ¿me puede dar antes de irme alguna otra pista para encontrar a Acracio?

—Que se quiere tirar a la hermana y necesita que el tipejo le de unos consejillos, ¿eh?

«Qué hijo de puta» —pensó Crucius, haciendo casi una hazaña para que no se le notase en la cara que el golpe bajo le había escocido.

—No —respondió secamente—. ...O bueno... en realidad sí, lo reconozco... ¿Entonces puede darme más detalles sobre él?

—Solo sé que durante este último año se ha estado desplazando con frecuencia y que ha pasado poco tiempo en la ciudad; yo hace meses que no le veo. Y bueno, lo que le comentaba antes de que estuvo viviendo en la Quinta Post Mortem, una mansión abandonada muy cerca de Alcornia que ocupó junto con otros delincuentes de su calaña, cuando salió de la cárcel hace ya tres años. Estuvo viviendo allí hasta hace unos seis meses, más o menos, pero creo que ya se ha ido. Si aún así piensa ir le recomiendo que tenga cuidado, la mansión se encuentra prácticamente en ruinas.

—Entiendo. ¿Algo más que deba saber?

—Ahora mismo no se me ocurre nada.

—De acuerdo. Muchas gracias y que tenga un buen día —se despidió Crucius, enrollando los restos del viejo cartel de «SE BUSCA» mientras cruzaba la puerta de la comisaría y un viento helado arrastraba las pesadillas de su primera noche sin dormir.

* * *

El sol aún iluminaba el banco cuando el Señor da Morte, en lugar de aguantar la jornada junto a él, decidió irse a media tarde. Colgó el cartel de «CERRADO» en la puerta y avanzó de nuevo hasta el mostrador, rodeándolo para acceder al cajón de las venganzas, que asomaba en la parte de atrás. Ahí es donde le habría gustado tener la pistola con la que Pasquín le enseñó a disparar, aunque en ese caso jamás lo habría convertido en el cajón de las venganzas. Más bien

sería el baúl de los deseos, pues cuando el Pistolero regresara del más allá para recuperar el arma, al fin se cumpliría el suyo de volver a verle. Guardó dentro del compartimento el cartel de Acracio que, aún enrollado, ocupaba demasiado espacio bajo sus ropajes; y buscó uno de esos cuchillos que tantas veces le había clavado la vida, sabiendo que allí donde iba podría necesitarlo.

Volvió a cerrar el cajón de las venganzas con llave y salió de aquel banco en el que de repente sentía que solo había sitio para la gente con un dinero que él ya no tenía. Mientras caminaba en dirección a la Quinta Post Mortem s/n, se topó con una tienda en la que vendían una maleta idéntica a la que Acracio le había robado, salvo por el detalle de la Cruz Roja. Entregó la suma correspondiente por ella y, sentándose en un banco del primer parque que encontró, se dispuso a realizar los arreglos oportunos para hacerla pasar por la de Nephysto.

Ya con el maletín sobre sus piernas, cogió su cuchillo y la Cruz Roja que le había robado a İhanet, utilizándola como plantilla en una escabechina que se cobró parte de la maleta y de su paciencia, ante la dificultad de dibujar tantos lados. A continuación, vació por dentro el estigma recién hecho hasta que se pareció a la cruz del maletín original, dejando en cada aspa siete pequeñas protuberancias que coincidían en altura (y se pretendía que también en grosor) con los agujeros de la Cruz Roja de İhanet. Por último, tomó la navaja y se hizo un pequeño corte en el dedo, tiñendo con su sangre el nuevo grabado de la maleta. Ya lista, cogió de nuevo la Cruz y, al ver que no encajaba en la hendidura que acababa de labrar en el maletín, la incrustó directamente.

Contento después de un trabajo bien hecho como cuando ordeñaba a las vacas en el suelo en lugar de en el cubo, se levantó de un brinco tal vez con la idea de que la Cruz Roja se mantendría encajada en el apañito que le acababa de hacer a la maleta. Al ver que no sucedía así recogió la Cruz del suelo y, resignado, se la guardó de nuevo en el bolsillo mientras se disponía a abandonar el parque. Ya únicamente

le faltaba grabar a cuchillo las desviaciones mentales y taras genéticas de las que el propietario había hecho gala en el interior del maletín, pero el banquero pensó que con su excelente memoria no le llevaría mucho tiempo reproducir las frases una vez estuviera sumido en la tranquilidad de su hogar (lo de que la Cruz no encajara del todo bien se dijo que también era culpa del parque) cuando regresara de la Quinta s/n.

Caminando con aquella réplica exacta (salvo por los detallitos de fuera y de dentro) de la maleta robada y con su leve encorvamiento habitual que sin embargo no hacía sino realzar su eterna altivez, llegó el Señor da Morte a la Quinta Post Mortem, cuya historia escuchó por primera vez cuando era un niño, y aún podía soñar y creer en la magia.

Decía la leyenda que aquella mansión fue residencia de nobles y hombres de negocios, hasta que un día acogió a una mujer que había llegado de tierras lejanas, dejando atrás a un joven que prometió que iría a buscarla. La dama llenó el caserón de flores a las que alimentó con todos sus sueños y esperanzas echadas por tierra, pensando que si dejaba en las flores una parte de su corazón, algún día podrían responder a sus anhelos más profundos. Pero cuando llegó la hora de preguntar, no se atrevió a arrancar los pétalos de las flores para averiguar si su príncipe la quería o no la quería, pues cada uno de ellos eran ya un pedazo de su alma. Así, decidió simplemente confiar en que el muchacho cumpliría su promesa, y continuó esperando mientras regaba las plantas con sus propios sentimientos, dejando que crecieran sin jamás detenerlas ni cortarlas. Cada vez que alguien la visitaba, quedaba deslumbrado ante la belleza de aquella selva que crecía en mitad de una ciudad donde sólo salían ladrillos de la tierra, y un día las flores llegaron tan alto que atravesaron el techo, pero al ver lo que había fuera de la casa se pusieron enfermas. Pocas semanas después la mujer murió, y aunque ningún príncipe verde apareció para resucitarla con un beso, llegó un joven matrimonio que compró la casa.

Entre los dos arrancaron los árboles del jardín, y pusieron los cadáveres dentro de la mansión, para que sostuvieran las flores muertas, las frutas de mentira y los adornos que ellos compraban. Pero las plantas que aún vivían parecían tener voluntad propia, y expulsaron a los nuevos inquilinos de la casa, a la que llegó tras varios meses otro hombre adinerado. Una estrellada noche de otoño, el hidalgo se subió al tejado con unas tijeras, dispuesto a mutilar a aquellas plantas que invadían su hogar, sin saber que tal cosa era tan difícil como cortar los picos a las estrellas que invadían el cielo. Cuando fue a meter la enorme tijera, fue él quien perdió la cabeza, y los que le conocían vieron cómo se volvía loco, gritando que había visto a las flores llorar. La mansión se mantuvo deshabitada desde entonces, porque sus plantas expulsaban a cualquiera que quisiera hacerlas daño. Según la leyenda, el alma de la antigua mujer permanecía aún en las flores, que crecerían en aquella mansión durante toda la eternidad.

Mientras Crucius observaba la Quinta Post Mortem tras la verja, se lamentó de que su preciosa leyenda, como casi todas, jamás hubiera sido cierta, pues tan sólo había un par de árboles secos en el jardín. Pese a todo, la mansión en ruinas se erigía en la penumbra con una belleza tan desbordante, perversa, oscura, solemne e inquietante como la que desprendía el propio banquero. Recordó lo que le había contado Papis sobre la casa, pues los datos del Inspector resultaban por el momento más seguros y relevantes que los de una leyenda. Según le había dicho en comisaría, Acracio *okupó* la Quinta Post Mortem tres años atrás con ayuda de otros ladrones y bandidos de su calaña. El muchacho estuvo viviendo en la mansión durante los dos años y medio siguientes, y desde entonces hacía unos seis meses que Papis no le veía. En cualquier caso, Crucius estaba dispuesto a entrar ahí para encontrarlo y recuperar el dinero.

Se acercó a la verja negra y por un momento tuvo miedo de abrirla por si era la máscara que escondía los secretos de su alma, ya que la mansión que se hallaba justo al otro lado —con su diseño siniestro y extravagante— le recordaba

profundamente a sí mismo. Tal vez sugestionado por la leyenda, pensó que si él podía ver a través de las frías rejas de la verja, también la casa podría verle a él —a pesar de las caretas y armaduras que siempre se ponía— y asomarse a su corazón de niño banquero. Empujó la verja lo justo para colarse en el jardín y se zambulló en esas sombras que le parecían tan propias y ajenas, mientras escuchaba un grito tan espeluznante que solo deseó que no fuese producto de su imaginación y que no viniera del interior de la mansión, aunque supuso que ambas cosas no podrían cumplirse al mismo tiempo. Temblando como un crío a punto de hacer algo heroico y prohibido, Crucius ascendió los ocho peldaños que le separaban de aquel gótico y clandestino paraíso de ladrones y se coló a través de una vidriera, teniendo cuidado de no cortarse con algunos cristales que aún sangraban en la ventana.

El suelo de madera crujió a los pies de Mr. da Morte en aquella enorme galería que en otros tiempos estuvo compartimentada en varias habitaciones, de cuyas fronteras solo quedaba el recuerdo y un par de paredes a medio derruir. A la luz de la luna llena que se colaba por las grietas de los muros, una fina lluvia de telarañas y polvo de estrellas dibujaba el aura plateada del rostro de da Morte, reflejado en la eternidad como un fantasma creado con las lágrimas de los vivos.

Sabiendo perfectamente cómo era la persona a la que buscaba gracias al retrato que había conseguido en comisaría —y con intenciones de sorprender a Acracio por la espalda—, comenzó el banquero a recorrer sigilosamente la mansión, pertrechada por una cruz de piedra en el corazón de la sala. Mientras avanzaba temeroso y esperando que en cualquier momento su sombra emergiese de entre las sombras, se preguntaba si la luz que durante el día pudiera colarse entre los enormes agujeros del techo permitiría crecer a las pocas plantas que brotaran allí dentro.

Continuó caminando, y enseguida llamaron su atención los restos de un exquisito armario señorial, junto con un

elegante sillón que yacía descuartizado en una esquina. Pero estos no eran los únicos vestigios de aquel antiguo palacete, sino que había toda una gama de muebles esparcidos por los rincones, esperando a ser restaurados o a que unos dedos inquietos grabasen las iniciales de su amor en el polvo. Entre otras cosas, vio una estantería condenada a leer eternamente las mismas dos páginas de un libro abierto, y a sostener otros tres que tal vez nunca volverían a ser objeto de la mirada traviesa de un pequeño poeta. A su izquierda había un espejo que el tiempo, para no verse envejecer cada día, había ido deteriorando con esa paciencia de quien tiene toda la eternidad por delante; y un poco más allá una silla cansada de esperar de pie a que un niño quisiera sentirse más alto.

Pero lo que realmente llamó la atención de Mr. da Morte fue un extraño artificio de forma esférica, que lucía con timidez y de forma intermitente sobre una mesa cubierta de suciedad. Avanzó intrigado hacia aquel curioso objeto y dejó la maleta en el suelo para ir a tocarlo pero, ya con los dedos a unos centímetros, se dio cuenta del calor que desprendía. Enseguida se preguntó si los alambres que unían aquel artefacto resplandeciente a una caja marrón, serían los responsables de su funcionamiento. Con cuidado, cogió la silla de antes y empujó con una pata la esfera ovalada, haciendo que rodara sobre la mesa. De pronto, aquel pequeño sol de cristal iluminó tímidamente una serie de insólitos aparatos desperdigados por el suelo y encima de algunos muebles más distantes; antes de apagarse definitivamente, y de que Crucius tuviera que darle algunos golpecitos para volver a encenderlo, y poder ver mejor esos objetos. Ya había reparado antes en ellos, pero al observarlos desde lejos y en la oscuridad solo vio bultos negros a los que no prestó atención, pensando que únicamente serían viejos escombros postrados ante la cruz que presidía el centro de la galería.

Cuando por fin se acercó, comprobó que aquellos artefactos estaban llenos de engranajes, cilindros, piezas dentadas, ranuras, alambres de cobre; pequeñas protuberancias unidas mediante tornillos al soporte principal, y tubos metálicos que

sobresalían del mismo como los brazos de un bebé maldito. Los había de diferentes tamaños y formas, aunque apenas ningún aparato superaba la altura de sus rodillas. Crucius no tenía ni idea de para qué podía servir toda aquella maquinaria infernal, aunque la curiosidad por descubrirlo era cada vez mayor. Por eso se aproximó a uno de los diversos planos que había desperdigados junto a dichos mecanismos, esperando encontrar algún tipo de información sobre su utilidad y funcionamiento, y lo desplegó ante la luz de la pequeña esfera luminosa.

El pergamino estaba escrito en un idioma que no conocía, pero supuso que los numerosos dibujos explicativos le serían de ayuda para descifrar los secretos de aquellos diabólicos artificios. Estaba el Señor da Morte analizando detenidamente las ilustraciones cuando volvió a escuchar el mismo grito desgarrador que oyó mientras se encontraba en el exterior de la casa, ahora con la certeza de que provenía de dentro; de algún rincón que se encontraba espantosamente cerca. El banquero sintió cómo se le erizaba el vello de los brazos mientras un escalofrío recorría su espalda, y soltaba el plano sin darse cuenta, cogiendo la maleta y abrazándose a ella. Temblando, comenzó a caminar lentamente hacia atrás, tropezando entonces con uno de los diabólicos artefactos. Aún abrazado a la maleta, rodó por el suelo hasta chocar contra algo y descubrir —con sus propios ojos— al monstruo que en sus peores pesadillas desaparecería al abrirlas. Su piel lacerada se deshacía en una masa infecta de heridas abiertas que enseñaba como en un sórdido desfile de los horrores de su guerra. Aunque lo más trágico era que, al no poderse ver, jamás firmaría la paz consigo mismo, ni intuiría las armónicas proporciones de lo que antaño fue un cuerpo hermoso antes de ser terriblemente mutilado.

Conteniendo un grito de terror, Mr. da Morte se levantó de un salto para huir de aquel ogro ciego y correr hacia una salida que, al igual que el banquero, estaba bloqueada. Aunque esto Crucius tampoco pudo descubrirlo hasta que, ya a punto de alcanzar el tirador del pórtico, se abrió por sí solo

dejando paso a otra criatura tan horrenda que ni la puerta se atrevía a impedirselo. El Señor da Morte se dio la vuelta instintivamente, sin tan siquiera pensar en que ese engendro era el único obstáculo que le separaba de una calle que, en cualquier caso, también estaba llena de monstruos. Y quizá los de aquella mansión, por muy horribles que parecieran, tuvieran la belleza en su interior, al contrario que los de ahí fuera. Pero Crucius tampoco quiso comprobarlo, y se limitó a escapar aterrado de la momia ensangrentada de la puerta y a correr de nuevo hacia el interior de la mansión, donde aún le esperaba el hombre sin ojos.

Jadeando y sin saber qué hacer, embistió con todas sus fuerzas hacia la escalera que se recortaba al fondo de la habitación, quizá solo porque al subir a un lugar más alto dejaría de sentirse tan pequeño. Al pasar corriendo prácticamente al lado del invidente, de algún modo éste consiguió agarrarle del brazo y, al topar con la maleta, asirla durante unos instantes; hasta que el banquero la liberó de un tirón. Continuó corriendo a trompicones con el maletín mientras se tropezaba con aquellos misteriosos artefactos que a su llegada le sedujeron desde el suelo y que, al igual que sucedía con las mujeres, nunca conseguiría descifrar. Los fascinantes artilugios, del mismo modo que éstas, lograron atraparle y herirle varias veces hasta que, entre caídas y maldiciones, consiguió llegar a la escalera podrida que se alzaba al otro extremo de la habitación y ascender los primeros peldaños a la muerte.

Justo en ese momento, algunas velas se encendieron y decenas de ojos brillaron débilmente en la oscuridad, como una constelación de monedas gastadas e imposibles de contar en aquella noche sin luz y sin estrellas. Y Crucius intuyó que, del mismo modo que aquellos seres malignos se las habían robado al cielo, querrían quitarle también su maleta. Al ver cómo se iluminaban nuevos ojos y constatar que el número de perseguidores crecía, intentó subir las escaleras de tres en tres, tropezándose con sus propios fantasmas. Hasta que, ante sus violentas pisadas, un peldaño carcomido

cedió bajo el pie del banquero, y su convulsa pierna derecha quedó atrapada en la grieta con un corte que ascendía por el tobillo y llegaba hasta el muslo, encajado en el agujero. El Señor da Morte no pudo contener un grito desgarrador y varias maldiciones mientras rezaba porque la escalera no terminara de romperse con él atrapado entre sus fauces, y sentía cómo su dinero y su sangre se le caían del bolsillo.

Tras insultarse y pelearse para ver quién se quedaba con las monedas, aquellos despojos humanos empezaron a invadir la escalera, entre ellos los ancianos, mujeres y niños en harapos que durante demasiado tiempo habían dormido en el pequeño portal que se formaba bajo los escalones. Mientras tanto Crucius, aterrado y temblando de dolor, intentaba sacar la pierna con el colmillo marrón aún clavado en la carne, y la lengua de madera astillada repasando a besos los labios abiertos de su herida. Pese a todo continuó luchando y, cuando al fin parecía que iba a liberar la pierna, uno de los exiliados saltó debajo de la escalera y alcanzó su tobillo, quedando suspendido de él como un criminal balanceándose en la horca. Tras hundirle nuevamente el muslo, el refugiado perdió la poca energía que pudiera tener y se soltó, dejando al Señor da Morte aullando mientras se abrazaba a la maleta. Sin soltarla en ningún momento se estiró como pudo y, cuando al fin alcanzó el pasamanos, logró sacar su ensangrentada pierna entre alaridos de dolor.

Para aquel entonces ya los tenía a todos prácticamente encima, y él solo podía avanzar a duras penas apoyándose débilmente sobre una barandilla incapaz de seguir aguantando el peso de los años. Le aterraba que pudiera romperse esa escalera por la que tantas veces había subido la humedad, el frío y más de un banquero rico, y por la que ahora subía otro que no tendría dinero ni para arreglarla. De repente sintió cómo una áspera mano a la que le faltaban varios dedos le asía de la muñeca izquierda, clavándole las uñas en el dorso, pero Crucius no permitió que le quitaran la maleta. Extrajo con la diestra el mismo cuchillo con el que había grabado la Cruz en el maletín, y lanzó una estocada

tras otra (sin atinar en ninguna) hasta que el tuberculoso cayó por las escaleras, arrastrando a varios más como un viento que llevase la enfermedad de la mano. Con el camino algo más despejado y la navaja aún en la mano, el banquero continuó avanzando entre tumbos durante unos instantes hasta que unos dedos negros se clavaron en sus tobillos y le hicieron perder el equilibrio. Sin ninguna piedad, le arrastraron boca arriba sobre unos peldaños que él sintió como cuchillos.

Decenas de manos mugrientas y sin dedos rodearon el pecho y el cuerpo de Mr. da Morte desde los escalones inferiores y desde el extremo de la escalera a través de los barrotes. Al instante le quitaron la navaja y empezaron a tirar de sus ropas y su cabello revuelto empapado de sudor, mientras algunos niños se arrojaban sobre él para arrancarle la maleta. Presumiblemente, solo la querían para tener una caja vacía —como las que les veían a sus padres— en la que guardar los botines de sus robos y así convertirse en adultos. Estos, en cambio, seguro que peleaban por la misma maleta pero llena de dinero, para no tener que seguir robando y poder descansar como los ancianos. Y los ancianos, irónicamente, intentarían robarla por si después de todo estaba llena de juguetes, y para hacer una travesura con la que volver a sentirse como niños.

—¡No llevo dinero, no llevo dinero! —chilló Crucius, aterrado.

De pronto, sintió cómo una bota aplastaba su mano izquierda. Arqueó la espalda de dolor y, en lugar de soltar el maletín, se defendió a patadas y retorció los brazos hasta conseguir que le soltasen. Ya libre otra vez, ascendió prácticamente a gatas los peldaños superiores de una escalera que le venía grande a las piernas, subiendo así los últimos picos de aquel serrucho que, por ir a destajo, había cortado su piel.

Por fin en el piso de arriba, lo cruzó tambaleándose hasta el otro lado y se encerró en la primera habitación que encontró, bloqueando la puerta con unos tablones. Aún temblando y cojeando, consiguió avanzar en la oscuridad hasta el lado

opuesto, donde se topó con un pigmeo —arrugado y sin piernas— que se encargaba de cuidar a otro tipo, derramando un extraño líquido sobre una herida abierta de su estómago. Al acercarse un poco más, Crucius se dio cuenta de que el corte era tan profundo que asomaban las vísceras. Lejos de vomitar, porque al banquero nunca le disgustaron excesivamente ese tipo de imágenes tan violentas, contempló la escena no sin cierto regocijo hasta que escuchó los tremendos alaridos que el tipo rajado emitía cada vez que el anterior dejaba caer una gota sobre su herida. Entonces Crucius reconoció los gritos y reparó en que eran idénticos a los que había escuchado al llegar a la mansión. Y si entonces le hicieron estremecerse, en esta ocasión le dejaron al borde de las lágrimas al ver el inmenso sufrimiento de aquel hombre que agonizaba vivo. Se aproximó cautelosamente quizá con algún tipo de intención —por supuesto no manifiesta— de ayudar, porque instintivamente supo que aquel líquido lo curaría muy pronto.

Tras unos breves y fallidos instantes de pensar en ayudar a otra persona más que a sí mismo, volvió Crucius a la normalidad compadeciéndose para variar de su terrible situación al pensar en lo sumamente asustado que tuvo que haber estado en las escaleras para no escuchar los gritos de agonía del herido. En estas estaba Mr. da Morte cuando el inválido se percató de la presencia del banquero, concentrado como había estado en su paciente. Sus ojos se deslizaron casi al instante desde el rostro compungido de Crucius hasta la maleta que sostenía en su mano. De súbito y con una velocidad increíble para no tener piernas, la terrible criatura avanzó columpiándose sobre las manos y se abalanzó sobre el Señor da Morte. El maletín cayó entonces al suelo y al abrirse reveló su inexistente contenido, destapándose la maleta y la mentira. En esta ocasión Crucius no intentó recuperarla, sino que se limitó a esperar la temible reacción del minusválido.

Éste palpó su superficie interna desesperadamente, como si no fuera capaz de advertir a simple vista que dentro de la

maleta no había nada. Sin embargo, Crucius estaba completamente seguro de que no estaba ciego, porque el pigmeo le había mirado a los ojos hacía apenas unos segundos. De pronto cerró la maleta, y comenzó a deslizar las manos por la superficie externa hasta dar con el emblema de la Cruz Roja. Lo repasó con los dedos durante unos segundos hasta que simplemente masculó «esta no es», dejando la maleta donde estaba.

Cuando Crucius por fin se atrevió a recogerla del suelo el tipo le lanzó una mirada fulminante, pero aún así se arriesgó a preguntar tímidamente:

—¿Vive aquí Acracio Treasón?

—No. Vete.

—Pero... ¿Sabes quién es? ¿Vivía aquí? —insistió Mr. da Morte.

—Sí. Vete.

Los golpes de docenas de manos empezaron a escucharse contra la puerta. Crucius temblaba agarrado a la maleta como un niño aterrorizado abrazando su osito de peluche. Quiso seguir preguntándole sobre Acracio, y sobre todo si había respondido que «sí» a la primera pregunta o a la segunda, pero no fue capaz de hacerlo:

—Me están persiguiendo. Sé que eres de los suyos, pero... —repuso el banquero con un hilo de voz.

—Dales la maleta —le cortó el inválido bruscamente, mientras secaba el sudor del tipo que yacía en el suelo.

—La necesito... —murmuró Crucius en un tímido susurro casi inaudible entre unos golpes que poco a poco se volvían tan intensos como los de su propio corazón.

—Te la devolverán. Vete —respondió el otro, sin apartar la mirada del enfermo.

La puerta empezaba a ceder y unas cuantas manos deformes y mutiladas ya se agitaban como cuellos cercenados en la rendija abierta.

—Por favor, me matarán... —suplicó Crucius, con las piernas a punto de doblársele.

—¡Estoy ocupado, vete o yo mismo lo haré!

El tono de la amenaza fue tan frío y demoledor que el banquero, muerto de miedo, retrocedió de espaldas un paso tras otro sin tan siquiera darse cuenta, hasta quedar atrapado entre unos brazos sin manos. Perteneían a un hombre que había sido capaz de colarse por la abertura de la puerta, y que aunque a todas luces había sido víctima de torturas, no parecía haber perdido su facilidad para amar con el corazón. Sí le arrebataron su capacidad para amar con la boca, y abrazaba a Crucius como a un amigo al que hubiera dejado atrás, así como también dejó atrás sus palabras y su poesía. Le habían cortado la lengua y le habían transformado en el esperpento humano que era ahora, condenándolo a una eternidad de lágrima y silencio. Aún así, el tipo barbudo intentaba comunicarse mediante sonidos guturales, luchando por apartarse de la cara algunos mechones greñosos de su cabello castaño claro...

Aún así, el tipo sin voz sonreía.

Volvió a acercarse y Mr. da Morte cedió a su abrazo, como un niño perdido que acepta las caricias y caramelos de un desconocido. No le importó el roce de sus muñones de carne y cereza ni sintió miedo ante la oscuridad imperante, tan solo pesar porque la ausencia de luz apenas le permitía contemplar la tranquilizadora y amable sonrisa de aquel santo mutilado y maldito. El banquero se sentía seguro con él, arrullado entre las alas de un Ángel Guardián que, sin duda, había bajado de su propio Infierno para protegerlo de ese otro. Y pudo permanecer entre sus brazos hasta que, de pronto, un hombre en los huesos que había sido torturado con fuego logró colarse también por la abertura de la puerta y saltó sobre ambos, apartándolos de un empujón.

Crucius gritó de terror mientras el esqueleto quemado le arrastraba —cuchillo en mano— hasta la entrada que, si bien había permitido el paso de los dos mártires, difícilmente haría lo mismo ante el voluminoso cuerpo del banquero. Ya en la puerta todavía atrancada, medio centenar de manos salieron de su sopor para recibir con un apretón efusivo al Señor da Morte, mientras de nuevo aferraban cada centí-

metro de carne de su sano y mullido cuerpo. Y mientras le absorbían hacia adentro arrastrándole violentamente a través de la pequeña abertura, éste ni siquiera se defendía por miedo a que el hombre carbonizado le hundiese el cuchillo en la garganta.

Una vez se hallaron los tres al otro lado de la puerta, un tipo cubierto de cicatrices la cerró para no molestar al herido y al inválido, al que Crucius identificó como el capitán de aquel barco hundido. Sin mediar palabra, hicieron al Señor da Morte tumbarse boca abajo en el suelo y le arrancaron la maleta de la mano como quien arranca sirenas al océano, deseando oírle cantar.

—¿Dónde están?! —preguntó uno bruscamente, situando la maleta abierta delante de sus narices, mientras le agarraba del pelo y le ponía un cuchillo en la garganta.

—¡No sé dónde están los billetes...! —gritó Mr. da Morte, aterrado—. ¡Me lo robó todo Acracio! —añadió desesperado mientras sentía cómo su interregador le hurgaba en los bolsillos.

—¿Y esto?! —inquirió entonces el tipo, extrayendo la Cruz Roja del izquierdo, y guardándosela él.

El balbuceante silencio de da Morte pareció enfurecer especialmente a la masa rabiosa, porque al instante le pusieron boca arriba sobre el suelo y le pegaron un bofetón. Mientras decenas de manos le sujetaban para que no se moviese, otras se acercaron a su abdomen con cuchillos. Varias lágrimas se deslizaron por las sienas de Crucius antes de hundirse en su cabello ya sucio y enredado, mientras chillaba y se retorecía al imaginar en la fina piel de su pecho los filos de las mismas navajas que justo en ese momento ya estaban rasgando su camisa.

—¡Por favooooooooor! —aulló.

Sintió una primera punzada a ras de la piel avanzando sin ninguna prisa hacia el estómago, como si el responsable quisiera disfrutar de cada centímetro de sufrimiento. A pesar de que el corte era completamente superficial y el dolor soportable, el Señor da Morte no dejaba de gri-

tar y sacudirse, rogando clemencia una y otra vez. Entre lágrimas de luz consiguió atisbar durante un instante el angustiado rostro de aquel valeroso desconocido que antes le había abrazado, y al que ya empezaba a querer como si conociese de toda la vida. Intentaba avanzar a empujones con otro compañero, luchando juntos mano a mano —aunque a los dos se las hubiesen cortado—, y tratando ambos de comunicarse con el banquero pese a no tener lengua, abriéndose paso a la fuerza entre aquel rebaño de ovejas asesinas.

Mientras tanto, decenas de manos gangrenadas continuaban estrellándose contra la cara y el cuerpo de Crucius, comiéndose su suave piel de algodón a bocados y pellizcos. Ya sin poder distinguir el noble semblante de su anónimo salvador, ni el del otro hombre mudo que avanzaba a empujones con él, vio entre todas las caras deformes los rostros corrompidos y desfigurados de quienes en otros tiempos fueron mujeres hermosas. Una de ellas quiso violarle (o ser violada por él), porque le bajó directamente el pantalón y trató de ingeniárselas para introducirse el miembro del banquero sin tener ni idea de cómo hacerlo en su estado, mientras un segundo verdugo le aproximaba al pecho su cuchilla hambrienta, dispuesto a profundizar en el mismo corte que le dejó a él sin corazón.

—¡Nooooooooooooo! —chilló Crucius, viendo que la navaja se acercaba para surcar de nuevo a toda vela las saladas orillas de su herida, transformada de pronto en una preciosa estela pirata por la que muy pronto se vería nadando.

Pero de repente, una bala atravesó el sucio cristal de una de las ventanas y se estrelló contra la cabeza de su torturador, a tal velocidad que le entró por la frente y le salió por la nuca. Al instante, una segunda bala atinó en el costado putrefacto de aquel abyecto fracaso de la naturaleza, pero cuando una tercera bala fue a clavarse en el centro de su corazón, él ya no pudo sentirla. El cuerpo inerte se desplomó de rodillas sobre el suelo con un sonido sordo y seco que resonó por toda la mansión, como si el cadáver quisiera

que el eco de su último adiós viviese para siempre en los fantasmas de aquella necrópolis sin memoria.

El pánico cundió alrededor y el banquero se vio de pronto liberado, mientras un enjambre de balas perdidas se estrellaban por cada rincón de la enorme galería. Las velas se apagaron, y decenas de cadáveres vivos volvieron a la muerte en un abrir y cerrar de ojos, mientras otros tantos nadaban a orillas de sus recuerdos, desangrándose como peces de agua y arcilla que ya nunca volverían a moldear.

Cuando por fin Crucius reaccionó a aquella barbarie, se levantó de un salto y avanzó varios metros primero a trompicones y después a gatas hasta que consiguió subirse los pantalones y recuperar el maletín vacío, que colocó instintivamente sobre su cabeza. Aterrado, comenzó a correr entre las balas al amparo de ese codiciado paraguas de barro y hojalata que, con razón, todos quisieron quitarle al prever aquella lluvia. Poco a poco el suelo se fue llenando de charcos rojos que, al paso de Crucius, salpicaban la cara de algunos heridos que yacían desmayados tras haber tropezado con sus propias vendas. A pesar de la oscuridad, Mr. da Morte atisbaba los rostros de los moribundos suplicándole una ayuda que desde luego él no iba a conceder, teniendo en cuenta que hacía algo menos de un minuto habían intentado robarle, comérselo, follárselo, matarlo, follárselo, comérselo y follárselo; todo en ese orden.

Al cabo de unos segundos que se le hicieron eternos, los disparos por fin cesaron y el Señor da Morte se apartó de la columna tras la que se había refugiado, al ver que comenzaban a entrar por las ventanas (sin importar si conservaban o no los cristales) varias filas de agentes vestidos de negro que indudablemente le localizarían si no lograba encontrar un escondite mejor. Al ver a todos esos pistoleros regresó a su mente la imagen de Pasquín, y su único deseo fue que regresara junto a él aquel hombre tan poderoso que vencería a aquella veintena sin usar las manos ni sacar sus pistolas. Se fijó en que todos los mercenarios llevaban el rostro embozado, lo que obviamente no le inspiró ninguna

confianza. Algunos tenían cosido en el traje un pequeño emblema con la figura de una Cruz Roja que, en la oscuridad y a esa distancia, Mr. da Morte tampoco pudo llegar a advertir. Pero no lo necesitaba para saber que aquel cuerpo no pertenecía a la policía local —que jamás mostraba esa eficiencia—, sino que se trataba de un grupo de sicarios al servicio de alguien y que, aunque le acabaran de salvar la vida, tampoco dudarían en quitársela.

Sin pensarlo dos veces comenzó a arrastrarse en la oscuridad y a gatear sobre aquel lecho de gérmenes y tumores olvidados como otro hijo más del cáncer. Poco a poco, avanzó entre esa marabunta de sarcoma, muerte y desolación con el cuerpo temblándole de la cabeza a los pies, y el alma estallando en su pecho junto al eco de todas aquellas bombas. Tan solo deseó una vez más que Pasquín estuviera allí con él porque, al lado de un amigo, no tendría miedo.

De repente, y como si alguien ahí arriba hubiese escuchado los anhelos del único banquero que no pide dinero al cielo; un brazo herido cayó sobre el cuello de Crucius, rodeándolo como una cadena de corazones enfermos. Intentó ignorarlo, pero el abrazo se hizo más fuerte y familiar, hasta el punto de hacerle desear la muerte sobre el pecho de aquella persona que se arrebujaba contra él, si es que aquella noche ya estaba destinado a morir de alguna manera.

El Señor da Morte fue a cogerle la mano en la oscuridad, pero al acercar la suya comprobó que no tenía. Palpó los muñones de sus muñecas y acarició brevemente su barba y su largo cabello ondulado, percatándose de que pertenecía al mismo príncipe minusválido que hacía un rato había intentado salvarle la vida. Pero ahora se desangraba lentamente por varios disparos que había recibido en el hombro, y bajo sus ropas de vagabundo y poeta rebelde se leían en braille dos agujeros de bala. El otro mendigo sin lengua ni manos que también trató de ayudarlo, había corrido aún peor suerte que su amigo, pues las balas habían ido a estrellarse contra su pecho, y ahora yacía sin vida en el suelo.

Entre temblores y jadeos, el que aún vivía parecía querer decirle a Crucius que, si conseguía salir de allí, fuese él su voz, y la voz de aquella ciudad inválida y sin piernas abandonada por Mâdrid. El banquero comenzó a llorar sobre el cuerpo de aquel mendigo de las palabras, al sentir que se marchitaba y se moría como un libro mojado. Le abrazó con todas sus fuerzas, intuyendo que el final estaba escrito y que él sería su última página. Permaneció acurrucado junto a él durante todo el tiempo, sintiéndose afortunado aunque en cualquier momento pudiera caer una nueva lluvia de balas envenenadas. Mientras tanto, los agentes iban registrando los ropajes de sus víctimas en la oscuridad, sin importarles en absoluto si estaban muertas o sólo lo fingían. Solo cuando alguien se movía ligeramente o parecía capaz de ofrecer cualquier tipo de resistencia disparaban a bocajarro.

Crucius continuaba inmóvil en el suelo, semioculto bajo el abrazo de un hombre que, perseguido como Pasquín, moriría asesinado por otros que no deseaban un Mundo redondo como las monedas de los pobres, sino plano como los billetes de los ricos. Pero el Señor da Morte, que últimamente no tenía ni de lo uno ni de lo otro, lo único que quería era que el mendigo sobreviviera. Le resultaba trágico y terrible sentir cómo su cálida respiración brotaba de unos labios a los que luego nunca conseguía regresar. Le dolía sentir tan cerca de su piel el aliento de una persona que, quizá, estaba ya tan lejos que ni siquiera se encontraba allí. Los ojos del banquero permanecían cerrados a una realidad que ya le superaba, y a unas lágrimas que una y otra vez intentaban vencer sus párpados. Había dejado la maleta escondida bajo su propio cuerpo, arrojado a su vez por los harapos de aquel trotamundos que si al final se marchaba ya no volvería más a aquél. Y, a pesar del terror que sentía ante la posibilidad de que esos asesinos decidieran dispararle, Crucius sabía que no podía existir una forma mejor que aquella para morir. Tan solo echaba en falta que Pasquín también estuviera con él porque, al lado de dos amigos, el banquero se sentiría

invencible aunque él ya no llevara collares de monedas, o el pistolero cinturones de balas.

Los sicarios pasaron por delante de Mr. da Morte, que temblaba bajo el cuerpo aún caliente de aquel ladrón sin manos. Las suyas no dejaban de retorcerse, hasta que se posaron como dos mariposas heridas sobre lo que quedaba de las de aquel mendigo que sonreía como si lo tuviera todo en la vida, pese a no tener de nada. Ya más tranquilo por el mero contacto de su cálida piel, seguía sin atreverse a abrir los ojos, pero no lo necesitaba. Por el ruido de los metales, sabía perfectamente que algunos mercenarios estaban recogiendo en el piso de abajo los extraños y fascinantes objetos que vio a su llegada. Mientras tanto, otros le quitaron al vagabundo de encima y registraron los bolsillos de ambos sin entusiasmo alguno. Seguramente se sentían agotados después de una dura jornada de trabajo disparando a personas indefensas que podrían haber sido sus padres, mujeres e hijos, y deseaban acabar lo antes posible con aquel engorroso encargo para irse a dormir a sus casas, y reponer fuerzas para el del día siguiente. Al abrir la maleta de Crucius, ni siquiera repararon en la Cruz Roja que él mismo había tallado en la superficie; por lo que la cerraron en cuanto comprobaron que estaba vacía.

Cuando al fin todos bajaron las escaleras y abandonaron la Quinta Post Mortem, Crucius se arrastró de nuevo entre lágrimas hasta su amigo, acurrucándose junto a él, y sin que le importara pasar frío aquella noche si era para abrigar al mendigo con su cuerpo. Le estuvo abrazando hasta que los primeros rayos del amanecer rompieron contra los ojos rotos de sueño del banquero, en el que empezaba a hacer mella el agotamiento tras su segunda noche sin dormir. Después de haber pasado tantas horas temblando de frío y de miedo, Mr. da Morte tenía todo el cuerpo tan agarrotado que apenas le dolían los moretones y el desgarrón de su pierna. Solo le dolía estar tumbado junto a aquel sol que, aunque a sus ojos lucía como siempre, no sabía si daría más calor. Se encogió tiritando contra su piel, sin conseguir que ninguno de los

dos dejasen de estar helados, y tan solo deseando que en el caso del mendigo no fuera porque ya estuviese muerto.

De pronto se abrió una puerta a lo lejos y una macabra y grotesca figura atravesó el umbral mientras el Señor da Morte, sobresaltado, daba un brinco aún tirado en el suelo. Aún en la penumbra de la galería reconoció enseguida al superviviente. Se trataba del pigmeo sin piernas al que sorprendió cuidando de aquel herido en la habitación del fondo, a la que el grupo de sicarios ni se había molestado en entrar. El enano comenzó a avanzar hacia Crucius a una velocidad alarmante, mientras éste retrocedía con las piernas demasiado entumecidas como para tratar de incorporarse.

Al llegar junto a él, el minusválido se limitó a ordenarle con voz grave que se marchara de la mansión. El Señor da Morte se arrastró de nuevo hacia su amigo y lo abrazó con más fuerza todavía, seguro de que todavía continuaba vivo, y más aún de que no quería abandonarlo. El inválido suspiró entonces, diciendo que si realmente estaba dispuesto a ocuparse de él podía llevárselo, pero que en caso contrario se largara y dejase de molestar. Mientras aún le abrazaba, Crucius recordó que había ido hasta allí en busca del dinero que le habían robado, y se dio cuenta de que si no había sido capaz de cuidar de una maleta, mucho menos podría hacerlo de una persona. Al final se levantó tambaleándose, con un dolor de cabeza tan intenso que ni siquiera pudo comparar con el de la peor resaca de su vida.

En la penumbra de la casa, observó por última vez el tranquilo rostro del vagabundo durante unos segundos, antes de dirigirse hacia las escaleras, conteniendo las lágrimas y sin volver la vista atrás. Si lo hacía, sabía que no se marcharía de allí sin el único hombre que le ayudó con el corazón al no poder ayudarle con las manos. De cualquier forma, Crucius sentía que ya le llevaría en el suyo para siempre, por lo que siguió adelante, sabiendo que el inválido le cuidaría mejor que él. De algún modo, y por algún motivo que no podía explicarse, Mr. da Morte tenía la certeza de que el mendigo se recuperaría bajo la supervisión del hombre

sin piernas. Pegado a la pared para no dejar caer su peso justo en el centro, el banquero consiguió bajar los peldaños sin que la escalera volviera a abrirse a sus pies. Ya en la planta de abajo, observó que los mercenarios efectivamente se habían llevado todos los artilugios y los planos que vio a su llegada. Se lamentó de que no quedase ni uno solo de esos objetos que tanto le habían intrigado, y que sin duda habría intentado llevarse sigilosamente, siendo una lástima dejarlos en aquel sitio lleno de vagabundos y maleantes «sin la inteligencia necesaria para descifrar su funcionamiento».

En cambio, nadie había tocado los cuerpos agujereados de los leprosos y lisiados que acababan de intentar abrirle en canal hacía solo unas horas. Los había de todas las edades, y con la herida y pálida luz de la mañana ya no le parecieron los engendros deformes ni los muertos vivientes de un relato de terror, sino seres humanos normales y corrientes a los que la enfermedad había devorado por dentro. Los había sobre todo mutilados, quemados y torturados, pero también abundaban los tísicos, tuberculosos, gangrenados, tullidos... Todos ellos unidos contra la pobreza, el dolor y el olvido al que se enfrentaban juntos. Volvió a fijarse en la cruz de piedra que había en el centro de la galería, pensando que aunque entre ellos lo compartieran todo, un solo crucifijo no era suficiente homenaje para todas aquellas personas enfermas que —sin saberlo— ya habían luchado y muerto demasiadas veces. Por eso, tal vez, ahora había una segunda cruz en la sala. El Señor da Morte se agachó junto a la Cruz Roja que el refugiado le sacó del bolsillo mientras entre todos lo rodeaban e inmovilizaban en el suelo —justo antes de que aparecieran los mercenarios— y volvió a guardársela, suponiendo que al ladrón se le cayó mientras huía de ellos.

Sin demorarse más, salió con la maleta de la Quinta Post Mortem y se dirigió al río para lavarse. Después, aprovechando que no estaba su familia, fue a la granja para cambiar sus destrozados ropajes por otros más dignos, antes de encaminarse hacia el banco.

* * *

Ya estaba Crucius acariciando distraídamente la llave dentro de su bolsillo, cuando a unos treinta metros del recinto observó que tres personas —una vestida con tonos naranjas— se encontraban esperando frente a la entrada. Como todavía no era Carnaval, enseguida supuso que el de las ropas estridentes era Nephysto, e instintivamente escondió la maleta a su espalda, esperando que el Noble no la hubiera visto desde la lejanía. Estaba seguro de que no le haría mucha gracia verle paseando con ella fuera del banco, así que la dejó caer entre unas plantas que lamentablemente no resultaron ser carnívoras, porque entonces se habría lanzado él después. Ya iba a salir directamente corriendo, cuando la figura de prendas doradas levantó la voz, confirmando que se trataba del Conde.

—¡Hombre, dichosos los ojos...! ¡Pero si es mi amigo de Marte... perdón... da Morte! —exclamó airadamente, acompañado de sus dos escoltas mientras se precipitaba a toda velocidad hacia el banquero; antes de que éste decidiera que aquel miércoles era fiesta y que se volvía para casa—. Te veo muy... acalorado... —resopló Nephysto— ¿Has venido corriendo o ha sido al verme? —preguntó socarronamente, aunque en su caso eran ambas cosas.

El corazón de Crucius galopaba en su pecho como un caballo desbocado. A los dos días de haber realizado el depósito, su cliente regresaba junto con dos agentes para, con toda seguridad, recoger la maleta y el dinero que había dejado bajo custodia. El Señor da Morte tenía la boca seca y un sudor helado le cubría la espalda.

—Sudo de la alegría.

—Pues deberías haber venido corriendo, que llegas tarde.

Mr. da Morte fingió que ignoraba el comentario mientras trataba de alejar a Nephysto de los matorrales. No le supuso ningún esfuerzo porque él mismo se encaminó hacia el banco; donde Crucius extrajo la llave de su bolsillo con las

manos temblorosas, para intentar atinar en el hueco de la cerradura. Su santa abuela que en paz descansa solía enhebrar mejor la aguja con sus cuatro dioptrías en su único ojo.

—No entra, he debido confundirme de llave —mintió.

—Vaya, qué pena, ¿entonces vuelvo mañana? —preguntó el Conde comprensivamente.

«Para mañana ya habré tenido tiempo de suicidarme o de huir del país» —se dijo el banquero no tan de broma como le hubiese gustado.

—Pues casi mejor.

Nephysto le respondió con una sonrisa fría y al momento la enorme y áspera manaza de su agente se posó sobre la del Señor da Morte, que aún sostenía la llave. El grandullón cerró su propio puño sobre el del banquero hasta que su estrujada mano quedó totalmente oculta bajo la del verdugo. Los dientes de la llave se clavaron en sus dedos y en la fina palma hasta hacerle sangrar. La intensidad de aquel ferviente apretón fue en aumento, y al cabo de varios segundos Crucius se vio saltando y bufando de dolor. Frente a él, Nephysto continuaba esgrimiendo su malévolamente sonrisa mientras acariciaba algo que podía ir desde un botón de la camisa al que tuviese especial cariño hasta un posible colgante que llevara debajo, pasando simplemente por la piel de su pecho, emocionadísimo como estaría de tener al banquero a punto de suplicarle. Fuera lo que fuera, Crucius recordó que su cliente también lo estuvo manoseando cada dos por tres durante su anterior visita.

—Basta, por favor... —gruñó entre dientes cuando ya sintió que no podía más.

El tipo aflojó la mano inmediatamente y permitió que Mr. da Morte pudiera abrirla completamente, sin poder reprimir un leve gemido de dolor. La llave permanecía aún clavada en su piel y fue a retirarla con cuidado, pero Nephysto se le adelantó llevándosela de un tirón seco. Siete volcanes carmesíes estallaron en el océano de su mano, como pequeñas islas de fuego que ni las lágrimas a mares conseguirían apagar.

—Ababolio, por favor, no sabemos si el Señor da Morte tiene algún tipo de aprensión a esos apretones tan efusivos —le regañó el Conde con una radiante sonrisa de oreja a oreja, abriendo él mismo la puerta con la llave y colándose por la entrada—. No pongamos más nervioso a Crucius... que luego el pobrecillo no me sabe ni contar el dinero.

«No me vas a saber contar tú los años que vas a pasar entre rejas, hijo de puta» —pensó Mr. da Morte con los ojos llorosos.

—Adelante, pasa, Bubastos —invitó Nephysto al otro tipo que le acompañaba. Se trataba de un hombre cuya complexión famélica tranquilizó bastante al banquero, pensando que al menos éste no podría romperle la espalda con un abrazo—. Y tú también puedes entrar si quieres, Crucius, a menos que prefieras quedarte afuera con Ababolio.

Los labios del Señor da Morte temblaron de miedo y de rabia cuando abrió la boca para contestar:

—Sí, yo voy a pasar. Sin embargo usted se va a marchar de mi banco ahora si no quiere que le denuncie.

—Solo he venido a retirar una parte de mi dinero... Pero como parece un poco reacio a devolvérmelo, tendré que cogerlo yo —resolvió entonces el Conde, avanzando hacia el mostrador en compañía de sus mercenarios, y dejando bastante claro que no sabía interpretar al uso aquello que decían de «cada uno en su casa y Dios en la de todos».

—¡Hala, venga, alegría! ¡No se corten ustedes y ya que están salten por encima de la mesa, y tampoco se priven de echar una meadita si les apetece; ustedes como si estuvieran en casa!

La muestra de humor del Señor da Morte no debió gustarle demasiado a su cliente, porque enseguida adquirió un semblante serio y dijo:

—No me voy a ir del banco sin mi dinero.

—¡Pues acomódese sobre el mostrador, hombre, y aguarde mientras voy a la granja a por un cerdo para sacrificárselo aquí mismo, y así hacerle la espera más agradable! ¡¿Quiere que le quite los zapatos para que esté usted más cómodo,

Señor Conde de Alcornia?! —continuó el banquero, viendo que había conseguido alterar a su cliente.

Hasta que de pronto, sin tan siquiera dejarle tiempo de pestañear, el tal Bubastos saltó por encima del mostrador —tomándose literalmente la invitación de antes—, pegando a Crucius tal rodillazo en la entrepierna que le hizo retorcerse de dolor, ya de rodillas en el suelo y con las manos entre las piernas.

Y mientras contenía acurrucado y a duras penas las lágrimas que le desbordaban las entrañas, recordó con cariño el rostro de Pasquín, el único asaltante al que abriría una y mil veces las puertas del banco, si es que algún día regresaba de su eterno viaje. A fin de cuentas, fue el único bandido que entró en aquel lugar para llenarlo de alegría, y no de muertos; y para dejar una cosa en lugar de llevársela él. Concretamente le entregó al Señor da Morte su pistola, un arma que le hubiera encantado utilizar en aquel momento si aún hubiese dispuesto de ella. Aquel Pistolero le enseñó a utilizarla con una puntería magistral a cambio de que el banquero la escondiera allí.

La visita ocurrió a principios de Julio, hacía ya más de dos años y medio, y a menudo Crucius intentaba convencerse de que la nostalgia que sentía al recordar su aprendizaje en el manejo del revólver era debida a que por aquel entonces el prostíbulo de Mórvido era un éxito en el piso de arriba y él vivía una época de holgura económica en el piso de abajo al compartir generosamente las ganancias con su compañero (o mejor dicho su compañero con él). Desde entonces le costó admitir que disfrutase tanto durante aquellas noches de verano en compañía de Pasquín el Pistolero, que —siempre armado de paciencia, entusiasmo y una blanca sonrisa que resplandecía en la niebla— le enseñó como a un hijo a utilizar la misma pistola que cuenta la leyenda que dos años después acabó con su vida; muy a pesar de la del propio banquero que, por una vez en la suya, sintió en el alma que un ser humano muriese.

El caso es que un par de años atrás sí pudo permitirse cerrar aquel trato con el que en lugar de dinero ganó un amigo, y aprendió a disparar con una pistola que —para disgusto de sus padres— jamás soltaba. De hecho, incluso empezaron a creer que habían vuelto tonto a su hijo, al verle corretear entre los setos y arrastrarse por las tumbas de los cementerios, cuando no haciendo otras cosas más raras todavía.

El trato con el bandolero consistió en que Crucius tenía que guardarle en su banco el revólver, junto con un manuscrito muy importante que Pasquín escondía en el cañón. A cambio, éste le enseñaría a utilizar la pistola, y le permitiría ver el manuscrito secreto. Así sucedió y, finalmente, el Señor da Morte consiguió el acceso a tal «pieza de museo», que por lo visto se trataba de una suerte de lista universitaria (relativa al Universo) de hierbas del paleolítico y brebajes naturales con los que, según el papel, podía sanarse cualquier tipo de dolencia.

En definitiva, que aquel papel que guardaba Pasquín con tanto recelo tan solo era —según Crucius— una superchería barata para desgraciados sin inteligencia ni recursos que, como sus padres, atribuyeran la curación de enfermedades intratables a sus leches caseras y tortas calientes, cuando no a remedios de dudosa procedencia, tales como la maicena. Por supuesto, Mr. da Morte sabía que solo con su cena (cuando la había), o con el aceite de allmizcle (porque mezclaban ahí de todo) tras las galletas pocas veces se había curado de nada. Ahora bien, sin lugar a dudas la vidente Hortensia estaría encantada de que circularsen ese tipo de rumores por la ciudad, aunque la veracidad de aquella indigesta sopa de letras (refiriéndose a los jarabes mágicos y vainas milagrosas que mencionaba el documento) no pudiera tragársela ni ella.

Visto lo visto, al Señor da Morte no le pareció arriesgado en absoluto esconder aquel manuscrito inocente. De hecho, lo que más le inquietaba era ocultar la pistola en su banco, y más cuando no recibiría ningún tipo de remuneración económica. Pero solo tuvo que contemplar durante un instante

la cálida sonrisa y la sincera mirada del Pistolero para estar seguro de que, mientras permaneciera a su lado, Pasquín no dejaría que nadie le hiciese daño. Le miraba como a esa buena persona que nadie quiere ver en un banquero, y éste únicamente supo que no podía dejar marchar al único hombre que hasta la fecha llegaba al banco en busca de amistad, y no de dinero. Y el Señor da Morte aceptó guardarle la pistola (junto con «el manuscrito de los cojones», como él mismo lo calificó) y ser su amigo aunque fuera gratis, porque a fin de cuentas un amigo es un tesoro, sobre todo cuando no se tienen muchos.

Pero el intercambio apenas duró un par de meses, porque una amarga noche a finales del Agosto clandestino el bandido se presentó en el banco, para salir ya de madrugada con su sonrisa, su pistola y el dichoso manuscrito. Y esta fue la única vez que Mr. da Morte firmó un contrato con el que, en lugar de ganar unas monedas, ganaba una de esas sonrisas que tantos pagarían por tener. Y con el que en lugar de obtener unos billetes de papel descolorido que probablemente hubieran durado en su bolsillo unas semanas, vivió una experiencia inolvidable y obtuvo una nueva habilidad que permanecería con él durante el resto de su vida.

—La maleta —repitió el Conde de Alcornia, extrayendo de entre sus ropajes dorados el *certificado de depósito* donde el Señor da Morte se comprometía a entregarle la maleta con las 20000 espurias, en el momento en que éste las requiriera—. ¿La tienes o no?

—Sí... —gimió Crucius desde el suelo.

«Pero me he dejado entre los matorrales lo más parecido a la maleta que había traído» —se dijo, recordando que la había escondido ahí al ver a Nephysto en la lejanía.

—¿Pues a qué esperas? ¿No has tenido ya suficiente? —preguntó, guardándose otra vez el certificado al ver que todavía le tocaría esperar un rato.

Crucius temblaba de miedo y de dolor.

—Tengo que... vomitar...

—Pues vomita aquí, pero no me manches.

—Por favor... déjeme salir...

—Vamos, acompañémosle fuera —dijo el Conde a sus mercenarios—. No va a huir porque apenas puede moverse.

El Señor da Morte se levantó como buenamente pudo y, todavía encogido sobre sí mismo, avanzó a pasitos hacia la puerta. La abrió con la mano izquierda y, sin tan siquiera molestarse en cerrarla de nuevo, salió directamente al campo rezando porque hubiera alguien remotamente cerca de allí. Pero, en cuanto intentó gritar para pedir ayuda, Ababolio le tapó la boca (y la nariz) con su manaza.

Crucius, que apenas podía respirar, comenzó a retorcerse entre los brazos del mercenario hasta que por fin Nephysto le ordenó que lo soltara:

—No grites, o será peor. ¿Tú no querías vomitar?

—Déjeme caminar y... despejarme... un poco... —resolló Mr. da Morte.

El banquero avanzó junto a sus tres verdugos, saboreando la idea de fingir algún tropezón con el que ganar algo de tiempo. Temblaba ante la sola idea de entregarle a Nephysto la maleta falsa, y se resistía a llegar hasta los matorrales. Pero cuando al fin lo hizo y vio que el maletín ya no estaba, sufrió tal mareo que si lo de vomitar sólo había sido una excusa para llegar hasta allí, ahora creyó que tendría que hacerlo, agachado sobre los matorrales como se encontraba.

«Tranquilízate, Crucius, por favor... tranquilízate. La maleta no está, pero con toda probabilidad tampoco habría conseguido engañarle. Además, sacarla de entre los arbustos como si te la hubieras llevado esta noche de acampada tampoco habría sido muy buena idea... Límitate a darle el dinero, y olvídate de la maleta» —se dijo, sintiendo que un sudor de sangre y miedo mordía todo su cuerpo, porque algo le decía que la maleta era más importante de lo que él mismo se empeñaba en creer.

—Ya estoy mejor... —mintió, y sin poder caminar aún con normalidad por la patada, se dirigió de nuevo al banco en compañía de cliente y escoltas.

Nephysto, quizá al verlo pálido como un muerto, lo detuvo antes de que hubieran avanzado cinco metros.

—Perdóname, es que estoy un poco nervioso. Los del barrio de Alcurnia llevamos siguiendo durante casi tres años el rastro de unos miserables ladronzuelos que de vez en cuando tienen la osadía de robarnos ciertos objetos de valor.

«El rastro de tus cojones es lo único que deberíais seguir, a ver si de una puta vez los encuentras» —pensó el Señor da Morte aludiendo a la cobardía de su cliente, que tan solo era capaz de agredirlo ante la presencia de sus escoltas.

—Le entiendo —respondió Crucius, recordando que hacía solo dos días a él también le habían robado, aunque a juicio del banquero una criatura tan solemne y noble como él no merecía tal injusticia. Su cliente en cambio ya sí.

—Gracias a Dios cada vez son menos... porque cuando los pillamos, algunos de nosotros los torturamos o los matamos. Otros prefieren llevarlos a comisaría, o bien ante el Juez Huertaz para que les de un pequeño escarmiento, pero en mi caso prefiero hacerlo yo. Esta noche, por ejemplo, han muerto unos cuantos —mantuvo un breve silencio esperando que Mr. da Morte tragase saliva o se desmayase ante las amenazas, pero como no lo hizo, continuó—. Resultan muy molestos, son como cucarachas y no paran hasta que no les quitas los huevos. Al igual que las ratas, duermen en los callejones oscuros de la calle y son una fuente de enfermedades. Se refugian con sus familias en las cuevas y ruinas que encuentran en los bosques, y en las ciudades viven en lugares sucios y abandonados. Son la lacra de nuestra civilización.

«Duermen, se refugian, y viven donde pueden, como cualquier ser humano».

—No serán humanos.

Nephysto le sonrió contento al ver que le daba la razón, dispuesto a proseguir su alegato contra el reino animal hasta que, gracias a Dios, paró porque se escuchó un ruido muy cerca del banco. Al instante Crucius comprendió por qué la maleta falsa ya no estaba donde él la había ocultado.

—Bubastos, mira a ver si hay alguien... Pero no te vayas lejos, quédate por aquí vigilando —ordenó el Conde, consciente de que, si en realidad había algún merodeador, tenía que encontrarse por las inmediaciones del recinto.

—Como te iba diciendo, en Alcornia nos hemos visto a menudo asaltados por estos indeseables, y ahora mismo estamos buscando a los dos ladrones más destacados. Uno de ellos es de Gâlizhia, hijo de unos Nobles que no le partieron la cara a tiempo. El muy imbécil abandonó hace años a su familia después de que lo dieran todo por él, para unirse a la escoria harapienta de una barriada. Aunque al final el principito también debía ser un poco especial para lo suyo, porque igualmente terminó por dejar aquel reducto de lodo y cochambre, e irse a vivir él solo al campo. Seguro que se habrá arrepentido de haber traicionado a su familia, y que deseará volver al darse cuenta de las comodidades a las que ha renunciado, pero que le habrán faltado atributos para presentarse desnudo delante de su padre.

«Atributos no sé, pero desde luego tributos no le habrán faltado muchos. Anda que no son listos ni nah... te creerás tú que el chaval se habrá marchado de casa con las manos vacías, siendo rico el padre» —pensó Crucius, ocultando una preciosa sonrisa de superioridad que le habría temblado en los labios.

—O le habrán faltado tributos que presentarle a su padre, para ganarse su perdón después de tanta desfachatez —respondió, ganándose la confianza de su cliente y haciendo que, una vez más, se detuviera a mitad de camino y siguiera hablando.

Se encontraban a unos quince metros de la puerta del banco, y Crucius prefería quedarse en la calle (donde algún caminante extraviado pudiera presenciar los abusos que le quedarán por sufrir), antes que regresar al establecimiento.

—Pues sí —coincidió Nephysto en lo de los tributos—. El caso es que el desgraciado ese no volvió por su casa, y tengo que irme de viaje a Gâlizhia, a ver si consigo atraparlo de una maldita vez. Éste concretamente no me ha robado a

mí, pero sí a otros Nobles e incluso a familiares suyos, y es de los más peligrosos. El otro al que tenemos que pillar sí es de la Pobla dü Mádrid, y éste nos ha robado a muchos Nobles de Alcornia durante el último año. Es un muchacho que siempre va con capucha, por lo que le llamamos la *rata nazarena*. No sé dónde se oculta ahora mismo, sólo que no debe estar muy contento, porque hace seis meses maté a su hermanastro, un gitano que le acompañaba a todas partes. Probablemente tenga más hermanos, no lo sé, esa gentuza de los arrabales se reproduce como conejos y nos infecta las ciudades y los campos.

«¿Su hermanastro no sería el gitano ése cuyo cadáver me dejaste en custodia?» —pensó el banquero, sin atreverse a preguntar a pesar de que Ababolio se había retirado unos metros para ejercitar los nudillos contra un árbol (o tal vez precisamente por eso), y de que Bubastos continuaba buscando algún tipo de presencia humana que pudiera explicar el sonido de antes.

—Bueno, pues como te decía, ahora en Alcornia estamos buscando concretamente a estos dos —continuó hablando el Conde—, aunque a veces nos cruzamos por casualidad con algunos de sus amigos. Como ya mencioné, hace tres años eran muchos, pero cada vez van quedando menos. ¿Recuerdas que antes también dije que cuando pillaba a uno de esos desgraciados ladronzuelos lo torturaba o lo mataba? —preguntó.

«Como para no acordarme».

—Sí.

—Bien, pues ayer por la tarde encontré por casualidad a uno de esos miserables bandidos a los que varios meses atrás ya había dado un aviso. ¿Te imaginas dónde le vi?

«¿En la cama de tu puta madre?».

—Pues no, no lo sé.

De algún modo el banquero supo que aquella pregunta tenía trampa; que su cliente le estaba contando todo aquello por algún motivo importante, y no solo para combatir sus crisis existenciales dándose un poco de autobombo. Cru-

cius no podía dejar de mirar a Ababolio machacando aquel tronco con sus propias manos. Se preguntó si una vez que entrasen de nuevo al banco se conformaría con destrozar la mesa o iría a por su cara.

—Le vi en tu banco —confesó finalmente Nephysto.

Mr. da Morte se encogió de hombros, con los carrillos hinchados y las cejas levantadas en una excesiva mueca de desconcierto, mientras movía las manos con las palmas hacia arriba en señal de que no sabía qué demonios podía estar buscando ese ladronzuelo en su banco, aparte de lo obvio. Pero pese a su remarcado y explícito gesto, Crucius chorreaba de sudor como si el bandido hubiera ido al banco a pedirle un apretón de manos, y él le hubiese concedido eso y de regalo la maleta.

—¿Lo conoces de algo? Es de los más peligrosos, hice que le cortaran las manos hace varios meses —señaló Nephysto, haciendo difícil lo del apretón.

Tras escuchar este detalle al banquero le sobrevino una sacudida nerviosa que a Nephysto no le pasó en absoluto inadvertida. Sin pensarlo dos veces llamó a Ababolio, que volvió junto a su jefe con los nudillos cubiertos de sangre. El Señor da Morte en esta ocasión sí tragó saliva, intentando disimular los temblores que recorrían todo su cuerpo. Ababolio se acomodó detrás del banquero para dar comienzo a sus exquisitas prácticas de acupuntura en la fina piel de su espalda, con la misma navaja y el mismo salero que presumiblemente utilizaba en el noble arte de ensartar lombrices. Aunque las punzadas eran muy superficiales, Crucius se arqueaba de dolor, sabiendo que no podía gritar a pesar de que varios transeúntes caminaban a unos cincuenta metros (o precisamente por eso), porque entonces correría el riesgo de que le hundieran la navaja completamente.

—No sé quién es... —mintió el banquero, retorciéndose como una rosa negra atravesada por sus propias espinas.

La presencia de aquellos caminantes disuadió a su cliente de ordenar a Ababolio que le pegase un bofetón.

—Pues él sí parecía saber quién eres tú, porque me daba la impresión de que te estaba buscando. Yo también te buscaba, vine ayer por la tarde para retirar 15000 espurias de las 20000 que te dejé en la maleta. Tuve que realizar unos pagos que no tenía previstos, y vine para sacar dinero. Como ayer no estabas en el banco, he tenido que volver esta mañana, haciendo que me retrase aún más en mi viaje, pues tendría que estar ya de camino a Gâlizhia. ¿Dónde estuviste ayer por la tarde, Crucius?

«En un parque, grabando el símbolo de la Cruz Roja en la maleta que acababa de comprar...» —recordó el banquero.

—En mi casa...

—Está bien, hoy estoy de buen humor... porque gracias a ti puedo irme de viaje tranquilo —confesó el Noble, haciendo que Crucius casi agradeciera que su cliente estuviera de buen humor gracias a él y no tener que comprobar cómo sería ya entonces cuando gracias a él estuviera del malo—. Resulta que cuando ayer vine al banco, me encontré pululando por aquí al ladrón manco; al mismo al que acabo de referirme antes, y al que varios meses atrás hice que cortaran las manos, por haberme robado algo importante. Pues bien, lógicamente no me acerqué a él, así que luego pude seguirlo sin que me viera; y el muy estúpido me condujo directamente hasta su guarida secreta, donde al parecer estaba viviendo junto al resto de sus amigos mutilados. Llevaba tanto tiempo sin ver a la mayoría de ellos que ya empezaba a pensar que habían muerto de contagiarse las enfermedades los unos a los otros. Pero imagínate cuál fue mi sorpresa al ver que muchos de los ladrones a los que yo creía muertos estaban allí, con sus mujeres e hijos... ¿Te puedes creer que los tengan malviviendo en un lugar así? Solo de pensarlo me dan náuseas.

Mr. da Morte no necesitó escuchar más para saber que su cliente se refería a la Quinta Post Mortem, y que aquellos esperpentos convalecientes que le estuvieron persiguiendo eran antiguos ladrones que en algún pasado turbio tuvieron la mala suerte de obcearse con alguna reliquia o antojo

absurdo que Nephysto tuviese como oro en paño. Pensó que ya podía ser importante lo que le hubiesen robado, como para hacerles pagar por ello dos veces. La primera, torturándoles y quitándoles partes de su propio cuerpo, y la segunda... quitándoles a muchos de ellos la vida.

Pero ya no se atrevió a pensar lo que el Noble le quitaría a él si, por cualquier motivo, llegaba a descubrir que también había pasado la noche en la mansión, abrazando a uno de sus peores enemigos. Sobre todo cuando, al parecer, el hombre sin manos había estado buscándole en el banco durante la tarde anterior, poco antes de que se encontraran en la Quinta.

El Conde se percató de que el Señor da Morte temblaba y parpadeaba sin ningún tipo de control, y de que apenas conseguía respirar.

—¿Acaso has estado últimamente en la mansión abandonada? —preguntó con los ojos inyectados en sangre.

—No...

Los antiguos transeúntes ya habían desaparecido en la lejanía, y Mr. da Morte recibió tal patada de Ababolio que cayó gritando al suelo junto con varias lágrimas que no pudo reprimir. La herida que se hizo en la escalera esa misma noche se abrió otra vez, y Crucius notó resbalando bajo el pantalón una sangre que era mejor que Nephysto no viera. Ababolio le agarró por el cuello de la camisa obligándole a levantarse del suelo mientras el banquero contenía un gemido, y su cliente volvía a interrogarle.

—No he estado... No sé de qué me hablas...

Crucius esperó entre temblores y jadeos otro terrible golpe que nunca llegó a producirse.

—Pues yo diría que sí, aunque no me imagino qué se te habrá perdido a ti en un lugar como ese.

«La maleta, gilipollas».

—En fin, ya no importa... muy pocos han sobrevivido —añadió el Noble—. Y después de lo de esta noche, espero que ningún asqueroso ladrón, vagabundo, agitador, enfermo, rata, puta callejera, o ex presidiario aún más estúpido que tú se atreva a robarme nunca más.

«Lo que más me extraña es que tu propia estupidez no la menciones en ningún sitio» —pensó el banquero mientras aún le daba vueltas a la desaparición de la maleta falsa, y a cómo se las arreglaría para despachar a Nephysto sin recibir más golpes de Ababolio, el cual aún le sujetaba firmemente, casi para agradecimiento de Crucius dado el lamentable estado en el que se encontraba.

—Lo cierto es que ayer mismo, en cuanto seguí al manco y me enteré de que estaba viviendo en la mansión junto al resto de delincuentes, hablé con otros residentes de Alcornia y enviamos allí a nuestros agentes. Yo particularmente ordené a los míos que dispararan a las mujeres, a los niños, y a toda bestia inmundada que se arrastrara por allí, así que los pocos que hayan sobrevivido estarán agonizando. Para colmo, y aún con la que les ha caído encima a esos desgraciados ladrones, todavía estoy seguro de que más de uno seguirá molestando mientras no logremos coger a los principales alborotadores, que son el de Gâlizhia y el otro tipejo...

—¿Por eso tiene que irse a Gâlizhia?

—Sí. Verás qué sorpresa cuando se enteren de que la mayoría de sus amiguitos están muertos.

—¿Y qué tipo de objetos le robaron? —sacó valor Crucius para volver a preguntar, recordando los artefactos que vio desperdigados en la mansión, e intentando confirmar si era eso lo que pretendían recuperar el Conde del Apocalipsis y sus jinetes a caballo de la muerte; junto al resto de agentes que enviaron los otros residentes de Alcornia.

También quería saber si Acracio pertenecía al grupo de ladrones de la Quinta, pues cuando Crucius mencionó su nombre, algunos de los refugiados (incluido el enano pigmeo sin piernas) parecieron saber quién era. Además, recordaba que el Inspector Papus dijo que Acracio había *okupado* la mansión tres años atrás con la ayuda de otros ladrones, y se preguntó si no habría sido precisamente con esos. Otra posibilidad era que estos *okupas* fueran nuevos y hubieran expulsado al anterior, en cuyo caso simplemente le conocerían debido al encontronazo. De cualquier modo

estaba seguro de que, durante la masacre, Acracio no había estado presente en su antiguo hogar, pues gracias al retrato de comisaría lo habría reconocido. Eso significaba que el muchacho continuaba vivo; pero aunque Crucius quería asegurarse de que no era uno de los ladrones a los que Nephysto perseguía, no se atrevía a preguntárselo. Bastante había hecho ya preguntándole sobre la naturaleza de los objetos que le robaron.

—Eso no es de tu incumbencia —respondió el Noble bruscamente, sujetando de nuevo el amuleto o lo que tuviera bajo su camisa ribeteada en oro—. El caso es que descubrí que muchas de nuestras cosas aún seguían en manos de esos rateros enfermos, vagos y maleantes, y por eso mandé que les dieran un pequeño susto esta noche. Tenían objetos que me pertenecen, si no los habría dejado pudrirse tranquilos... Soy un tipo generoso.

—¿Una gran cantidad de monedas, tal vez? —inquirió el banquero, consiguiendo un tono milagrosamente firme y despreocupado para lo asustado que seguía.

—No, mucho más importante que eso.

—¿De billetes? —sacó valor para volver a preguntar.

—No tiene nada que ver con el dinero. Más bien se trata de algo que tiene un enorme valor real.

Crucius sabía perfectamente a qué se refería Nephysto con esa afirmación. El valor del dinero no es más que la representación del valor de los bienes que se pueden comprar con él, ya que un trozo de papel con una cara medio amorfa dibujada, en sí mismo no vale nada.

En cambio, aquello que hubieran robado a los Nobles sí era algo que tenía un valor por sí mismo.

Recordó de nuevo todos los objetos metálicos y extraños que había visto en la Quinta desperdigados por el suelo, y que tanto le habían intrigado.

—¿Y no pueden ser reemplazadas esas cosas de valor por otros objetos nuevos similares? ¿Acaso es muy costosa la creación de dichos objetos?

—En absoluto. Pero si solamente tú y unos pocos más privilegiados supierais cómo hacer fuego no querrías que una panda de blasfemos, proscritos, pistoleros, ex presidiarios, ladrones, putas, guerrilleros, gitanos, herejes, perturbadores, enfermos, vagabundos, saboteadores, borrachos, chantajistas, asesinos, locos, antisociales, y demás escoria conocieran también el secreto. Y, por supuesto, mucho menos querríais que dicha gentuza criminal compartiera el mencionado secreto con el resto del pueblo.

«¿Y si la maleta original hubiera contenido otra cosa aparte del dinero? No, Crucius... Quitatelo de la cabeza, la abriste y la registraste a cal y canto» —se dijo el Señor da Morte, observando que Nephysto había vuelto a emprender el camino hacia el banco y que por mucho que le doliese tenía que seguirlo; entre otras cosas porque la trayectoria de su cliente coincidía con la de Ababolio, que continuaba arrastrándole como a un muñequito.

—¡Bubastos! —gritó el Conde en cuanto llegaron a la puerta, haciendo que su mercenario se presentase inmediatamente—. ¿Has visto a alguien?

—No, Señor —respondió con total seguridad.

Nephysto le observó con desdén y se asomó frente a la entrada, convencido de que el ruido que escuchó antes tenía que haberlo producido alguien; y de que lo que no hubiera encontrado su mercenario en casi siete minutos lo descubriría él oteando el horizonte.

—¿Entonces es como si un ladrón que desconoce la existencia del fuego le hubiera robado a usted un fósforo? —insistió Crucius en cuanto vio que Nephysto regresaba al banco; intentando profundizar aún más pero sin atreverse a preguntar si la maleta guardaba solo el dinero, o también la cerilla.

—Podríamos decirlo de ese modo, sí... así que comprenderás que me halle ligeramente alterado últimamente —respondió el Conde, haciendo un gesto a sus mercenarios para que vigilaran y bloquearan la entrada—. En cualquier caso en ese vulgo de inadaptados marginales son todos tan

estúpidos que los muy idiotas usarán el fósforo y después lo arrojarán al mismo fuego que ellos hayan encendido sin haberse parado a pensar cómo fabricarán luego otro fósforo igual. Y de todas formas ya da lo mismo, toda esa basura analfabeta y putrefacta ya está muerta o bien escarmentada... A ver si logramos coger de una maldita vez al gállego y a la otra cucaracha.

«¿Y si Acracio fuera *la otra cucaracha*?» —se preguntó una vez más, descartando rápidamente que pudiera ser *el gállego*, entre otras cosas porque dudaba que Acracio pudiera instalarse como ermitaño en una cueva de Gálizhia y tampoco tenía muy claro si sabría distinguir una piedra de una patata, puesto que a juicio de Crucius no parecía demasiado inteligente—. «Si lo fuera no sería un maldito ladrón ni viviría en casas abandonadas, sino que sería una persona y viviría en una casa normal como Dios manda» —pensó Mr. da Morte después, olvidándose de que Acracio también era una persona aunque fuese un ladrón y de que una casa abandonada no dejaba de ser una casa normal.

En cualquier caso, puesto que Acracio no había nacido en el seno de una familia *gállega* acomodada, ni estaba intelectualmente dotado —según el banquero— para sobrevivir él solo en una montaña sin personas útiles y decentes como él a las que parasitar; por descarte solo podía ser «la otra cucaracha», concepto que además parecía amoldarse muy bien a la realidad. Pero Crucius no podía arriesgarse a pronunciar delante de Nephysto el nombre del ladrón, por lo que tenía que ingeniárselas para averiguar su identidad de otra manera:

—Sí, esa infecciosa escoria epidémica y putrefacta de carne de cadáver nacido y muerto en un hálito nauseabundo de podredumbre humana triturada en comida gris para bebés, era un mal endémico que por fin ha muerto en los mismos vertederos de basura humeante que explotan vomitando a toda esa mierda incivilizada y vagabunda que tanto disfruta luego robando a los Nobles de Alcornia y a caballeros de la talla de usted —le dio coba Crucius, preparándose para

realizar la pregunta clave mientras contemplaba a los dos mercenarios, que hacían guardia frente a la entrada abierta—. Ehm... por cierto... —se lanzó temblando el Señor da Morte—. Esa otra cucaracha a la que busca por haberle robado, la que no vive en los bosques de Gâlizhia sino en la Pobla dü Mâdrid, ¿no tendrá el pelo oscuro y liso, ojos azules, y una barbilla prominente? —preguntó al fin, arriesgándose demasiado al presentar la descripción de Acracio tal y como la recordaba del cartel de «SE BUSCA».

—Pues no... Tiene los ojos oscuros, y el pelo más bien rizado y cobrizo... ¿Por qué? ¿Te han robado a ti?

—¡No! —saltó Crucius como un resorte, con su abultada frente empapada de sudor.

«Tranquilízate, Crucius... Por lo que más quieras...» —se dijo.

—... No... no me han robado. Pero he visto por la ciudad el retrato de un ladrón con las características que le comentaba, y pensaba que tal vez podría tratarse de la cucaracha que busca —improvisó Crucius con gran atino para lo nervioso que estaba, sin concretar que había visto el cartel en la comisaría.

—Pues no, no se parece en nada... Y no sé por qué tendría que tratarse del mismo. En cualquier caso espero que, sea quien sea, los otros Nobles sean capaces de cazarlo mientras yo estoy en Gâlizhia. Y por supuesto espero que, si en algún momento ves a alguien robando durante mi ausencia, contactes con el Juez Huertaz para indicarle los hechos. Supongo que ya te imaginas lo que le esperará cuando le cojan; y que tú no volverás a casa con las manos vacías.

Crucius sintió cómo le hervía la sangre ante el Conde y sus asquerosos chantajes; gracias a los cuáles él también tuvo que sufrir cuarenta latigazos mas alguno de propina, por orden de un Juez que no quiso quedarse sin la suya.

—Por cierto... —añadió el Noble—. Me alegra saber que, aunque hace meses me perdieras aquel cadáver que dejé en tu custodia, y a día de hoy continúes siendo un poco inútil a pesar de lo que yo me esfuerzo; al menos compartimos

la opinión sobre la... ehm... ehm... sobre la mierda incivilizada y vagabunda que roba a los ciudadanos nobles y honrados como yo.

«Sí, salvo porque esa mierda incivilizada y vagabunda es el doble de noble y honrada de lo que tú serás jamás» —pensó el Señor da Morte.

—Sí—respondió, obviando toda la segunda parte mientras reflexionaba e intentaba llegar a una conclusión directa con toda la información que había recopilado.

Por el momento, sabía que el Conde estaba intentando acabar con un grupo de ladrones que le habían robado a él y a los de Alcornia ciertos objetos misteriosos, que Crucius pensó que sólo podían ser aquellos artefactos tan extraños que vio en la Quinta. Principalmente, porque a la mañana siguiente los mercenarios de los Nobles se habían llevado de allí todas las máquinas, dejando sólo los cadáveres y los cuerpos moribundos.

En cuanto a Acracio, desconocía si estaba relacionado con los agitadores a los que Nephysto perseguía. Pero en cualquier caso, no parecía ser ninguno de los dos a los que el Noble más rabia tenía, que eran el mândrileño de ojos marrones y cabello cobrizo; y el *Robin Hood* de los bosques gállegos. El primero, supuestamente, no podía ser; porque Acracio tenía el pelo liso y negro, y ningún disfraz transformaría sus rasgos faciales o el color de sus ojos azules. Y el *Robin Hood* de los bosques tampoco podía ser porque, según el banquero, el hermano de Ihanet no parecía muy apto para la supervivencia sin saber distinguir un coco de una chirimoya. Además, Acracio había nacido en Mâdrid tal y como ponía en el cartel de «SE BUSCA», lo cual descartaba que fuera gállego. Luego ya la posibilidad de que Acracio fuera cualquier otro ladrón con el que Nephysto tuviera cuentas pendientes no le preocupaba tanto a Crucius, pues en ese momento a su cliente no debían importarles mucho si ni siquiera había dado la orden de que remataran a todos los heridos de la Quinta. En definitiva: aunque en el pasado el Conde se hubiera dedicado a amputarles miembros a todos,

en aquel momento sólo parecían obsesionarle los dos ladrones a los que buscaba, y Acracio no era ninguno de ellos.

Pese a todo, a Crucius seguía inquietándole que cuando estuvo en la granja de İhanet, ésta mencionara que Acracio tenía en mente dirigirse por el Camino de Santatere a Gâlizhia «en busca de un amigo» (en palabras de la joven), y precisamente Nephysto pretendiera dirigirse al mismo lugar «en busca de un enemigo». Si bien Mr. da Morte en aquel momento interpretó las palabras de la joven como otra de sus frecuentes y molestas burlas, ahora no dejaban de preocuparle.

Respecto a la maleta original, Crucius seguía sin llegar a una conclusión clara sobre si el Conde había guardado dentro sólo las 20000 espurias o si había ocultado algo más. Podría haber guardado algún artefacto similar a los de la Quinta, de no ser porque ninguno de ellos cabría en la maleta, salvo aquella esfera caliente que emitía una luz tenue, o aquellos manuales que parecían explicar el funcionamiento de las máquinas. No obstante, la mayoría de los objetos eran demasiado grandes como para que el Noble pudiera esconderlos en maletas que, para colmo, llenaba de dinero. Además de que Crucius había inspeccionado minuciosamente el maletín y no había encontrado nada. Aunque eso tampoco garantizaba que no lo hubiese, tan sólo —se dijo— restaba muchas posibilidades.

Lo único que estaba claro era que, si realmente Nephysto había escondido algo en la maleta, Acracio se lo habría llevado junto con las 20000 espurias, pues no en vano era ya un experto en robar al Conde de Alcornia. De esto sí podía estar Crucius prácticamente seguro, después de haber encontrado en la granja de İhanet, oculto en una trampilla, un libro antiguo con el mismo símbolo de la Cruz Roja que tenía la maleta de Nephysto.

Pero preguntarle a su cliente directamente si últimamente había echado en falta un libro forrado de pétalos y hojas secas más antiguo que *Matusalén*, con una Cruz Roja tallada en la portada y un simbolismo indescifrable cuyo

significado probablemente tendría que inventarse la vidente Hortensia (cobrándote por ello un dineral); no le pareció a Crucius una buena idea en su comprometida situación, con Ababolio y Bubastos tan cerca. A una señal de Nephysto, ambos entraron también en el banco y cerraron la puerta a su espalda, creyéndose para variar en su casa. Pero Crucius estaba demasiado preocupado por el maletín como para darle importancia al detallito de la puerta cerrada; ya se lo daría cuando estuviera tirado en el suelo con las piernas rotas. Por el momento tenía que idear alguna excusa decente con la que justificarle al Noble la entrega del dinero en mano y la ausencia de su maleta, no pudiendo decir que la había llevado a la tintorería.

En éstas estaba Mr. da Morte cuando, al llegar por fin a la mesa y dar la vuelta al mostrador, apenas pudo reprimir una exhalación de sorpresa (que para Nephysto afortunadamente resultó desapercibida, absorto como estaba en hacerse la manicura) al encontrarse con una maleta —negra y con el símbolo de la Cruz Roja— esperándole a sus pies.

—Voy a sacar 15000 espurias... —declaró el Conde distraídamente mientras se limaba las uñas, llenándolo todo de un polvillo blanco que habría hecho las delicias de cualquier navidad.

Los dedos de Crucius se retorcieron de ansiedad mientras, agachado tras el mostrador, aproximaba hacia la maleta unas manos convulsas que por suerte Nephysto no pudo ver, y que volvió a retirar del asa en el último momento.

«Oh... Dios mío... ¡Por favor, por favor...! Que se trate de la maleta original y conserve dentro las 20000 espurias...» —suplicó mentalmente algo que a él mismo se le antojaba imposible, mientras volvía a incorporarse antes de que el Noble empezara a pensar que había sufrido un ataque de lumbalgia y quisiera mejorárselo.

—Ehm... ¿Te encuentras bien? —preguntó Nephysto no sin cierto regocijo al levantar la vista y ver que se acentuaba la ya de por sí acusada palidez del Señor da Morte, cuyo

rostro empezaba a tomar el mismo color que el del suelo lleno de uñas.

«Por favor, por favor, por favor...».

—Sssss... sí... —tartamudeó el banquero.

—Entonces no sé a qué esperas para darme las 15000 espurias que te he pedido.

A Crucius le invadió una risita nerviosa mientras procedía a extraer de su bolsillo la llave del almacén, donde se coló rápidamente con la maleta aprovechando un segundo en el que Nephysto no miraba y sus mercenarios parecían demasiado concentrados afilando sus cuchillos.

—Si quieres te acompaño a la despensa por si puedo hacerte el favor de manipular los billetes en tu lugar, no sea que con el sudor te destiñan en las manos.

«El sudor sí que te está destiñendo a ti el cerebro, gilipollas».

—Muy amable, gracias, pero creo que podré apañármelas yo solo —respondió, cerrando de nuevo la puerta antes de proceder sobre la maleta con los dedos temblorosos.

Lo primero que vio al levantar la tapa fueron aquellas encantadoras dedicatorias de hedonismo trasnochado y castizoide con las que Nephysto desgraciaba a su antojo el refranero y la cultura popular. A primera vista descubrió en una esquina dos frases en las que no había reparado hasta ese momento:

«¿Usted cuando deposita algo en el banco del Sr. Moribúndez no siente como si estuviera comprando un billete de lotería?»; y «Ventajas e inconvenientes de que te den cuarenta latigazos públicamente», con el «blicamente» en letra más pequeña ya que, después de la primera frase, su inspirado autor se estaba quedando sin espacio para plasmar esa otra cautivadora leyenda, la cual tampoco le costó demasiado a Crucius descifrar a quién iba dirigida.

A pesar de todo, un par de lágrimas de alegría besaron el hermoso y perverso rostro de da Morte al reconocer el resto de inscripciones y constatar que se trataba de la maleta original; la misma que Acracio le había robado. Una ilusión

que quedó destrozada en cuanto, tal y como se temía, le golpeó en los ojos la cruel evidencia:

Estaba vacía.

Le habían devuelto la maleta pero no las 20000 espurias; como a un niño al que le ofrecen un envoltorio sin caramelo; un mendigo al que entregan un plato sin comida; un pájaro al que un Creador cruel y desalmado otorga las alas pero no la libertad; o un juguete al que un inventor da la vida sin el alma. Caprichos y arbitrariedades de seres humanos enfermos y sin corazón que, a imagen y semejanza de sus Dioses, hacían los mismos regalos absurdos.

Ante esta tragedia, al Señor da Morte solo se le ocurría una opción. Sin pensarlo dos veces, se dirigió hacia los ataúdes donde había estado guardando los ahorros de sus clientes durante los últimos cuatro años y se sentó sobre uno de los féretros, por eso de no cansarse mucho mientras procedía a abrir los numerosos candados del otro ataúd, que descansaba justo al lado. Una vez dejó la tapa libre de ataduras, la levantó con cuidado y durante unos segundos se mantuvo inmóvil ante los diversos compartimentos. Finalmente marcó la clave secreta de la caja A con los dedos temblorosos, y corrió a guardar en la maleta de Nephysto las 1000 espurias que contenía.

—Pues resulta que acabamos de cazar a una pobre polilla extraviada que andaba revoloteando por tu banco... —comenzó a decir éste desde el otro lado de la puerta.

Crucius dio un respingo al escuchar la voz de aquel miserable manipulador, concentrado como estaba en la ruín tarea de despojar a su estafado cliente A (Ambrosio) de las 1000 espurias que había guardado en el banco, que a partir de ese momento pasarían a formar parte de los saldos de tesorería de Nephysto.

—... yo diría que la he visto antes...

Después el banquero se agachó ante el siguiente compartimento y cogió otras 800 espurias de la caja B (Beatriz); 900 de la C (Capullo); 1100 de la D (Daniel)... Y las colocó en la maleta. Ante todo, tenía que tener cuidado para seleccionar

principalmente billetes de 100 espurias o más, puesto que Nephysto le exigía la devolución de los mismos billetes que había depositado. Esperó que, antes de guardarlos en la maleta, el Conde no hubiera contado la cantidad que dejaba de cada uno.

—... Pero no caigo ahora mismo en adivinar de qué la conozco...

Cogió otras 900 espurias de la N (Nadie); 1200 de la O (Osvaldo); 7100 de la P... y recordó con nostalgia la antigua caja de Pasquín, deseando volver a verle porque, sin su Pistola, aquel compartimento estaba vacío por mucho dinero que hubiera. Rápidamente cogió las 2100 espurias de Pancredo, Pancraccio y Pandemia; y las 5000 espurias de Padres, y las depositó junto al resto en la maleta de Nephysto.

Dos minutos después, y con su gran habilidad para el cálculo matemático, Crucius ya había guardado en la maleta 13000 espurias de las 15000 que su cliente quería retirar. Un dinero que —a partir de ese momento— dejaría de ser propiedad de sus dueños originales, y pasaría al bolsillo de Nephysto. Y un robo del que los clientes de Crucius no se percatarían a menos que fuesen a sacar su dinero del banco todos a la vez.

—... El caso es que no debe tratarse de alguien a quien tenga un odio especial, porque entonces me acordaría...
—continuaba el Conde a lo suyo.

En un banco grande no solía darse el caso de que una gran cantidad de sus numerosos clientes quisieran retirar su dinero a la vez. En un banco pequeño no era en absoluto extraño que sucediera esto si por lo que fuera se extendía cualquier rumor sobre la insolvencia del banquero. En un banco muy pequeño ocurría con más frecuencia, y por eso los banqueros no podían permitirse el lujo de invertir en sus negocios particulares ni una sola espuria de los *depósitos a la vista* (tan solo podían prestar los *depósitos a plazo*) de sus clientes, ante el riesgo de perder el dinero y ser condenados a trabajos forzosos, a tortura... o a la misma horca.

En un banco como el de Crucius (con una media de entre diez y treinta clientes según la época, donde la mayoría de los visitantes se iban al ver cerrado el piso de arriba), si el Señor da Morte continuaba vivo después de diez años ejerciendo el cargo era porque nunca había perdido ni un solo gag de sus clientes.

—Ehm... Crucius... ¿Me estás escuchando?

«¡Ya me ha distraído el hijo de...!».

—Ehm... sí, sí... claro... Siga, siga...

«¡Cállate ya, cojones...!».

Utilizar el dinero procedente de los *depósitos a la vista* para realizar inversiones o para entregarlo como préstamo a otros clientes es una estafa —actualmente permitida por ley— que todos los bancos se permiten hacer, aprovechando que por lo general nunca van todos los clientes a retirar su dinero al mismo tiempo. Pero cuando lo hacen durante las corridas bancarias, los últimos en llegar al banco se encuentran con que sus ahorros no están disponibles. En estos casos, el Banco Central suele imprimir dinero y prestárselo a intereses bajísimos a las entidades con problemas de solvencia. Pero antiguamente no existían los Bancos Centrales, y por lo tanto los banqueros se veían obligados a mantener en sus almacenes todo el dinero que sus clientes *depositaban a la vista*, ante el riesgo de no poder devolvérselo si se lo prestaban a otras personas.

Antiguamente los banqueros solo podían prestar los *depósitos a plazo*, estando obligados a mantener en el banco los *depósitos a la vista*, y a especificar con sus clientes el tipo de contrato que mantendrían. En los *depósitos a la vista*, guardaban indefinidamente los ahorros de sus depositantes a cambio de recibir una comisión. En los *depósitos a plazo*, pagaban a sus clientes un interés a cambio de disponer libremente del dinero que estos guardaban, con la promesa de devolvérselo en una fecha determinada. Lo ideal para Crucius habría sido coger el dinero de algún cliente que hubiera especificado una fecha de retirada concreta muy lejana, para así tener todo ese tiempo para reponerlo, y

hacer posible la devolución del depósito. Sin embargo, en aquel momento no disponía de *depósitos a plazo* —y, más concretamente, de los que tuviera que devolver en alguna fecha muy lejana— de los que tomar 15000 espurias prestadas; por lo que acababa de cogerlas directamente de los *depósitos a la vista* de sus clientes. Puesto que estos podían presentarse en el banco en cualquier momento para retirar su dinero, existía un riesgo real de que Crucius no pudiera devolverlo si es que se lo entregaba a Nephysto; lo que antiguamente constituía un delito penal.

—¡Oh, vaya...! —exclamó el Noble en lo que todo parecía indicar que realmente había querido decir «¡Oh, bien...!»—. No te habré distraído... ¿verdad? Lo pregunto porque me da la impresión de que estás contando dinero, cosa que no entiendo por qué deberías hacer si, tal y como te ordené, no lo sacaste de la maleta.

«¡Oh, Dios... Puto cabrón de los cojones!».

—¡Oh, Dios... Puto calor de los... ehm... cajones! —respondió.

—¿Todo bien por ahí? —preguntó Nephysto, preocupado porque el Señor da Morte empezaba a proferir incongruencias más raras que de costumbre, y temía que pudiera sufrir algún tipo de parálisis cerebral antes de salir con su dinero.

—Claro, claro, un segundo, ya salgo y...

Al salir Crucius de la despensa no pudo terminar la frase, y con suerte logró sostener la maleta en la mano.

İhanet estaba atrapada entre Ababolio y Bubastos. Cada uno la sujetaba de un brazo y de sus labios perfectos goteaban los restos de una bofetada.

—Quince mil espurias me ha dicho, ¿verdad? —reaccionó por fin el banquero, haciendo como si la presencia sangrante de la joven en el banco no fuese más que un accidente casual al que no hubiera que prestar mucha más atención que si, por ejemplo, Ababolio se hubiera ido a mear en la puerta, tal y como además estaba sucediendo.

—Sí, 15000 espurias —confirmó Nephysto, sacando su *certificado de depósito*.

Ababolio (abrochándose la bragueta) y Bubastos se aproximaron al mostrador arrastrando a la mujer, que cruzó momentáneamente su mirada con la del Señor da Morte. En cualquier otra situación le habría gustado regodearse ante el rostro compungido de İhanet; pero Nephysto le observaba felizmente apoyado en una esquina, estrujándose para variar el supuesto colgante del cuello, o con un poco de suerte el cuello directamente.

—Ahora mismo se las doy —dijo Crucius, intentando abstraerse de la llamada inquisitiva de la joven, que situaba su cabeza justo delante de él en un desesperado intento de recuperar protagonismo.

Mr. da Morte colocó la maleta en el mostrador ignorando a la mujer, a la cuál Nephysto apartó de un empujón como estrategia sencilla para liberar el camino hacia su codiciado dinero.

«Te jodes, zorra» —pensó Crucius, disimulando una sonrisa de placer ante al trato que estaba recibiendo.

—Es que lleva todo el rato en medio... —tiró la indirecta, justificando ya de paso a su cliente.

—¿En medio de qué? —preguntó éste mientras abría la maleta y cogía su dinero, intuyendo un sentido oculto en la frase.

«De mis cojones y los tuyos, gilipollas».

—De usted y de mí... Me refiero a que estaba colocada entre nosotros... No sé a qué otra cosa iba a referirme si no.

—Pues a que estaba colocada entre la cama y tú, por ejemplo. No es necesario que finjas que no os conocéis —soltó Nephysto, mirando al Señor da Morte por el rabillo del ojo mientras contaba con expresión burlona el dinero que acababa de sacar de la maleta.

«Entre la cama y yo estará colocada tu puta madre, gilipollas».

—¡Bueno, que... Si tiene ya su dinero, tendrá otras cosas más importantes que hacer que estar aquí perdiendo el tiempo, digo yo! ¡Porque está todo correcto, ¿no?! —increpó

Crucius, con el ceño tan fruncido que parecía que en cualquier momento su abultada frente lo escupiría hacia afuera.

—No.

El banquero le miró sin entender nada.

—En la maleta dejé 20000 espurias. ¿Por qué solo están las 15000 que te he pedido para retirar? —preguntó Nephysto, aludiendo a las 15000 que sostenía en la mano mientras observaba con un tic en el ojo la maleta ya vacía.

Una risita nerviosa invadió al banquero mientras suplicaba que se le iluminase la mente con alguna respuesta decente, pero sus súplicas no debieron ser muy atendidas por un Dios que con toda certeza estaría muy ocupado resolviendo el problema del hambre en el Mundo.

—Lo... la... Lo sient... Lament... lo lamento la... ehm... confusión —fue lo mejor que se le ocurrió decir en una elegante muestra de elocuencia que habría hecho furor en la Escuela de *Sócrates*.

A una señal de Nephysto, Ababolio cogió la mano herida de Crucius. En esta ocasión no se la estrujó obligándole a sostener un objeto punzante, sino que directamente le hizo apoyar la palma aún ensangrentada sobre el canto de la maleta, mientras el Señor da Morte apretaba los dientes sabiendo ya lo que le esperaba. El borde de la tapa se estrelló contra el delicado dorso de su mano, aplastando la huella roja de su machacada piel contra el filo de abajo.

—¿Abriste la maleta? —le preguntó Nephysto al Señor da Morte, que sujetaba de rodillas su destrozada mano contra el pecho.

—¡Sí...! —gritó Crucius entre lágrimas.

—¡Pues muy mal, da Morfo, muy mal! —se permitió burlarse su cliente, no contento aún con tener al banquero arrodillado a sus pies—. ¿Tienes hojas de reclamaciones?

—Tengo hojas de reclamaciones de tu puta madre.

«Vaya, ¿ese pensamiento lo he dicho en alto?».

Una bofetada que le tiró al suelo le dio a Crucius la respuesta.

—Tú, zorra, ve a socorrer a da Forme o algo, ¿no? Que mírale cómo está —dijo Nephysto dirigiéndose a İhanet.

La mujer, que hasta ese momento había permanecido como si nada de aquello fuese con ella, fingió no escuchar el insulto y se limitó a rodear el mostrador. Al llegar junto a Crucius, y al verlo acurrucado y paralizado en el suelo, lo arrastró ella misma con cuidado hasta el otro lado y se arrodilló a su lado. Al instante tomó su cuerpo entre los brazos, apartándole de la frente el cabello empapado de sudor mientras lo acariciaba suavemente.

—Y vosotros, comprobad la maleta —ordenó el Conde a sus agentes.

Nephysto se plantó entonces ante el banquero y la mujer, acariciando sobre la camisa su supuesto amuleto mientras contemplaba sin ningún pudor cómo İhanet cubría a Mr. da Morte de caricias y de besos no sin una cierta envidia insana y corrosiva. Una envidia que pronto mitigarían los 15000 soles de oro que cada mañana bajaban del cielo para llegar a su cama; y las caricias compradas deslizándose entre sábanas de nubes negras.

Ababolio y Bubastos maniobraban mientras tanto con la maleta a expensas de Crucius y de la joven que, según vio el Conde, estaba demasiado ocupada prestándole todo su amor al banquero como para fijarse en él. Como para fijarse en los 20000 soles de fuego que cada mañana bajaban del cielo para apagarse en su piel, y en las caricias compradas con las que ella podría curarle entre dárseñas de ampollas negras.

—¿Todo en orden? —inquirió Nephysto a sus ayudantes, acercándose a su vez para echar un vistazo y así disponer de alguien de confianza (como por ejemplo él mismo) que pudiera responder con criterio a la pregunta.

—Sí, todo en orden —respondieron a la vez como dos autómatas.

—Voy a echar yo un vistazo, que no me fío —masculló el Noble, quitándoles la maleta a regañadientes y dirigiéndose a la calle con ella.

En cuanto Crucius vio que Nephysto salía del banco para inspeccionar la maleta, supo que efectivamente debía tener algún compartimento secreto. Temblando en los brazos de Ihanet, suplicó para sus adentros que Acracio, al igual que él, no hubiera sido capaz de descubrirlo; porque entonces también se habría llevado —junto con el dinero— lo que fuera que el Conde de Alcurnia hubiese guardado ahí dentro.

De pronto, y pese a tener el cerebro y el cuerpo paralizado de terror, el Señor da Morte se dio cuenta de que Ihanet le abrazaba con mucha fuerza, y de que se había acelerado su respiración. Pensó que sin duda ella sabía algo sobre el contenido secreto de la maleta, y que si de repente parecía tan asustada era porque Acracio lo había robado; aunque entonces no entendió por qué la joven se había arriesgado a traerle de vuelta el maletín. Quizá, al no presentar signos de haber sido forzado, la mujer pensó que el Noble no se molestaría en registrarlo a fondo. Cuando Crucius vio que se acercaba hacia él con paso decidido y la maleta entre sus brazos, no pudo evitar derramar alguna lágrima sobre el regazo de Ihanet, muerto de miedo como estaba.

—Te vuelvo a dejar la maleta para que me la guardes, esta vez vacía. Te seguiré pagando igualmente una comisión de 200 espurias al mes, pero guárdamela bien y no la abras, salvo para volver a dejar dentro las 5000 espurias que faltan. Espero encontrarlas la próxima vez que venga, y ante todo que no me pierdas la maleta, o desearás no haber nacido.

Crucius quiso preguntar si la maleta estaba fabricada con algún tipo de material especialmente valioso, o si tenía un gran valor sentimental; o si contenía alguna cosa aparte de las 5000 espurias, que en ese momento ni siquiera permanecían dentro. Necesitaba saber por qué Nephysto tenía tanto empeño en conservar aquel bártulo de cuero gastado, pero con un simple vistazo a su mano derecha se le quitaron las ganas de preguntar. Entonces deseó devolverle el maletín, entregarle las 5000 espurias que aún le debía, y pedirle que se fuera y que no volviera nunca más.

Pero no consiguió abrir la boca.

Se limitó a estirar el brazo izquierdo para coger el *certificado de depósito* que aún permanecía encima de la mesa y a corregirlo sobre el suelo como pudo. Una vez que hubo sustituido las 20000 espurias originales por las 5000 que en teoría debería conservar, volvió a dejarlo en el mostrador.

—Por cierto, de esto ni una palabra a nadie a menos que quieras una visita especial de Ababolio y Bubastos —amenazó Nephysto, cogiendo su certificado y guardándoselo de nuevo—. Y también va por usted, señorita —añadió con una sonrisa sádica en sus delgados labios de felino, mientras sus mercenarios le abrían la puerta del banco—. En fin, como siempre un placer y hasta luego.

—¡Hasta luegoito! —respondió İhanet felizmente y como si todo fuera de perlas, incluido lo de estar tirada en el suelo junto al banquero.

—Ah, Crucius... Respecto a las 200 espurias que te debo por la comisión de este mes, olvidaba decirte que como me has abierto la maleta y para colmo has sacado dinero, esta vez no cobrarás nada. A ver qué tal para la siguiente.

Así se despidió Nephysto, cerrando por fin la puerta del banco y abandonándolo junto a sus escoltas.

—Hombre... «cobrar», lo que es «cobrar», yo diría que has cobrado y bien... —soltó İhanet alegremente.

«Mirad que puedes llegar a ser zorra cuando te pones, ¿eh?».

—Si has venido aquí solo para joderme entonces creo que te puedes ir yendo ya.

—En realidad he venido aquí para ayudarte, y te he traído la maleta, pero si quieres que me marche ya... —dijo, levantándose con parsimonia.

—Cuando te vi antes ya imaginé que habías sido tú. Pero igual podrías haberme sido de un poquito más ayuda si me la hubieras traído con las 20000 espurias que había dentro, ¿no crees?

—Yo te la he traído tal y como mi hermano me la ha devuelto... —dijo como si fuese una pobre esclava enferma

y desvalida que se desvive por cumplir las caprichosas exigencias de su cruel y retorcido amo el tirano Crucius.

Volvió a sentarse a su lado.

—Pues perdona por la insistencia en cuanto a lo del dinero, pero pensé que quizá sería mejor resaltarlo un poco dada tu enorme predisposición a ayudarme.

—Todavía estás sangrando, déjame tu mano —dijo İhanet, cogiéndosela directamente y llevándosela a la boca.

Cuando el banquero sintió en su palma algo que por primera vez no era una moneda se le quedaron los ojos en blanco del placer, pero aún así la apartó, pensando en todo el daño que le había hecho aquella lengua.

—Basta. Así no funcionan las cosas, İhanet.

Probablemente a ella le diera absolutamente lo mismo, porque Crucius se fijó en que no le cambiaba absolutamente nada su divertida expresión de la cara tras la negativa. A él, en cambio, le había dolido más apartar la mano que cada golpe en ella.

—Ah, por cierto, cogí la otra maleta de entre los matorrales y la escondí en otro sitio —dijo la mujer—. Un minuto, que voy a buscarla.

Mr. da Morte se quedó solo en el banco y aprovechó para lamerse él mismo la herida, obligándose a borrar las huellas de una ladrona.

—Aquí está —informó la joven a su regreso al poco rato, entregándole la maleta al banquero y sentándose de nuevo en el suelo junto a él.

—Gracias.

Aumentó la sonrisa:

—¿Y con esto querías tú engañar a Nephysto? —preguntó, señalando la maleta falsa—. Pero si has tallado mal la insignia de la Cruz Roja que me robaste... El símbolo de la Cruz se pone recto, no inclinado.

«En el recto te iba a meter yo la puta Cruz a ti, a ver si así notas tanto la inclinación».

Crucius se levantó impulsivamente en un arrebató instintivo e irrefrenable de quedar por encima de ella.

—¿Ah, que ahora también piensas echarme en cara que te haya cogido la Cruz Roja de la trampilla después de que tu hermano me haya quitado a mí 20000 espurias? Sinceramente tampoco es que me importe, lo pregunto más que nada para ir interiorizando ese detalle.

İhanet se incorporó a su vez y, perfectamente consciente de la brusca reacción del banquero, respondió tranquilamente:

—Pues si no te importa que te lo eche en cara, ¿no es un poco incongruente que me preguntes si voy a hacerlo? En fin, que como era una pregunta innecesaria pensé que quizá sería mejor resaltarlo un poco.

«Mírala a la cabrona cómo utiliza mis propias frases contra mí».

—Lo que ya no es una pregunta innecesaria es por qué demonios tenías guardado en la trampilla un libro con el mismo símbolo de la Cruz Roja que «casualmente» tiene la maleta de Nephysto; y una Cruz Roja que encajaba perfectamente en dicho libro, y yo diría que también en la maleta del Conde.

—Crucius, cielo, la Cruz es un símbolo que «casualmente» tienen todas las Iglesias Cristianas, y que «casualmente» cuelga del cuello de muchos creyentes... No sé por qué tendría yo una Cruz en la trampilla, pero siendo algo tan poco usual es todo un misterio, ¿eh? —se rió İhanet de su pregunta—. ¿Tú no crees que Nephysto pueda tratarse en realidad de un párroco jesuita disfrazado de patricio para infiltrarse en Alcornia? Porque claro, tiene tantas cosas con cruces... que si el libro, que si la maleta, que si la propia Cruz...

Mr. da Morte intentó calmarse al ver que la mujer utilizaba su propia rabia para reírse de él y, con la voz más suave y melosa que su hastío permanente le permitió adoptar, preguntó:

—İhanet... ¿La Cruz Roja y el libro de la Cruz Roja se los ha robado tu hermano a Nephysto?

La mujer soltó una sonora carcajada:

—¡Y las Iglesias, que se las ha robado al Papa!

—İhanet, sabes perfectamente que el símbolo no es exactamente el mismo. La Cruz Roja tiene todos los lados iguales, cosa que no sucede con la cruz cristiana.

—Ay, Crucius... No sé, no los he medido.

—Eso tiene arreglo —dijo el banquero con un irónico tono meloso y paternal, cogiendo una regleta de un cajón y extrayendo la Cruz Roja que aún tenía guardada en el bolsillo, mientras daba las gracias al Cielo porque al Conde no se le hubiera ocurrido registrarlo—. ¿Y ahora vas a seguir diciendo que es como la cruz cristiana? —añadió, midiendo los lados delante de ella.

—Ay, Crucius... No lo sé, no soy cristiana.

Mr. da Morte tuvo que contenerse para no hincarle directamente la Cruz y la regleta en el maldito cráneo, impotente como se sentía ante sus burlas y su negativa a proporcionarle la información que necesitaba.

—İhanet... Solo espero que vuestra obsesión por coleccionar maletas y otras chorradas ajenas con crucecitas rojas, no se extienda también a las posibles mandangas que aparte del dinero pudiera contener la maleta de Nephysto, porque entonces ya no sé si podría mostrarme tan humano y comprensivo... Tú me entiendes, ¿verdad?

—Creo que sí... ¿Quieres decir que la maleta que te robó mi hermano contenía otras cosas además de las 20000 espurias, y que no se dio cuenta? ¡Huy, qué emoción! —exclamó İhanet alegremente, agachándose para coger la maleta del suelo—. ¡Afortunadamente, también eso tiene arreglo! —soltó después, utilizando la misma frase que había usado el Señor da Morte, mientras se disponía a abrir tranquilamente la maleta delante de sus narices.

«Sí, definitivamente lo único que no lo tiene son tus ganas de tocar los cojones» —pensó Mr. da Morte, arrebatándole violentamente la maleta antes de que la abriera.

—Si vuelves a tocarla te vas a arrepentir —dijo el banquero, con un odio que dejaría de piedra al escultor más hábil, pero que a İhanet más bien pareció dejarla como a una rosa.

—Crucius, estás paranoico... Estás preocupado por el dinero, y eso te está llevando a fabricar elucubraciones absurdas como que mi hermano va por ahí robando libros y cosas con cruces, cuando no dinero que luego esconde en mi casa, pero nada más lejos de la realidad. Crucius, te aseguro que el dinero no está en mi casa, y que tampoco sé dónde está.

—¡Ya, claro...! Y hablando de tu hermano, seguramente seguirá en la Pobla y no se habrá hecho todavía el Camino de Santatere, ¿no? Porque no creo que la maleta haya venido solita de la Çosta dü Morte hasta aquí. ¿Dónde está ahora, sigue en la ciudad? —cambió el banquero de tema, exasperado.

—Sí, de hecho está aquí, en el banco.

—Tu hermano, no la maleta —repitió la pregunta al ver cómo la señalaba.

—Estoy preocupada por ti. Le has entregado a Nephysto los ahorros de tus clientes. ¿Qué harás cuando vengan a pedírtelos, Crucius? —volvió a cambiar de tema İhanet.

«No tengo ni idea».

—No es asunto tuyo.

—¿No lo es?

—No, no lo es. Estás protegiendo a tu hermano y a mí que me den; ni siquiera eres capaz de decirme si tu hermano también robó a Nephysto aquel libro y la Cruz, o si dentro de la maleta había algo aparte de las 20000 espurias. Hasta ahora no has hecho absolutamente nada por mí.

—Hombre, yo diría que el haberte traído la maleta verdadera ya ha sido hacer algo, porque con la falsa desde luego no habrías conseguido engañar a Nephysto. Tuve que esperar escondida a que entrárais en el banco para que nadie me viera coger la maleta de entre los matorrales, y luego dejarte la verdadera junto a la mesa, aprovechando que volvíais a salir. Para colmo, uno de los mercenarios se puso a buscarme, mientras tú seguías tan tranquilo de cháchara con el Conde. Vamos, que acabo de arriesgar mi propia integridad física para ayudarte; y todavía sigues

diciendo que no hago nada por ti —expresó como si fuera una sacrificada monjita a punto de entregar heroicamente su valiosa vida cristiana para una causa tan ridícula y efímera como salvar el trasero a un pobre gusano infeliz que, al contrario que Dios, vendía a quien fuera por evitarse unos latigazos en la espalda; o la muerte... o lo que buenamente fuera, que poco o nada podía importar.

—Ya... Pero es que yo, por culpa de tu hermano, estoy arriesgando algo más que mi integridad física, por si aún no te habías dado cuenta. E insisto en que tampoco me estás ayudando a recuperar el dinero mientras no me digas dónde lo tiene.

—Crucius, por favor... dudo hasta que aún lo tenga, se lo habrá gastado ya... Parece mentira que, como banquero, aún no sepas que en cuanto la gente tiene un gag se lo funde como si fuese el último que va a ver en la vida... —le respondió acariciándole levemente la mejilla con los dedos, como al niño al que le dan un caramelito después de que por fin consigue entender a las dos horas que no le ha traído volando un ornitorrinco en la papada bajo el pico, sino que ha sido la cigüeña.

«Qué hijos de puta los dos».

—Muy bien. Como veo que no me vas a ayudar, márchate del banco.

—Mira la parte positiva... No tienes el dinero, pero tienes las dos maletitas con las Cruces; y hasta te dejo que te quedas con la que me has cogido de la trampilla... ¡Te llevas una ganga! —continuó en el mismo tono.

—¡Que te vayas ya, joder! —gritó Crucius, prácticamente empujándola hacia la puerta.

—Está bien, tranquilo. Solo te voy a aconsejar, como persona docta en esto de gestionar el dinero ajeno que mi hermano va robando, que no vuelvas a hacer más esa tontería que has hecho hoy de pagar a un cliente tuyo con los ahorros de otros clientes... porque si no a ver qué vas a hacer cuando estos regresen a por su dinero.

«Efectivamente, no volveré a hacer más esa tontería, así como tampoco la habría hecho hoy de no ser por una zorra que me ha quitado una maleta con 20000 espurias y que ha pensado, no sé yo a santo de qué, que me haría un favor devolviéndomela vacía» —pensó Mr. da Morte, cerrándole la puerta en las narices y desconociendo que, sin ir más lejos, volvería a hacer la misma tontería mañana.

* * *

En cuanto se quedó solo, lo primero que hizo Crucius fue colocar el cartel de «cerrado» en el banco, suponiendo que no ofrecería una imagen muy profesional con la cara hinchada y la mano sangrando. De nuevo en el almacén, cogió otras 5000 espurias de sus clientes y las guardó en la maleta de Nephysto (dejándola así preparada para su regreso) antes de inspeccionarla una vez más, en busca de aquel «secreto» que teóricamente escondía. Tomó la Cruz Roja de la que, según el banquero, İhanet había querido desprenderse regalándosela al primer gilipollas que pasara por delante —ante la evidente amenaza que representaba para ella si realmente era del Noble—, y la colocó sobre el símbolo de su maleta.

Al igual que sucedía al encajarla sobre el libro, la Cruz Roja se mantuvo adherida a la superficie del maletín. Intentó girarla sobre la hendidura con la alentadora idea de accionar algún mecanismo que le descubriera, por ejemplo, un compartimento secreto en la maleta. Pero al ver que no sucedía gran cosa desistió, guardando la Cruz Roja en el cajón de las venganzas. Por último y antes de cerrarlo bajo llave, rebuscó entre los papeles del banco el único que miraba a menudo, para no olvidarse jamás de los ojos de un ladrón. Y tras observar detenidamente el cartel de «SE BUSCA» de Acracio, volvió a enterrar en el cajón una imagen que resucitaba cada día.

«Bueno... al menos sé que si la maleta contenía otra cosa aparte del dinero, también ha pasado desapercibida para Acracio y sigue dentro, tal y como prueba el hecho de que Nephysto la registrara sin inmutarse y sin dramatizar a golpes la triste vida de sus traumas» —se dijo Mr. da Morte, conteniendo las ganas de vomitar ante el profundo asco que sentía cada vez que su mente emitía un pensamiento positivo, como lo era el ser consciente de que a partir de ese momento sí podría denunciar el robo de un dinero que, oficialmente, al menos ya no pertenecería a Nephysto, sino a otros clientes a los que no podría devolvérselo.

Una cosa menos por la que sufrir cada vez que se abriera la puerta del banco. Ahora ya solo quedaban otras veintitantas cosas, entre las que se encontraban Ihanet (el hecho de que apareciera siempre era motivo de amargura) y los más de veinte clientes a los que había estafado, entregando su dinero al Conde. Y en cuanto a dicho dinero, el Señor da Morte tenía que tomar la que, probablemente, sería la decisión más importante de su vida: denunciar el robo, o no hacerlo.

Si lo denunciaba, estaba segurísimo de que la noticia se haría pública y de que generaría la suficiente desconfianza como para que todos sus clientes fueran a retirar sus depósitos al mismo tiempo. Entonces el banco quebraría y a él, como compensación a la ciudadanía, le obligarían a realizar algún tipo de actividad deprimente como la de remar en el Retiro disfrazado de ganso hembra (porque de *Caronte* no le dejarían) para las excursiones castizas de la senectud; o la de hacer de muñeco durante el cursillo de tauromaquia en la escuela infantil de educación especial para niños con problemas. O, tal vez, preferirían verle recoger el futuro abono que las vacas y demás animales depositaban confundidos en la vía pública; y del que sus dueños no se sentían responsables. En cualquier caso, sabía que le impondrían alguna faena degradante con la que su imagen quedaría tan manchada que jamás volvería a recuperar el único empleo que le permitía engullir dos excasos platos

al día. Y, aunque pudiera parecer que a Crucius le sobraba comida —del cuerpo—; cuando el negocio iba mal (o sea, unos doce meses al año) realmente su familia y él pasaban hambre. Sobre todo él, afectado por las amplias demandas de su constitución gruesa.

La única parte positiva (náusea) para el Señor da Morte era que, en caso de denunciar el robo, la ley le «ampararía» y por lo tanto no se vería obligado —bajo pena de muerte— a devolver las 20000 espurias a sus clientes, sino que el Gobierno se haría cargo de la deuda, proveyendo a los afectados de algún tipo de indemnización tal sumamente mediocre como solo pueden ser las indemnizaciones del Gobierno.

En definitiva, si denunciaba el robo salvaría su vida, pero con toda seguridad perdería su empleo. Por el contrario, si no lo denunciaba y con el tiempo tampoco conseguía recuperar las 20000 espurias, mantendría con más de veinte clientes unas deudas por las que sería flagelado como mínimo.

«Diez latigazos por cada 1000 espurias que los banqueros no podamos devolver en el plazo acordado» —tragó saliva Crucius, intentando no pensar demasiado en que si la deuda superaba las 5000 espurias también podían ser ahorcados, o decapitados en su propia mesa.

En cualquier caso él se prometió que, de un modo u otro, recuperaría esas 20000 espurias que le habían robado, y que devolvería todos los depósitos a sus clientes. Precisamente aún le quedaban 5000 espurias en el banco (sin incluir las que había dejado ya en el la maleta de Nephysto, puesto que no pensaba sacarlas de ahí), con las que podría cubrir las retiradas de unos cinco depósitos. Calculaba que al ritmo en que los clientes habían retirado su dinero durante las últimas fechas, el banco se mantendría solvente durante varias semanas, aunque faltaran 20000 espurias y no entraran depósitos nuevos.

No obstante, si encontraba el modo de que nuevos clientes depositaran sus ahorros sin que a su vez los antiguos los retirasen, lograría que el banco permaneciera solvente

durante mucho más tiempo, incluso el suficiente para recuperar las 20000 espurias robadas. Y Crucius sabía perfectamente cómo lograr que entrase en su banco más dinero del que salía, pues no en vano llevaba años pensando en ello, sin atreverse a poner nunca su genial método en práctica, al no estar completamente seguro de si encajarían todas las piezas.

Pero aquel era el momento.

Tan solo tenía que hacer precisamente lo contrario de lo que llevaba haciendo durante sus diez años ejerciendo la profesión. Básicamente, en lugar de cobrar dinero a los clientes que realizaran *depósitos a la vista*, lo que haría sería entregárselo a ellos, del mismo modo que pagaba intereses a los que hacían *depósitos a plazo*. Y si antes cobraba el 1% como comisión sobre los *depósitos a la vista* (lo que implicaba que si una persona guardaba 1000 espurias, a Crucius le correspondían 10 de ellas al mes), ahora no solo no cobraría nada, sino que ofrecería intereses mensuales del 2%. De este modo, si un cliente guardaba 1000 espurias en el banco, el Señor da Morte le regalaría 20 espurias todos los meses hasta que el depositante decidiera retirar sus 1000 espurias, momento a partir del cual dejaría de cobrar las 20 espurias mensuales.

Obviamente, solo pagaría unos intereses tan elevados al principio, esperando atraer de este modo al mayor número posible de clientes. Pero a partir del cuarto mes aproximadamente empezaría bajarlos pues, si seguía entregando cada mes un 2% de sus reservas de forma indefinida, en menos de cuatro años y medio se le habrían agotado, independientemente de cuánto dinero tuviera inicialmente. No obstante, Mr. da Morte esperaba tener que pagar mucho menos, si es que finalmente conseguía que funcionase una estrategia que se le ocurrió durante un momento de exégesis contable.

La idea surgió gracias a la visita de una persona no grata a la que Crucius confundió con un presunto timador, al ver que le daba un *certificado de depósito* perteneciente a otra persona, con la clara intención de llevarse su dinero. El tipo,

que llevaba sotana y se presentó como el nuevo párroco de la Iglesia de Matalasmatas —aunque según Crucius era todo una farsa—, dijo que se llamaba Pablo y que había recibido ese certificado en pago por una vela que uno de los feligreses se llevó casi a hurtadillas de la parroquia, al encenderla en misa y ver que el humo formaba la figura de San Cornualles de Monroiz. Como el devoto no llevaba consigo ningún billete con el que efectuar una compra al uso, y salir corriendo con el cirio le parecería pecado, dejó en su lugar un certificado por valor de cincuenta espurias.

Posteriormente Pablo fue al banco del Señor da Morte para que le canjeara el certificado por un billete de cincuenta espurias; y éste tuvo que explicarle amablemente que cada depósito tiene un único dueño, que es el que viene escrito en el certificado, y no en las cartas paulinas. El párroco entonces se fue, pero varios días después regresó con el feligrés que se había llevado la vela, para que entregara el *certificado de depósito* él mismo, y así poder cobrarle las 50 espurias. Entonces el banquero vio la luz al darse cuenta de que realmente aquel señor sí era un cura tal y como había dicho; pero sobre todo al darse cuenta de que —al pensar en él como en un timador— le había dado una idea maravillosa.

Si de algún modo conseguía que todos los *certificados de depósito* que entregaba empezaran a circular como medios de pago, y a ser aceptados por los vendedores de las tiendas como billetes reales, entonces los depositantes ya nunca tendrían la necesidad de sacar su dinero del banco pues, cuando quisieran realizar alguna compra, podrían pagar con los *certificados de depósito*. Y a su vez, las personas que recibieran estos certificados a cambio de los bienes que vendían, podrían emplearlos para comprar otros bienes, tal y como hacían habitualmente con los típicos billetes de toda la vida. De este modo, lograría sustituir por papeles falsos todos esos billetes que sus depositantes le entregaban y, si comprobaba que con el tiempo no iban a retirarlos, podría quedarse con todo su dinero.

El plan era perfecto, lo difícil era conseguir que realmente los certificados de depósito se convirtieran en *sustitutos monetarios perfectos* pero, al faltarle 20000 espurias, no tenía otro remedio que intentarlo. Para ello, solo tenía que cambiar la frase que habitualmente ponía en los *certificados de depósito*; haciendo constar que —a partir de ese momento— cualquier persona podría canjearlos por dinero, y no solo el propietario original del depósito. Si un vendedor sabía que en el banco le entregarían dinero a cambio de ese papel, estaría dispuesto a aceptarlo como medio de pago; cosa que no sucedía cuando sólo los verdaderos depositantes tenían la posibilidad de recuperar su dinero al presentar el papel.

Con esta medida, y la de entregar un 2% de intereses a los depositantes que mantuvieran su dinero en el banco; Crucius esperaba que ninguno de ellos quisiera sacarlo. Luego ya, cuando al cabo de varios meses bajara los intereses, confiaba en que los depositantes utilizaran sus *certificados de depósito* como medio de pago en cualquier tienda —en lugar de ir al banco para llevarse el dinero—, y que los vendedores que los recibieran los utilizaran a su vez en otras. En cualquier caso, ofrecer un interés del 2% durante los primeros meses era la parte fundamental de todo el plan, para tentar a la gente a depositar el dinero.

«Pero no tiene sentido que entregue dinero por custodiar *depósitos a la vista* porque, al contrario de lo que sucede con los *depósitos a plazo*, no los puedo invertir ni utilizar... Mi obligación es guardar todos esos ahorros a cambio de recibir una comisión, y si encima soy yo el que se la entrega a los depositantes es, en la práctica, como si estuviera pagando por trabajar...» —pensó el banquero.

Y, efectivamente, que él pagase dinero a sus clientes por guardarles sus ahorros era el equivalente a que un profesor pagase a sus alumnos por enseñarles, a que el dueño de un carruaje entregase dinero a los transeúntes por llevarlos a su destino, a que un médico entregase dinero a sus pacientes por curarlos, o a que un Sacerdote entregase dinero a una prostituta tras haberla confesado. En todos estos casos ha-

bría que preguntarse por qué ofrecen dinero por desempeñar su trabajo, y qué se proponen realmente. Habría que ver si el profesor está pagando a sus alumnos para manipularlos de alguna manera, si el dueño del carruaje quiere llevar realmente a los transeúntes a su destino o tiene otros planes para ellos, si el médico —además de curarlos— extrae sin permiso los órganos a sus pacientes y al terminar les paga para que vuelvan, o si el Sacerdote paga doblemente a la prostituta porque esté comprando su silencio. En definitiva, habría que averiguar qué quieren conseguir todas estas personas a cambio de pagar por hacer su trabajo. Que a lo mejor simplemente les gusta tanto que están dispuestas a entregar su dinero por desempeñarlo más a menudo, pero no suele ser el caso.

«Sé que es absurdo que pague a mis clientes... Y que ofrecer un interés mensual del 2% es una barbaridad... Pero necesito que la gente pique el anzuelo, y que me deposite sus ahorros en el banco. Tiene que entrar ya mismo dinero nuevo, o estoy muerto» —pensó Crucius.

Y para que se le llenaran las arcas rápidamente, solo tenía que ofrecer intereses por los *depósitos a la vista*, como si se trataran de *depósitos a plazo*. De este modo, la plebe se sentiría tentada a guardar el dinero en su banco, antes que en cualquier otro donde tuvieran que pagar ellos al banquero. Con cada saco de monedas que fuese entrando, Mr. da Morte iría pagando los intereses que había prometido y, al mismo tiempo, devolviendo su dinero a los clientes que —en lugar de utilizar sus *certificados de depósito* como medios de pago— quisieran sacar sus ahorros del banco. Y con el nuevo dinero que entrase después de éste, seguiría pagando todos los intereses pactados, y a la vez cubriendo las siguientes retiradas... Y así en un ciclo sin fin, siempre y cuando la mayoría de la gente se conformase con emplear los *certificados de depósito* como medios de pago, en lugar de sacar el dinero del banco.

«Una *estafa piramidal* solo funciona cuando entra más dinero del que sale» —recordó el banquero.

Tenía dos opciones:

La primera era arriesgar su vida y los ahorros de sus clientes por salvar el único negocio que hasta entonces le había dado de comer; sabiendo que si su magnífica estrategia finalmente funcionaba, le permitiría ganar tanto dinero que se acabarían para siempre sus problemas económicos.

La segunda opción era denunciar el robo, dejar de trabajar y morir de hambre, perdiendo además la oportunidad que le brindaba el destino de comprobar su teoría y demostrarle al Mundo que un *Coefficiente de Caja* del 100% para los *depósitos a la vista* (o la obligación de mantener en el banco todo el dinero *depositado a la vista*) no era en absoluto necesario para el buen funcionamiento de los bancos y, sobre todo, para el buen funcionamiento de los banqueros, que se ponían enfermos de tener tanto dinero al alcance de la mano y no poder sacarlo del banco, ni utilizarlo en su propio beneficio.

«Haré la falsificación y la *estafa piramidal*» —decidió Crucius.

Marzo

Un mes después el banco de Crucius se hallaba a rebosar de clientes como no lo había estado ni en las noches de Navidad durante los años en los que aún estaba abierto el prostíbulo. De un día para otro se había extendido por la Pobla dü Mâdrid el rumor de que el piadoso Banquero (ahora con una espléndida y elegante «B» mayúscula acompañada del adjetivo «Honrado», con «H» mayúscula también para los que supieran escribir) Crucius da Amarte estaba pagando intereses altísimos a los clientes que depositasen dinero en su Banco de la Claridad, que ahora —demostrando que Dios existe y que no quiere que sus hijos pasen hambre— se había convertido en Banco de la Caridad. Los banqueros de toda la Pobla le paraban por la calle para saludar al gran héroe de las finanzas, o no le paraban para poder contemplar su paso «de banquero» y alabarle en silencio.

Donde antes había sido otro cualquiera en esa gran familia de banqueros que se veneraban y adoraban entre sí como en una gran orgía de ricos, ahora era como el *Pattern Family* (sí, se había permitido el lujo hasta de aprenderse alguna expresión en inglés cuyo significado desconocía, para parecer más sofisticado cuando tuviera que codearse y brindar con la banca suizha). Un divino y glorioso Padre en perfecta comunión (y comunicación, cosa que le faltaba a la secta de la Iglesia, que solo tenía lo de la comunión) con el seno de su Majestad La Reina y con los del resto de esa nación que ahora le adoraba como los fieles a su Dios. De hecho, ya se habían tramitado en Mâdrid decenas de solicitudes

para que el Banco de Escornia cambiara su nombre, pues Crucius (que las había hecho todas él) quería que el suyo se llamara así. Según él, su banco merecía ser considerado como el principal de la nación, ya que cada día se duplicaba la cantidad de dinero almacenado en sus consignas.

Su círculo de amistades, antes cero, también se había multiplicado por veinte, y donde antes tenía cero ahora lo seguía teniendo como resultado de la multiplicación; pero como muchos banqueros a los que él ni siquiera conocía le llamaban por su nombre de pila para invitarle a unirse a sus conversaciones, Crucius había llegado a pensar que, efectivamente, su círculo de amistades había crecido. Básicamente, el Señor da Morte se limitaba a hablarles a todos del milagro de la *Reserva Fraccionaria* en los *depósitos a la vista* (la cual permite prestar el dinero de dichos depósitos), y de cómo este sistema podía hacer que los ingresos de los banqueros y los de sus propios clientes creciesen como la espuma. Aunque Mr. da Morte se había quedado a un paso por detrás de lo que promulgaba, pues bastante ocupado había estado ya captando nuevos depósitos de sus contribuyentes —así llamaba ahora sus clientes— para poder devolver todo el dinero que le habían robado, como para encima dedicarse a prestarlo.

En cualquier caso, esto era lo que les contaba a los banqueros que se acercaban a admirar sus encantos o a otras personas ya introducidas en materia. A la gente analfabeta y común de barrio se limitaba a hablarles de su bondadosa caridad en una jerga muy comprensible hasta para las clases más desfavorecidas, pues solo contenía dos palabras que a todo el mundo le encantaban: «regalo dinero».

El primer bendecido por la Bondadosa Caridad de da Amarte, justo cuando comenzó a primeros de Febrero con la *estafa piramidal* hacía ya un mes, fue un anciano enfermo que necesitaba algún tipo de placebo para imaginar que mejoraba de una cosa muy fea sobre cuyos desagradables dolores estuvo contándole a Crucius todo lujo de sórdidos detalles, a los cuales más o menos se molestó en atender

hasta que empezó a hablarle de su familia de molineros asentados, momento en el cual aprovechó para desconectar e ir contando la bendita cifra que el viejo le iba a depositar, mientras asentía con la cabeza en el jugoso dinero y una sonrisa en sus jugosos labios. Básicamente, el anciano necesitaba 100 espurias al mes, para hacer como que luchaba contra una enfermedad crónica a base de compresitas y otras mandangas (expresado en palabras de Crucius) que tampoco le servirían de nada, por muchas que comprase. Como él tenía ahorradas 5000 espurias que lamentablemente consumiría en unos cuatro años si cada mes tenía que utilizar 100, se le había ocurrido la brillante idea de depositarlas en el banco de Mr. da Morte, para que éste le fuera pagando el tratamiento con ese 2% mensual que le regalaba.

—¿Pero esto es completamente seguro? —preguntó el anciano por cuarta vez al realizar el *depósito a la vista*, un mes atrás—. Tenga en cuenta que ese dinero es muy importante para mí.

—Completamente seguro, señor —respondió Crucius otra vez y siempre con su mejor sonrisa, en esta ocasión con una muy amplia y elegante, feliz como estaba por recibir en su primera visita las 5000 espurias con las que podría pagar a sus clientes C, D, E, F y aún le sobrarían algunas para pagar a G, en el supuesto caso de que aparecieran por allí para retirar su dinero.

Nephysto acababa de vaciarle el almacén justo dos días atrás de la visita del anciano, por lo que al banquero le complació haber encontrado en solo dos días al primer voluntario dispuesto a llenárselo de nuevo. Los clientes H y M se habían llevado las últimas 5000 espurias justo el día anterior (lo cual en aquel momento fue un hecho muy preocupante), teniendo además la desfachatez de pedir un préstamo. De haber podido, el Señor da Morte se lo habría concedido incluso con su propio dinero, ya que tenían reputación de devolverlo siempre de forma puntual. Pero como ya no tenía dinero —ni suyo ni de nadie— no pudo prestarlo, y durante el resto de la tarde no se le ocurrió otra cosa que

encerrarse en el banco como acto de clausura, hasta que los únicos Dioses poderosos que conocía (el Conde *Drácula* y el Conde *Orlok*) se rasgaran las vestiduras concediéndole un milagro. Y por fin al día siguiente se produjo, llamando a su puerta para anunciar la llegada de 5000 espurias (porque de haber anunciado cualquier otra cosa Crucius no habría abierto) justo cuando más falta hacía ese dinero:

—Perdone la insistencia —volvió a repetir el anciano, ya por quinta vez—, pero usted siempre cobraba una comisión bastante alta por los *depósitos a la vista*; y ahora es usted quien nos ofrece dinero a nosotros. Supongo que estos depósitos serán completamente seguros y que el dinero no saldrá del banco.

—Por supuesto, sus ahorros estarán en buenas manos mientras permanezcan en el banco.

—En fin, imagino que se habrá vuelto usted más generoso, y que yo no debería ser tan desconfiado —concedió el anciano mientras Crucius iba rellenando el contrato.

—Escriba aquí su nombre —indicó éste para ver si así se callaba un rato.

Al leer el contrato, el anciano observó que garantizaba el cobro de 100 espurias mensuales únicamente al dueño del depósito. Pero que, al contrario que otras veces, garantizaba la retirada del mismo a cualquier persona que presentase el *certificado de depósito* en el banco. Éste era del tamaño de un billete de quinientas espurias, e idéntico a los que el Señor da Morte entregaba en la antigüedad. Como de costumbre, había escrito en la superficie que valía por 5000 espurias; solo que, en esta ocasión, en lugar de restituírselas exclusivamente al dueño del depósito, se las entregaría a cualquier persona que presentase el certificado. En cualquier caso, Mr. da Morte lo había firmado y sellado junto con el contrato, tal y como hacía siempre.

—¿Y si alguien falsifica el certificado y se lleva mi dinero?

—Pues lo denunciaremos, que para eso hemos hecho también un contrato; y al falsificador le quitarán el dinero y se

lo devolverán a usted. Pero no se preocupe, que nunca han conseguido engañarme con un *certificado de depósito* falso.

—Es que es difícil que le engañen cuando la persona que lleva el certificado tiene que ser la que hizo el depósito —apuntó astutamente el anciano, haciendo que Crucius casi estrujara uno de los certificados por debajo de la mesa.

—Pero también es una gran ventaja para usted el saber que cualquier persona aceptará el certificado como medio de pago, al estar respaldado por dinero de mi banco; y que por lo tanto no le hará falta a usted venir hasta aquí si alguna vez necesita comprar sus medicinas con urgencia. Si quiere incluso le puedo entregar cincuenta certificados de cien espurias, en lugar de uno de 5000, para que pueda manejarlos con más facilidad en sus compras —ofreció, imaginando que al boticario no le haría mucha gracia que le pagaran con un certificado de 5000 espurias y que le hicieran devolver el cambio en billetes; y que el viejo tampoco sería tan tonto como para dejarlo allí, o como para romper el certificado y entregar solo una esquinita.

—No, no hace falta, me quedaré con mi *certificado de depósito* hasta que venga a por mi dinero... —aseguró firmemente—. ¿Pero seguro que esto es completamente seguro y que no saldrá del banco? —volvió a preguntar por sexta vez, tras varios segundos de celestial silencio—. Porque necesito ese dinero.

—¿Cómo se llama usted?

—Membrillo.

—¡Pues no se preocupe usted, señor Membrillo! Ya verá cómo cuando venga a retirar sus 5000 espurias, las tendrá aquí esperándole. Recuerde que, mientras tanto, tendrá que venir al banco el último día de cada mes con su *certificado de depósito* para que yo le entregue las 100 espurias de los intereses; con las que podrá comprarse todos esos jarabes que necesita sin que le cuesten ni un gag. ¡Anda, que se podrá quejar, ¿eh?! —dijo Crucius, deseando que Membrillo se marchase de una vez para que dejase de hacerle aquellas preguntas y confesiones tan incómodas, y pensando si tanta

amabilidad por su parte no podría ser un impedimento para ello.

—¡Bueno, bueno...! Confío en usted, ¿eh...? —insistió el anciano.

—Claro, hombre, claro. Usted váyase tranquilo, ¡que ya verá lo bien que marcha todo! —se despidió el banquero, pensando en lo bien que marcharía todo pero para él.

Y efectivamente lo fue, porque tras la llegada de aquel primer cliente un mes atrás, suplicando su genial oferta para poder tratarse de la gilipollez esa rara que lo aquejaba y que ya no recordaba en dónde leches le dijo que tenía, vinieron muchos más para contarle sus miserias y para dejarle su dinero; con la esperanza de obtener gratuitamente unas cuantas espurias y así poderse comprar los cacharros que iban necesitando en el triste devenir de sus mal enfocadas vidas, si es que eran capaces de aguantar hasta fin de mes y de no fundirse los *certificados de depósito* el mismo día de recibirlos.

* * *

Entre la larga fila de quejumbrosos que acudían aquel día en busca de su desinteresada ayuda, Crucius reconoció a Membrillo. Tal eventualidad solo podía significar que ya había pasado un mes desde que el viejo le depositó las 5000 espurias (ahora que había trascendido a un plano superior ya no se molestaba en consultar en qué día vivía), y que ahora regresaba para cobrar sus primeras 100 espurias de interés, las cuales necesitaba para comprar las vainas esas que se pensaría que lo mejoraban de su enfermedad. Varios puestos por delante de él se encontraba una anciana con un saquito, la cual presumiblemente regresaba para depositarle otros 127 gags en moneditas de 1, 2, y 5 gags, tal y como hizo dos semanas atrás (obligándole a mirar el calendario para señalar aquella nefasta fecha).

Recordaba que aquel día —dos semanas atrás— había detrás de ella dos ricachones intentando decidirse sobre

cómo invertir mejor su dinero en el mercado. No tenían muy claro si la rentabilidad de sus hijas en depósito bancario crecería por encima de la de un matrimonio de conveniencia al uso, o si existía algún modo de compaginar ambas opciones diversificando a las niñas. En mitad de la discusión se dieron cuenta de que ni ésta ni la fila avanzaba porque la vieja se había quedado atascada al llegar a los 100 gags (no sabía seguir contando). Finalmente, los ricachones abandonaron el banco y el Señor da Morte perdió la oportunidad de guardarles sus joyas en el colchón, lo que consiguió amargarle durante los cuatro días siguientes.

Pero éste se dijo que bajo ningún concepto se lo arruinaría la vieja.

En esta ocasión, quien estaba detrás de la anciana era İhanet, a la que hacía un mes que no veía, precisamente desde el día en que apareció por el banco para devolverle la maleta robada sin las 20000 espurias. A pesar de aquella puñalada traperera (porque, según él, para devolverle la maleta vacía ya podía haberse quedado en su puta casa) y de sus continuos chistecitos y burlas a su costa, el Señor da Morte realmente se alegró de tenerla allí.

Ignorando completamente al cliente al que atendía en ese momento y que le estaba aburriendo con lo que debía ser algún tipo de leyenda imaginaria infantil (en la que no había asesinatos ni nada por el estilo, que era lo que a él le gustaba; ni aparecía la Condesa *Báthory*, que le gustaba también) sin fundamento alguno sobre unos líquidos y plantas con propiedades curativas mágicas de las que habría oído hablar en la feria esotérica de la vidente Hortensia — porque los curas ya no se exponían a hacer el ridículo por ahí diciendo esas cosas salvo del agua bendita—, Crucius abandonó directamente el mostrador sin decir nada y se encaminó hacia la puerta. Tuvo que abrirse paso entre toda la multitud de pobres e indigentes que apenas tenían un hueco para respirar («a ver si les va a dar aquí un patatús y luego me cierran a mí el banco» —pensó Crucius), hacinados como estaban en aquella enorme fila que iba serpenteando

de un lado a otro de la sala hasta terminar en la calle. Estaban todos tan apelotonados que Mr. da Morte no entendía cómo se aclaraban con el orden, siendo bobos como eran. Al llegar a la puerta, casi tuvo que aplastar a uno para poder abrirla, mientras trataba de desalojar el recinto.

—Por favor, salgan un momento del Banco de Escornia... —dijo Crucius, que se había empeñado en llamarlo así pese a la negativa del propio organismo—. No serán más de cinco minutos y enseguida les atenderé —añadió, bostezando mientras sujetaba la puerta y esperaba a que la chusma de atrás fuera empujando a los que obstruían la salida y se resistían a abandonarla, aferrándose a ella como hacían en los comedores sociales cuando trataban de repetir.

Antes, Mr. da Morte les hubiera empujado él mismo con su ímpetu habitual, pero ahora un caballero de su talla tenía que mantener los modales y las distancias.

«¡Aaayyyy... quién tuviera aquí un látigo... para expulsarlos del banco como Cristo!» —pensó el banquero, suspirando.

—¿Qué ocurre? —le preguntó uno que vio que no iba muy mal vestido (eso es que iba mejor que él).

—Nada, no se preocupe. Aguante aquí —respondió Crucius, dejándole para que sujetara la puerta mientras él se escabullía ágilmente en busca de İhanet.

—¡Eh...! ¿Pero qué...?

—Usted puede quedarse si quiere, señorita —susurró suavemente en su oído, sorprendiendo a İhanet por la espalda.

—¿Y qué te hace pensar que iba a irme? —preguntó ella burlonamente, reconociendo al banquero instantáneamente sin necesidad de darse la vuelta, y sin molestarse en hacerlo.

—Oh, nada... Solo que al verla avanzar tan decididamente hacia la puerta, pensé tontamente que pretendía darle algún uso... Pero supongo que, en su caso, el utilizarla tampoco tiene por qué implicar uso alguno —respondió Crucius irónicamente, retirando ligeramente su chaquetón de los hombros para darle un masaje más cerca de la piel.

—De hecho, en mi caso, el salir por la puerta ni siquiera implicaría el abandono de la sala.

—Por supuesto, sería la sala la que se sentiría abandonada por usted, y no al revés.

El Señor da Morte, aún a su espalda, le concedió entre caricias varios segundos para pensar una respuesta ingeniosa, pero como İhanet ya no parecía dar mucho más de sí y él no quería hacerla sentir incómoda ni inferior, se apresuró a cambiar de tema rápidamente:

—¿Me permite? —dijo, deslizándole la chaqueta por los brazos con una caricia, para luego buscar un lugar donde colgarla.

—No hay perchas —fue todo lo que a ella se le ocurrió decir.

—Tranquila, improvisaremos una —contestó él, colgando finalmente la prenda en la agarradera de una ventana y acercándose a la puerta para cerrarla tras la salida de su último e indignado cliente, antes de volver junto a İhanet para besarla lentamente en la mejilla y darle un abrazo, arropándola entre sus brazos.

Ya nada podía salir mal. La maleta continuaba guardada en el almacén con las 5000 espurias que Nephysto no se había llevado, y dentro del banco no había nadie que pudiera robarle aparte de ellos dos, y Crucius no se consideraba a sí mismo como una amenaza y a İhanet, en aquellos momentos, tampoco. Además, aunque volvieran a robarle lo solucionaría rápidamente, pues con la maravillosa *estafa piramidal* que había puesto en marcha jamás se quedaban sus arcas sin fondos, sino que por el contrario aumentaban cada día.

Crucius se tomó su tiempo en el abrazo, acariciando a la joven con toda la ternura de un hombre que se ama a sí mismo, la confianza de un simple mortal que ya se ha comido el Mundo y la seguridad de un Dios orgulloso de ser quien es. Después de haber convertido la ruina de un trabajo sin futuro en un estable y próspero negocio, ya se sentía más que preparado para hacer frente a cualquier cosa y para

resolver uno de los más turbios misterios de la naturaleza: el trato con las mujeres. E incluso estaba listo para hacer frente a una como İhanet, suponiendo que realmente fuese una mujer y no un enigma de otro planeta, como ya había pensando varias veces con lo rara que era.

Pero reaccionaba a sus caricias como una persona normal y todo, y ya nada podía salir mal.

—¿Qué le trae a usted por aquí, señorita? —susurró Mr. da Morte en su oído, aún abrazado a ella—. ¿Ha venido a depositarme las monedas que resuenan en su bolsillo como una docena de matracas, o son solo una excusa para verme? —añadió, experto en reconocer el tintineo.

—En todo caso serían una excusa para hacer también ruido y participar en la bacanal que tienes aquí montada, antes de que la fiesta termine...

—¡Oh, cielo... no terminará! —exclamó Crucius mientras se apartaba de ella con una caricia, asumiendo que la mujer ya había adivinado su táctica para obtener dinero fácil—. En cualquier caso, y respetando los motivos subyacentes de su visita, espero que no se resista a depositarme su dinero sabiendo que ofrezco unos intereses mensuales del 2%... —añadió sin inmutarse.

—Me resisto, Crucius. No quiero ayudarte a quebrar haciendo que me pagues intereses con el dinero de tus otros clientes— soltó, brillantemente inspirada por algún tipo de cálculo insólito, según el cuál se pudiera quebrar antes con la entrega mensual de 400 espurias que con el robo de 20000.

—¡Oh... İhanet...! Su terrible acusación me ofende... —probó a jugar un poco con ella, constatando una vez más el profundo descaro de la joven—. ¿Cómo puede pensar que yo, el piadoso Señor da Amarte, pueda estar entregando en intereses los ahorros de mis clientes...? ¡Fuera del Banco de Escornia! —bromeó.

—Efectivamente es lo que pienso que el piadoso Señor da Miente hace con el dinero de sus clientes...

—Bueno, entonces eso significaría que aunque con mucha voluntad se esté resistiendo usted a depositar un

dinero que solo ha traído hasta aquí para restregarme por la cara que no lo va a depositar, a lo que no se ha podido resistir es a venir hasta aquí solo para verme... —cambió Crucius de tema con una sonrisa, acariciando brevemente su mejilla con el dorso de los dedos mientras le comía la boca con los ojos.

—Lo reconozco, Crucius, he venido para verte. Quería saber cómo estás, pero te encuentro muy bien.

—Estoy mejor que nunca, İhanet. No sé si escuchas todo el dinero que tintinea en mi banco como un concierto de maracas.

—Sí, lo escucho, sí... Pero Crucius, lo que hoy es un concierto de maracas, mañana podría convertirse en un desconcierto de moracos.

Varios segundos de silencio.

«¡Ala, venga, Festival de Humor!» —pensó Mr. da Morte con su preciosa sonrisa, a quien de repente habían dejado de molestarle las burlas y ataques jocosos de İhanet, que ahora hasta le parecían tan tiernos e inocentes como antaño los de Pasquín el Pistolero.

—Su exquisito juego de palabras ha sido de quitarse el sombrero, lástima que no suceda lo mismo con su observación. No habrá morosos, İhanet, puesto que no estoy prestando el dinero de mis clientes —respondió, esta vez en serio.

—No, peor aún, estás dando en intereses el dinero que se supone que tus clientes han guardado. ¿Y qué les vas a decir si vienen a retirarlo todos a la vez, que ya se lo entregaste el mes pasado a otros en un sobrecito?

Mr. da Morte le sonrió, acariciando su pelo como si fuese una niña pequeña defendiendo que el valor de una barra de pan se establece en función del dinero que la gente está dispuesta a pagar por ella. Aunque algunas personas defendían aquella idea, todos los banqueros de prestigio —como él— sabían que era errónea. El valor de cualquier bien, decían, dependía únicamente de lo que costase producirlo —de modo que si exigía más esfuerzo los compradores

tendrían que pagar más por él—, y decir lo contrario eran gilipolleces.

Por supuesto, ni Crucius ni el resto podían explicar por qué entonces 3 barras de pan costaban solo 6 espurias, y en cambio había que pagar 60 por un autógrafo de Mr. da Morte, que costaba unos dos segundos producir. Pero ante la duda, resolvieron que aquella cuestión respondía a otro tipo de criterio (sin determinar bien a cuál) y obviamente continuaron manteniendo su postura, porque para eso eran economistas escornios con una ilustre firma por delante.

La del Señor da Morte, por ejemplo, consistía en un garabato trazado sin esfuerzo alguno que se transformaba cada vez (por lo que, si en algún *certificado de depósito* se transformaba demasiado poco, es que era falsa), mientras él aún mantenía la esperanza de que se fuera revalorizando con el tiempo. Todos los días tenía que ejecutarla varias veces sobre un trozo papel improvisado; sobre la esquina de una servilleta húmeda; o directamente sobre la piel de sus admiradores con la mano izquierda mientras seguía comiendo con la habitual. Obviamente, estos se encargaban de llevarle hasta la mesa el folio inmaculado, porque él no es que tuviera mucha intención de levantarse. Generalmente se limitaba a hacer unos rayajos en el pergamino, apoyándolo directamente sobre los huesos de la bandeja, o sobre el vino y lo que hubiese escupido ese día en el plato. A continuación, les devolvía un abrupto y pringoso derrame de caviar y marisco por el que recibía 60 espurias con las que sus admiradores podrían haberse comprado 30 barras de pan, aunque no contendrían tanto alimento.

—No te preocupes, amor, que eso no sucederá nunca—respondió el banquero pensando que, efectivamente, jamás se daría la fatal coincidencia de que todos sus clientes quisieran llevarse sus ahorros a la vez.

—¿Cómo estás tan seguro?

El Señor da Morte volvió a esgrimir esa elegante y seductora sonrisa de superioridad que hacía pensar que tenía

depositada más confianza en el banco que todos sus clientes juntos.

—Cielo, soy Crucius da Amarte, el gran magnate de los ahorros.

—Querrás decir mangante de los ahorros. Ya verás cuando la gente te acuse.

—La gente ya me acosa.

—Crucius, entregar como interés los ahorros de tus clientes a tus otros clientes es un suicidio, porque sabes que no te los van a devolver. ¿Qué harás si quieren recuperar su dinero todos a la vez? —insistía İhanet, con su tono burlón ya crispado ante la inquebrantable determinación de da Morte.

A Crucius le encantaba verla así de alterada y de preocupada por él, ante lo que podría sucederle en el imposible caso de que se descubriera la *estafa piramidal*.

—İhanet, amor, para que todos mis clientes quieran recuperar su dinero a la vez, tiene que suceder nada menos que una catástrofe económica; que tal y como van las cosas, es imposible que ocurra. Antes que eso, yo me esperaba incluso que tu hermano se presentara por aquí con mi dinero y una cajita de bombones —bromeó el banquero alegremente y sin darle la menor importancia al tema del robo porque, ahora que incluso el antiguo Banco de Escornia se estaría escornando por salir adelante y fusionarse con el suyo, evidentemente ya no la tenía—. Y si lo de tu hermano ya sería raro que sucediera, pues imagínate una desgracia económica del calibre de la que yo te digo.

Por supuesto, relacionaba la expresión «catástrofe económica» y «desgracia económica» con la salida de Escornia del pozo de hambre y miseria en el que se hallaba inmersa. El Señor da Morte sabía que, como gracias a Dios tal emersión no iba a ocurrir de la noche a la mañana —y ni en siglos a ese paso—, los muertos de hambre seguirían eternamente dejando sus gags en el banco para algún día verlos convertidos en espurias y así tener un aliciente por el que conservar sus tristes vidas; si es que alguna vez eran capaces de esperar

a tan ansiada conversión, y de no gastarse sus *certificados de depósito* al momento de recibirlos.

—Crucius, por favor... —le abrazó İhanet entonces, acariciándole por primera vez, a ver si así le convencía.

Al sentir el roce en su cuello, el Señor da Morte se estremeció y la abrazó a su vez.

—Visto lo visto, estoy casi por subir aún más los intereses a los depositantes y empezar a dar préstamos a los mendigos... —bromeó Crucius.

—¡Huy, no, por Dios...! ¿Por qué limitarte a darles solo préstamos que luego tendrán que devolver, cuando directamente puedes regalarles el dinero? —respondió İhanet sarcásticamente, soltándole al ver que esta vez las caricias no funcionaban para convencerle—. ¿Te imaginas luego qué emoción cuando todos tus clientes quieran liquidarte en la Plaza Mayor?!

—¡Ya lo creo, querrán «liquidar» sus deudas! ¡Joder, entonces la única pega que veo en todo esto es que al final voy a regalar tanto dinero que no me va a quedar ni para mí...! —exclamó Mr. da Morte, siguiendo con la broma.

—Eso es precisamente lo que trataba de decirt...

—¡Tendré que crear mi propia moneda, el...!

—¡El Crucio! —se le adelantó İhanet—. Para que, si en algún momento el Banco de Escornia tiene que imprimir billetes nuevos para prestártelos, y que de ese modo puedas devolver el dinero a tus depositantes después de habérselo regalado a los mendigos; que al menos la gente sepa a por quién tiene que ir cuando empiecen a subir los precios y quiera devolvarte el regalito...

Mr. da Morte soltó una sonora carcajada.

—¿Subir los precios, İhanet? ¿Quién te ha dicho tal cosa? Cuando se imprime dinero y se pone en circulación, no necesariamente tienen que subir los precios. Solo suben si aumenta más la cantidad de dinero en circulación que la cantidad de bienes. Si en un principio hay diez espurias, y diez panes, valdrá una espuria cada pan. Si luego hay veinte

espurias, y veinte panes, seguirá valiendo una espuria cada pan. El precio del pan no aumenta, amor.

—¿Y si antes había 10 espurias y 10 panes; y ahora hay 20 espurias porque el Banco de Escornia o el gobierno ha tenido que crearlas por tu culpa, y sigue habiendo solo 10 panes?

—Entonces cada pan valdrá 2 espurias.

—¡Vaya, no me digas! ¿Y eso no es subir los precios?

Crucius volvió a reírse.

—A ver qué culpa tengo yo de que la gente no haga más pan para que siga habiendo 20 espurias y 20 panes —respondió.

—O igualmente podría seguir habiendo 10 espurias y 10 panes, ¿no?

—¡Oh... Íhanet...! —sobreactuó Crucius, fingiéndose abatido—. ¡Me decepcionas...! ¡Yo que creí que luchabas por un paraíso de panes más justo y más humano, donde hubiese 20 panes en lugar de 10, y donde todas las criaturas tuviesen panes...! ¡Donde los pobres no tuvieran que arrastrarse por el fango suplicando panes a los otros pobres que también se arrastran por el cieno sin panes...! ¡Oh... qué poco te importa el sufrimiento de tantos niños abandonados e indefensos sin panes! ¡Menos mal que aquí está un servidor, para hacer que la economía crezca y tengan esos 20 panes que tú, monstruo despiadado, les quieres denegar porque tan solo eres una alimaña cruel y perversa! —exclamaba Crucius, con la mano en el pecho como si estuviese dando el discurso del siglo.

Íhanet no pudo evitar reírse, fascinada al descubrir la ingeniosa estrategia de da Morte y al contemplar su descarada actuación, mientras intentaba contradecirle entre risas en vano:

—Crucius, no he dicho que no deba aumentar la cantidad de panes, solo que no debería aumentar la cantidad de din...

—¡Oh... Tanto hambre en el Mundo a ella no le satisface, que quiere más! ¡¿Cuánta miseria tiene que aguantar la humanidad para saciar tus ansias de sangre, maldita sea, cuánta?! ¡Claro, a ti te da igual que aumente o disminuya

la oferta de panes, solo te preocupa que no aumente o disminuya la oferta de dinero... egoísta! ¡Menos mal que aquí está el piadoso Señor da Amarte para remediarlo, para preocuparse de esos inocentes huerfanitos que no tienen para comer...! —continuaba Crucius a lo suyo, ahora también arrodillado en el suelo mientras hacía aspavientos raros con los brazos creyéndose algún personaje importante de *Shakespeare*.

—Si aumenta la cantidad de dinero, la gente compra más porque ve que tiene más dinero, y sube el precio de la comida de los huerfanitos, sin que estos a su vez tengan más dinero... —se defendió İhanet entre risas.

—¡Oh, no... Los precios no...! ¡Cualquier cosa menos los precios, o será el fin del mundo...! ¡La gente puede estar agonizando por un trozo de pan, pero por Dios, los precios que nadie los toque, los precios noooooooo...!

—Tú ahora te burlas, Crucius —respondió İhanet, riéndose todavía mientras le agarraba del brazo para ayudarlo a levantarse—, pero cuando pases de ser el banquero da Amarte a ser el banquero moroso porque hayas estafado y mentido a todos tus clientes, ya verás qué gracia os va a hacer cuando te tires al suelo y te pongas a representar «*Panocho*»...

—Yo también espero ansioso el día en que pase de ser el banquero da Amarte a ser el banquero Amoroso. Eso está aún por encima, ¿no? Tal vez entonces construyan un muñeco de pan en mi honor.

—Sí, o de madera para quemarlo.

—Hombre... yo más bien había pensado que para amarlo.

Una vez más İhanet se acercó a él para abrazarlo, aún con la sonrisa en los labios. La sonrisa triste de una persona que ya ha visto caer a un hermano y no quiere ver caer a otro.

—Me rindo, Crucius... Me voy ya, no puedo contigo. Espero que te sigan yendo así de bien las cosas por lo menos mientras intento convencer a mi hermano de que te devuelva el dinero... Vas a necesitarlo —dijo, aún abrazada a él mientras lo acariciaba suavemente.

—Espera, Ihanet —interrumpió Crucius antes de que lo soltase—. Dame un solo motivo por el que la gente sacaría su dinero mientras yo siga dando intereses del 2% —añadió, solo por prolongar aquel maravilloso abrazo que le estaba llegando hasta el fondo del alma.

Él sabía perfectamente que nadie iba a llevarse sus ahorros del banco de la caridad, pues ya había tomado las medidas necesarias para evitar esa desgracia. En primer lugar, ofreciendo a sus depositantes un interés del 2% por mantener su dinero en el banco, presentando todos los meses sus *certificados de depósito*. Y en segundo lugar —y por si con todo y esto algún cliente todavía se le resistía—, amañando los *certificados de depósito* que les entregaba, para que pudieran utilizarlos como medios de pago en cualquier tienda y no tuvieran que ir previamente a retirar su dinero al banco, si es en algún momento tenían la imperiosa necesidad de comprarse alguna birra.

Crucius era consciente de que, una vez que los *certificados de depósito* empezaban a circular de mano en mano, se convertían en *sustitutos monetarios perfectos*, capaces de reemplazar a todo ese dinero que continuaría depositado en el banco. En cualquier momento, los actuales propietarios de los certificados —que ya no serían los antiguos depositantes, sino aquellas personas que los hubieran recibido en pago por algún bien o servicio— podrían ir al banco para canjear dichos papeles por el dinero originalmente depositado; y el Señor da Morte no podría negarse a realizar la conversión, pues la había garantizado por escrito en los propios resguardos que entregó. Sin embargo, estaba seguro de que tal eventualidad no sucedería nunca mientras los *certificados de depósito* siguieran cumpliendo exactamente las mismas funciones que el dinero originalmente depositado, y circulando de mano en mano como si se tratasen del mismo.

—Crucius, efectivamente, todo parece indicar que mientras sigas dando un 2% de interés, la gente no tendrá ningún motivo por el que sacar su dinero del banco... Solo espero que al final tengas razón y que no encuentren ninguno.

—Intuyen de forma inconsciente lo que hago, ¿sabes? Lo sospechan igual que lo has hecho tú, y aún así les da igual. La gente solo quiere más dinero del que tiene, y mientras ven que la cosa se mantiene a flote, si se enriquecen con ello, se hacen los tontos.

—Se hacen los tontos mientras la cosa va bien, pero cuando la cosa vaya mal ya no se harán los tontos, Crucius.

Ahora le acariciaba la espalda, y él solo deseaba que aquel tierno y delicioso roce continuara eternamente.

—Insisto, İhanet, dame un solo motivo por el que la cosa podría ir mal, si ha ido de perlas hasta ahora. La gente únicamente quiere que se les ofrezca nuevos medios de pago de forma gratuita o con muy poco esfuerzo por su parte, y así será hasta el fin de los tiempos. Yo les proporciono esos medios de pago y ellos, si se las ingenian, pueden usarlos para emprender nuevos proyectos y producir más bienes y servicios, de forma que no subirán los precios. Todos salimos ganando.

La joven ya no dijo nada, solo se limitó a besarle con calma en la mejilla antes de retirarse a por su chaqueta.

—Lo que tú digas, Crucius. Cuidate mucho.

«No será necesario, ya me cuidan mis clientes a mí» —pensó Mr. da Morte, sin ocultar una preciosa y maliciosa sonrisa de superioridad que haría las delicias de cualquier mujer que no creyera que en dos meses lo tendría llorando y suplicando dinero entre sus piernas, y también de algunas que sí lo creyeran.

—Bueno que... digo yo que, ya que tú no me quieres depositar dinero vaya usted a saber por qué, pues aquí lo bueno solo acaba de empezar, igual tengas por ahí algún conocido o algún hermano que últimamente se haya jugado la lotería y le haya tocado el gordo con una maleta... —bromeó Crucius, acercándose de nuevo a la dama para ponerle la chaqueta él mismo, y tener la oportunidad de acariciar sus hombros una vez más.

—Pues ahora mismo no me suena nadie —se la devolvió İhanet mientras el banquero le abría la puerta en su afán de

parecer un caballero, y rápidamente volvía a cerrarla al ver a toda su jauría de clientes apelonados ante la entrada.

«Vaya, pues sigue aquí» —pensó Crucius, percatándose de que Ihanet aún no había salido—. «Al igual que mis clientes, que se me amontonan como moscas ante un pastel» —añadió para sí mismo, evitando el desagradable sustantivo que por lo general hubiera empleado para referirse a su banco cuando aún era un desperdicio orgánico fruto de la legalidad.

—Te dejo, Crucius, que tienes que atender a tus clientes —se despidió la joven una vez más, abriendo ella misma la puerta para evitar que Mr. da Morte le seccionara un brazo si de nuevo la cerraba de golpe ante la presencia de sus clientes; mientras lo abrazaba entre caricias.

Un nuevo estremecimiento de placer le hizo desear que aquella mujer permaneciera más tiempo a su lado.

—Un segundo, Ihanet... —la retuvo, manteniendo la puerta entornada—. Antes bromeaba, ya daba por hecho que tu hermano no iba a aparecer por aquí... Solo intentaba decir que el Banco de Escornia es de total confianza, y que si alguna vez tú necesitas guardar dinero o, descartando a tu hermano, lo necesita cualquier otro familiar tuyo, podéis...

—Mi familia está muerta.

Crucius cerró la puerta de golpe, estando a punto de cercenar la cabeza de un cliente que había conseguido asomarla. Tomó a Ihanet por los hombros y la hizo girarse pese a su aparente negativa. Cuando vio sus ojos brillantes y su rostro contraído corrió a besarla, arrojándola entre sus brazos.

—Perdóname... No tenía ni idea... —se disculpó, estrechándola contra su cuerpo mientras, a pesar de la tristeza de la joven, él sentía que se moría de placer.

—No te preocupes, Crucius... Estoy bien...

Un par de lágrimas besando su cuello le indicaron al Señor da Morte lo contrario. La apretó con más fuerza contra su cuerpo ardiente mientras intentaba controlar su acelerada y jadeante respiración, aunque Ihanet parecía estar

demasiado pendiente de la muerte de su familia como para fijarse en que otra persona se moría por ella.

—Además... —iba diciendo la mujer—. Lo de mi familia sucedió hace ya cinco años y... bueno... ya no volverá a ocurrir...

«Seguro que no» —se hizo el banquero un chiste en clave de humor negro que no reproduciría en voz alta ni bajo tortura.

—Me duele porque fueron muertes que podían haberse evitado... —explicó İhanet con un hilo de voz—. Por eso decía que no volverá a ocurrir...

La mujer se calló y Mr. da Morte se limitó a abrazarla con los ojos cerrados.

—Gracias... —susurró al rato İhanet en su oído, haciendo que Crucius temblara incluso más que ella.

—Si... si hay algo que pueda hacer por ti...

—Gracias... —repitió la joven, ahora también besando tiernamente su cuello, y haciendo que a él casi se le doblaran las piernas.

—¿Puedo... puedo preguntar qué les pasó? —titubeó, esperando tal vez una dolorosa negativa.

—Bueno... Ya lo has preguntado...

«Oh... no me digas...».

—Lo siento... —se disculpó da Morte, bajando la mirada.

Y a pesar de su contestación, se moría por volver a abrazarla, pero ya no se decidía a hacerlo.

—Fue hace más de cinco años. Se... se pusieron enfermos... —habló entonces la mujer, como si desde el principio hubiera deseado contárselo, pero por algún motivo no se hubiera atrevido a hacerlo—. Mi padre enfermó de tuberculosis, y al final murió, siguiéndole mi madre pocos meses después.

—Lo siento...

—Lo único que yo siento es no haber sabido entonces que existían remedios al alcance de cualquiera para esa enfermedad.

Crucius, que no quería contradecirla en su frágil situación revelándola que realmente no existían tales remedios, se limitó a guardar silencio, dejándola creer lo que quisiera mientras la abrazaba de nuevo y besaba un rostro del que deseó lamer directamente las lágrimas.

—Tranquila, amor... no lo pienses más...

—Mis padres murieron y a mi hermano le metieron en la cárcel.

«No sé por qué harían una cosa así» —bromeó el banquero para sí mismo, refiriéndose más al feliz acontecimiento de que metieran a su hermano en la cárcel que a la desgracia de que sus padres murieran.

—¿Qué pasó? —se interesó por la gravedad de la situación a ver si podía reproducirla moviendo unos hilos de aquí y allá con mano izquierda, mientras con la derecha le regalaba a İhanet unas caricias que, de haber sentido él en su propio cuello, le habrían hecho llorar de placer ante tanta ternura.

—Le pillaron robando. Él solo quería el dinero para ayudar a nuestros padres.

«Joder...» —pensó el Señor da Morte, entendiendo perfectamente su situación, y lamentando a pesar de todo que le hubiesen encerrado por una cosa así.

—Pues... siento que le cogieran... —titubeó, necesitando más bien que lo cogieran a él.

—Le encerraron durante dos años... y yo me qued...

—Entiendo lo mal que lo pasaste —la interrumpió Crucius, que no deseaba oír de los labios de una mujer tan individualista, rebelde y antisocial que le había dolido quedarse sola; ni compadecerse de alguien cuyo egoísmo y facilidad para ignorar las normas sociales —sin importar las consecuencias— en el fondo el banquero admiraba y hasta envidiaba. Pero sobre todo no quiso compadecerse de sí mismo, por no haberse acercado a ella entonces para abrazarla y mimarla durante esos dos años, y para siempre.

—Ojalá pudiera haberte ayudado de algún modo...

—Sin saberlo lo estás haciendo ahora, Crucius... No sé qué haría yo sin ti... —contestó İhanet, acariciándole con tal dulzura que él sintió que se ahogaba sin el aire de esa boca a la que se moría por dar un poco de comer.

—Todo saldrá bien... —añadió luego la joven.

—¿Qué es lo que saldrá bien?

—No te preocupes, Crucius... no importa... —respondió ella, apartándose un momento para secarse las lágrimas, antes de volver a apoyar la cabeza en su mullido y cálido hombro—. No sabes cuánto te agradezco que me hayas escuchado... Necesitaba contártelo...

Volvió a besar su cuello y Crucius no abrió la boca por miedo a que su voz temblase tanto como él.

—Tengo que irme ya... Te veré pronto... —dijo ella por fin, haciendo que al Señor da Morte casi se le parase el corazón al ver que se alejaba el motor de su latido.

—De... de acuerdo, vuelve pronto —repitió él, tartamudeando y sin que se le ocurriese para retenerla otra cosa que mostrarle abiertamente la debilidad de su voz y de su cuerpo desnudo de amor, por si eso servía para que la mujer se diese cuenta de hasta qué punto necesitaba en su piel erizada el abrigo de otro abrazo.

—Lo haré —se limitó a responder İhanet antes de salir por la puerta, dejando al pobre Crucius temblando desesperado a merced de ese deseo salvaje que la joven había despertado y que sólo ella podía volver a calmar antes de que terminase de devorarlo vivo. Pero, sobre todo, abandonándolo ante la ira de unos clientes que ya llevaban esperando más de quince minutos a que el banquero se dignara a atenderlos y a continuar salvando al mundo de la pobreza para que todos pudieran salir ganando.

Abri!

La suave brisa acariciaba el radiante rostro de Crucius da Morte mientras, en el establo y recién levantado, alimentaba a su familia (las gallinas y el burro) con un pienso del que por primera vez en meses no se había visto obligado a comer él mismo. Acarició suavemente a la vaca mientras la ordeñaba, susurrándole cosas al oído relacionadas con lo jodidamente inteligente que era (concretándole a la vaca que se refería a sí mismo, y no a ella, por si no le había entendido bien) y lo bien que había resuelto de una vez por todas el recurrente problema de la escasez de depósitos y clientes en el Banco de Escornia.

Cuando terminó, se despidió cordialmente de su familia antes de entrar en la granja con un cubo hasta los bordes de leche, cerrando la puerta a su espalda. Saludó distraídamente a los animales, que ya estaban esperándole en pie como si fuera un marqués, y se sentó con ellos en la mesa. Bueno, con ellos exactamente... no, porque en realidad permanecieron ambos de pie, reverenciándole. Su madre le atusaba el pelo y el traje mientras su padre le servía el desayuno, cosa que apenas habían hecho ni cuando estaba enfermo y ardiendo de fiebre de niño. Crucius se dejó mimar y querer como un principito (oscuro) consentido durante un buen rato y por fin se marchó al banco, pensando de nuevo y para variar en lo listo que era y en la suerte que tenía Mádrid de tener entre sus portentos intelectuales a un banquero de alcurnia (que no de Alcurnia) que ya tenía hechas las maletas para mudarse allí en cuanto una familia pudiente le escribiera

solicitándole en adopción, o en su defecto cuando adelantase (eso ya él) en pocos días una señal de 10000 espurias para hacerse con una casita humilde de 80000 espurias con torres góticas de seis plantas y el tamaño de una catedral en la zona céntrica, porque entre personas civilizadas ya no quería ser un marginal ni deseaba vivir apartado de sus gentiles congéneres. Sin duda, y mientras fueran llegando nuevos clientes a su banco, podría pagar poco a poco su nueva casa con los ahorros que le depositaran, y él continuaría revolucionando el negocio y demostrándole a toda la ciudad que todas esas normas del *Coefficiente de Caja* del 100% para los *depósitos a la vista* (que obligaban a mantener en el banco todo el dinero *depositado a la vista*) eran cosa de paletos ignorantes, y que sólo generaban pobreza.

Sí, efectivamente y gracias a su nuevo y carismático método de entregar intereses y *certificados de depósito* a la chusma (sus clientes) para que estos fueran a comprar muchas cosas y así fueran la envidia de otra chusma (sus futuros clientes), el negocio iba viento en popa; pues todos los pobres (las «furcias», pensó esta vez) con cuatro gags en el bolsillo habían ido a depositar su calderilla en el Banco de Escornia. De este modo, y tan solo un mes después de empezar con la *estafa piramidal*, Mr. da Morte ya se veía rodeado de ingentes cantidades de dinero que se pudrían en el almacén sin nadie que les diera un uso, por lo que resolvió que alguien con dos dedos de frente (él a todos los efectos tenía muchos más) debía ponerlas en circulación inmediatamente, a fin de mejorar la economía de la Nación. Pero Crucius, que ya había regalado (en forma de intereses) mucho dinero a los parias de la sociedad —y tampoco es que lo estuvieran invirtiendo en cosas muy productivas— durante el primer mes, pensó que ya era hora de entregar billetes a alguien que pudiera utilizarlos con criterio, gastándoselos en pequeños y merecidos caprichos como el de comer bien cada día: Él.

El resto de banqueros, que también querían regalar intereses para atraer a un mayor número de clientes, permane-

cieron al acecho para comprobar si la estrategia de Crucius funcionaba. Y según vieron, aquel método revelador no solo era infalible, sino que además el banquero no se arruinaba, ni parecía salirle un tercer testículo como castigo divino por poner en duda el sistema bancario, ni le ocurría cualquier otra cosa monstruosa como habría sido lo normal. Así que, como las cosas parecían irle bastante mejor que a ellos —que seguían siendo unos muertos de hambre como siempre—, a los dos meses se atrevieron a imitarle al constatar que el pregón no anunciaba su quiebra.

El primer cambio que efectuaron los banqueros —hacía apenas una semana— fue empezar a entregar altísimos intereses por los *depósitos a la vista* que recibían en custodia, al igual que llevaba haciendo Crucius desde que había iniciado la *estafa piramidal*, hacía ya casi dos meses. El segundo cambio que hicieron fue asegurar el canje de los *certificados de depósito* a cualquier persona que los presentara en el banco, y no solo a los dueños de los depósitos, como había sucedido hasta entonces. Y la tercera variación que llevaron a cabo, como consecuencia de las dos anteriores, fue empezar a prestar los depósitos de sus clientes a intereses más bien bajos, animados ante el rapidísimo crecimiento exponencial de sus reservas de dinero, que se habían multiplicado en solo un par de días.

De este modo muchos banqueros dejaron de trabajar con un *Coefficiente de Caja* del 100% en los *depósitos a la vista*, para empezar a hacerlo con el llamado sistema de *Reserva Fraccionaria* (en el que solo una parte de los ahorros permanecían en el banco mientras que, el resto del dinero, los banqueros se lo prestaban a sus clientes o bien a sí mismos, que lo merecían más).

Así, con el sistema de *Reserva Fraccionaria*, fue como también Crucius se fue apropiando durante el segundo mes de sus primeras 2,47 espurias (que se prestó mercedamente a sí mismo) de otros clientes para comprarse una manzana un día que tenía hambre; de sus primeras 12,56 espurias con las que se hizo con un kilo de garbanzos para aparentar

ante su familia que no solo pensaba en su estómago; de sus primeras 19,63 espurias para comprar algo de pienso para los animales; de sus primeras 28,99 espurias para comprar dos botellas de vino con las que abastecerse durante lo que quedaba de mes; de sus primeras 37 espurias para hacerse con un candil y no tener que usar las velas, librándose del castigo de que la cera caliente goteara sobre sus dedos; de sus primeras 39,40 espurias para comprar nuevas herramientas con las que arreglar los boquetes y agujeros de la granja; de sus primeras 41,98 espurias para adquirir en subasta pública un churro de *petit glass* (o bueno, ya sin el *petit glass* a partir del cuarto día) con forma de pene; de sus primeras 44,85 espurias para hacerse con diez cajas de velas al darse cuenta de que creaban un ambiente más fantasmagórico que el candil y de que por lo tanto le gustaban más, aparte de que como se le derretían en las manos, tenía la esperanza de que algún día Ihanet pasara por allí para retirarle la cera endurecida —que no había Dios que quitase— de la piel; de sus primeras 50,95 espurias para comprar la auténtica baraja de cartas escornias propiedad del antiguo Rey ya fallecido Juan Carlos de Borromeo, o al menos eso le contó el inocente e incauto gitano a quien prácticamente podría decirse que timó sacándole aquella ganga a precio de risa; de sus primeras 57 espurias para comprar una silla en la que no tuviera que igualar las patas con los recibos del banco; de sus primeras 62,05 espurias para hacerse con una camisa nueva de las caras, pues la que usaba habitualmente empezaba ya a derivar del negro al gris; de sus primeras 66,66 espurias para adquirir en otra subasta —esta dirigida por Pablo, el párroco de la Iglesia de Matalasmatas— una rodaja de chorizo con la cara de Santa Sigfrida de Velbhis (Crucius es que se conocía muy bien todos los Santos) y hacerse una barbacoa; de sus primeras 73 espurias para comprarse una especie de chaleco granate con brillantitos y estampitas reflectantes que era como de mayordomo barriobajero pero que algún tipo antes que él había utilizado para presentar un circo improvisado en

la feria de los descalzos —en el que para variar no había muerto nadie y eso le confería algún tipo de prestigio alternativo—, aunque a Crucius le costaba abrochárselo y le hacía arrugas en el vientre (no porque él estuviera gordo, sino porque según él aquella «vaina» —tal y como llamaba a las cosas cuyo nombre desconocía o no le preocupaba— era muy pequeña); de sus primeras 85,90 espurias porque no había calculado bien lo del alcohol y el suministro se había agotado tres semanas y media antes de lo que había previsto; de sus primeras 111 espurias para comprar una capa negra de terciopelo muy bonita con la que sería la envidia por el día y la pesadilla por la noche de sus enemigos góticos; de sus primeras 124 espurias para comprar una supuesta falsificación del *Santo Grial* que también subastaba Pablo y que poco importaba si era el verdadero o no —aunque él aseguraba que sí— o si había contenido la sangre de Cristo o no, mientras hubiera contenido alguna; de sus primeras 140 espurias para comprar una mesa más grande porque era una verdadera lástima tirar el hambre —con tantos pobres en Escornia que no tenían nada que llevarse a la boca—, dejando de disfrutar exquisitos y succulentos manjares solo porque ya no quedaba más sitio en la mesa para los deliciosos platos que aún sí podrían haber encontrado un hueco en su estómago; de sus primeras 180 espurias para comprar un estupendo colchón con el que no se jodiese la espalda cada noche; y por supuesto de sus primeras 200 espurias para contratar a varios esclav... empleados que le trasladaron la mesa, la silla, el colchón, las botellas, el candil (y prácticamente todo lo que se iba comprando) a la granja, pues por supuesto él, que se había convertido en todo un Señor —que hasta el Cura de la Iglesia de Santa Bárbara le saludaba por la calle a pesar de sus pintas de pertenecer al culto satánico—, no iba a ir empujándolos por la calle como si fuera el don nadie que era antes.

Con el tiempo (tampoco necesitó mucho; dos únicos meses le bastaron) se sorprendió felicitándose a sí mismo por haber sido capaz de vivir con solo 200 espurias mensuales

durante tantos años, como toda esa gente pobre que, al contrario que él, no vivía en Alcurnia (él tampoco vivía, pero como muy pronto lo haría pensaba que tenía que ir borrando ya esa horrible etapa de su pasado) sino en familia. Ya no entendía muy bien cómo pudieron apañárselas durante tanto tiempo con solo 200 espurias al mes, que era lo que antiguamente conseguía en el banco a cambio de guardar las 20000 espurias de sus clientes por una comisión del 1%. Y gracias a que estaba él para traer a casa ese poco dinero, porque si no hubieran tenido que conformarse aún con menos. Sin duda, pensaba el Señor da Morte, sus padres le debían mucho, pues mientras que ellos se habían limitado a cuidar de una sola persona (de su hijo), él había asumido la enorme responsabilidad de cuidar y alimentar a 20 personas, sus clientes. De ellos había obtenido esas 200 espurias de media casi todos los meses, de las cuáles 60 siempre fueron destinadas a comprar el pan de cada día (que costaba 2 espurias la barra), otras 60 a comprar velas a fin de no continuar sumidos en esa oscuridad a la que Crucius ya se había acostumbrado y así estaba; 40 se usaban para comprar otros alimentos que no proporcionaban el pequeño huerto, la vaca y las gallinas que tenían; otras 30 para comprar el pienso que estos últimos necesitaban a fin de seguir existiendo y produciendo lo típico de su especie; y las últimas 10 espurias solían tener la intención de destinarlas al ahorro, pero al final la intención nunca bastaba.

En cambio ahora, gracias a la *Reserva Fraccionaria*, el Señor da Morte había pasado de quedarse con 200 espurias al mes a quedarse con «lo que necesitaba» al mes. Durante las primeras semanas solo necesitó los gags y espurias que sus clientes depositaban, porque para ir a comprar el pan le miraban raro (en realidad le miraban como siempre, pero no se había dado cuenta hasta entonces de que le miraban así) si entregaba un billete de cien; pero a partir del mes y medio terminó cogiendo solo billetes de cien espurias, porque para pagar su nuevo armario, su nueva ventana, sus nuevos sillones, y su nueva alfombra (entre otras cosas),

le miraban raro —es decir, como siempre— si entregaba monedas de 10 y 20 gags.

La adquisición de aquel armario barnizado al óleo con sangre que le salió por un ojo de la cara (un accidente con la percha) fue sobre todo debida a que, después de haber hecho algunos recortes (por supuesto no destinados al ahorro) necesarios en la entrada para que pudieran colarse los dos sillones que había comprado, decidió que ahora que la granja estaba así —sin puerta—, había que aprovechar para introducir más elementos decorativos grandes en casa. Y, como no fue posible encargar una estatua suya a tamaño real hecha de sangre condensada (sólo de leche, según le dijeron, aunque él estaba convencido de que aquello blanco era mármol), se decantó al final por el armario que —al menos— ya la llevaba en el óleo, o eso le dijeron. Lo de los sillones con pinchos del Tribunal de la Santa Inquisición y del Santo Oficio (se pensaba que eran dos Instituciones diferentes, y por eso había comprado uno de cada) en los que por supuesto no tenía intención alguna de sentarse, respondía al deseo de intentar engañar a Ihanet poniendo un par de mantitas encima. La alfombra roja y negra con motivos *Nestorianos* y terciopelo de rebaba, simplemente no había podido resistir la tentación de ponerla a los pies de su cama, y aparte de eso ya solo había comprado una vidriera de mosaico con La Muerte sujetando la guadaña, que colocó en su ventana de forma que se sintiera protegido cuando la luz de la luna incidiera sobre la figura, proyectándola sobre la cabecera de su cama mientras dormía.

«Bueno, vale, es verdad, he comprado más cosas» — admitió Crucius.

Sí, también había comprado unas urnas con cenizas de fallecidos anónimos, solo por «unas cuantas cientos de espurias de nah»; una pala (que siempre había querido para hacer «manualidades»); y libros malignos como el *Libri Luciferius* (que luego iba por ahí recitando en latín hasta que le rodeaban con la intención de practicarle un exorcismo) o el *Malleus Maleficarum*, aunque éste último solo lo quería por

si le servía de ayuda para dominar a İhanet y a su abyecta demagogia brujeril. Aparte, claro, de haber comprado una nueva puerta, porque una cosa era tener a La Muerte junto a tu cama, y otra muy distinta que pudiera entrar en casa de Crucius otro loco. Que, en realidad, seguía siendo la granja de sus padres, pero desde que el Señor da Morte la había convertido en un cementerio ya casi que preferían no pisarla. Aunque afortunadamente para todos no duraría así mucho tiempo, porque Crucius pensaba llevarse de allí todos esos maravillosos «ornamentos y apliques de gala barroca» (según su propia definición) en cuanto se marchase a vivir a Alcurnia.

Aparte de esto, se había aficionado a llevar siempre consigo un par de miles de espurias por si alguna vez tenía la fortuna de encontrarse con alguien que vendiese pistolas al margen de la ley, pues dentro de ella no había nadie que lo hiciese. Quería comprar un revólver como el que Pasquín le prestó durante aquel verano que daría cualquier cosa por volver a vivir, incluido todo su dinero (es decir, el de sus clientes). Pero, lamentablemente, jamás se encontraba con el ansiado vendedor, y al final terminaba igualmente gastándose el dinero en ampliar su colección de sombreros y cosas así. En cualquier caso, ya jamás salía a la calle sin unas monedas con las que trazar en el suelo esas líneas tras las cuáles se hallaba la gente mediocre.

De este modo fue como el banquero empezó a coger los gags de sus clientes hacía ya dos meses, siguió llevándose solo las espurias, y terminó cogiendo únicamente los billetes. Al principio se llevaba el típico saquito de gags y espurias, pero enseguida se dio cuenta de que tendía a vaciarlo con demasiada frecuencia en manos de los más necesitados porque, según él, cada día sentía más el enorme peso de su alma. Aunque, en realidad, lo que sentía era el peso de la bolsa, que cada día llenaba más hasta que a las dos semanas, creyendo que reventaría en plena calle, la vació en manos de un mendigo al que le hizo sujetar las espurias mientras él buscaba otra más grande donde guardarlas. Y claro, al

día siguiente ya no se arriesgó (ni a la semana siguiente, ni al mes siguiente), y se lo llevó todo directamente en billetes.

«Vale que el dinero no es mío, pero lo que no se puede hacer es dejar que se quede ahí en el banco muerto de risa, pudiendo ser utilizado para un fin social» —pensó, por supuesto sin incluir como «fin social» la posibilidad de haberse lo entregado al mendigo—. «Por ejemplo, gracias al hecho de que yo haya movido la economía comprando ese colchón, esa mesa, o lo que sea, ahora mismo habrá nuevos trabajadores fabricando nuevos colchones, nuevas mesas, o lo que sea; cosa que no sucedería si yo no hubiese comprado los antiguos» —se dijo Crucius, como si el hecho de que el Mundo aún no se hubiese ido al carajo (como decía él) fuera gracias a él, y a su compra de la mesa y el colchón.

«Pero los has comprado con un dinero que no es tuyo» —respondió lo que debía ser su conciencia manifestándose con la altiva voz de İhanet (pero hasta que no adoptara la de Pasquín podía irse directamente a tomar por saco).

«¿Ya tengo pegado al culo otra vez a esta pirada o soy yo, que me lo estoy imaginando»? —dudó Crucius, mirando por encima de su hombro por si se daba la casualidad de que la mujer estuviera caminando alegremente a su lado y él, absorto como iba en sus pensamientos, no se hubiera dado cuenta—. «Nah, se conoce que soy yo. Crucius, no la escuches» —se ordenó a sí mismo.

«Pero insisto en que has comprado esas cosas con un dinero que no es tuyo».

«¡Rápido, piensa lo contrario!: Total, que no pasa nada porque coja algo de dinero de mis clientes. Al revés, incluso deberían construirme un pedestal —de sangre— como mínimo, que yo con mi valiosa labor humanitaria y mi talento financiero estoy sacrificándome para ayudar a reactivar la economía Mundial» —se dijo, olvidando que tenía una única «sucursal» en la Pobla y que en el resto de provincias, por no decir ya de países, operaban otros bancos.

Por fin llegó al suyo tan puntual como de costumbre, que venía a significar con media hora de retraso porque

ahora sí podía permitírselo, y se abrió paso entre la fila de pretendientes que le esperaban empujándose ante la puerta. Los disolvió rápidamente (entiéndase que los hizo a un lado mientras él pasaba, ya que cada uno de esos tropezones orondos y burdos de excremento humano equivalían a unas cuantas onzas de oro, y por lo tanto jamás se le ocurriría «disolverlos» como tal) y entró en el recinto, acomodándose detrás del mostrador.

«Oh, mi primer cliente de hoy, que afortunadamente no es İhanet viniendo a darme la brasa con el temita de los intereses y de los *certificados de depósito* como todas las putas semanas; y aquí le tengo, casi llorando de la emoción» — pensó, con una desbordante sonrisa de oreja a oreja.

Sin duda alguna, aquella especie de número articulado y senil (refiriéndose al cliente) no era a través de los ojos del banquero otra cosa que un 9 de pie, ya que estaba como encorvado y tenía la cabeza muy gorda. Examinándole detenidamente a contraluz tal y como solía examinar el dinero para comprobar si era falso, reconoció vagamente en el tono verde billete de su cara arrugada y amorfa un rostro que ya le era familiar por haber añadido muchos ceros al negocio. Eso siempre y cuando no se estuviera confundiendo de cliente, ya que distinguir entre números era una cosa complicada cuando aparecían muchos del mismo, por ejemplo muchos «9», como este señor. Los «3», en cambio, eran mucho más sencillos de diferenciar, sobre todo el 3 que en ese momento había detrás del 9; porque era una señora a la que, vista de perfil, casi se le salían las tetas del escote.

—¡Ahh... aaahhh... aaahhh...! —exclamaba el hombre, excitado como si hubiera chocado «accidentalmente» con la mujer de atrás—. ¡Rápido, rápido! —ordenaba, sujetándose el corazón con la mano ante el probable infarto que estaría a punto de sufrir.

«Éste me va a hacer tal depósito que me va a dejar aquí hasta a su madre» —pensaba el Señor da Morte entre tanto, ahorrándose por primera vez en su vida el adjetivo «puta».

—Tranquilícese, buen hombre, tranquilícese... —dijo en el mismo tono apacible que una vez que se confundió de Iglesia vio emplear al cura—. Dígame, ¿cuánto dinero ha venido a ingresar hoy?

—¿Ingresar...?! ¡¿Qué demonios ingresar...?! —respondió el señor, aún en tal estado de euforia que apenas podía ni hablar—. ¡Lo que he venido es a llevármelo todo, querido da Amarte, a llevármelo todo!

—Ehhmmm... ¿Cómo? —preguntó desconcertado un banquero tan rico y vanidoso que últimamente había comprado de todo menos espejos pues, según él, ya se reflejaba en sus monedas.

—¡Sí, Señor da Amarte, sí! ¡Me lo llevo todo! ¡Que resulta, mi buen amigo, que me acabo de enterar de que en Halpêdrehete, un pueblo de arriba, están dando intereses del 3% por los *depósitos a la vista*!

Crucius sintió que le clavaban un cuchillo, y de pronto su radiante y preciosa sonrisa se le fue desvaneciendo de la cara al ir bajando de su nube de oro.

—¡Espere un momento, por favor! ¿Está seguro? Yo le subo los intereses al 3% si mantiene su dinero en el Banco de Escornia... —respondió, mientras su bello rostro adquiría de pronto el color amarillento de ese oro que, siendo de sus clientes, había utilizado él.

En la fila se escucharon algunos rumores de aprobación ante el 3% que acababa de decretar, y Crucius se fijó en que afortunadamente nadie abandonaba el banco. Pese a todo, sus piernas temblaban tras ese mostrador en el que por segunda vez en la vida no le estaban saliendo las cuentas.

«Por tus muertos, Íhanet, si estás en el banco, como no me sería ya de extrañar, no me saltes ahora con una de tus cabronadas».

Silencio.

«Bien... Parece que está todo controlado...».

—¿Quééééééé?! ¡¿Solo el 3%?! ¡Pero si yo acabo de ver otro banco aquí al lado donde ofrecen el 4%, y había venido

a éste creyendo que darían más porque había escuchado maravillas del Señor da Amarte! —exclamó una ricachona.

—¡Yo también lo he visto! —corroboró la vidente Hortensia varios puestos atrás, sin aclarar si lo había visto en la calle o en la bola.

—Mire, señora —empezó a advertir el Señor da Morte a la ricachona—, usted puede hacer lo que le venga en gana con su dinero, pero ya le digo yo que como lo ingrese ahí lo va a perder, ya que un banco que ofrece un interés mensual del 4% en los *depósitos a la vista* es un banco condenado a la quiebra en prácticamente dos años, porque...

—¿Qué coño Señor da Amarte, qué coño Señor da Amarte...?! ¡Lo que es usted es un sinvergüenza! —explotó de pronto la mujer mientras extraía de su bolso de piel un pañuelo de piel con el que se dejó ahí la piel de la nariz, no sin antes secarse unas lagrimillas.

Crucius efectuó algunos cálculos rápidos antes de llegar a la siguiente conclusión:

«Como suba también yo los intereses al 4% me arruino».

—¡Subo también yo los intereses al 4%!

Pero la ofendida ricachona abandonó la fila de todos modos, dejando tras de sí un rastro de lágrimas y de espurias que se le cayeron, y sobre las que la muchedumbre se lanzó como Crucius solo les había visto arrojarse hacia años sobre esas prostitutas que, a fin de cuentas, lo eran mil veces menos que sus propios clientes.

—¡Desgraciado, dame esa moneda! —gritó uno.

—¡Aaaahhhhh! —gritó alguien cuya mano había sido aplastada por una bota de herrero.

—¡Aaaaahhhhhhh! —gritó esta vez el Inspector Papus mientras se lanzaba en plancha tal y como le habían enseñado a hacer en el cuartel cuando viese dinero en el suelo o a alguien en peligro, pero con más razón todavía si se trataba de dinero.

El Señor da Morte tragó saliva varias veces, intentando respirar hondo entre tanto ajetreo para calmar un corazón que hubiese entregado a cambio de unas monedas. Al sa-

berse capaz de algo así, se sintió también como una de esas prostitutas con las que acababa de comparar a sus clientes y entonces pensó que, después de todo, no llegaron a marcharse todas. Pero no le importó admitirlo, pues él mismo era consciente de que ya se había prostituido al ceder 20000 espurias a cambio de una caricia que en el momento presente también necesitaba, pues sentía que cada insulto, cada golpe y cada empujón que se propinaban sus clientes iban en realidad dirigidos a él. Solo cuando ya no quedó ni un gag en el suelo se dignaron a formar una nueva fila, donde todos decían recordar haber ocupado el primer o el segundo puesto en la anterior.

«Bien, Crucius, y ahora a ver cómo te las ingenias para que la gente mantenga el dinero en el banco, y no haga como el viejo liliputiense o la morsa lagrimuda» —se dijo, con tal angustia y desesperación que más bien parecía que quien iba a echarse a llorar era él.

La sangre en la cara —debida a un arañazo que había recibido— del primer cliente de la fila de algún modo debió tranquilizar a Crucius, porque con su voz más dulce y serena preguntó:

—¿En qué puedo ayudarle?

—Tengo este *certificado de depósito* por valor de 1000 espurias y venía para efectuar el canje —respondió el muchacho, sacando un papel descuidado que, por la indiferencia con la que lo trataba, habría ido a parar accidentalmente al bolsillo de su traje mientras se relajaba en las Termas de Bañeros; o habría recibido como cambio tras la adquisición del propio balneario, si es que no llevaba en billetes el importe justo de la compra.

«Joder, otro que viene a por dinero».

—Disculpe, ese caballero de ahí creo que dice que usted se ha colado y que él iba primero —dijo Crucius, señalando al mendigo más harapiento de toda la sala, pensando que si iba prácticamente en taparrabos no iría a sacar 1000 espurias para ir a la ópera en carruaje.

—Ese caballero de ahí no dice nada de eso, y no tiene ninguna prisa —respondió el propio vagabundo.

—¿Le importaría darme ya las 1000 espurias que respaldan el certificado, mientras aún pueda obtener de ellas algún tipo de rentabilidad depositándolas en un banco donde los intereses no estén muertos? —apremió el joven adinerado, dirigiéndose a Crucius e ignorando al pordiosero.

«Tu cerebro sí que está muerto, gilipollas».

—¿Está seguro de que no prefiere que le de las 1000 espurias para depositarlas en el mío? Le ofrezco unos intereses del 4%.

—Me está usted haciendo perder el tiempo y por lo tanto el dinero.

—Oh, lo siento... Ya no le hago a usted perder más el tiempo ni el dinero, Señor... —respondió cínicamente, girándose dolido para ir a la despensa en busca del dinero que había prometido a cambio de aquel certificado con el sello de su banco.

Al minuto volvió con las 1000 espurias y se las entregó.

—Que le vaya bien —se despidió cuando el joven traspasó la puerta sin dignarse ni a volver la espalda.

«Que le jodan» —pensó.

Su siguiente cliente era una ancianita a la que el Señor da Morte recordaba perfectamente porque hacía ya un mes y medio le realizó un depósito de 127 gags en moneditas de 1, 2, y 5 gags.

—Buenos días, señora. ¿Viene a retirar sus 127 gags?

—Pues ahora que lo dice tal vez, joven. ¿Es gratis?

—Sí, señora.

—¡Buuuuu... blaaandeengueeee...! —saltó el mendigo de antes.

—¡Bragazas! —apoyó un cliente.

—¡Nenaza!

—¡Sinvergüenza! ¡Estafador! —gritó otro, sin tener muy claro qué insultos podían garantizar una adecuada concordancia con los anteriores, y optando así por los que llevaba oyendo toda la mañana para no equivocarse.

—¡Si tanto queréis comisiones os las voy a cobrar! —amenazó Crucius, rabioso al saberse incapaz de cumplir aquella amenaza.

Jamás se pedían comisiones por la retirada de los *depósitos a la vista*, y si ahora las exigía y le denunciaban le saldría la broma muy cara. Era consciente de que los banqueros solo podían recibir comisiones y cargos adicionales por los *depósitos a plazo* que sus clientes retirasen antes de la fecha acordada. En los *depósitos a la vista*, al no concretarse plazo alguno, no podían cobrarlas. Los clientes, que ya pagaban una comisión por la custodia de sus ahorros (aunque en aquella ocasión era Crucius el que les estaba pagando a ellos), los retiraban gratuitamente cuando querían.

—¡Si es gratis me lo llevo todo! —interrumpió de pronto la eufórica anciana, que durante todo ese tiempo había permanecido en estado catatónico, pensando felizmente en todas las cosas que podría comprar en los puestos de comida con 127 gags, y que en su imaginación iría desde varias selvas de purrusalda hasta varios tanques de minestrone, pasando quizá por el mercado entero.

Crucius pensó que al menos la anciana querría contar su dinero sobre la mesa, al igual que hizo cuando fue a depositarlo; así que ni siquiera le pidió su *certificado de depósito*, por si acaso no lo había traído. Rápidamente se dirigió al almacén y, al regresar, un saquito de monedas avalaba la precaria sonrisa del banquero.

—Abra usted la bolsa, joven, que no me fío yo mucho de los banqueros —dijo ella, pensando tal vez que le saltaría un cepo.

—Supongo que entonces también querrá usted contar su dinero —probó suerte cruzando los dedos, sabiendo por experiencia que algo así la mantendría ocupada el resto de la mañana, y a él con ella.

—¡Está justo! —se apresuró a adivinar la vidente Hortensia a lo lejos.

—Si la vidente Hortensia lo dice... tiene que estarlo... —razonó uno.

—Señora, es mejor que cuente su dinero... Verá, el otro día se me cayó la bolsa —inventó Crucius—, y no estoy muy seguro de haber recogido todas las moned...

—¡Gandul!

—¡Holgazán!

—¡Bueno, en realidad sí las recogí! —corrió a rectificar Crucius ante la lluvia de insultos—. Pero no estoy seguro de haberlas contado bi...

—¡Inculto!

—¡Negado!

—¡Están perfectamente contadas! —insistió la vidente Hortensia (casi para alivio de Crucius), maravillada por toda la atención que le estaban prestando aquel día; a pesar de que aún no había empezado a inventarse maldiciones, ni había recurrido a las típicas amenazas premonitorias o a las intimidaciones con los rituales de antropomancia, ni había comenzado a sacar los muñequitos del vudú.

A pesar de todo, el Señor da Morte continuó insistiéndole a la anciana:

—Señora, no haga caso, que cualquiera puede equivocarse —dijo, refiriéndose más bien a la vidente Hortensia.

—¡Inepto!

—¡Fracasado!

El Señor da Morte se sentía humillado, y sabía que su profesionalidad estaba quedando en entredicho. La suya, la de un banquero respetado de renombre (en realidad solo cuando le llamaban dos veces) con una trayectoria vital intachable. Cerró los puños, deseando estrujar en ellos esos estúpidos billetes por los que le estaban insultando. Pensaba que él, un ser humano con sentimientos, merecía algo más de respeto que un papel con números. Con el entrecejo y el corazón a punto de reventarle, esperó la respuesta definitiva de aquella anciana que siempre decía no fiarse de los banqueros:

—Me fío de ti, joven; seguro que todo mi dinero está dentro de la bolsa... Si yo siempre he dicho que los banqueros sois gente honrada y trabajadora. Ale, adiós, que

tenga usted un buen día —soltó, dándole al banquero unas palmaditas en el brazo que, según ella, solo le habría servido como almohada mientras dormitaba en la mesa, arropado por sus billetes.

Muerto de rabia e impotencia, Crucius vio cómo su tercer cliente también se llevaba el dinero, y el cuarto, y el quinto, y así hasta el noveno que, no muy convencido, decidió mantener sus 90 espurias de calderilla; pero luego el décimo igualmente quiso canjear el certificado que habría recibido como medio de pago por desempeñar su oficio. El siguiente no pudo llevarse ningún dinero, porque presentó un *certificado de depósito* que no tenía el sello ni la firma del Señor da Morte; pero los demás clientes ya sí. Al ver en el reloj de la pared que aún quedaban treinta largos minutos para el cierre y a él sólo 28500 espurias, casi se desplomó sin tener a nadie que le sostuviera entre sus brazos, ni poder sentarse más que en el vacío de sus asientos contables.

—Vengo a retirar mi dinero —dijo el siguiente de la fila, refiriéndose al dinero que un mes atrás le había prestado el banco de la plaza a un interés del 1% y que él depositó entonces en el banco de Crucius, al ver que concedía intereses mensuales del 2% por los *depósitos a la vista*. Pero ahora, habiendo otros bancos que entregaban hasta un 5%, le merecía más la pena guardar el dinero del crédito en cualquiera de estos, hasta que al cabo de cinco meses tuviera que devolvérselo al primero, obteniendo la diferencia como beneficio.

Y el Señor da Morte, ante todo esto, tan solo pensaba que él no podía permitirse el lujo de subir los intereses al 5%. Durante dos meses había estado concediendo intereses del 2%, y gracias a eso había llegado a deber 20000 espurias de los depósitos que le robaron, más 50000 de depósitos nuevos (que la gente estaba retirando), más otras 700 espurias — al mes— en concepto de intereses. Él sabía que, habiendo guardado en teoría un total de 70000 espurias, le habría correspondido entregar al mes 1400 en forma de intereses pero, como al menos la mitad de sus depositantes originales entregaron sus *certificados de depósito* a otras personas, a

éstas ya no tuvo que seguir pagándoselos, lo que hizo que el importe total se redujera a la mitad.

Aún así, no podía conceder ahora un 5% de intereses, porque era consciente de que entonces todos o casi todos los depositantes conservarían sus *certificados de depósito* indefinidamente, obligándole a pagar la mayor parte de los intereses prometidos. Y por guardar un total de 60000 espurias —que, a nivel contable, era lo que aún debería tener, después de que sus clientes se hubiesen llevado 10000 espurias esa misma tarde—, le correspondería pagar 3000 espurias al mes en forma de intereses. Y estos pagos tendría que hacerlos aún sin conservar esas 60000 espurias que en teoría estaba guardando, y de las cuales solo le quedaban 28500. El resto del dinero no lo tenía; ya que había entregado 1500 espurias en concepto de intereses, había sufrido la pérdida de 20000 porque se las habían robado, y 10000 más se las había gastado él mismo durante los dos últimos meses. En total, las 28500 espurias que aún conservaba en el banco, más las 31500 que por diversos motivos ya no tenía, conformaban las 60000 espurias que todavía tenía que devolver a sus clientes.

Si, en estas circunstancias, se veía obligado a entregar 3000 espurias al mes —el 5% de 60000— en concepto de intereses, en menos de diez meses habría agotado las 28500 espurias que aún tenía de sus depositantes. Además, tampoco podía arriesgarse a subir los intereses mientras el resto de los bancos siguieran compitiendo salvajemente entre sí, pues —en esas condiciones— difícilmente entrarían nuevos depósitos con los que poder pagarlos. Y por si fuera poco, si subía el tipo de interés y pese a todo no conseguía atraer a nuevos depositantes, se vería aún más afectado al aumentar su deuda con los antiguos.

Al advertir que, en cualquier caso, su deuda ascendía a 60000 espurias, y que no podría devolver a sus clientes 10000 de ellas porque se las había gastado en caprichos y estupideces, casi se le cayeron las lágrimas sobre unos billetes que —hacía solo dos días— habría usado como

pañuelo. De pronto se sentía tan indigno que solo deseaba devolver todas esas cosas que tenía sin habérselas ganado, y devolverse a sí mismo al lugar de donde hubiera salido sin merecerlo.

—¡Eh, despierta! —le gritaron bruscamente a Crucius, chasqueando los dedos frente a su bello y compungido rostro, y haciéndole saltar del susto—. ¡Que me has dado dinero de menos!

—¡Esta vez sí! —confirmó a gritos la vidente Hortensia desde atrás.

—Lo siento, lo siento... —se disculpó Mr. da Morte, sintiendo que se le caerían las lágrimas directamente sobre la cara al haber retirado ya esa venda de billetes que durante dos meses había tenido ante los ojos.

—¿Qué pasa, no sabes contar el dinero o qué?! —continuó el tipo, increpando a aquel pobre banquero que, ciertamente, ya solo sabría sumar besos y caricias después de toda la mañana contando ofensas.

—Ya le he dicho que lo siento. Ahora, por favor, coja su dinero y márchese si es tan amable, que tengo otros clientes a los que atender —respondió Crucius, poniendo en la mesa lo que debía y mirándole a los ojos a pesar de todo.

El tipo lo cogió y se marchó, mascullando alguna que otra bonita dedicatoria como un sonoro «gilipollas» que pudo escuchar más de la mitad del banco. El Señor da Morte, fingiendo que no le dolía, no tuvo más remedio que tragárselo, al igual que todos esos billetes llenos de insultos que habían escrito, y que le entregaban como cambio.

—¡Venga, que no tengo todo el día! —exclamó uno, agitando el *certificado de depósito* mientras Mr. da Morte se dirigía al almacén en busca de su dinero.

—Disculpe, ya me doy toda la prisa que puedo —mintió Crucius—. Si no le gusta cómo hago mi trabajo puede irse a otro banco.

«O puede irse al carajo, directamente».

—¡Claro, quiere que nos vayamos a otro banco, pero sin llevarnos el dinero que nos debe...! ¡Ay, có-mo-sabel-jo-dío!

—¡Buuuuuhhh...! ¡Cucaaraaachaaaaaa! —abuchoé burlonamente el mendigo del taparrabos, dejando muy claro que había ido a pasar el día al Banco de Escornia al ser más caliente que la calle y más entretenido que la iglesia.

Cuando por fin Crucius llegó a la puerta del almacén y ya parecía que iba a entrar, se arrodilló en el suelo para entretenerse otro medio minuto en atarse el cordón del zapato que él mismo se había desatado a pisotones detrás del mostrador; pese a que —en su obsesiva pulcritud— lo aseguraba con dos nudos.

—¡Y no tiene otro momento para atarse el cordón más que éste! —soltó el de antes.

—¡Mírale al Señor da Morte, cómo busca da amortezizar bien el tiempo! —acompañó otro burlonamente.

—¡AfortunaDaMorte, solo se le desatan los cordones al Señor da Morte da torde an torde! —convino el siguiente.

—¡Morte antes da Morzar, su dinero iba a sacar, pero no pudo sacar, porque tenía que tejer! ¡Así tejía, así así, así tejía...! —se puso a cantar uno, dando palmas alegremente.

—¡Que a este paso nos da Mortes de la semana que viene!

—¡Crucius se fue a la quiebra, mire usted, mire usted, qué peeeena, Crucius se fue a la quiebra, no sé cuándo saldrá, do, re, mi, do, re, fa, nooo sé cuándo saldráaaaaaaa! —cantó otro más, también muy animado mientras Mr. da Morte repetía mentalmente la misma canción, sustituyendo «Crucius» por «Tuputamadre» y «quiebra» por «mierda».

—¡Habíaaa una veeez, un banquito chiquitiíiiiito, había una vez, un banquito chiquitiíiiiito, que nos pooodía, que nos pooodía, que nos podía estafaaaaar...!

—¡Al pasaaaar al banco, me dijo el baaanquero, estoy aaaarruinado, no tengooo dinero...! —se unió otro a la fiesta.

—¡... Y si éeeste expoolio os pareece poco, volveremos, volveremos a empezaaaaa! —seguía cantantando el anterior mientras tanto, que al parecer aún no había terminado.

El Señor da Morte, ardiendo, sudando, resollando, bufando y convulsionándose de la rabia aún parado como estaba, saboreó cada instante que hacía perder a aquellos mal

nacidos que estaban dejando su amado ego más pisoteado que su propio zapato izquierdo, cuyo cordón continuaba atándose con el aplomo de un hombre que ya ha tropezado demasiadas veces en la vida.

Hasta que le cayó una moneda sobre la cabeza, que no resultó ser precisamente un gag.

Se llevó los dedos a su dolorida piel y se levantó de golpe, observando a sus clientes con una mirada de furia que, dirigida al cielo, podría haber convencido al sol de esconderse tras un muro de nubes eternas. El Señor da Morte se dirigió directamente al policía:

—Disculpe, Inspector, pero esto un agente de la ley no lo debería permitir. Me acaban de tirar una moneda a la cabeza. Yo solo estoy aquí haciendo mi trabajo, no tengo por qué aguantar este tipo de ataques —expresó Crucius, esperando que el agente se sintiera responsable de aquella agresión.

—Usted tranquilo, lo más probable es que al estar arrojado en el suelo y dar la impresión que no dispone de mucho dinero, alguien pensó que estaba pidiendo y por eso le arrojó generosamente la moneda... Siendo además, como es, la hora de la comida —repuso el Inspector Papus, para el que la hora de la comida eran todas, mientras desvirgaba una aceituna del año de la maricastaña que afortunadamente encontró en un bolsillo que supuestamente iba destinado a la pluma.

El banquero, al escuchar esta respuesta y ver cómo el hueso de la aceituna saltaba de la boca de Papus al suelo, y luego no repetía el mismo proceso a la inversa, notó cómo la sangre le hervía dentro de las venas. Se volvió bruscamente sin mediar palabra y entró en la despensa, cerrando de un portazo. Aquí, al amparo de esas sombras que no se lo dirían a nadie, comenzó a llorar de rabia como si los de fuera no supieran lo que hacía.

—¿Qué coño hace ahí dentro, atarse el otro cordón? —preguntó alguien al otro lado de la puerta, al ver que no salía.

—¡El cuello es lo que le iba a atar yo a ese desgraciado, pero a la horca!

Al escuchar entre lágrimas las amenazas de sus clientes, Crucius pensó que ya no le quedaba más remedio que denunciar el robo, aunque eso implicase que todos ellos conocieran su estado de insolvencia y decidieran llevarse su dinero a otros bancos; cosa que, de todos modos, ya estaban haciendo. Entonces ya no le quedaría más remedio que cerrar el suyo y morirse de hambre y asco arrastrándose por el fango en busca de una limosna que pudieran concederle esos mismos canallas que ya le estaban dejando la autoestima por los suelos sin mostrar ni un ápice de misericordia. Pero, en cualquier caso, prefería eso a los latigazos y la muerte.

«Haz algo inteligente por una vez y denuncia, Crucius, denuncia» —se dijo Mr. da Morte.

—Se estará masturbando ahí dentro —escuchó.

«No».

Y Crucius se limpió la cara y salió de la despensa con un saco de monedas y la cabeza bien alta.

—¡Vaya, parece que por fin se digna a salir el banquero con mi dinero...! ¡Creo que ya lo he visto todo en esta vida, puedo morirme en paz!

«Ojalá salieras de aquí en paz y con los pies por delante, hijo de puta».

Y mientras caminaba de nuevo hacia el mostrador, se le cayó «accidentalmente» la bolsa de cuero repleta de espurias, sin que él llegara a inmutarse. Crucius continuó en pie con ese immaculado porte vertical de quien se siente mil veces mejor persona que todos sus clientes juntos, por cuyos insultos solo mecerían que les cosieran sus propios billetes a la boca.

Finalmente se arrodilló sin ninguna prisa para recoger una moneda que había rodado bajo el mostrador hasta asomar por el otro lado, y alguien debió pensar que el reducido pero imprescindible espacio vital que ocupaba la mano de Crucius estaba destinado a sus pies o en su defecto a albergar algunos miligramos de oxígeno, porque se la aplastó contra el suelo con toda la crueldad que pudo.

Mr. da Morte apretó los dientes y apartó rápidamente esa mano magullada que hacía tan solo una semana los

hombres se peleaban por estrechar, y las mujeres por besar. Aún quedaban diez minutos para la hora del cierre, pero después de aquello ya no tenía ninguna intención de continuar fingiendo:

—¡Cierro el banco, marchaos! —exclamó enfurecido.

—Pero aún no es la hora de...

—¡Largaos de aquí u os sacaré a hostias, joder! ¡Estoy diciendo que está cerrado!

Se escucharon más murmullos de desaprobación, y algunos clientes que se dieron por vencidos se marcharon, aunque todavía continuaron dentro la gran mayoría.

—¿Qué pasa, no tienes nuestro dinero y por eso quieres que nos vayamos? —preguntó un valiente que no se atrevería a hacer lo mismo si estuviera él sólo en el banco.

—¡Tengo el dinero! —mintió da Morte—. ¡Pero no voy a consentir más faltas de respeto ni más agresiones!

—¡Se va a enterar toda la Pobla de tu insolvencia, ladrón, y en dos días no te va quedar ni un puto client...!

—¡Que he dicho que os larguéis ya, cojones! —se le encaró Crucius, haciendo que el Inspector Papus corriera a intervenir en favor de aquella oportunidad que le brindaba el destino para salir antes a comer.

—A ver, son ya las dos... —mintió el agente a pesar del reloj de la pared de enfrente—. El banco está cerrado y yo tengo que comer... Vayan saliendo, por favor...

—¿Pero usted no ve que no nos quiere devolver nuestro dinero?

—¿Qué puede hacer un humilde labrador contra estos terribles atropellos y actos de injusticia...? —dramatizó otro—. Se podrá denunciar o algo, ¿no?

—Vuelva mañana, que seguro que el Señor da Morte ya tiene el dinero preparado...

—¡Ladrón!

—¡Sinvergüenza!

—¡Es por esto, Inspector, por lo que nunca me ha gustado depositar mis ahorros en los bancos! —confesó honesta y valientemente una maruja que en cuanto se enteró con la

inestimable ayuda de otra vecina de que Crucius ofrecía intereses del 2% en los depósitos corrió como si se acabara el Mundo a dejar todo su patrimonio y parte de su herencia imaginaria en las arcas del banquero.

Todos se fueron marchando hasta que el Inspector Papus y el propio banquero se quedaron solos. Crucius no tardó en asumir que, pese al hambre que tuviera, el agente no estaba dispuesto a irse con las manos vacías; por lo que sin decir nada se limitó a depositar sobre la mesa las 4000 espurias del Inspector. Dada la cuantiosa suma que era, dedujo que debía tener ahí invertidos los ahorros para media vejez. Ahora Mr. da Morte ya solo conservaba 24000 espurias en el almacén de su banco.

—¿Cuánto dinero le queda? —se tomó Papus la confianza de preguntar mientras veía cómo Crucius rompía su *certificado de depósito*, ahora que el contrato ya había finalizado.

«Y a ti qué cojones te importa?».

—Me queda el suficiente, Inspector. Da la casualidad de que ahora mismo estoy esperando la devolución de un préstamo, y tengo algún que otro problemilla de liquidez sin importancia —inventó sobre la marcha—. Pero en un par de días estará solucionado.

«Crucius, aprovecha ahora para decirle que no te queda dinero porque te lo han robado, y haz la denuncia...».

—Eso espero, porque los clientes no se han ido muy contentos con usted.

«Oh... Vaya... No me digas... ¡Gilipollas!».

—Bueno... En realidad el problema es algo más serio de lo que yo mismo me atrevería a admitir, ya que hace un par de meses me rob...

—¡Pues admítalo y solúcionelo, Crucius, solúcionelo porque ya sabe usted que en cuanto un banquero pierde dinero y coge mala fama entre sus clientes está arruinado! —le cortó el Inspector dándole una palmadita en el hombro por no darle un cachete en la cara.

«Gracias, Inspector Papus, gracias por recordarme otra vez el motivo por el que no quería denunciar el robo... Que

por un momento incluso había conseguido olvidarlo» — pensó Crucius amargamente sin ocultar la sonrisa cortante y sardónica de sus labios, mientras el agente le iba dejando en la camisa una imborrable leyenda de sus hazañas con cualquier estofado antiguo.

—A ver qué se puede hacer —dijo finalmente el banquero, apartándose del Inspector para ver si así se daba cuenta de que no era su servilleta.

—Bueno, yo me marcho ya, si tiene usted cualquier problema no dude en avisar, que a ver para qué está el heroico Cuerpo Nacional de Policía, cuya bravura y entrega a tantos ciudadanos ha salvado de las garras del mal, si no es para sacrificarse con coraje y valentía por su amado pueblo — añadió solemnemente el Inspector, después de haber soltado tan ricamente que el problema que tuviera Crucius podía ir «admitiéndolo y solucionándose» solito, si es que podía.

«Antes vendería mi alma al Diablo» —pensó el Señor da Morte.

Y el Diablo le estaba oyendo.

—No dudaré, no... ¡Ale, adiós, Inspector Papus! —se despidió el banquero, con una amabilidad forzada y una sonrisa cínica.

—Adiós, Crucius... —se despidió a su vez el Inspector, llamando por su nombre de pila a aquel banquero condenado a la quiebra y a hundirse en la más profunda de las ignominias. Pero, con sus ahorros a salvo, la suerte que pudiera correr Crucius y su negocio le daba exactamente lo mismo.

—¡Te deseo mucha suerte! —dijo Papus.

«Muerte es lo único que te deseo yo» —pensaba el Señor da Morte mientras le veía salir por fin del banco.

Varios minutos después, se dispuso a imitar él mismo los pasos del Inspector. Necesitaba tomar el aire y ver la luz del sol, o cualquier cosa que brillara ahora que en su banco ya no quedaban demasiadas monedas.

Abrió la puerta sin mucho entusiasmo y, justo al salir, se percató de la presencia de un desagradable tipo —apoyado

contra la pared de su establecimiento— al que no parecía faltarle el dinero a pesar de su aspecto desaliñado y andrajoso. Vestía completamente de negro y una capucha también negra ocultaba parte de su demoníaco rostro, de apariencia aún más oscura que la del propio banquero. Algunas mechas despeinadas y dispersas de cabello cobrizo, retorcido y mal recortado caían sobre sus ojos de aceite pardo y ciego. De no haber conocido Crucius el rostro de Acracio habría pensado que era él; pero era imposible, porque en el cartel tenía el pelo negro y liso, los ojos azules, y las facciones de su rostro eran diferentes. Su retrato aún yacía junto con la Cruz Roja, en el viejo cajón de las venganzas donde el banquero enterraba sus facturas entre lápidas de papel. Cada día lo abría con su llave oxidada, porque no estaba dispuesto a dar la vuelta a la imagen de Acracio, ni a buscar entre los recibos y justificantes uno por el que perdonarlo. Jamás permitiría que su retrato se llenara de ese polvo que da Morte rascaba incansable cada noche, con una de las pocas monedas que no le había robado.

El rostro del estrafalario visitante, pensó que por su parte habría que rascarlo con algo mucho más contundente, lo cual tampoco le induciría a dejar de creerse el amo y señor de toda la suciedad y la pobreza del mundo. El banquero no recordaba haberlo visto en la fila junto al resto de sus clientes, razón de más para ignorar su insidiosa presencia moruna y pasar por delante de él como si no existiera. Pero de pronto, el Encapuchado pronunció su nombre y a Crucius no le quedó otro remedio que volverse:

—Dígame —respondió a la llamada fingiendo una serenidad de la que en ese momento carecía.

—He oído que si te pagan bien aceptas cierto tipo de encargos —le tuteó.

Al escuchar «pagan bien», el Señor da Morte no pudo menos que preguntar:

—¿De qué tipo de encargos estaríamos hablando? —dijo mientras jugueteaba con una moneda, canalizando su nerviosismo en la complicada tarea de desplazarla de un lado

a otro de la mano con el dorso de los dedos y la destreza de un mago.

Intentó calmarse recordando que ya había aceptado todo tipo de peticiones provenientes de Nephysto y de otros peligrosos clientes. Pensó que después de haber guardado en el banco desde la pistola de su maestro Pasquín; hasta joyas y dinero negro —amén de drogas y obras de arte robadas—, no tenía que preocuparle la indecente proposición que fuera a realizarle aquel pobre adefesio. Probablemente solo querría cualquier idiotez como que le alejara de la vista algunos tristes ahorros de jabón que, con lo bien que los administraba, aún podían durarle hasta finales de año. En cualquier caso estaba seguro de que, por mucho que aquel insignificante piojo se esforzara, no conseguiría superar la gracia de pedirle que guardara un cadáver en su banco.

—Quiero que mates a una persona.

La espuria se le escurrió a da Morte de entre los dedos y fue a parar al suelo.

—Lo siento, no hago ese tipo de cosas —respondió inmediatamente, ignorando la moneda (sobre la que al instante se abalanzó el Encapuchado pensando que si no se daba prisa podría tragársela el suelo) y dándole por fin la espalda, para refugiarse de la avaricia en su templo de oro.

—Te ofrezco 15000 espurias.

«O sí».

Un espasmo repentino impidió que el banquero cerrara la puerta, suponiendo que el tipo no iba a deslizarle por debajo los billetes.

Se trataba casi de la misma cantidad que le habían robado, y Crucius se sorprendió pensando en lo irónico y cruel que sería que le pagaran un asesinato con su propias monedas. Rápidamente desechó tan absurdas conjeturas, sabiendo que el destino no movería de una mano a otra el dinero que Acracio le había quitado, para finalmente dejarlo en las de aquel parásito y de nuevo en las suyas.

—¿Por qué a mí? —preguntó Mr. da Morte, intentando que no se notara que le temblaba todo el cuerpo.

—Porque ya le conoces. Es el Juez Huertaz.

Sí, efectivamente ya le conocía.

Un juez corrupto como él no merecía otro destino que la muerte. Aunque solo la muerte era un castigo demasiado dulce, sobre todo después de haber condenado a decenas de ladrones a la horca (el único que según Crucius merecería sufrir tal pena era el ladrón de su maleta), a docenas de agitadores a la cárcel o a trabajos forzados (cuando la única perturbadora que se merecía unos añitos en las galeras era İhanet), y a muchos más niños había cortado las manos por un mendrugo de pan (Crucius, cuya bondad y empatía despuntaban sobre el resto de sus consabidas virtudes, les habría dado un buen sopapo y a correr).

Aunque, sin duda alguna, el peor despropósito y la mayor crueldad y la más odiosa e indignante sentencia jamás dictada por aquel puerco desabrido e indecente había sido condenarle a él —un inocente y cándido banquero— a recibir cuarenta latigazos públicamente, amarrado a un poste en la Plaza Mayor. Y todo porque Nephysto, con algún perverso tipo de lógica inversa, le había acusado de ser cómplice de asesinato, cuando ni siquiera había participado en el mismo. Simplemente, había guardado en su banco el cadáver del gitano al que Nephysto mató, hasta que la policía se presentó allí para llevárselo.

—El Juez Huertaz —repitió el Encapuchado, pensando que el banquero se estaba mareando y que no le había oído, dada su repentina palidez.

Por guardar aquel cadáver tasado en 2000 espurias, Nephysto ofreció a Crucius una comisión de 200 a la semana (lo que habitualmente ganaba al mes), como si fuera a guardar una joya en lugar de un muerto. En un principio el Conde pensó en llevarlo directamente al cementerio, siendo como era el lugar al que habitualmente iban destinados los cadáveres. Pero entonces empezó a preocuparle la posibilidad de que no le dejaran desenterrarlo a las dos semanas, a los dos meses o cuando lo necesitara. Seguramente le pedirían los motivos, y no se conformarían con recibir «personales»

como respuesta. Por supuesto, el dinero conseguiría silenciar las molestas preguntas de los subalternos que trabajarían allí, pero había demasiados como para controlarlos a todos. Al final, decidió que era más sencillo dejar el cadáver en otro sitio, custodiado por una o dos personas a las que contratara para tal fin.

Ya estaba sopesando la terrible opción de enterrar el cuerpo en el jardín de su propia mansión —aunque la presencia de gitanos pudiera mancillarla— cuando recordó ciertos rumores sobre un banco donde, supuestamente, aceptaban custodiar todo tipo de bienes sin realizar preguntas. Y Nephysto, indagando, enseguida averiguó que el recinto estaba ubicado en mitad de un valle solitario, ideal para enterrar un cadáver en secreto. Lógicamente, haría falta una persona que estuviera pendiente del cuerpo, y por el momento todo apuntaba al banquero —no es que pasara mucha más gente por allí— como único candidato posible para la extraña tarea. Aunque si él se negaba siempre podría encargar la vigilancia a alguno de sus mercenarios, pese a que tuviera que pagarle más dinero. En cualquier caso, estaba claro que el mejor lugar para dejar el cadáver era aquel banco intransitado y anónimo. No en vano los bancos fueron siempre lugares muy seguros y selectos para toda la gente, que depositaba en ellos todos sus ahorros en lugar de enterrarlos en los cementerios o en el jardín de sus casas. Que además, el de la suya en concreto (y la casa en su conjunto) tampoco es que hubiera demostrado ser un lugar muy seguro, pues Nephysto ya había sufrido algún robo durante el último año. De modo que, sin pensarlo más, el Noble y sus escoltas se pusieron en camino.

Al llegar al banco, los mercenarios del Conde se limitaron a descargar el muerto a los pies del Señor da Morte porque éste no extendió los brazos, y lo arrastraron hasta dejarlo junto a la mesa porque no encontrarían sitio encima. Mientras tanto, Nephysto fue asomándose tranquilamente por la ventana para ir eligiendo algún lugar donde enterrar al gitano. Una vez que hubo detectado un pequeño nicho

seguramente visible desde el propio mostrador, procedió a comentarle al Señor da Morte la posibilidad de sepultar allí el cuerpo, y de que él lo custodiara echando de vez en cuando un ojo a la ventana. Ya iba Crucius a decirle que lo sentía, pero que tenía pensado poner cortinas; cuando el Conde le ofreció 200 espurias semanales, y un revólver para que lo utilizara en caso de necesidad. Entonces Crucius, con las manos casi temblándole de la emoción, vació uno de los ataúdes —donde guardaba el dinero de sus clientes— que tenía en el almacén y depositó al gitano dentro, confirmando que por el momento no hacía falta ni enterrarlo afuera; que lo tendría bajo llave en la propia despensa hasta que el olor pudiera delatarlo. El revólver, eso sí, se lo quedaba.

A Nephysto le pareció que simplemente no lo enterraba para ahorrarse el esfuerzo, pero aún así le gustó la idea; y supo que aquel hombre —desesperado y sin escrúpulos— era el idóneo para ocuparse de aquel muerto que a él ya le estaba quitando el sueño.

En una sola semana, Mr. da Morte podría haber ganado 200 espurias de no ser porque la policía se presentó al tercer día en su banco, exigiéndole el cadáver. Al regresar Nephysto a por él y escuchar que ya no estaba porque la policía había solicitado su traslado a otras dependencias (tal y como expresó Mr. da Morte en un solemne intento de incluir la posibilidad del retorno), le obligó a devolverle la pistola y le advirtió de que no se conformaría con las 2000 espurias que figuraban en el contrato. Finalmente, y aún sabiendo que el cadáver no lo recuperaría —porque tal depósito no constaba en el papel—, Nephysto puso una denuncia reclamando la devolución del cuerpo, y aprovechó también el momento para confesarse abiertamente como el autor del crimen, acusando al banquero de cómplice de asesinato. Entonces el Juez Huertaz, tan coherente como de costumbre, felicitó al Noble por su sinceridad; y en cambio a Crucius le reprobó por su «silencio», condenándole a recibir cuarenta latigazos por «cómplice de asesinato».

«Qué cojones cómplice de asesinato, si yo ni siquiera participé en el mismo ni supe quién lo había matado, solo guardé el cadáver cuando me lo llevaron...» —pensó Crucius, y así se lo hizo saber al Juez teniendo la delicadeza de evitarse el término «cojones».

—Pues eso mismo... Cómplice de asesinato —ratificó el Juez entonces.

Es decir, que a él le había condenado a recibir cuarenta latigazos por lo que Nephysto y Huertaz coincidieron en llamar «cómplice de asesinato», y sin embargo al Conde de Alcornia, que había matado a un ser humano, no le ocurrió absolutamente nada al tratarse su víctima de un gitano ex convicto y reincidente, y —obviamente— al haber sobornado al Juez.

Desde entonces, el Señor da Morte se preguntaba si Nephysto había escondido algo dentro del cadáver, como dinero o drogas; y por eso se tomó la molestia de guardarlo en el banco y de reclamarlo luego con tanto afán, exigiendo un castigo para él al enterarse de que lo había perdido.

—Es el Juez Huertaz —insistió el Encapuchado una vez más.

El Juez Huertaz... El único Juez de «moralidad rígida e inflexible sometida a los principios del Derecho y a los designios de Dios», tal y como él mismo se definía cuando juraba ante la Biblia. Y tal y como se definió cuando Crucius le suplicó —delante de todo el mundo— una y otra vez piedad mientras lo azotaban sin tregua, bastándole al Juez con una mirada de Nephysto para someterse a sus designios (que no a los de Dios) y no concederle al banquero ni la piedad ni la tregua.

La cosa era que un Juez que por un lado no tenía reparo en condenar a humildes y honrados banqueros de bien al servicio de las clases más desfavorecidas y cuya pericia contable irradiaba esperanza en toda la nación, el mundo y parte del universo; pero que por otro lado sí lo tenía a la hora de sancionar a escoria chantajista y corrupta de la talla de Nephysto, no merecía otra cosa que la muerte.

«La muerte y los cuarenta latigazos» —se dijo Crucius de nuevo, recordando cómo su sangre le había resbalado casi tanto como al Juez.

—¿Y? —preguntó el banquero, tratando de retrasar su respuesta definitiva al Encapuchado.

Y los latigazos le dolieron de tal manera que aquel cadáver fue la última cosa (en este caso ser humano) ilegal o alegal que pasó por su banco en seis meses, hasta aquel maldito día en el que reapareció Nephysto con una asquerosa maletita y una oferta que el hambre tampoco le permitió rechazar.

—Y necesitas el dinero —respondió el Encapuchado.

«Joder...» —pensó Crucius.

Pero no podía hacerlo. El Juez Huertaz, a pesar de que merecía morir, tenía una mujer preciosa y un hijo de cinco años al que alimentar, aunque fuera mediante los sobornos de Nephysto y otros indeseables.

«Qué cojones, el niño ya tiene una edad para irse espabilando solito» —se contradijo inmediatamente el banquero.

El mayor problema, para ser exactos, lo representaba la hermosa esposa del Juez. El Señor da Morte sabía que no podría volver a mirarse en un espejo si dejaba viuda a una dama cuya absoluta belleza pudiera verse enturbiada por el velo negro delante de la cara de la novia...

«Ehm... de la viuda... Joder, que me lío...».

—¿Y? —repitió Crucius con la voz ronca, haciéndose el héroe.

Y cuya hermosura pudiera ensombrecerse por el luto, por las lágrimas, por el hambre...

«Por el hambre de su hijo...» —le sobrecogió otra vez el chispazo a da Morte, viéndose asaltado por ahí entre orgasmo y orgasmo por algún que otro fugaz y molesto destello de madurez del que afortunadamente pudo desprenderse enseguida, para volver a centrarse en la doncella.

«Que lo hago por el niño, cojones» —se repitió.

A fin de cuentas, se dijo Crucius, los banqueros dedicados a las labores benéficas mediante el crédito solidario eran

siempre los más apreciados en los focos de pobreza, siendo su altruismo un ejemplo para la humanidad. Y él, uno de los más destacados en su reducido y diezmado gremio, no podía arrebatarse su única esperanza de salvación al género humano convirtiéndose en un asesino, ni podía matar al esposo de una mujer tan hermosa.

«Y padre de un hijo» —enfaticó de nuevo, haciendo el esfuerzo.

—Lo siento, no estoy dispuesto a matar a nadie —respondió finalmente, pese a lo sencillo que le resultaría acabar con su vida si aún tuviera la pistola con la que Pasquín le enseñó a disparar, o cualquier otro revólver.

—Si en dos meses has cambiado de opinión, búscame a media noche. Sabrás dónde encontrarme.

Y, tras decir estas últimas palabras y reservándose para sí una tarjetita de visita con la que Crucius podría encontrarle, pero no sin ella; el misterioso visitante se dio la vuelta y puso rumbo a la ciudad, con su capa negra ondeando al viento bajo una capucha que ocultaba el escurridizo y peligroso rostro de la traición.

Porque, aunque Mr. da Morte aún no podía saberlo, La Traición no siempre tomaba la seductora y tentadora forma de una mujer.

* * *

Crucius da Morte salió por fin de su banco para dirigirse a cualquier otro en el que suplicar un préstamo de 5000 espurias (la máxima cantidad que los banqueros se permitían conceder para, según sus cálculos inefables, no caer en la insolvencia en caso de impago) con el que poder afrontar una ridícula parte de sus deudas. Mientras caminaba en dirección al banco más cercano absorto en sus problemas —pensando que tal vez no era muy prudente lo de seguir endeudándose para pagar la deuda con más deuda, ni lo de hacerla tender al infinito para reducirla a cero—, un

grito lejano y desgarrador le sobresaltó y le arrancó de sus pensamientos. Intrigado, se desvió de la callejuela que le llevaba al centro de la ciudad y tomó un sendero de tierra que discurría por el prado. Tras varios minutos de camino, llegó por fin a la rudimentaria y cochambrosa taberna de madera de la que procedían los alaridos. Junto a la puerta, aún en la calle, había un enorme vigilante que sería el encargado de poner orden si alguien decidía marcharse sin pagar la cerveza.

Mr. da Morte se acercó al establecimiento, poniéndose de puntillas ante una de las numerosas ventanas por las que tampoco conseguiría introducir otra cosa que la cabeza, a menos que lo intentase por separado. En cualquier caso, prefirió mantenerla en su sitio junto al resto del cuerpo mientras observaba apenado a un muchacho que, para su puesto entretenimiento de la concurrencia, saltaba descalzo sobre unas brasas candentes. Al Señor da Morte le bastaron unos instantes para ver cómo enloquecía de dolor mientras se freía en aquella plancha cuya temperatura empañaría el cristal de la pequeña ventana, en caso de que lo tuviera. El público expectante se apiñaba alrededor, aplaudiendo la gracia con la que aquel principiante ejecutaba sus pasos, aún sin la protección de unas zapatillas de danza. Crucius enseguida dedujo que el joven bailarín que se dejaba los pies y la vida sobre aquella pista de fuego no era el mismo que realizó su exhibición varios minutos atrás. Supuso que mientras caminaba hacia la taberna estuvo escuchando los gritos de otra persona diferente ya que, por el humo que desprendían, parecía imposible que alguien pudiera aguantar sobre esas brasas durante mucho más de diez segundos.

—Eh, tú —le saludó cortésmente el vigilante—. ¿Vas a entrar o qué?

—No, no, solo estoy mirando —respondió Crucius tímidamente.

Al asomarse de nuevo por la ventana y girar la vista hacia la barra del bar, observó cómo un mendigo con los pies negros se guardaba la bolsa de monedas que acababa

de entregarle el tabernero, y con las que esperaba comer durante meses. Sin apenas poder mantenerse en pie, el hombre se dio la vuelta ayudado por dos supuestos «amigos (cuya amistad no habría bastado para ofrecerse a cruzar las brasas en su lugar, pero seguro que sí para compartir el dinero) y, apoyándose en estos, avanzó cojeando hacia la puerta con la cara contraída de dolor. Al salir de allí, todos se vestirían con sus mejores galas para el banquete de celebración, al que uno de ellos acudiría sin sus zapatos de fiesta.

El Señor da Morte se acercó a la puerta de madera desvencijada, percatándose entonces de que había un cartel con la inscripción:

SE BUSCAN A BOLUNTARIOS PARA PASAR SOBRE FUEGO LES DAMOS DINERO

—Si vas a pasar tengo que registrarte —informó el cancerbero del Infierno, que al parecer no había tenido demasiado trabajo los últimos días y ya empezaba a añorar la llegada de un disconforme al que partirle las piernas.

—Que no, que he dicho que no voy a entrar, que solo estoy mirando —contestó Crucius, ya cansado de su insistencia—. ¿Cómo se llama este sitio? —preguntó, más que nada para conocer el nombre del lugar al que nunca pensaba volver.

—El Rincón de Retido —respondió secamente el vigilante.

—Gracias.

Mr. da Morte se retiró rápidamente de la puerta sabiendo que no tardaría en advertirle una vez más y volvió a la ventana. Otro tipo nuevo se dejaba la voz y la piel sobre las brasas, rodeado por un enjambre de borrachos que vitoreaban y aplaudían eufóricos. El desfallecido bailarín de antes, mientras tanto, discutía sobre el tiempo que había conseguido en la prueba, apoyándose en la barra para no

perder el equilibrio. Al parecer, no llegaba a un acuerdo con el tabernero, porque según él «los diez segundos se le habían hecho demasiado largos», mientras que para el muchacho «había estado más de quince, pero al reloj de arena le faltaba arena». Enseguida los borrachos se precipitaron sobre la animada discusión como si hubieran escuchado «vino gratis», y el Señor da Morte dedujo que aquel cruel espectáculo atraía a tanto público que los dueños de aquella inmunda sala de torturas ganaban lo suficiente como para pagar con las consumiciones a los bufones de aquel degradante circo y aún así les quedaban beneficios.

Mr. da Morte echó una última mirada a las brasas —ahora vacías pero aún crepitantes—; donde tantos mendigos se dejaban los pies para encontrar unos zapatos, tantos jóvenes renunciaban a su sensibilidad para soportar descalzos el invierno, y tantos pobres se vendían durante quince segundos para poder comprar durante quince días.

«Hay que ser gilipollas» —pensó Crucius antes de irse.

* * *

El Señor da Morte entró en el banco y ya iba a colocarse en el último lugar de la fila cuando, de pronto, distinguió a İhanet entre los primeros puestos.

«No, si todavía habrá sido capaz de venir aquí a depositar mi dinero» —pensó, recordando con pesadumbre las 20000 espurias robadas (en las que de repente volvía a pensar muy a menudo), mientras caminaba hacia ella con paso decidido.

«Ejem, ejem...».

—Hola —dijo secamente al comprobar que la joven no levantaba la vista ni se hacía a un lado para colarle en la fila.

—Ah, hola.

El Señor da Morte, tras el efusivo recibimiento de la joven, comenzó a empujarla discretamente para ponerse a su lado.

—Voy a pedir un préstamo —intentó justificar los empujones de alguna manera.

—Porque lo necesitas para pagar a tus clientes después de haber quebrado, tal y como yo dije que ocurriría, ¿verdad?

«No, qué va. Porque voy a hacer una ampliación en el cuarto de las putas».

—No, qué va.

—No hace falta que disimules, Crucius, sé muy bien lo que ha pasado. Fui esta mañana a tu banco, pero vi el jaleo que tenías y no entré.

«Claro, mejor no entres, vaya a ser que al ver a toda la gente insultándome y amenazándome como si fuera yo casi que un violador o un asesino te sientas culpable o algo» —pensó Crucius con su amarga ironía.

—No ha ocurrido nada. Simplemente la gente estaba algo nerviosa porque todos querían ser atendidos y la fila era un poco larga. Pero al final todos supieron mantener perfectamente la calma y fueron muy bien las cosas. Los pocos que no han podido ser atendidos hoy por falta de tiempo material, lo serán mañana sin problema, İhanet. Así es como funcionan las cosas en el mundo civilizado.

—Entonces, en definitiva estás aquí para que mañana, cuando todos vuelvan tan pacíficamente como hoy al banco para canjear sus certificados, no se encuentren otra vez con una falta de tiempo material o con una falta de dinero material, ¿no?

«Pero qué hija de puta que eres, İhanet» —pensó Crucius, ya no desnudándola, sino más bien violándola con la mirada.

—Estoy aquí para lo que me de la puta gana. ¿Y tú qué, has venido a ingresar mi dinero en este banco; o directamente a retirarlo? —susurró, con el labio superior temblándole de la ira porque lo único que él podía retirar era la palabra, y tal vez ni eso.

—Ay, Crucius, de verdad... ¡Ya estás otra vez con lo de las 20000 espurias robadas...! —saltó por todo lo alto,

haciendo que algunos rostros que Mr. da Morte reconoció como los de sus carroñeros clientes volvieran la cabeza hacia ellos—. No tengo tu dinero, ni en casa ni en ningún banco.

Pese a su declaración, Crucius la traspasó con el fuego helado de su mirada, indicando que no estaba por la labor de discutir, lo que ella debió interpretar como un «continúa, que me estás resultando apasionadamente interesante y didáctica hoy», porque añadió:

—Solo he venido al banco para informarme de los intereses que dan por los depósitos...

«Lo que no entiendo es para qué coño vienes a informarte de los intereses que dan por los depósitos si no tienes previsto hacer ninguno. Supongo que por tocar los cojones, para variar».

—... Porque sé que esta mañana, cuando la gente ha ido a sacar su dinero de tu banco, has empezado a operar con intereses del 4%. Lo que me ha hecho preocuparme por ti, ya que...

«Preocúpate por mí devolviéndome las putas 20000 espurias. Además, solo dije que ofrecía intereses del 4% para evitar que la gentuza se llevase el dinero, pero como de todos modos lo sacaron sigo trabajando con el 2%».

—... Y al final lo que sucede, matemáticamente hablando y por pura lógica formal, es que el banquero cada vez tiene más deud...

«Joder... Ya está otra vez con las mierdas de la deuda».

—... Y para pag...

«¿Pero no ve que no contesto...? ¡¿Por qué cojones no se calla...?!».

—... Intereses tan al...

«¿Y qué demonios hago yo aquí, aguantando que una jodida analfabeta de campo me de lecciones sobre cómo tengo que llevar mi negocio? Maldita sea, si no fuera porque van a cerrar el banco, y necesito ese préstamo...».

—... Mientras al resto de banqueros, con su gran «intuición», no se les oc...

«¿Parece que ha cambiado de tema...?».

—¿Lo entiendes?

«Paciencia, Crucius, paciencia... Que ya solo quedan dos».

—¿Lo entiendes, Crucius?

«Joder, creo que ahora para colmo me está preguntando algo... ¡Rápido, mira para otro lado y disimula!».

—¡Crucius! —gritó İhanet— ¡Te estoy preguntando si después de todo piensas pedir el préstamo!

—¡Que no grites, joder! —exclamó el banquero en un susurro—. Que tengo clientes míos en la fila y no deben enterarse.

—Pues por eso mismo lo hago, para que se enteren.

«Claro, si de ti no me extraña, tan agradable como siempre».

—Cuanto más dinero pidas prestado para pagar tus deudas más tendrás que devolver... ¿O es que no lo entiendes?

—Que sí, tranquila...

—¿Entonces no vas a pedir el crédito?

—Que no...

—No te creo.

«Anda que me importa mucho...».

—Pues no me creas.

—En fin, Crucius, ya eres mayorcito así que tú sabrás lo que haces.

El Señor da Morte, sin decir nada, se limitó a mirarla con los ojos entornados, sin poder creerse que por fin la mujer fuera a dejar de aleccionarlo, y esperando que volviese al ataque de cualquier otra manera:

—¿Es verdad que los demás bancos también han aumentando los intereses que ofrecen por los depósitos? —preguntó.

—Sí.

—¿Y en éste a cuánto están ahora?

—Al 6%.

—Pfff... —se limitó a soltar İhanet en un claro sonido de desaprobación.

Crucius tampoco dijo nada.

—Bueno, eso era todo lo que quería saber, así que ya me voy —dijo İhanet.

El banquero pensó que se trataba de alguna suerte de artimaña engañosa urdida in extremis por su tarado cerebro de desquiciada mental; pero al ver que efectivamente lo decía en serio —y que hasta le daba dos besos de despedida—, se quedó completamente desconcertado

«Madre mía... Si es que es rara hasta para eso» —pensó mientras se santiguaba con la cruz invertida mentalmente y un escalofrío le recorría la espalda.

Tampoco respondió.

—¡Y bueno, supongo que al irme yo deberás ponerte detrás de esta gente, o pensarán que quieres colarte! —gritó İhanet, asegurándose de que todo el banco y parte de la calle la escuchara.

«¿Pero cómo se puede ser tan zorra...?» —pensó Crucius, odiando a aquella mujer para la que, entre todos los hombres que tuviera detrás, él siempre sería el último; en esto y en todo.

No tardaron en aparecer los primeros rumores de aprobación en la fila, y otros que eran menos rumores. Cuando al fin la joven se marchó, el Señor da Morte no tuvo más remedio que abandonar también el sitio. Pese a todo, al final consiguió llegar al mostrador justo antes de que cerraran y pedir ese ansiado crédito de 5000 espurias, la máxima cantidad que los banqueros prestaban para demostrarse a sí mismos lo responsables que eran. Puesto que los préstamos estaban a un interés del 2% porque a otros mayores casi nadie los pedía, Crucius recibió al fin las 5000 espurias —que en dos meses tendría que devolver como 5200—, gracias a las cuales se fue con la esperanza de poder afrontar durante unas horas más sus cada vez más numerosas deudas.

* * *

Quince días después, Crucius ya había devuelto o revendido la mayoría de los muebles y propiedades que durante los dos últimos meses había ido comprando con los ahorros de sus depositantes, y había vendido gran parte de sus antiguos bienes. Pese a todo, tan solo había podido recuperar 5000 de las 10000 espurias que se había gastado; y de las 20000 espurias robadas seguía sin saber nada, por lo que finalmente Mr. da Morte quebró y tuvo que cerrar el banco. Las paredes de las calles no tardaron en llenarse de notas con faltas de ortografía que a su amigo Pasquín (que también solía escribir en los muros) le habrían horrorizado, y de cientos de libelos que atentaban contra el honor del banquero y el de su familia.

Cada vez que caminaba por la Poblá, veía inscripciones y obras de arte que casi siempre contenían las palabras «ladrón», «morir», «puta», o «madre» (estas dos últimas generalmente seguidas), junto con alguna frase o sello identificativo del autor que, lógicamente, quería evitar la tragedia de caer en el anonimato. El Señor da Morte, observando las paredes un rato, enseguida podía deducir de quién era cada «dedicatoria» (había muchas de İhanet, que se habría unido a la fiesta para ver si así se quitaba de encima esa mala fama que tenía de amargada y jodida bruja antisocial e inadaptada jode-fiestas, según pensó Crucius). Suponía que algunos mensajes que iban acompañados de refranes populares o bien de dibujitos y garabatos infantiles de muñequitos en la horca, podían pertenecer a la sublime pluma de algún discípulo de Nephysto, en caso de que éste aún continuara de viaje.

De repente, mientras reconocía los insultos de una pared, un panfleto enorme con la cara del banquero se estrelló en la cara del banquero, arrastrado por un viento tan fuerte que estuvo a punto de empujarlo también a él. El tacto áspero de aquel papel amarillento y roñoso que solo podía provenir de comisaría, le indicó a Crucius que en los muros

del cuartel ya habría más de un retrato como ese. El dibujo venía acompañado por un enorme y reluciente «insolvente» —escrito con tinta roja junto a su nombre— que le hizo estrujar la imagen entre los dedos, con su bello rostro aún más pálido y contraído que el del propio papel.

«Maldito Papis» —pensó, observando aquel denigrante panfleto que aún aplastado seguía abultando más que su cabeza; y que rompió mientras se tragaba unas lágrimas que le supieron a pintura.

—¡Eehhh, eehhh... Tranquilo, amigo...! ¡A ver quién paga esto ahora, que no salen gratis de la imprenta! —soltó el Inspector a su espalda, en tono despectivo a la par que burlón.

«Que lo pague tu puta madre» —pensó Crucius, que se iba a marchar sin tan siquiera molestarse en contestar; hasta que el Inspector Papis le puso la mano en el hombro:

—No te voy a obligar a pagarlo porque sé que no tienes dinero, pero a ver si puedes controlarte la próxima vez.

Crucius giró la cabeza como si le hubieran abofeteado y, apretando los dientes por esa falsa condescendencia que le sentaba como el peor de los insultos; procedió a entregarle un billete de diez espurias (procedente de los depósitos de sus clientes) con las que al menos poder restregarle su rabiosa y orgullosa mirada por encima del hombro antes de irse.

De Demonio
a Dios

Junio

Por las noches se acurrucaba en la cama de una de las habitaciones del prostíbulo de arriba y se dormía llorando, las veces que conseguía dormirse. Hacía casi dos meses que no pasaba por casa por miedo a encontrarse con sus padres; solo una vez había ido a la granja para recoger su ropa y las cosas que pudiera necesitar. Le avergonzaba la simple idea de encontrárselos, y tener que confirmarles que la gente los insultaba en la calle porque su odioso hijo había entregado todos los ahorros del banco a una persona.

Apenas salía ya Crucius del recinto, y la última vez que lo hizo fue para volver a la Quinta Post Mortem s/n, aquella mansión abandonada con la que compartía la ruina y el olvido. Cuatro meses después de aquella primera en la que fue a buscar al ladrón que le había quitado todo cuanto poseía, regresó en busca del único bandido que intentó ayudarlo cuando todos los demás quisieron matarle. En esta ocasión entró directamente por la puerta, porque un banquero dispuesto a confiar sus problemas económicos a un mendigo —y a dejarlos en manos de un hombre que no tiene—, no merece la satisfacción de hacerse el héroe saltando por la ventana. Allí, el único héroe era ese vagabundo mudo y soñador que, incluso sin lengua, sabría contar el dinero mejor que él. De hecho, el Señor da Morte había llegado a pensar que cualquier niño granjero gestionaría mejor que él un banco de juguetes de oro que no permitiría que le quitaran ni sus propios padres.

En cuanto entró en la mansión vio que estaba tan vacía como las manos de esos pordioseros que, quizá, se habían marchado a pedir a otra parte. Ya no estaban allí esos mendigos harapientos que habían querido vestirse con la piel de un banquero, poniendo sus billetes como parches en las ropas. En algunos rincones la tierra del suelo parecía removida, pero a pesar de la leyenda seguían sin crecer las flores. Tal vez, la Quinta Post Mortem simplemente había intentado levantarse para detener la partida de sus únicos huéspedes, o para improvisar unas almohadas de arena con las que, si regresaban, no quisieran irse de casa nunca más. Y como Mr. da Morte también había abandonado la suya, por un momento deseó haberse ido de viaje con los escasos supervivientes de aquella gran familia que se habría visto obligada a salir de Mádrid tras la masacre y las amenazas de Nephysto; y que por supuesto no tendría dinero ni para un solo ferrocarril, pero tampoco lo necesitaban, porque si ellos y el resto de los pobres se cogían de las manos, tendrían los únicos trenes capaces de dar la vuelta al Mundo sin moverse.

Al final, lo único que Crucius consiguió con volver a la Quinta Post Mortem fue llevarse una pedrada en la frente mientras regresaba al banco. Magullado, se dirigió al hospital envuelto bajo una gabardina negra, unos anteojos (negros) y un sombrero (negro, para que conjuntara todo) que llegó cubierto de sangre. Pero cuando se lo quitó para que le reconocieran la cabeza, le reconocieron también la cara. Finalmente, le dijeron que aquello no era nada y le enviaron de vuelta al banco, donde tuvo que darse varios puntos él mismo.

Habían convertido su vida en una pesadilla de la que no podía despertar, y tenía miedo por su familia... pero sobre todo por sí mismo. Tan solo tres noches atrás, unos niños habían intentado prenderle fuego al banco. Recibió un navajazo en la pierna mientras se enfrentaba a ellos, pero esta vez ni siquiera se molestó en acudir al hospital; se lavó el corte y se dio varios puntos él solo entre lágrimas de rabia y dolor. Pero luego no pudo evitar preguntarse qué habría

hecho si en vez de dos niños con cuchillos hubiera sido un grupo de hombres armados con palas, arados, hoces y guadañas.

Como siempre en sus ratos libres, que venían a ser la mayoría, se encerraba en la habitación del antiguo prostíbulo para lamentarse en silencio o para examinar la maleta, que aún contenía las 5000 espurias que no se había llevado el Conde. Con el tiempo, llegó a aprenderse la disposición de cada señal en el cuero tan bien como se sabía cada línea dibujada en el rostro de İhanet. A los dos meses reconocía de memoria el tacto y la profundidad de cada grabado, al igual que el tacto y la profundidad de los labios de la joven. Diferenciaba las frases que fueron marcadas a cuchillo de las que fueron escritas con tinta, del mismo modo que en su cara distinguía el maquillaje de las marcas de la vida. Al final, Crucius aprendió a valorar cada pequeño detalle externo de esa mujer y esa maleta cuyos corazones no tenía la llave para alcanzar. Pese a las numerosas combinaciones que había probado con la Cruz Roja en el maletín, jamás había conseguido abrir ningún tipo de compartimento oculto. Y hasta tal punto llegaba su desesperación que, tras incontables días y noches de minuciosa búsqueda, el Señor da Morte empezaba a descartar que la maleta pudiera albergar cualquier tipo de contenido secreto.

De pronto, llamaron a la puerta (más bien la aporrearon) y Crucius saltó del susto. Bajó las escaleras iluminadas por el mortecino resplandor de unas velas y corrió hacia la despensa. Una vez dentro, abrió el ataúd más cercano y dejó la maleta en una de esas cajas fuertes que ahora solo eran carcasas vacías esperando a que alguien volviera a guardar algo de peso en ellas, para sentirse fuertes otra vez. Pero para su desgracia, Crucius únicamente esperaba que algún día las cubriera por fin el polvo y el olvido, y que sus clientes dejaran de reclamar ese dinero que, tiempo atrás, ellas habían protegido.

El Señor da Morte volvió a cerrar la puerta del almacén con llave y se dirigió sigilosamente a la de la entrada. Ni

siquiera sabía si era de día o de noche porque había sellado las ventanas con madera desde que, hacía varias semanas, le rompieron un cristal de una pedrada. Volvieron a llamar y ésta vez lo hicieron utilizando la contraseña.

—İhanet... ¿Eres tú? —preguntó Mr. da Morte en un susurro casi inaudible.

—¡Sí, soy yo! ¡Abre, te traigo la comida! —respondió ella a gritos, como todas las semanas.

El banquero abrió la puerta lo justo para que la mujer pudiera introducir los alimentos a pulso, mientras él se las ingeniaba para apartarse del finísimo haz de luz que se colaba por la rendija.

—¡Crucius, abre un poco más la puerta, que no cabe el pan!

—¡Sssshhhhh...! ¡No grites! —exclamó él en un susurro.

—¡Ay, Crucius, que abras ya...! —se quejó, vociferando como una niña pequeña mientras forcejeaba con la puerta—. ¡Pareciera que te hubieras vuelto alérgico a la luz!

—¡Joder, que no quiero que me vean! —respondió él, empujando a la mujer hacia dentro para evitar que siguiera dando el escándalo en mitad del monte, y pudiera aparecer alguno de los clientes que seguramente esperara detrás de los arbustos.

—Crucius, amor, son las siete de la mañana, no hay ni Dios por las calles ahora mismo. Además, no te preocupes, que media Pobla sabe que te has encerrado aquí, y quien no haya venido todavía a pegarte es que ya no va a ven... ¡Dios, qué ojeras tienes! ¡¿Estás bien?!

—Lo estaba, hasta que has aparecido tú. Si ya has terminado de reírte de mí puedes marcharte, que suficiente tengo ya con lo mío.

—Claro, pero para que te traiga la comida sí, ¿eh, pillín...? Por cierto, no sé qué está pasando ahí fuera, los precios han subido muchísimo... La gente se está volviendo loca porque el pan vale como cuatro veces más y apenas llega el dinero para comprar una barra... casi todo el mundo quiere pagar con los *certificados de depósito* que emitieron los

bancos y hay vendedores que ya no los aceptan, así que hay gente que está yendo a los bancos a cambiarlos por dinero, y los banqueros están asustados... Ya apenas conceden préstamos y algunos incluso están quebrando como tú, ¿sabes? Bueno, rectifico, como tú exactamente no —añadió, riéndose burlonamente de él—, porque afortunadamente ellos no han llegado a deber la friolera de...

—İhanet, por favor, te he...

El banquero se calló repentinamente al escuchar el sonido de unos pasos acercándose al banco.

—¿Qué, qué pasa?! —exclamó la mujer, inmutable.

«O está sorda o me está tomando el pelo» —pensó Crucius, decantándose más bien por lo segundo mientras tapaba la boca de İhanet con la mano.

—Viene alguien, cállate —le susurró al oído, sin atreverse a apartar la mano por si acaso.

—¿Mmumhh mmuumhmmumhh mhhmmnnuuu mnuhn? —preguntó ella.

«Pero qué pesada es...».

—Que te calles, cojones.

El sonido de los pasos se detuvo enfrente de la puerta. Unos puñetazos y batacazos que amenazaron con desencajarla de sus goznes se abrieron paso junto a una voz ronca y enferma que, si su dueño no hacía algo para remediarlo, pronto se convertiría en el eco de sus últimas esperanzas.

—¡Banquero, ¿estás ahí dentro?!

Silencio.

—¡Banquerooooo! —insistió con la voz cada vez más desgarrada.

—Pero contéstale, ¿no? Pobre hombre, se le nota bastante desesperado —susurró İhanet con el mismo tono burlón e indolente de siempre.

—Es el *pesáo* de la enfermedad —respondió Crucius.

—¡Banquero, sé que estás ahí! ¡Devuélveme las 5000 espurias que guardé; o al menos dame las 100 de este mes! ¡Las necesito para comprar más jarabe!

—Ya lo oyes, que le devuelvas las 5000 espurias que guardó o al menos le des las 100 de este mes, porque las necesita para comprar más jarabe —repitió İhanet, sonriente.

—¿No me vas a dejar en paz? —preguntó Crucius, ya furioso.

—¡Uuuuyyyy...! Me temo que alguien que ha perdido las 5000 espurias del anciano no está hoy de muy buen humor... —soltó İhanet alegremente, ignorando al banquero.

«Crucius... Paciencia, tú tranquilo; la mente en blanco que ahora mismo no la puedes echar del banco estando el vejestorio ese ahí fuera» —se dijo Mr. da Morte, con los puños temblorosos.

—¡Banquero, que abras la maldita puerta! ¡No dejaré que te quedes con mi dinero! ¡¿Me oyes?! —

—¿Qué tiene? —preguntó İhanet por su enfermedad.

—¡Y yo qué sé!

—Sabrás al menos dónde vive...

—No.

—Lo dejaría escrito en el contrato cuando te depositó su dinero.

—¡Mira, İhanet, no voy a mirarlo ahora, tengo otras cosas en las que pensar! —respondió el banquero, tajante y sin tan siquiera molestarse en averiguar el motivo de tal petición, acostumbrado como estaba ya a los sinsentidos de la joven.

Conociéndola, igual solo pretendía hacerle una visita sorpresa a domicilio, disfrazándose de alguna supuesta hija suya raptada y recientemente aparecida con vida; para pasar la tarde de forma diferente. Aunque también cabía la posibilidad (por supuesto menor) de que simplemente quisiera enviarle un médico a casa, ahora que por fin tenía dinero para pagarlo. Con İhanet nunca podían saberse esas cosas.

Al menos esperaba que, si al final iba ella, no se disfrazase.

—¡Lo necesito, o estoy muerto! ¡Pero antes de morir haré que te destrocen a ti la vida! ¡Banquero, respóndeme!

—Dime dónde vive, Crucius, es importante —insistió la mujer, completamente seria.

«Si es que está para que la envíen al cotolengo o la expongan directamente en un museo».

—¿Pero tú estás mal de la cabeza?! ¡Que no digas más gilipolleces! ¡Cómo te voy a dar la dirección de un cliente?! ¡Déjame ya en paz de una puta vez!

—Como quieras, Crucius. No me dejarás más remedio que averiguarla yo misma —contestó, completamente seria todavía.

—¡Banqueroooooo! ¡Sois todos unos ladrones! —chilló el anciano, ya con la voz al borde de las lágrimas.

—¿Tienes 100 espurias? —murmuró Crucius de mala gana, sabiendo de antemano la respuesta de la joven.

—No.

—Pues dile que no estoy, anda. Y ya de paso le dices que no vivo aquí —le pidió Crucius lo más suave y amablemente que le fue posible, lo cuál no incluía el «por favor».

—¡Que dice Crucius que te diga que no está y que no vive aquí! —gritó İhanet para que lo escuchase el anciano (posiblemente también sordo) desde la puerta.

«Es para matarte, hija de puta».

—Muy bien, İhanet. Ahora ya sí acabas de joderme. En cuanto se marche el anciano vete y no vuelvas por aquí —le dijo secamente, pensando en si rechazar también la comida que le había traído y hacer que se la llevara de vuelta a casa, pero desechando rápidamente la idea en sintonía con su estómago.

—¡Banquero, cabrón hijo de putaaaaa! ¡Que aunque no respondas sé que me estás oyendo! ¡Te vas a arrepentir! —prosiguió el anciano, dándole a entender a Crucius que al menos no había escuchado la declaración de İhanet.

Y tras esta última amenaza, por fin se decidió a marcharse aunque volvería cada día con la misma ira y a la misma hora.

—Me voy. ¿Quieres que te traiga comida también la semana que viene?

«Ya van tocando huevos».

—No me toques los huevos.

Y cerró la puerta.

Por una rendija a través de la ventana pudo observar cómo İhanet seguía al anciano hasta que ambos desaparecieron de su campo de visión.

* * *

Aquella misma tarde de lunes tenía sus tres primeros juicios y no había dormido nada. Al día siguiente tendría otros dos, el próximo día tres y por último el jueves otros dos más. A continuación, la semana que viene, tendría también uno o varios juicios cada día salvo el séptimo; pues los domingos, y al igual que Dios, el Juez Huertaz descansaba. Dos semanas después sucedería otro tanto de lo mismo, y el lunes de la próxima, justo en tres semanas, tendría Crucius su último juicio. Las denuncias de sus clientes habían tardado dos meses en procesarse y hacerse efectivas, pero ahora que lo habían hecho el Señor da Morte se temía que nada ni nadie podría rescatarlo de aquel maldito poste en el que le flagelarían espalda y corazón hasta matarlo.

Aún furioso por la burlesca e indiferente actitud de İhanet, cerró la puerta de un portazo y, subiendo al prostíbulo, se desplomó abatido y desesperado sobre el colchón. Cerró los ojos pensando que hasta las seis de la tarde todavía faltaban unas diez horas de las cuales, si se concentraba lo suficiente, hasta podría dormir la milagrosa cantidad de una o dos. Desde que sabía que en un mes la luz del sol ya no podría despertarlo, las nanas de la luna tampoco conseguían dormirlo, y él pasaba los días y las noches contando la arena de un reloj que ya nunca volvería a dar la vuelta.

El viento rugía en la ventana, y en la inquietud de sus pensamientos era el bramido ensordecedor de una multitud furiosa dirigiéndose al banco con palos y antorchas. El crujido de las maderas era el sonido de sus vértebras resquebrajándose en la horca. El alegre piar de algún pajarillo, más bien parecía el silbido de una cuchilla precipitándose

sobre su cuello. Y, cada vez que llamaban a la puerta, era İhanet para darle un abrazo enorme y una caja quizá menos grande, pero por una vez llena de billetes y no de comida. Sin darse cuenta comenzó a llorar otra vez, y se arrebujó entre las sábanas buscando su propio calor, ya que nadie más se lo entregaba. Pese al dolor de cabeza al final se levantó de la cama para buscar en la cesta de İhanet alguna bebida que al menos contuviese una gran cantidad de alcohol, ya que el dinero había asumido que no lo encontraría.

«Maldita cabrona» —pensó al ver que solo le había dejado zumitos y un frasco de alcohol para uso externo (en previsión de las heridas que, según ella, todos querrían hacerle) con el que, al menos, podría quitarse el dolor de cabeza si lograba inducirse un coma etílico ingiriéndolo a palo seco.

—Y pensar que me está regalando una cesta de comida que habrá comprado con mi propio dinero, y la muy zorra no es capaz ni de meterme una bebida con alcohol, que sabe que ayuda a conciliar el sueño... —masculló el banquero, incapaz de reconocer que, más bien, lo necesitaba para olvidar sus deseos de abrazarse a la almohada y apoyar la cabeza en su hombro, pues junto a ella incluso se le pasaría el dolor.

Incapaz también de volver a la cama por el mismo motivo, pensó en inspeccionar la maleta una vez más; pero en lugar de eso tragó saliva y se puso su gabardina gótica de cuello alto, dispuesto a enfrentarse a la calle como un hombretón. Después de aquellos terribles meses —en los que había sufrido más agravios y penurias que en toda su niñez de campesino explotado y moribundo, condenado a los excrementos de sus vacas y a los cuatro agujeros por donde respiraba cuando le encerraban en el hórreo para ampliar sus horizontes—; solo se le ocurrían ahora tres alternativas o, mejor dicho, tres despropósitos con los que fingir que luchaba contra su destino. El principal problema de dichas opciones era que, aunque todas contemplasen salvar la vida, la integridad física, el honor, y el empleo; ninguna lo abarcaba todo al mismo tiempo.

La primera y última de la lista era denunciar de una vez el robo de las 20000 espurias; pero después de dos meses ya no le serviría de nada, salvo para limpiar su excelso nombre antes de morir, y hacerlo como el noble y respetado caballero que (según él) todavía era.

La segunda opción era fugarse del país o quemar el banco y culpar a otro, intentando dirimirse así de la obligación de pagar sus deudas.

«A İhanet... O la culpo, o la quemo, o la culpo y la quemo, pero algo cae fijo» —determinó enseguida, deseando acusarla como responsable del incendio, y alegar que los ahorros de sus clientes habían sido consumidos por esa boca de humo rojo que lo abrasaba en un amor brujo imposible de consumir en la magia de sus labios, donde él se quemaba de hambre convertido en un deseo de humo roto.

Pero ya era tarde para quemar el banco y culpar a otro que, pese a todo, jamás sería a ella. La gente adivinaría que no había sido un accidente, sino que lo había hecho él mismo. Además, el local no era exactamente suyo, sino de Mórvido, el chulo que lo compró para convertirlo en el prostíbulo que antaño fue, dejando que Crucius ejerciera de banquero en el piso de abajo a cambio de que le guardara el dinero sin cobrarle comisiones. En cualquier caso, el hecho de que más tarde el verdadero dueño decidiera marcharse de la Pobla dü Mâdrid sin tiempo para despedirse de su tierra ni de sus amigos, no convertía al Señor da Morte en el nuevo propietario del recinto. Y Crucius tampoco se sentiría capaz de quemar un regalo así de alguien que había sido para él casi como el hermano que nunca tuvo, incluso aunque se tratase de un regalo olvidado sin querer.

En cuanto a la opción de huir del país, contaba con la posibilidad de tomar el Camino de Santatere hasta la Çosta dü Morte y, una vez allí, coger el primer yate de lujo que encontrara (que a esas alturas ya podría ser un pez muerto que flotase en el agua); para partir hacia esa libertad que le robaron de niño a golpes y de mayor a besos. Todo esto, siempre y cuando no hubieran señalado el final del Cami-

no con una banda de retratos suyos indicando la línea de meta; o si las hojas de los árboles no habían decidido alguna novedad como cambiar su diseño verde habitual por otro con su cara, como ya tampoco le habría sido de extrañar. Por otra parte, también le aterraba la incierta posibilidad de conseguir llegar a otro país, y de tener que empezar una nueva vida alejado de lo único con lo que podía entablar conversación sin sentirse ofendido y atacado al mismo tiempo... los animales de la granja y, por supuesto, el dinero.

Y la tercera y última opción que se le ocurría era matar al Juez Huertaz (que total, a sus cincuenta y seis años de edad ya había vivido bastante), por cuyo asesinato le ofrecieron 15000 espurias que nunca irían mal para intentar sobornar a los guardias de la frontera. O, en su defecto, para cubrir más o menos la mitad de sus deudas, pues calculaba que debía unas 30000 espurias. Entonces ya «solo» tendría que conseguir 10000 más para llegar a 25000 y poder salvar su vida, pagando el resto con 50 latigazos que, con solo imaginarlos, prefería morir. Pero eso ayudaría a que la gente se quedara contenta, y suponía que con el tiempo él volvería a usar la camisa, y sus clientes volverían a usar el banco.

Lo único que en realidad podría quedar ligeramente dañado por matar al Juez Huertaz (aparte del propio Juez Huertaz) era eso que a veces llamaban por ahí «conciencia», pero al ser una cosa cuya existencia tampoco estaba científicamente demostrada, seguro que era de todo menos importante y se podía prescindir de ella. «Si fuera importante se conocería», se decía el banquero con su lógica implacable. Además, el Juez Huertaz tampoco demostró tener mucha cuando ordenó que le destrozaran la espalda a latigazos. Y su joven esposa —cuya deslumbrante belleza de cisne seducido por la tierra hacía que las noches de luna llena sobresiesen las mareas intentando arrastrarla al lago— tampoco parecía haber heredado mucha «conciencia» de esa que se dijese; porque varias semanas atrás Crucius la sorprendió (mientras la espía indebidamente) pegando en la pared

un libelo en el que le acusaba de ladrón, aunque obviamente el banquero no se acercó para comunicárselo.

Y en cuanto al hijo de cinco años...

«En cuanto al hijo haremos como que nunca he sabido que tiene uno» —se dijo Crucius, tan resuelto como de costumbre.

Sí, definitivamente de todos los despropósitos que podía emprender esa misma noche —al terminar un primer juicio del que presumiblemente no saldría de muy buen humor—, el de matar al Juez era el que más le convencería. Además, el misterioso Encapuchado había demostrado tener razón cuando le dijo que si cambiaba de opinión sabría dónde encontrarlo.

Respiró hondo y avanzó hasta la puerta, dispuesto a cruzarla por primera vez desde hacía semanas. Necesitaba salir a la calle y sacar su dolor del alma, antes de que el dolor le sacase el alma a él. Escuchaba su propio corazón latir dentro del pecho y sentía cómo algunas gotas de sudor le resbalaban por las sienes. Sin pensarlo más, cogió la llave con el ademán decidido de un paladín dispuesto a salvar la Tierra, y ya de paso a invertir su sentido de rotación para evitar la llegada del verano, que no era la mejor estación para vestir de negro. Aunque tampoco es que lo fuera para vestir con colores alegres desde que Pasquín se dio a la fuga durante uno de esos veranos que, desde entonces, Crucius siempre odió.

De pronto, mientras se daba otra vez la vuelta con la excusa de ponerse el sombrero, se dio cuenta de cuánto echaba de menos a su maestro. De que no dejaba de recordarle, a pesar de que tan solo compartieron dos meses de sus vidas tres años atrás. Pero cómo olvidar a la única persona que le prestó una pistola, y le quitó el silenciador que llevaba puesto desde niño. El Señor da Morte sabía que, por mucho tiempo que pasara, nunca dejaría de añorarle. Siempre anhelaría con toda su alma un amigo que fuera el eco de sus disparos, y que en la cesta de la comida también hubiera guardado dos pistolas.

Pese a todo, el Señor da Morte abrió la puerta de par en par, dispuesto a dar el primer paso y a dem...

—Te estábamos esperando.

La voz de Ababolio resonó en sus tímpanos al otro lado de la puerta, cuando todavía el banquero no había asomado ni la nariz. Al Señor da Morte se le cayeron los anillos y el sombrero (el sombrero literalmente, aunque no se dio ni cuenta); y fue a cerrar la puerta aprovechando que aún no había traspasado el umbral, fingiendo que quizá se había abierto sola por esa habilidad que tienen a veces. Pero Ababolio la sujetó con su enorme manaza.

—Tranquilo, banquero, solo estamos aquí para comprobar la maleta de Nephysto, y para darte la comisión de 200 espurias al mes que te prometió por guardarla.

«Bien, 800 espurias me van a venir de puta madre» — pensó Crucius, calculando en un abrir y cerrar de ojos el total que le correspondía por haber guardado la maleta durante cuatro meses.

—Sí, por eso mismo fui a cerrar la puerta, para ir en busca de la maleta y entregársela a ustedes.

—Como el primer mes ya te dijo Nephysto que no habría comisión porque faltaba dinero en la maleta, nos ha encargado que te demos solamente las 600 espurias de estos tres últimos.

«Cerdos».

—Si piensan venirme con estas menudencias entonces igual deberían pagarme 200 espurias más, porque la comisión de Marzo y Abril me la están entregando tarde; solo me están pagando puntualmente el mes de Mayo.

—Precisamente en Abril hemos venido unas cuantas veces por si alguna de ellas te decidías a abrir la puerta, pero llamábamos y nadie contestaba.

Crucius se quedó mudo. Se preguntaba si durante alguna de sus visitas habrían visto entrar a İhanet, o se habrían topado con algún cliente disgustado que merodeara por el banco en busca de sus ahorros.

—Oh... vaya... Cuánto lo siento... Ehm... lo que había dicho de las 200 espurias... no hace falta que lo tengan en cuenta...

—¡Hombre, claro que sí! Nos ha ordenado nuestro jefe que por cada vez que no abras la puerta en horario de trabajo le restemos 15 espurias a tu comisión. Calculamos que habrán sido unas siete, por lo que te quitaremos 100 espurias, y da gracias...

«Pero qué hijos de puta...» —pensó Crucius, despedazándolos con la mirada ante el hachazo que acababa de recibir.

Sin más dilación, Ababolio le arrancó la maleta de las manos y se alejó unos metros de él, comprobando que todo estuviera en orden y las 5000 espurias dentro mientras Bumbastos permanecía a su lado. Finalmente le devolvieron la maleta y le entregaron las 500 espurias en mano antes de marcharse sin despedirse.

* * *

La calle estaba desierta en aquella ciudad gris que, acostumbrada al excitado ajetreo que solía ahogarla cada día en el trabajo y en los vicios de sus amos consentidos, adolecía ahora por tantas tiendas cerradas y comercios vacíos. Siendo como era la hora de la comida, los últimos rezagados de la tarde buscaban de prisa y a ciegas cualquier cosa que llevarse a la boca, guiados por perros y lazarillos del hambre que también empezaban a morir.

Precisamente al doblar la esquina, Mr. da Morte se topó con un grupo de gente que parecía estar mentalizándose para hurgar en la basura, y que enseguida reconoció por resultarles familiares varias caras. Ya se estaban asomando tímidamente (por si los desechos pudieran lanzarse sobre ellos o cualquier cosa similar), cuando saltaron bruscamente hacia atrás al escuchar el repentino saludo de Crucius. Después de dos largos y perturbadores meses de soledad,

estaba ansioso por encontrar a cualquier persona (excluyendo a İhanet) con la que disfrutar de algún tipo de roce humano, aunque después de lo de la basura prefiriera que dicho contacto no se extendiese al plano físico.

Tras el efusivo saludo que bien pudo haber matado del susto a más de un banquero, Crucius esperó a que se dieran la vuelta y, con una radiante sonrisa en sus labios, le diesen un abrazo incluso a pesar de lo de la basura.

«¡Bah, qué demonios! —pensó al final, contento por poder disfrutar de su simple roce.

A fin de cuentas, el gremio de banqueros había sido siempre como una gran familia. Todos se respetaban y querían mutuamente, y a ningún banquero se le había condenado jamás a ser blanco de burlas o de desprecio por el simple hecho de verse en la quiebra o, en este caso, también en la basura. Al contrario, se le prestaba todo el apoyo moral (el económico aún estaba por ver) que necesitase, y Mr. da Morte no estaba dispuesto a ser quien rompiera esta preciosa tradición. Al fin y al cabo, él también estaría compartiendo los platos típicos de la época si İhanet no le hubiera llevado alimentos —seguramente de su propia granja— durante el tiempo que había permanecido encerrado.

De modo que, tras un primer saludo al que ningún banquero pareció responder con mucho afán, ni darse inmediatamente la vuelta para invitarle a participar en su pequeño pisolabis; volvió a intentarlo con más ímpetu todavía.

«Esta vez ya sí me tienen que haber oído» —pensó, dándose por satisfecho. Los saludos se compartían, los abrazos se compartían... Todo se compartía (salvo lo de buscar comida en la basura, que eso ya se lo dejaba a ellos para que pudieran disfrutarlo en hermandad y armonía entre los que lo necesitasen).

Cuando finalmente se volvieron, el banquero no encontró en sus caras las majestuosas expresiones de afecto que esperaba. Más bien le miraban con recelo e indiferencia... Una indiferencia que le dolió, porque le hizo sentirse desplazado de la única familia con la que podía hablar sin

sentirse tan diferente. Ante aquella reacción inesperada, Crucius rápidamente transformó su efusivo saludo en otro más acorde con aquella situación:

—Buenas tardes... ¿Qué tal están...? —preguntó tímidamente, sin entender por qué daban de lado a un banquero que, seguramente como ellos, había quebrado.

Los mismos que antiguamente le hacían corros para alabarle y preguntarle sobre sus estrategias, ahora se limitaron a devolverle algún breve y seco saludo mientras fingían que lo de hallarse a cinco metros de aquellos montones de basura formaba parte de alguna casualidad fortuita. Solo uno medio calvo se acercó al Señor da Morte y, estrechándole la mano, respondió:

—Pues ya ve, aquí andamos... Que últimamente no hay dinero ni para comprar el pan, siendo además como es una cosa básica para la supervivencia... ¿sabe?

«Sí, sé que el pan es básico para la supervivencia» —bromeó Crucius para sí mismo.

—Aaahhh... pues... no tenía ni id... —empezó a decir.

—Desde que los banqueros empezamos a entregar *certificados de depósito* canjeables por cualquier persona, y a prestar el dinero de nuestros depositantes, han subido mucho los precios...

«Pues normal... A ver qué quieres, si concedes más préstamos y aumentas la cantidad de dinero en circulación, la gente tiene más dinero y por lo tanto compra más... Lo que hace que los vendedores suban los precios, como es lógico, a menos que sean idiotas» —se sorprendió Crucius recordando exactamente lo mismo que intentó decirle İhanet varios meses atrás, sin atreverse a soltarlo en voz alta porque, al igual que ya le había sucedido a él, no creía que el banquero estuviera muy dispuesto a recibir tales enseñanzas.

—Pero han subido los precios precisamente porque la gente tiene más dinero y compra más... Entonces tampoco es tan malo... ¿no? —preguntó Mr. da Morte con la quebrada vocecilla de un niño que, aún sabiendo que tiene la razón, no quiere contradecir a un adulto.

—¿Que no es tan malo...?! —bramó el banquero, indignado—. ¡Antes con 6 espurias comprábamos 2 barras de pan, y ahora solo podemos comprar media barra!

—Bueno... Pero quizá ahora tengan más dinero que antes... y por lo tanto puedan comprar la misma cantidad de pan... —insistió Crucius, encogiéndose como si le hubiese chillado su padre.

Uno de los banqueros estalló entonces en carcajadas, dirigiéndose al resto de sus compañeros:

—No, si ahora resultará que somos millonarios y nosotros aquí sin saberlo y comiendo de la basura...

—Pues sí, una lástima no habernos enterado hasta ahora... —se burló otro, sacándose los bolsillos hacia afuera y dejando caer todo su dinero, consistente en unas cinco espurias que ni siquiera se molestó en coger, pues ya no servían ni para comprar media barra de pan.

—Disculpen si en algún momento les he ofendido, no era mi intención hacerlo... ya me voy —dijo Crucius con la voz dolida, sin saber por qué le respondían así cuando él solo había intentado iniciar una conversación, ni comprender por qué intentaban ridiculizarlo cuando él estaba hablando con toda su amabilidad y el mayor de los respetos. Pero, sobre todo, sin entender cómo había podido ser tan gilipollas como para pensar que alguien le regalaría un poco de trato humano ahora que volvía a ser un don nadie.

—Espere... —dijo entonces uno de los banqueros que hasta ese momento no había opinado—. Tiene usted razón en que, cuando empezamos a prestar el dinero de los depositantes mientras a su vez les dábamos *certificados de depósito* que también podían utilizar para comprar en las tiendas, la gente tenía más dinero y había mucho consumo... El problema es que a raíz de eso subieron mucho los precios, y los panaderos empezaron a cerrar sus tiendas porque se quedaron sin pan que vender, al igual que otros muchos vendedores.

—Sí, y los pocos establecimientos que hoy quedan abiertos te lo venden todo mucho más caro. Imagínese que por

una barra de pan te cobran 12 espurias, cuando antes solo costaba 3, es de escándalo —añadió otro.

«Si cobran tan caro el pan es porque ha pasado a ser un bien escaso por el que la gente está dispuesta a pagar mucho dinero, aprovechando que ahora lo tienen. Igual necesitábamos a menos gilipollas haciendo el capullo en los bancos, y a más trabajando en los campos de trigo» —se dijo Crucius, que obviamente quería el cómodo negocio de la banca para él solo mientras todos los demás sudaban en los cultivos. Aunque, de haber tenido que expresarlo con sus propias palabras, habría dicho que estaría dispuesto a deslomarse (a varazos, supuestamente) para sacar adelante el sacrificado negocio de la banca él solo, mientras el resto de incompetentes disfrutaban de excursión en el campo, jugando con la arena y recogiendo tomatitos.

—Si le cobran a usted tanto dinero por una barra de pan, debe ser porque la gente está dispuesta a pagar mucho para conseguir las pocas barras que queden. Pero tampoco es de extrañar que no haya mucho pan, teniendo en cuenta que la cosecha del trigo no empieza hasta el verano, y que después de todo el año se estará agotando ya el producto de la última siembra —explicó Mr. da Morte, en una exposición acertada cuando trataba el tema de la recolección de cereales y no el de la recolección de dinero; saltándose en un descuido la parte de ponerlos a trabajar como cerdos en los campos mientras él seesteaba tranquilamente en su silla.

—Es verdad que la recolección de trigo aún no ha comenzado este año. Pero es que el año pasado, como es lógico por estas fechas, tampoco lo había hecho y había en el mercado pan de sobra a un buen precio. Además, no se trata de que te cobren mucho por una barra de pan, sino de que ya te cobran una barbaridad por cualquier alimento. Ahora los campos tienen que estar llenos de lechugas, coliflor, fresas, cerezas... y aún así te cobran casi cuatro veces más por un saco de fresas, y apenas quedan en los mercados. ¿A qué se debe esa subida de precios y escasez en pleno mes de Junio?

«A los huevos que tenéis para estar todo el puto día tocándoos los cojones en casa, en lugar de dejarlos en el campo...» —pensó Crucius, teniendo por su parte el detalle de dejárselos en la lengua cuando luego lo explicó en voz alta:

—A la poca predisposición de la gente para trabajar y sacarse las castañas del fuego —dijo uno que lo único que sacaba del fuego era el calor a lo sumo, aunque por lo general se conformaba con echarse una manta por encima, que era menos laborioso.

—Claro, que de un año para otro todos nos hemos vuelto unos vagos, ¿no? —inquirió el banquero, fulminando a Crucius con la mirada al atribuirse también el don de la holgazanería.

—Bueno, yo no he dicho que «todos»... —intentó rectificar el Señor da Morte—. En cualquier caso no se preocupe, porque seguro que pronto la gente se dará cuenta y aumentarán la producción con la ayuda del crédito que ustedes les concedieron con gran acierto —añadió, tratando de hacerles sentir útiles después de acabarles de dejar por los suelos.

—Pues a ver si es verdad —respondió el banquero, ya más tranquilo ahora que volvía a sentirse necesario.

—Claro que lo es... Fíjese usted en que si los panaderos se quedan sin pan que vender, con el crédito que reciben de los bancos pueden comprar harina de trigo para hacer más pan. Y los que hacen la harina, a su vez, pueden comprar con ese dinero más trigo a los recolectores, quienes sembrarán más para cubrir la demanda. En definitiva, que gracias a los préstamos que ustedes conceden amablemente a todo el mundo, la gente va a tener más dinero para comprar, y ya se sabe de toda la vida que el consumo incentiva la producción. Si hay mucha gente demandando pan y alimentos en los mercados, antes o después estos tendrán que reaccionar, de modo que aumentará la oferta y dejarán de ser tan caros... Y posteriormente, cuando la economía al fin se reactive, la gente podrá devolver los préstamos a los bancos.

—Entonces lo que según usted hace falta es que los banqueros sigamos prestando el dinero de nuestros depositantes, para que las personas tengan más dinero con el que comprar, y así se incentive la producción. ¿Pero no acababa de decir hace un momento que al prestar el dinero de nuestros depositantes, la gente compra más y suben los precios?

—Suben los precios porque la gente compra y consume más comida de la que se produce, lo que hace que empiece a haber escasez de alimentos y la gente esté dispuesta a pagar aún más por ellos, de modo que los vendedores suben los precios. Pero en cuanto se empiecen a producir alimentos de sobra ante la demanda de la gente, los precios volverán a bajar, no se preocupen. Lo que hace falta ahora es que ustedes sigan concediendo créditos para que la gente pueda seguir consumiendo, y así se estimule la producción —contestó Mr. da Morte.

—¿Pues se imagina usted en qué ha estado utilizando la gente el crédito que han recibido de los bancos? —saltó uno de repente, indignado—. ¡En abrir librerías, cabarets, tiendas de cerámica y adornos, y gilipolleces! ¡Así claro que no se producen nuevos alimentos, y suben los precios! ¡¿A quién se le ocurre poner, por ejemplo, una librería en estos tiempos que corren?!

«Pues como no sea a İhanet...» —bromeó Crucius para sí mismo.

—Sí, a quién... —corroboró, constatando que el nivel intelectual de los aldeanos tampoco es que fuera muy alto entre los que supieran leer y escribir; que no podían ser muchos porque los libelos y pasquines de las paredes eran siempre de los mismos.

—Y también abrieron muchas tiendas de alfarería y porcelana donde solo vendían huchas y más huchas... ¡Todo el mundo estaba obsesionado con las huchas y con ganar dinero! —proclamó a los cuatro vientos un banquero retirado (ya con una edad) que sin duda también había estado obsesionado pero no había ganado mucho.

—Gran parte de esas nuevas tiendas, incluidas las de alfarería y porcelana, cerraron a los cuatro días... —iba diciendo otro banquero.

—¡Cerraron cuando se les terminaron las huchas! —volvió a interrumpir el de antes.

—Como iba diciendo —continuó el primero, mirando al anterior como si le hubiera metido una mano en el bolsillo en otros tiempos, porque en estos ya poco podía importarle—, esas nuevas tiendas cerraron a los cuatro días porque vendían cosas que a la gente no le interesaba comprar y no obtenían beneficios... ¡En lugar de tanta tontería podrían haber puesto, así por decir cualquier cosa... pues qué se yo, un prostíbulo, mismamente... que de esos sí que hacen falta!

«Claro... *así mismamente*... por poner un ejemplo cualquiera de algo...!» —bromeó Crucius para sí mismo sobre el cinismo del banquero, antes de expresar su propia opinión:

—Bueno... Pero aunque no hayan puesto esos prostíbulos tan necesarios que usted menciona así por decir cualquier cosa, tampoco se puede decir que solo hayan abierto librerías y circos... porque también hay más tiendas de alimentación —afirmó Crucius—. Y supongo que estas sí habrán obtenido beneficios, al contrario que los nuevos comercios como las tiendas de huchas y otras mandangas, y que sus propietarios no se habrán visto obligados a cerrarlas...

—¡Pues no sé usted, pero yo lo veo todo cerrado!

«Y yo también, pero no sé qué demonios puede estar pasando» —pensó Crucius, por supuesto sin ninguna intención de rebajarse en público admitiendo su ignorancia.

El Señor da Morte simplemente no caía en la cuenta de que, mientras él era el único banquero que ponía nuevo dinero en circulación —entregando *certificados de depósito* que funcionaban como sustitutos perfectos del dinero depositado, mientras éste lo regalaba en concepto de intereses—, la economía aún funcionaba correctamente; pero que en cuanto el resto de banqueros imitaron su ejemplo y para colmo comenzaron a prestar los *depósitos a la vista* de sus clientes, la cantidad de dinero en circulación se multiplicó

tan rápidamente que los productores no tuvieron tiempo de aumentar la cantidad de bienes existentes tan rápido como aumentaba la cantidad de dinero que los consumidores poseían, y que cada vez era más. De esta forma, y aunque según Crucius —y la mayoría de los economistas— el consumo incentivase la producción, un exceso de consumo podía hacer que no se produjera a la velocidad que demandaban los clientes.

Y esto principalmente era debido a que muchos recolectores de trigo estaban abandonando el campo para abrir panaderías, pues era tal el consumo de pan, que los vendedores obtenían muchos más beneficios que los agricultores. Y así ocurría también con otros alimentos que se agotaban por un exceso de consumo, sin que nadie los repusiera en los mercados.

Para que la economía funcione correctamente, en todas las etapas del proceso productivo debe obtenerse un beneficio similar, como ocurría antes de que los banqueros empezasen a prestar el dinero procedente de los *depósitos a la vista*. Por aquel entonces, el proceso productivo —en el que un recolector sembraba el trigo y se lo vendía a un molinero, éste lo procesaba y vendía la harina a un panadero, y éste la amasaba para vender el pan a sus clientes— funcionaba de la siguiente manera:

- a) El recolector estaba acostumbrado a vender el trigo por 1 espuria, **ganando 1**.
- b) El procesador estaba acostumbrado a comprar el trigo por 1 espuria y a vender la harina por 2, **ganando 1**.
- c) El panadero estaba acostumbrado a comprar la harina por 2 espurias y a vender el pan por 3, **ganando 1**.

$$1+1+1=3.$$

En este caso, el panadero, el procesador y el recolector ganaban todos 1 espuria, por lo que el recolector no sentía la necesidad de irse del campo para abrir su propia panadería.

Pero, cuando los banqueros empezaron a emitir *certificados de depósito* que cumplían las mismas funciones que el propio dinero depositado, y éste lo prestaron también; aumentó sustancialmente la cantidad de dinero en circulación y a su vez el consumo de pan, de tal manera que los panaderos, en lugar vender el pan por 3 espurias como antes, empezaron a venderlo cuatro veces más caro, o sea por 12 espurias. En cambio, no quisieron gastarse 8 espurias (antes se gastaban 2) en comprar harina, sino que se conformaron con gastar 6. Y a su vez, los procesadores se conformaron con gastarse solo 2 espurias para comprar el trigo a los recolectores; de modo que:

- a) El recolector vendía el trigo por 2 espurias, **ganando 2**.
- b) El procesador compraba el trigo por 2 espurias y vendía la harina por 6, **ganando 4**.
- c) El panadero compraba la harina por 6 espurias y vendía el pan por 12, **ganando 6**.

$$6+4+2=12.$$

En este caso los recolectores (y algunos molineros), incluso ganando más dinero que antiguamente, querían abandonar el campo y abrir ellos sus propias panaderías, cosa que hicieron con el crédito que les facilitaron los banqueros. Pero, al abrir dichos establecimientos, tuvieron que cerrarlos al poco tiempo pues, como ya nadie quería recolectar el trigo y muy pocos querían procesarlo en los molinos, carecían de harina con la que hacer el pan, de forma que no lo podían vender.

Según Crucius, el dinero crediticio favorecía el consumo (lo cual era cierto), y el consumo a su vez incentivaba la producción. Pero, si los agricultores abandonaban el campo por ganar menos dinero que los panaderos —y por lo tanto nadie sembraba y recolectaba el trigo—, dejaba de haber producción, con lo que ya no podría decirse que el consumo estimulase la producción. Para que el crédito y el consumo incentivasen la producción, tendría que suceder que:

- a) El recolector vendiese el trigo por 4 espurias, **ganando 4**.
- b) El procesador comprase el trigo por 4 espurias y vendiese la harina por 8, **ganando 4**.
- c) El panadero comprase la harina por 8 espurias y vendiese el pan por 12, **ganando 4**.

$$4+4+4=12.$$

Pero obviamente sería difícil que algo así sucediera, pues para ello todos los panaderos de la región, que habrían pasado de vender el pan por 3 espurias a venderlo por 12, se tendrían que conformar con quedarse con solo 4 e invertir las 8 restantes en comprar harina (para que se mantuviera la proporción). Y, si antes invertían 2 espurias en comprar harina, no sería muy probable que ahora estuvieran dispuestos a invertir 8 (cuatro veces más), a pesar de que las ganancias fueran también cuatro veces mayores (al principio ganaban 1 espuria, y ahora ganan 4).

Pues, en esta ocasión, los panaderos y otras personas que se dedicaban a la venta directa de alimentos prefirieron no invertir toda la cantidad que correspondía, y quedarse con las ganancias; de forma que apenas llegaba dinero a los trabajadores de las etapas anteriores, comparado con el dinero que recibían los vendedores. De este modo, los recolectores empezaron a abandonar el campo y, a su vez, empezaron a escasear los alimentos. Así, si antiguamente había por ejemplo 200 espurias que se utilizaban para comprar el pan (el resto del dinero existente se utilizaría para otras cosas), y 100 panes, solo costaba 2 espurias cada barra (como resultado de la división).

Pero, si por medio de los bancos se multiplicaba la cantidad de dinero, y en lugar de utilizarse 200 espurias para comprar el pan se empezaban a utilizar por ejemplo 3000; para que cada barra continuara costando 2 espurias tendrían que producirse 1500 panes. Si no sucedía así, y seguían produciéndose 100 barras al igual que siempre, poco a poco

estas irían subiendo de precio; hasta que la última llegara a costar 30 espurias. Al producirse luego una nueva hornada de 100 panes, el primero continuaría costando 30 espurias y el resto también se mantendrían a ese precio, al utilizarse las 3000 de antes para comprarlos, y no más dinero de nueva creación.

Matemáticamente da igual que haya 200 espurias y cueste 2 espurias cada pan (como al principio), o que sean 3000 espurias y cueste 30 espurias cada pan, ya que la proporción sigue siendo la misma y en ambos casos existen 100 unidades de pan en el mercado, pero el problema no es éste. El problema es que las 2800 espurias creadas por los banqueros de la nada (diferencia entre las 3000 finales y las 200 iniciales) no las distribuyen equitativamente entre toda la población, y que ahora tienen más dinero para comprar quienes reciben primero de los bancos esas 2800 espurias creadas. Precisamente, estas personas harán que suban los precios al utilizar todo ese dinero en sus compras, mientras el resto de la gente ve cómo se reduce su poder adquisitivo.

Si, por ejemplo, en una población de 80 personas reciben este nuevo dinero la mitad, y la otra mitad tiene solo 200 espurias, habrá 40 personas con 2800 espurias (70 cada persona); y otras 40 personas con 200 espurias (5 cada persona). En este caso, y si el pan costara indefinidamente (y no solo la primera barra) 2 espurias, las personas que tuvieran 2800 espurias podrían comprar 1400 barras, mientras que las personas que tuvieran 200 espurias podrían comprar solo 100 barras.

No obstante, el pan irá subiendo de precio a medida que la gente lo vaya comprando, hasta que llegue a costar 30 espurias la barra número cien. Si posteriormente se produjeran 100 barras más, ya no seguirían subiendo de precio a medida que la gente las fuera comprando, a menos que se introdujera más dinero en el mercado. E igualmente se venderían las 100 barras pero, al costar 30 espurias cada una de ellas, las personas que tenían 2800 espurias podrían comprar 93 barras; y las que tenían 200 solo podrían comprar

0,16... cuando antiguamente también se habrían vendido los 100 panes, por solo 2 espurias cada uno.

Y todo esto, siempre y cuando continuaran produciéndose las 100 barras, costando 30 espurias cada una. Pero, al abandonar el campo los recolectores, pasarían a producirse 80, más tarde 60 y, cuando ya solo se hicieran 40 barras, cada una llegaría a costar 75 espurias. Llegados a este punto, ni siquiera las 40 personas que tenían 70 espurias podrían comprar una sola barra de pan entera.

En cualquier caso, una situación así no puede prolongarse durante mucho tiempo. Cuando muchos recolectores abandonan el campo para convertirse en panaderos, los panaderos ven que sus ganancias disminuyen, al tener que repartirse los ingresos entre más trabajadores. Entonces muchos quieren irse —o volver— al campo, y con el tiempo los beneficios de todos los trabajadores vuelven a ser similares, de forma que ya no hay escasez de trigo, de harina ni de pan.

Pero, lamentablemente, los excesos producidos por el crédito no se corrigen de un día para otro.

—Yo también veo los mercados cerrados... pero supongo que antes o después tendrán que abrirlos de nuevo... —titubeó El Señor da Morte, con la expresión demacrada de un matemático vencido por los números.

—¡Pues no sé a qué esperan... Porque como usted mismo verá, hay mucha demanda y buena falta que hace! —espetó un banquero. Y al ver que Crucius no contestaba y volvía a encogerse sobre sí mismo, otro de ellos añadió más calmadamente:

—Esperemos que con las medidas que está imponiendo el Gobierno esto pueda solucionarse, porque si no apañados estamos.

—Sí —respiró Mr. da Morte, sin tener ni idea de a qué medidas se refería porque llevaba dos meses sin salir del banco y toda referencia sobre el mundo exterior provenía de una única fuente tan «fiable» como lo era Ihanet.

—A ver si cuando regulen los precios y obliguen a los vendedores a bajar el precio del pan como Dios manda, la

gente puede volver a comprarlo y se reactiva un poco la economía.

—Sí, usted tranquilo; en cuanto fijen unos precios máximos para los alimentos seguro que la cosa se arregla —apoyó Crucius.

—A ver si es verdad, porque los banqueros que hemos prestado los ahorros de nuestros clientes dependemos de ello... No podemos devolver los depósitos mientras a nosotros no nos devuelvan los préstamos... Y si la gente los ha invertido en panaderías y tiendas que no abren, y no consiguen recuperar el dinero, a ver cómo devolvemos nosotros un dinero que no tenemos... —se lamentó el banquero, mirando a Crucius como si le estuviera exigiendo la respuesta a sus problemas.

—Ya, comprendo... Pero usted no se preocupe, que con esta y el resto de medidas de obligado cumplimiento que ha ordenado el Gobierno, el mercado pronto volverá a funcionar... —corroboró el Señor da Morte suponiendo que, además de esa, el Gobierno habría impuesto otras tantas más; y sintiéndose ya agobiado ante las continuas quejas del banquero, que parecía comportarse como si de algún modo reclamara de él una solución.

—Pues eso espero, porque si la bajada obligatoria de los precios no soluciona el problema, a ver qué lo va a hacer —dijo el otro banquero—. Ya han ordenado las Autoridades esta misma mañana que el precio del pan y otros alimentos se mantenga en 6 espurias, ¿sabe? Así que cuando las panaderías vuelvan a abrir tendrán que adaptarse a ese precio. No es gran cosa, pero teniendo en cuenta que ha llegado a costar hasta 12 espurias la barra, y que tenía pinta de seguir subiendo, pues sí es una mejoría.

—Sí, sí que lo es.

—También el Gobierno va a dar subvenciones a los recolectores de trigo y a los agricultores, que se han estado quejando y muchos de ellos amenazan con abandonar sus trabajos porque dicen que sacan muy poco dinero comparado con lo que ganan los vendedores.

—Sí, algo de eso había escuchado —dijo Crucius, que hasta entonces no había oído nada.

—Y van a fijar precios mínimos a los recolectores, para que nadie intente comprarles el trigo por debajo de ese precio, pues los recolectores dicen que lo están vendiendo demasiado barato. Así, los molineros tendrán que pagar más por el trigo que compran. A ver si los malditos agricultores se quedan ya a gusto de una vez y quieren volver a los cultivos, porque anda que...

—Sí, nos lo están poniendo difícil... ¿Y solo fijan precios mínimos a los recolectores? —dijo cobarde el Señor da Morte, a ver si así seguía hablando y no requería de él más soluciones y respuestas que no tenía.

—Y a los molineros, que también se están quejando porque quieren vender la harina más cara. El Gobierno les impone un precio mínimo por debajo del cuál no pueden vender la harina, y así los panaderos tienen que comprarla más cara obligatoriamente.

—Pues anda que van a ponerse contentos los panaderos cuando se enteren de que tienen que vender el pan más barato y comprar la harina más cara...

—Hombre, gustarle no les estará gustando, eso está claro... Pero vamos, es la única solución —corroboró el otro banquero—. Y si cierran las tiendas, como están haciendo ya muchos, pues mano dura hasta que vuelvan... Si es que al final es el único modo.

—¡No pierdas el tiempo, hombre! ¡Si por su culpa estamos como estamos... Mano dura sí, pero con él! —saltó de repente un banquero, señalando al Señor da Morte con los dedos manchados tras haber rebañado unos huesos de la basura.

—¡Solo le estoy explicando que el mercado es imposible que funcione si nadie lo regula desde arriba! ¡Que visto en la que nos ha metido, seguro que es uno de esos payasos que piensa que el mercado se regula solo por la oferta y la demanda! —respondió el otro a gritos, hablando de Crucius como si no estuviera delante.

—Perdone, pero yo no le he faltado el respeto a usted —dijo Mr. da Morte con voz firme.

—¿Que no nos has faltado al respeto?! ¡Joder, pues mira cómo estamos por tu culpa! —exclamó el de la basura, mientras otros asentían sin atreverse a levantar la voz.

«No ha sido mi culpa, pero de haberlo sido me alegraría. Tenéis lo que os merecéis, gilipollas» —pensó el Señor da Morte.

—Lamento que piensen ustedes así, pero yo no he obligado a ningún banquero a prestar los depósitos de sus clientes. Lo han hecho ustedes porque han querido, y son ustedes los responsables de las consecuencias —respondió con toda la frialdad de la que dispuso, dándose la vuelta y alejándose con la cabeza bien alta mientras, a sus espaldas, escuchaba los murmullos de un colectivo demasiado vanidoso como para soportar el peso de la verdad.

* * *

De camino al Juzgado de Matalasbancas, Crucius se topó con el mismo camino de tierra que hacía ya dos eternos meses le había conducido al Rincón de Retido, la taberna de las brasas donde los bufones del Diablo se dejaban torturar, cruzando su Infierno por unas monedas. Pasó de largo intentando evitar cualquier tipo de pensamiento.

«Son las tres de la tarde, quedan tres horas para el juicio» —pensó.

Un anaranjado cielo de aceite se derramaba en la ciudad sobre los hijos de la melancolía cuando se equivocaban al pensar que, tras cruzar las brasas, podrían resurgir de sus propias cenizas. La mayoría de los que lo hacían eran vagabundos en busca de calor, cansados ya de caminar descalzos sobre la nieve; y hombres sin dinero que esperaban que en aquel horno incandescente se fundiera el oro con el que vivirían durante los próximos meses. Crucius pensó que debía ser bastante la cantidad que pagaran a los pocos valientes

y lunáticos que consiguieran llegar a la luna atravesando aquel sol. A fin de cuentas, desde ese momento y ya para siempre dejarían su huella al andar, para que otros hombres perdidos pudieran encontrar el camino.

Hombres perdidos como Crucius.

«Que quedan tres horas, joder» —volvió a pensar varios minutos después, cuando ya estaba a solo dos manzanas del Juzgado, justo antes de dar media vuelta hacia aquel camino de tierra por el que cada día marchaban los hijos de la sangre.

Se internó por el sendero pedregoso, escuchando los mugidos de las vacas que pastaban a varios metros y sintiendo en la cara la brisa y el nacimiento del verano. A lo lejos despuntaba la taberna como un cadáver marchito en medio de las flores; como una lágrima seca en el ojo granate de un precioso atardecer. Simplemente, esa hermosa pradera no era el lugar que le correspondía a aquella timba de malos y cojos. El banquero se aproximó a la puerta y esta vez sí dejó que el grandullón que hacía la guardia lo cacheara en busca de armas. Tras asegurarse de que no portaba ninguna pistola, cuchillo, o instrumento con el que generar borracho posibles carnicerías, le abrió la puerta golpeándola con una patada.

«Vaya, si ahora resultará que te tratan como a un caballero y todo...» —bromeó Crucius para sí mismo mientras se dirigía directamente a la barra, evitando torcer la vista hacia unas brasas donde la ausencia de alaridos le indicaba que o bien no había nadie sufriendolas o que dicha persona ya había perdido el conocimiento.

«Ah, que las están calentando» —pensó Mr. da Morte tras torcer la vista hacia las brasas (al final no había podido contenerse y echar un pequeño vistacito), y ver a un mozo avivando el fuego.

Ya en la barra, se dirigió al primer dependiente que encontró tras ella, suponiendo que sería el propio Retido si el letrero con su nombre en la camiseta no se trataba del uniforme de la empresa. El tipo era de aspecto tosco, sucio

y agresivo, y su camisa gris no ocultaba los rodales de aceite de una tela aún más sucia y pringosa que el trapo con el que creería que limpiaba la mesa.

—Hola —dijo Crucius tímidamente con sus, comparados con los de aquel sitio, finos modales.

—¿Qué vas a tomar? —saludó el tabernero a su vez.

A Mr. da Morte, que solo llevaba varias monedas (de sus clientes) en el bolsillo, le cogió la pregunta por sorpresa:

—Ehm... Póngame una jarra de cerveza —decidió rápidamente, pensando que si pedía un vaso de agua «de la de gratis» lo mismo el tipo de fuera le partía las piernas.

—Son 20 espurias —informó Retido antes de ponérsela, sabiendo que al conocer el nuevo precio del alcohol muchos bebedores habituales se lo replanteaban.

—Disculpe, no llevo dinero.

El tipo gruñó como si Crucius le hubiera dicho que no llevaba calzones.

—Si siempre han sido 7 espurias... —murmuró el banquero tímidamente para que nadie pudiera confundir su excusa con alguna queja que pudiera ser motivo de rotura de cráneo.

—Eso era antes —respondió Retido toscamente, secando ahora un vaso con el mismo trapo impecable que usaba para la barra y Dios no quisiera que también para el suelo—. Tú hace por lo menos un par de meses que no sales, ¿eh?

«Tú hace por lo menos un par de meses que no follas y yo no te digo nada, gilipollas» —pensó Mr. da Morte automáticamente, recordando luego que en su caso hacía aún más.

—Disculpe, ya me voy —respondió Crucius, dándose la vuelta para marcharse gentilmente de la única taberna donde los animales reposaban asados en las bandejas y al mismo tiempo preparaban la comida.

—Bueno, ¿y tú qué cojones querías? —preguntó el tabernero entonces con su dulzura cortesía de la casa, suponiendo que si aquel hombre había permanecido allí durante todo ese tiempo no habría sido para pillarle escupiendo en el vaso mientras trataba de limpiarlo.

—Ehm... me preguntaba... cuánto dan por cruzar las brasas.

—¿Quién quiere saberlo?

—Ehm... yo...

—No, no... que quién quiere cruzar.

—¡Ah! Pues... supongo que yo...

El tipo no se cortó a la hora de soltar una sonora risotada que probablemente practicaría en sus ratos libres hasta conseguir que el nivel de su voz se elevara por encima del de las jarras estrellándose contra suelo y cabezas.

—¿Hoy?

—No, no, no... Hoy no —se apresuró a aclarar Crucius, recordando que en tres horas tenía un juicio al que no convenía llegar a rastras—. Solo quiero saber cuánto me darían por cruzar.

El tabernero lo miró de mal en peor al perder la esperanza de que acabase de entrar por la puerta un nuevo bufón con el que distraer gratis a los borrachos esa noche, por lo que contestó con el tono más brusco y rudo que fue capaz de adoptar:

—No pagamos por cruzar las brasas, sino por el tiempo que permanecen sobre ellas hasta que salen o se desmayan encima.

Crucius tragó saliva.

—¿Se desmayan encima? —preguntó, sintiendo ya la espalda llena de sudores sólo de pensar en caer con ella sobre las brasas.

—Sí.

—Si se desmayan encima... supongo que alguien les sacará de ahí... ¿no?

—Por lo general sí —respondió secamente el hombre, dándose la vuelta para esconderse en el almacén de las bebidas antes de que el banquero continuara con aquel pesado interrogatorio.

—Espere, espere... ¿Cuánto pagan?

—Antes eran 250 espurias si aguantabas más de quince segundos, y 2500 si superabas el medio minuto. Ahora

pagamos 500 en el primer caso y 5000 en el segundo —respondió de mala gana.

—¿Pagan ahora el doble que antes? —curioseó el banquero, pensando que la lógica escasez de demanda para cruzar las brasas les habría obligado a proponer una oferta más «tentadora».

—Sí. Los precios han subido hasta cuatro veces en estos dos últimos meses, y la gente no se conforma con las 250 espurias y con las 2500 de antes, así que ahora pagamos más.

Crucius quiso preguntar si alguna vez alguien había aguantado descalzo ahí durante más de veinte segundos, pero el encargado lo intuyó y, antes de internarse en el almacén cerrando de un portazo, ofreció la respuesta a la única pregunta que realmente le apetecía contestar:

—Todos los días desde el anochecer hasta media noche, te apuntas cuando quieras y cruzas en el mismo momento.

—¡Espere, espere...! —volvió a llamarle Mr. da Morte, esta vez sin resultado.

«Da igual, yo ahí no me meto medio minuto ni por 20000 espurias, vamos» —pensó Crucius muy convencido, asaltándole precisamente la misma cantidad que debía.

Avanzó hasta la puerta, pero al ir a coger el tirador para salir de una vez y para siempre del Rincón de Retido, dio media vuelta y se acercó hasta las brasas, sudando de la angustia. Se arrodilló junto a ellas con las piernas temblorosas y aproximó la mano hasta tenerla a unos veinte centímetros, sintiendo perfectamente el calor que emanaban. Aunque instantáneamente supo que quemaban, no le pareció que ardieran lo suficiente como para que una persona no pudiera aguantar sobre ellas durante quince segundos alternando rápidamente un pie y otro.

—¿Están listas? —preguntó Crucius al mozo que había visto avivando las brasas cuando entró en la taberna, el cuál extendía ahora una nueva pila de cenizas con la pala.

—Más o menos; hay que mantenerlas templadas durante todo el día. Si llegan a apagarse completamente, luego cuesta más trabajo encenderlas de nuevo.

—No, no. Digo si están listas para el que quiera cruzarlas.

—¡Oh, claro que no...! Para eso las estamos calentando varias horas antes hasta que alcanzan los setecientos grados... ehm... ¿Está usted bien?

Crucius sufrió un mareo y casi se desploma sobre las brasas que, por suerte, en ese momento tampoco superaban por mucho los cien.

—Sí, sí, disculpa, voy a salir a tomar el aire; hace horas que no como nada y... —se excusó, terminando la frase con un apagado y poco preciso gesto que acompañó de un débil carraspeo.

—¡Claro, por eso está usted aquí! —exclamó el muchacho mitad en broma mitad en serio, aludiendo a la necesidad del banquero de comprarles algo de comida en caso de que tuviese dinero, y a la necesidad de cruzar las brasas en caso de que no lo tuviese.

Crucius ignoró el ataque porque después de oír lo de los 700 grados tampoco le quedaban fuerzas para responder, y se limitó a preguntar una última cosa:

—Cualquiera que entre ahí —dijo, señalando las brasas con la vista al sentirse incapaz de pronunciar el término—, puede salir cuando quiera, sin ser obligado a permanecer dentro más tiempo del que aguante, ¿verdad?

—Claro, cada uno está el tiempo que quiere, de hecho mucha gente que no soporta el dolor se limita a entrar y salir.

El Señor da Morte tragó saliva; intentando en vano asentir y despedirse con todo el cuerpo rígido, avanzar posteriormente con algo de decoro hasta la puerta, y olvidar finalmente aquel lugar en el que jamás pondría él sus pies.

* * *

Crucius llegó al Juzgado de Matalasbancas pálido como un muerto, y tres cuartos de hora antes de la cita por eso de ser puntual. Frente a la entrada se congregaban los más de cuarenta clientes a los que el banquero debía dinero des-

de hacía dos meses. Habían llegado varias horas antes del Juicio porque ninguno de ellos quería perderse la llegada triunfal de Crucius al recinto. Hacía sesenta días que no le veían y querían saber si su cara había cambiado mucho desde entonces. Si la tenía más gorda porque hubiera estado atiborrándose de paletilla con el dinero que debía, si parecía tan abultado como de costumbre, o si su rostro lucía demacrado por el miedo de no poder afrontar sus deudas.

Cuando el Señor da Morte vio allí a sus cuarenta clientes se echó literalmente a temblar, doblando de nuevo la esquina por la que apenas había asomado. No pudo evitar preguntarse si alguno de ellos le habría visto esconderse, pero tenía que mentalizarse de que estaban allí más de cuarenta, y de que se habían traído a sus familiares y amigos para que nadie se perdiera aquel emocionante espectáculo. Los cuarenta... cuando aquel día solo estaba pendiente el juicio de tres de sus clientes.

Puesto que aún quedaba para la comparecencia más de treinta largos minutos, decidió ir a dar un paseo a ver si para cuando volviese ya se había despejado la entrada lo suficiente como para saber en qué dirección soplaban el viento. Pensó en refugiarse en la emblemática Iglesia de Matalasmatas, templo de Dios donde los hubiera, colindante a los Juzgados de nombre similar e idéntico patrón. Pero decidió que hasta la Iglesia de Santa Bárbara —donde de pequeño le obligaban a rezar de rodillas sobre las incómodas y afiladas tablas— le creaba mejor sensación y le daba mejor presentimiento, aunque también invitase al recogimiento (preferentemente debajo de algún banco) y al retiro con su nombre.

Finalmente terminó escondido detrás de unas zarzas porque la riada humana de nuevos invitados a la fiesta —y no precisamente a la del Señor— no dejaba de fluir, quizá esperando vino o sangre gratis por parte de su anfitrión, aunque para eso mejor haber probado en misa. El banquero respiró hondo varias veces y agitó las manos a ambos lados de su cuerpo a ver si así conseguía desentumecerse o aliviar

algo los nervios, no logrando ninguna de las dos. Sólo salió de detrás de las zarzas cuando la presencia de unas avispas se volvió demasiado insidiosa y cuando vio pasar cerca al Inspector Papus. Enseguida se puso a su lado, dirigiéndose ambos hacia la manada salvaje que invadía en estampida los Juzgados de Matalasbanças.

El hecho de ir acompañado de la Autoridad pareció disuadir a la plebe de atacarle, pero eso no impidió que los ojos marrones de Crucius se convirtieran de pronto en dos dianas objeto los más venenosos dardos. A pesar de todo, en ninguna ocasión bajó o desvió la mirada mientras desfilaba en todo momento con la cabeza muy alta por el estrecho pasillo que aquella jauría de animales hambrientos iba abriendo a su paso. Hubo uno que le puso la zancadilla disimuladamente, estando a punto de tirarle al suelo. La inesperada ola de risas sacudió a Crucius como una helada ráfaga de viento que consiguió arrancarle la fina y maltrecha coraza de odio con la que solía defender su corazón del azote de las burlas. Le hirió y desnudó de toda dignidad, rompiendo en pedazos esa armadura de cristal cuyos trocitos no parecía que ninguna mano amiga fuera a pegar con su saliva, o a reemplazar con un abrazo.

El banquero deseó con toda su alma estrujar de un pisotón los próximos pies que se le pusieran por delante, pero temblando de ira se limitó a esquivarlos como pudo, consciente de que si aquella depravada multitud decidía lincharlo allí mismo, nadie podría detenerlos.

* * *

Cuando Crucius da Morte consiguió llegar casi cinco minutos tarde a la sala donde se celebraría la comparecencia, los banquillos ya estaban abarrotados. Sus tres clientes (Pancredo, Pancracio y Pandemia; que tenían nombres de hermanos univitelinos porque su madre así lo había querido pero no porque se parecieran en nada salvo al panadero de la esqui-

na que el esposo aún estaba intentando descifrar por qué le recordaba tanto a sus hijos) acababan de acomodarse en sus respectivos sillones y el Juez Huertaz, que había entrado justo detrás de ellos, se estaba sentando y poniendo la toga.

—Llega usted tarde —saludó de todos modos en cuanto vio que el banquero y su miedo asomaban por la puerta, mientras se colocaba el cuello a toda prisa.

«Maldita sea, ¿por qué siempre me toca Huertaz a mí?» —pensó Crucius consternado, refiriéndose a las dos únicas veces en las que hasta ese momento había tenido que enfrentarse a un juicio; esa y la anterior.

—Lo... lo siento... Había mucha gent...

—Tome asiento y no nos haga perder más el tiempo.

—Comienza la sesión —anunció tranquilamente Pancredo—. El banquero Crucius da Morte me debe 700 espurias desde hace dos años, y...

—Por favor, Pancredo, la fecha es partiendo del día en que usted fue a retirar su *depósito a la vista* y no le devolvieron su dinero, no del día en que realizó dicho dep...

—¡Es la herencia de los tíos! —interrumpió Pandemia por todo lo alto, haciendo que Huertaz tuviera que taparse los oídos y que alguien del tercer banquillo soltase «¡orden, orden en la sala!», más concretamente el Inspector Papus.

—Pandemia, ehmm... Entiendo que después de la... eehm... pandemia de su familia quiera usted recuperar el dinero de la herencia que depositó en el banco de da Morte, pero...

—¿Qué ha dicho... en el banco de la Muerteeeeee?! —chilló desde su asiento Membrillo, al que parecía habersele agudizado la sordera durante las diez horas que habían transcurrido desde que fue a buscar a Crucius al banco, esa misma mañana.

El anciano ya había sido llamado para celebrar dentro de diez días su juicio con da Morte, que le debía las 5000 espurias que había depositado cuatro meses atrás; más los intereses de los últimos tres meses, que ascendían a 300 espurias.

—... Pero hay que conceder algo de tiempo a Mr. da Morte para ver si nos sorprende a todos devolviendo a sus dueños el dinero que debe... ¿Qué dice usted al respecto, Señor da Morte? Emhh... Mr. da Morte, ¿está usted bien? —preguntó el Juez, casi mordiéndose la lengua para omitir el «de la cabeza».

Huertaz contemplaba atónico a Crucius peleándose con su silla. El banquero que debía casi 30000 espurias no estaba conforme con el asiento.

Crucius, tras el robo y debido a que empezó a emitir *certificados de depósito* canjeables por cualquier persona, y a ofrecer intereses del 2% en los *depósitos a la vista*, pudo conseguir en total 50000 espurias de depósitos nuevos que, sumados a las 20000 espurias de depósitos antiguos (que sus dueños no retiraron ya que prefirieron renovar el contrato para recibir un 2% de intereses), ascendían a un total de 70000 espurias. Cuando sus clientes fueron a retirar su dinero dos meses después porque encontraron bancos que ofrecían intereses mayores, Mr. da Morte pudo entregar solo 38500 espurias; pero todavía dejó a deber 31500 que no pudo devolver porque le habían robado 20000, había regalado 1500 en concepto de intereses durante aquellos dos meses, y 10000 más se las había gastado él mismo. Tras devolver o revender los bienes que había comprado, pudo obtener 4000 espurias, de forma que al tercer mes ya solo debía 27500, por las que estaba obligado a pagar un 2% de interés mensual a aquellos depositantes que conservaran sus *certificados de depósito*. Como muchos de ellos vieron que Crucius no devolvía el dinero, intentaron utilizarlos como medios de pago en las tiendas, pero los vendedores tampoco quisieron aceptarlos porque habían oído que carecían de respaldo en monedas; y finalmente los depositantes los conservaron indefinidamente, con la esperanza de recuperar más adelante su dinero más los intereses. En total, y puesto que a partir del segundo mes Crucius había dejado a deber 27500 espurias, había generado unos intereses de 550 espurias durante el tercero y otras 550 durante el cuarto, por lo que su deuda ascendía a 28600 espurias.

—Eeehhhh... Señor da Morte, ¿preferiría usted sentarse directamente en el patíbulo?

«Vamos, Crucius, tú puedes hacerlo, tú puedes hacerlo... Siéntate y trata de comportarte como una jodida persona normal por una vez en la vida» —pensó, mientras observaba la silla que le habían llenado de clavos.

—Disculpe, Señoría, me quedaré de pie —respondió el banquero.

—¡Queee seeee siiieente, queee seee siiieeeeeentee, quee seee siiieeeeeenteeee! —le sorprendió a Crucius entre el público Ihanet coreando y dando palmas alegremente.

«Fíjate que incluso estoy por llevarte hasta la silla y sentarme, pero encima de ti; ya verás qué bien, zorra».

—Crucius, siéntese —ordenó Huertaz, ignorando a Ihanet y aprovechando para embargar el apellido de un pobre banquero al que en treinta días no le quedaría ni su nombre.

Mr. da Morte respiró profundamente y se sentó directamente en el suelo mientras imaginaba el cuchicheo burlón y las risas de un público que, por supuesto, no le hizo esperar. Huertaz puso los ojos en blanco y mantuvo la mirada en el techo, suplicando algún tipo de clemencia divina que no terminaba de materializarse. Desde que aprobó su maldita oposición a Juez, lo que un día fueron aciertos en la mesa del examen eran ahora fallos en esa otra. Sentencias inútiles y preguntas sin respuesta, al no entender de qué le servía su potestad para condenar a ángeles y a demonios, si luego no podía absolverse a sí mismo.

—Bien, acabemos rápido con esto. Tal y como expresan mis informes, los señores Pancredo, Pancraccio y Pandemia *depositaron a la vista* hace varios años en el banco del Señor da Morte 700 espurias cada uno, lo que asciende a un total de...

Huertaz se tomó su tiempo para enfrentarse a la suma, que por suerte le habían resuelto con la precaución de subrayar el resultado a todo color por si se ponía nervioso y no lo veía.

—Ah, sí... de 2100 espurias —respondió ágilmente, haciendo como que no lo leía en los documentos—. Hace cuatro meses, renovaron el contrato con la promesa de que, si mantenían las 2100 espurias en el banco, recibirían gratuitamente de da Morte 42 espurias al mes... —el Juez enmudeció al leer tal disparate mientras observaba desconcertado los informes, pensando que tenía que haber algún error; porque ningún banquero con dos dedos de frente haría una cosa tan necia. Hasta que comprendió que no, que efectivamente no lo había—. Oh... Dios... Pero qué estúpido... —articuló con los labios para que todos pudieran leérselos.

«Tu puta madre; y a ver si aprendes a sumar, gilipollas» —pensó el banquero, sin atreverse a mover los suyos delante de tantos analfabetos.

Huertaz se permitió otra pausa para inspirarse y llenar su cerebro de oxígeno por si había que enfrentarse a más sumas, o al misterio de que el Señor da Morte hubiera hecho una locura tan descafeinada pudiendo haberse arrojado directamente por un puente.

—De modo que el Señor da Morte debe a Pancredo, Pancracio y Pandemia las 2100 espurias que dejaron más los intereses de cuatro meses, lo que en total asciende a... —se tomó casi un minuto para hacer el cálculo, pues no se dio cuenta de que el resultado venía en una esquinita y lo estaba tapando con los dedos— 2288 espurias. ¿Hasta ahí todo correcto?

—Ehmm... Disculpe, Su Señoría, son 2268 —corrigió Crucius.

—Señor da Morte... ¿Le he preguntado a usted?

«Teniendo en cuenta que parece que soy el único que sabe calcular en toda la puta sala igual deberías haberlo hecho».

Pero parecía que el Juez Huertaz no se iba a conformar con el silencio como respuesta, así que el banquero suspiró y murmuró:

—Disculpe, Letrado.

—Crucius... —comenzó a decir Huertaz, a quien no le había pasado desapercibida en absoluto la ironía—. Como sabrá usted, se halla en una situación bastante... en fin... Crucial... por lo que le convendría cerrar la boca mientras yo hablo.

El banquero la cerró, sentenciando al Juez con la mirada.

—Bien, pues el Señor da Morte debe en total 2268 espurias a sus tres clientes. ¿Es correcto?

«Ahora sí, payaso».

—¡Exigimos más intereses por demora! —exclamó Pancredo.

—¡No puedo pagar más intereses, suficiente tengo ya con los 168 de int...!

—¡Se aprueba! —exclamó el Juez—. El Señor da Morte debe el 3% de intereses por demora al mes sobre la cantidad depositada.

—¡Por favor, no... Es injusto...! La demora ya está incluida en los intereses, porque de haberles devuelto su dinero ya no existirían ni los intereses ni la demora... —explicó Crucius, más como una súplica que como una argumentación.

—¡Banquero, ladrón...! —estalló el público, creyéndose estafado ante su incapacidad para entenderle.

—¡Lo único injusto es que no estés en la cárcel! —exclamó uno, tan frustrado como cuando trataban de explicarle que si a todas las personas del mundo les regalaban 100 monedas, todas seguirían siendo tan ricas o pobres como lo fueran antes, y podrían seguir comprando exactamente las mismas cosas. Según él, si a todos les regalaban 100 monedas, tendrían que ser irrevocablemente más ricos y podrían comprar más cosas.

—¡Embustero! —chilló otro que también pensaba que todo aquello que escapase a su comprensión simplemente no podía ser cierto.

—¡Sinvergüenza...! —se sumó el Inspector Papus, que solo sabía de carnes.

—¡Silencio! —impuso el Juez—. Y puesto que Mr. da Morte ya se retrasa dos meses en la devolución del depósito

que Pancredo, Pancracio y Pandemia realizaron hace cuatro, debe pagar a los tres hermanos un total de 2394 espurias —dijo, calculándolo todo muy bien y muy rápido esta vez, con intereses de demora incluidos.

De repente un sonoro aplauso estalló en la sala.

—Ah, lo siento... ¡Que no había que aplaudir! —se «disculpó» alegremente İhanet.

Crucius sentía que se derrumbaba, que ya no podía más. Si en cada nuevo juicio sus clientes se dedicaban a pedir intereses del 3% por demora sobre las 27500 espurias depositadas que no podía devolver, en esos dos meses de demora ya debería 1650 espurias más. Es decir que, en lugar de 28600 (el dinero de los depósitos más los intereses), debería 30250 (el dinero de los depósitos más los intereses más la demora); 10000 espurias más de las que le habían robado. Al pensarlo sintió que le faltaba ese aire que por si no le habían arrebatado ya bastantes cosas también querían quitarle. Intentó conservar al menos unas lágrimas que, si derramaba, seguro que utilizaban para alimentarse y creerse aquellos hombres de hielo.

—¡Por favor, no me haga esto...!

—¡Te mereces eso y más! —exclamó exultante Pancracio.

—¡Si no nos va a devolver las 2394 espurias, que le den los latigazos correspondientes ahora mismo! —exigió Pandemia.

Mr. da Morte se encogió sobre sí mismo, temblando descontroladamente ante la sola idea de recibir veintitrés latigazos. Sobre todo porque esta vez no permitiría que nadie besara luego su espalda, por si junto con la camisa, volvían a levantarle la maleta y las lágrimas.

—¡Huye, Crucius... yo les distraigo! —soltó de repente İhanet, quizá (deseó Mr. da Morte) esperando que se olvidasen de él y la juzgaran a ella—. ¡Rápido, agarra la lámpara...!

El Inspector Papus se la llevó de la sala, mientras ella continuaba inmersa en su propia versión de *La dama y el vagabundo*, *La Bella y La Bestia* o *El Club de los Banqueros Muertos*.

—En fin —suspiró Huertaz—. Si quiere le hacemos el favor de empezar ahora mismo con los veintitrés latigazos de hoy, y eso que se quita ya de encima. ¿O preferirá mejor recibir los cincuenta de una sola vez, cuando en un mes constate que las 30000 espurias que debe no le han surgido de la nada?

—No, no, no, no... Las pagaré... —tartamudeó Crucius, sin poder soportar la enloquecedora idea de probar otra vez el látigo en su espalda.

—Recuerde también que a partir de las 5000 espurias de deuda los banqueros son condenados a la horca.

Crucius lo recordaba perfectamente, pero al escucharlo de los labios del Juez su rostro pasó de ser un poema a ser ya un problema.

Huertaz se relamió los labios al ver cómo se retorció en el sitio.

—Debe usted 30000 espurias que tiene que devolver, o morirá —repitió ante la conmoción de un banquero que se había quedado sin palabras, consciente de que perdería en el ahorcado al faltarle muchas letras.

—Ya sé que tengo que pagarlas...

—Me alegro de que lo sepa, en cambio yo no sé cómo usted ha podido permitirse una deuda tan alta. En fin, será algún tipo de deficiencia ligada a su uso del cerebro —dijo el Juez no sin cierta envidia.

—Me robaron hace cuatro meses... —reveló por fin Crucius mientras se enjugaba un par de lágrimas que, al igual que sus confesiones, no supo de dónde salían.

—¿Cómo dice? —preguntó Huertaz, por primera vez intrigado.

—Que me robaron...

—¿Quiere usted denunciarlo?

İhanet no estaba en la sala.

—Sí, por favor...

La voz le temblaba como un espejo roto reflejando la traición a sí mismo de un Judas tan enamorado que al final no diese el beso. Pero él quería darlo, y no entendía por qué

se sentía tan sucio si, precisamente, debía haber denunciado el robo cuatro meses atrás.

—Pues empiece.

Crucius apenas podía contener las lágrimas.

—Prefiero que sea en privado...

—Se cierra la sesión —dijo el Juez—. El Señor da Morte tiene que entregar, por ahora, 2394 espurias que deberá abonar en el propio Juzgado antes de un mes.

El banquero se levantó entonces del suelo con las rodillas temblorosas y, mientras su querido público iba abandonando la sala insatisfecho por una función cuyo final sin sangre no terminaba de convencerles, él se dirigió por un oscuro pasillo a otra habitación más pequeña en compañía del Juez Huertaz. Una vez dentro, éste cerró la puerta y le invitó a sentarse en una silla, pensando que así lo haría en el suelo.

—Fue hace cuatro meses, me robaron 20000 espurias...

—dijo Crucius con un hilo de voz antes de que Huertaz se hubiese dignado a interesarse por el asunto.

El Juez observó con desagrado (viendo que su sublime táctica no daba resultado) cómo el banquero aceptaba la silla y, sentándose él a su vez en otra, preguntó:

—¿Quién fue?

—Acracio Treasón, hermano de İhanet Treasón.

Al pronunciar su nombre y su apellido Crucius sintió como si de alguna manera la estuviera delatando, y a pesar de todo se le partió el alma al pensar en los problemas que podría causarle si al final ella también estuviese implicada en el robo. Porque, aunque realmente hubiese sido así, Mr. da Morte la quería, y prefería cargar en su espalda con el castigo de un robo que nunca había cometido a que lo hiciese ella por uno que sí.

Pero si realmente estaba dispuesto, ¿qué demonios hacía delatándola?

—Cuéntemelo todo.

A Crucius se le había quedado la lengua trabada y no pudo continuar.

Huertaz, que enseguida se percató de la deleitante dificultad del banquero para articular el habla, cambió aquella pregunta tan genérica por otra más concreta, disfrutando de aquel fascinante documental cuyo protagonista se debatía en una jaula de corazones contra la fiera que estaba despedazando el suyo.

—¿Estuvo ella presente durante el robo?

Silencio.

—Parpadee una vez para decir «sí», dos veces para decir «no» —bromeó el Juez.

Más silencio.

—Anotaré que sí —dijo al rato burlescamente, marcando una crucecita en su cuaderno—. ¿Participó la mujer en el robo?

El banquero movió la cabeza negativamente, sin tener demasiado clara la respuesta.

—Bien, entonces Acracio es el autor material del robo —probó a suponer Huertaz, por ir suponiendo algo—. ¿Ocurrió en el mismo banco?

Mr. da Morte asintió débilmente.

—Y usted y la mujer estuvieron presentes en el momento del robo... ¿Pudieron verlo directamente, o se encontraban los dos en otra hab... en otra parte del recinto?

—En otra parte —logró pronunciar Crucius sucintamente.

—Comprendo... —dijo Huertaz, que ya se hacía una idea bastante clara de lo que había sucedido.

—¿Y piensa que ambos hermanos pudieron estar compinchados para robarle?

El Juez bostezó exageradamente ante el nuevo silencio del banquero, que finalmente dijo:

—No lo sé.

Huertaz le concedió al banquero unos segundos en los que añadir algo de información, pero Mr. da Morte no parecía muy dispuesto a prodigarse en detalles. Su mirada se perdía triste y vidriosa en el vacío de su propia ausencia, y su joven rostro permanecía sumido en la eterna sombra

de una traición sin nombre, sin edad, y sin posibilidad de perdón para ninguno de los dos.

—Mire, entiendo que a usted le complazca el tenerme aquí recomponiendo de forma tan exitosa el inútil rompecabezas de su lamentable experiencia con *Alí Babá y los cuarenta ladrones*, pero yo tengo otras cosas que hacer aparte de estar aquí escuchando sus silencios —declaró el Juez Huertaz con esa «diplomacia» suya que algún día le consagraría en el altar de los Magistrados.

Y efectivamente tenía otras cosas que hacer, como por ejemplo espiar travestido a su bella esposa por las calles para ver con quién jugaba a papá y mamá. El Juez últimamente había mejorado mucho sus dispositivos de seguimiento, consiguiendo entre otras cosas que las chimeneas de las panaderías expulsaran más humo cuando los panaderos la vieran por la calle en compañía de otros hombres que no fueran él. En una ocasión en la que iba con seis, el panadero levantó tanto humo que media Pobla se presentó en la tienda pensando que había un incendio. Aparte de eso, el humo tenía que salir blanco si iba acompañada de hombres, y negro si lo iba de banqueros, que eran los más peligrosos. Lo del humo lo había aprendido de los Cardenales, que hacían que saliera humo blanco de la chimenea de la Capilla Sixtina cuando al fin elegían Papa nuevo tras la muerte del anterior, y negro cuando no lograban ponerse de acuerdo. Y por supuesto, al igual que en Roma hacían sonar las campanas, también allí repicaban en aquellas iglesias a las que su mujer se acercase, seguramente sin intención de entrar a misa.

Aún no había conseguido que los candiles y faroles de gas parpadearan por la noche si existía algún indicio de infidelidad, sólo que se apagaran de repente a su paso por la calle. Pero no estaba contento con el resultado, pues en lugar de verse obligada a regresar rápidamente a casa, se cobijaba asustada en casa del amigo más cercano. Luego éste la acompañaba a la suya, y entonces Huertaz tenía que iniciar otra inútil y esporífica charla en la que intentaba

explicarle el significado del término «matrimonio» según la Biblia, e ilustrarla sobre a qué hombres no debía mirar (a todos) y a qué hombres sí debía mirar (a él). Esperaba que de tanto repetírselo e inventarse fragmentos de lapidaciones de prostitutas algún día se cansaría y dejaría de mirar a los varones por puro aburrimiento, pero la mujer estaba haciendo alarde de una gran resistencia a las Sagradas Escrituras.

En cualquier caso, el Juez ya estaba aburrido de jugar a los detectives con su preciosa esposa, y ahora demandaba otras investigaciones más acordes con sus facultades mentales. Por ejemplo, esas de las que se encargaría el Inspector Papis si no estuviera atiborrándose en los bares como un cerdo bobo y desorientado; incapaz de resolver nada salvo el robo de un palillo de dientes, y solo porque las pistas le conducirían a sí mismo. Así que Huertaz, ante la probada ineptitud del Inspector, de vez en cuando se autoadjudicaba sus casos según le apetecieran, y éste del banquero no le disgustaba.

—Es que no sé si estaban compinchados o no —repitió Crucius, mientras el Juez escuchaba las campanas de la Iglesia de Matalasmatas (en cada una sonaban de una manera, y él ya había aprendido a diferenciar la música que escuchaba el Señor en ocho de sus Casas), indicándole la ubicación de su esposa.

—De acuerdo. Si no sabe si estaban compinchados habrá que «preguntárselo» a Ihanet, ya que por ahora desconocemos el paradero exacto de su hermano.

Cuando el Señor da Morte vio que el Juez remarcaba el término «preguntárselo» con los dedos, se le quedó el rostro blanco.

—No, no, no, no, por favor... No le hagan daño... —se apresuró a pedir.

—¿Usted quiere saber la verdad, o no?

—Claro, pero uno nunca puede estar seguro de una verdad revelada mediante coacción —argumentó de forma satisfactoria teniendo en cuenta su estado de ánimo y su nerviosismo.

—Bueno, como quiera... Total, después de cuatro meses del robo resulta bastante obvio que el ladrón ya se habrá gastado todo el dinero, por lo que es hasta comprensible que ya no le importe si le cogemos o no... Pero entonces, ¿qué quiere exactamente que hagamos por usted?

—No, claro que quiero que lo cojan. Quiero que encuentren a Acracio y que le obliguen a devolverme lo que es mío.

—¿A ella nada?

—No, no, no, a ella nada, por favor. Mejor que no se entere de nada de esto.

Huertaz se encogió de hombros, pero no se dio por vencido tan fácilmente:

—Como desee, pero vamos... Para registrar su casa solo es necesaria la Orden de un Juez —dijo, carraspeando por si Mr. da Morte aún no le hubiera identificado como tal.

—Lo sé, pero no es necesario... —respondió el banquero—. Sé que a ella no le interesa el dinero... Ni lo tiene, ni se lo ha gastado.

Crucius ya se había fijado en que el gasto y las compras de İhanet no habían aumentado durante los últimos meses, aunque tampoco le sorprendía, pues nunca había sido una mujer materialista ni superficial. La inexistente elegancia con la que combinaba sus dos únicas prendas quedaba vigente incluso cuando se ataviaba distraídamente para colarse en las bodas y comer gratis; y no había sufrido (o en este caso gozado) variación alguna tras el robo. Del mismo modo, la granja y los animales seguían siendo los dos únicos bienes que İhanet y Acracio compartían en herencia, pues la Quinta Post Mortem la había adquirido (en *okupación*) éste último por su propia cuenta y riesgo mediante sus prácticas habituales.

—Precisamente por eso. Si Acracio sabe que a ella no le interesa el dinero, puede haber confiado en ella para guardarlo.

—No, no es cierto. Sé que ella no guarda mi dinero... No me pregunte cómo, es más bien una intuición.

—Pues lamento tener que preguntárselo...

—A ver... Digamos que para ella, 20000 espurias es algo tan insignificante y carente de valor, que no son motivo para...

«Destruirme» —pensó Crucius, reprimiendo las lágrimas.

—Tranquilo, continúe.

El banquero respiró hondo:

—Decía que el mero hecho de conservarlas no constituye para ella un motivo por el que... arriesgarse.

—Comprendo... Entonces piensa que ella se ha desvinculado del robo porque no le interesan en absoluto esas 20000 espurias, pero que aún así quiere proteger a su hermano, independientemente de lo que le ocurra a usted. O, en otras palabras, que para la señorita Treasón es más importante usted que las 20000 espurias, pero menos importante que su h...

—Exactamente —le cortó Crucius, sin ninguna gana de ver cómo el Juez se recochineaba ante su sufrimiento, metiendo el dedo en la inmensa llaga que İhanet le había abierto a caricias.

—Bien... Solo me queda una cuestión... Si usted tiene tan clara la indiferencia de İhanet por las 20000 espurias, ¿por qué dudó cuando le pregunté si habían estado compinchados en el robo?

—Porque no sé si estaban compinchados o no... Solo sé que a İhanet no le interesan las 20000 espurias...

—¿Entonces...?

Ante una pregunta tan complicada Crucius volvió a perder el habla y se derrumbó, sujetándose la cabeza con los dedos temblorosos y el codo encima de la mesa. Sin darse cuenta derramó algunas lágrimas sobre la tabla, consciente de que para ganar aquel pulso necesitaba que İhanet le sostuviera la mano.

—No lo sé...

—Pues así no vamos a llegar a ning...

—Por favor... no lo sé... deje de preguntarme... No puedo más...

—Como usted quiera, tranquilo...

—Gracias...

—Entonces yo, como Juez, lo único que puedo hacer es enviar una orden de investigación sobre Acracio para que, en caso de obtenerse pruebas contra él, procedan a su detención. Llevaré el mensaje a comisaría hoy mismo, si quiere.

—Sí, por favor... muchas gracias... —respondió Crucius débilmente, aún apoyado sobre la mesa.

—Si en cualquier momento cambia de opinión y quiere que interroguemos a la señorita Treasón, solo tiene que decirlo; porque aunque no guarde el dinero podría estar ocultando información para proteger a su hermano. No olvide que su vida está en juego, y que si... ¿me está escuchando?

—Sí...

Crucius, agarrándose de los pelos y con la cabeza enterrada en sus manos, volvió a preguntarse qué demonios hacía arriesgando su vida por una mujer que no se encontraba allí con él, calmándole a besos y denunciando a su lado el robo de la maleta.

—Pues no lo parece, porque es usted incapaz de entrar en razón a pesar de que le estoy diciendo que la única posibilidad que tiene de salvarse es haciendo que la interroguen a ella.

—Por favor... déjelo ya... —pidió, incapaz de dejar que torturasen a aquella mujer que, al igual que las monedas robadas, tenía dos caras.

Pero a Crucius le gustaban demasiado ambas como para permitir que rompiesen una.

—Incluso ante la falta de cooperación no le haríamos daño si usted, Señor da Morte, no da el visto bueno.

—Que ya he dicho que no... —respondió, agarrándose de los pelos por quinta vez consecutiva porque cada vez le costaba más sacrificarse por aquella mujer que amaba a su hermano, y a no a él.

—Está bien, pues nos centraremos en el hermano. Pero hágase un favor y piénseselo... Y a cualquier cosa, ya sabe dónde estamos.

—De acuerdo... —respondió Crucius, sabiendo de antemano que no se lo pensaría ni se haría ningún favor. Bajo ningún concepto permitiría que torturasen a İhanet, y sabía que de ninguna otra manera podrían sacarle la información a una mujer tan obstinada.

—¿Tiene usted alguna idea sobre dónde podríamos empezar a buscar a Acracio, o nos las vamos ingeniando nosotros, así para variar?

Crucius, por las visitas que había realizado, suponía que Acracio no se hallaba ni en la casa de İhanet ni en la Quinta Post Mortem... Pero eso no significaba que no pudiera encontrarse oculto en cualquier otro rincón de la Pobla, o...

—¡En la Çosta dü Morte! —exclamó impulsivamente ante la primera pregunta que quizá sabía, levantando ese precioso rostro en el que ya se habían secado las lágrimas, pero con los brazos aún sobre la mesa para ocultar los errores de su examen.

—¿En la Çosta dü Morte? —repitió el Juez, extrañado—. Bueno, si realmente estuviera allí sería una suerte para usted... —sugirió lacónicamente, pensando que cualquier cuerpo que operase en esa zona lo haría mejor que el Inspector Papus y su equipo.

—Sí, es posible que esté en la Çosta dü Morte; İhanet me dijo que iría. Y no me parece una opción muy descabellada suponiendo que, tal y como ella me comentó, Acracio tenga amigos allí. Además, como el Camino de Santatere no es un itinerario muy vigilado, ya que por lo general solo es frecuentado por monjes y peregrinos, ha podido considerar la opción de hacerse pasar por uno de ellos para salir de Mâdrid con el dinero sin levantar sospecha.

—Sí, es una posibilidad —afirmó el Juez—. Pondré una orden para que lo busquen en toda Escornia, dando prioridad a la Pobla y a Gâlizhia. Con las medidas de seguridad que hay dudo que haya conseguido salir al extranjero. Pero vamos, no le garantizo que vayan a dar con él en la brevedad que su situación requiere... sobre todo si el ladrón se halla en esta ciudad... —masculló esto último entre dientes.

«No, si no hace falta que disimules, tampoco me resulta novedosa la manifiesta incompetencia de Papus y de la policía local...» —pensó Crucius, igual de harto que el Juez.

Huertaz sabía que si Papus había logrado acoplarse en el sillón de la Jefatura fue gracias a su padre, que ejerció el cargo de Inspector antes que él. Huertaz y Papus se habían presentado a las oposiciones al mismo tiempo, y el Juez había fallado en la parte de las matemáticas, por supuesto muy útiles si había que calcular en alguna investigación cuántos dedos le habían cortado a la víctima. Papus, por su parte, seguramente habría fallado en todo, pero había acertado siendo hijo de su padre.

Las malditas matemáticas eran justo lo que se interponían en el brillante camino del Juez, que hubiera hecho un examen impecable de no ser por ellas. Y era lo que se interponía en el camino de su patria hacia el progreso y la rectitud, pues un país de pandereta gobernado por la anarquía, la delincuencia y el caos, jamás podría ser un país a la altura de Dios. Y Papus, con su deleznable incompetencia y su básico instinto precario de ególatra acomodado, no es que estuviese haciendo gran cosa por ayudar a Escornia a paliar sus desórdenes degenerativos y elevarla en el sumun de su gloria para cumplir con las delicadas expectativas del Altísimo.

—Bueno... Y digo yo que... como no tengo la culpa de la incompetencia de la policía, no sería justo que me castigasen a mí solo porque ellos no encuentren al ladrón a tiempo... Usted me comprende, ¿verdad? —probó fortuna Crucius, sabiendo que la estrategia de decir «usted que es un juez justo» no funcionaría con Huertaz; y en aquel momento no tenía los bolsillos como para sobornos.

—Sí, sí, claro que le comprendo; pero tenga en cuenta que aunque encontremos a Acracio a tiempo, éste ya podría haber gastado el dinero. En ese caso, iría a la cárcel si se lograra comprobar su autoría en el robo, pero usted seguiría siendo el máximo responsable de la deuda; y más cuando de las 30000 espurias que debe solo 20000 han sido robadas.

—Pero usted dijo que también cabía la posibilidad de que Acracio no hubiese gastado mi dinero aún, en cuyo caso yo podría salvarme si le encuentran a tiempo...

—Dije que podía no haberse gastado «todo» su dinero... Quién sabe, igual si le cogemos tenga usted suerte, y todavía le queden 1985 espurias —puso como ejemplo una cantidad elevada para animar al banquero—. Pero recuerde que usted debe 30000 espurias, a las que si restamos la descomunal cifra de 1985, nos daría... ehm... nos daría... ehm... bueno... eeehhmmm... unas... nos daría unas... eehmm... unas... a ver... eeehhmm... bueno, unas 28000 espurias aproximadamente —respondió Huertaz sudando.

—28015 espurias —corrigió Crucius al instante.

—Ehm... Señor da Morte... veo que se le da muy bien sumar dinero... Espero que sumar latigazos se le de igual, porque va a necesitarlo.

«Maldito hijo de puta... A este paso no serán 28015 espurias, sino 13015...» —pensó el banquero, clavándose los dedos en los muslos de las piernas hasta hacerse daño.

—Sí, y las restas también se me dan muy bien, Señoría, de hecho es precisamente lo que acababa de hacer —respondió fríamente, con todo su odio y su sonrisa más cínica.

—Bueno... En cualquier caso, lo mismo le da a usted recuperar 2000 espurias que 1985, ya que ninguna de las dos le va a sacar de pobre ni le salvará del látigo ni de la horca.

—Lo sé, pero...

—Tenga en cuenta además que su problema no está tan ligado a la torpeza de la policía como le gustaría imaginar, sino más bien a que a usted se le subió un poco el dinero a la cabeza... Y al final ya ve, aquí le tenemos, suplicando por su vida pese a ser un don nadie lleno de limitaciones...

«Tú sí que las tienes, gilipollas, pero en las matemáticas y en los cojones».

—Perdone, pero...

—... Que sin embargo se cree a la altura de Dios para efectuar el milagro de los panes y los peces, pero con depósitos y certificados; sin saber, claro, que la multiplicación

del dinero no goza exactamente del mismo favor divino y que el resultado rara vez es tan prometedor com...

—¡Ya está bien! —le cortó Crucius, levantándose y estampando sobre la mesa unas manos que le temblaban de la ira—. Yo no estoy suplicando a nadie, únicamente digo que me parece injusto que se me condene a mí cuando no he hecho nada.

—Siéntese. Quizá el problema sea que, tal y como usted mismo acaba de decir, «no ha hecho nada». Usted debería haber denunciado el robo hace cuatro meses.

—Lo sé, pero no lo hice. Cuando un banquero pierde una cantidad importante de dinero y empieza a coger mala fama, la gente deja de verlo como un banquero de confianza y al final se queda sin trabajo.

—Pues eso es lo que debe ocurrir —aseguró un hombre que, pese a no ser de confianza por dejarse sobornar continuamente, sí seguía con el suyo.

«Y lo dice un magistrado que, gracias al dinero clandestino, tendrá sus tres platos en la comida» —pensó Crucius, viendo que pretendía darle lecciones de moralidad un Juez que le condenó a comerse cuarenta latigazos por no quedarse él sin el postre.

—Me va a decir usted de qué iba a vivir yo entonces —respondió.

—Ah, pues usted sabrá, a ver si ahora voy a tener que resolverle yo sus problemas... Que los demás también los tenemos y nos los resolvemos solitos.

Efectivamente, y según el Juez, cuando alguien tenía un problema o bien se lo resolvía él solo (con la inestimable ayuda de Nephysto) o bien lo llevaba al Cristo de Penitaceliz en la procesión de las esquirlas, llevando luego al propio Cristo. Después de eso, Dios diría, primero si sobrevivía y luego lo demás.

—Su tremenda situación de insolvencia perjudica gravemente a las víctimas de su estafa, así que cuanto antes la acepte y la haga pública mejor —añadió Huertaz ante el silencio del banquero.

«Tu tremenda situación de corrupción sí que nos afecta a todos, mamarracho» —pensó Crucius.

Aún así, apeló por última vez al atrofiado sentido de la dignidad de un Juez que nunca juraba con la mano sobre la Biblia, sino con el dinero sobre la mano.

—Por favor... —suplicó el Señor da Morte, casi con lágrimas en los ojos—. Por favor, deme más tiempo, por favor... No me obligue a devolver de golpe un dinero que me han robado y que no tengo ninguna forma de recuperar...

Pero Huertaz no estaba dispuesto a ceder.

Según los esquemas del Juez, si un mísero de la calle robaba se le cortaban las manos, se le enviaba a la cárcel, o ambas cosas, dependiendo un poco de cómo tuviera Huertaz el día. Si alguien se adjudicaba libremente el derecho de quitar la vida (que expresamente compartían Dios y él por una petición silenciosa del Altísimo; porque otros Jueces también podían quitarla, pero sin haber recibido el silencio de su petición), era castigado con la horca. Si cualquier indeseable copulaba con su mujer, se tomaban las medidas necesarias para que no volviera a hacerlo. Si un banquero quebraba, se iba a la calle. Y si lo sorprendía hablando con su bella esposa, o simplemente mirándola demasiado, lo resolvía flagelándole hasta dejarlo sin voz o hasta que las lágrimas no le dejasen verla más.

—Pues no sé, da Morte, ingénieselas... que yo ya he hecho bastante por usted... —respondió sonriente un Juez que le condenó a comerse cuarenta latigazos por mirar su poste—. Se me ocurre que puede jugar en el casino... Total, para lo que tiene ya que perder...

Le hubieran robado o no, pensaba Huertaz, aquel hombre había hecho una *estafa piramidal* y ahora debía 30000 espurias a otros indecentes que como él habían puesto su fe en el banco en lugar de en la Biblia, y su vista en su esposa en lugar de en María. Pero, lo más terrible sin lugar a dudas, era que los precios se habían disparado por su culpa, y muchos comercios habían cerrado. Los banqueros amenazaban con quebrar y el Juez tendría que llevar sus

casos y hacer muchas matemáticas y cálculos mentales infernales, como con Crucius durante toda aquella funesta tarde. Casi prefería la muerte.

Aunque de haber sabido lo cerca que la tenía se lo hubiese replanteado.

«Efectivamente, después de lo que habéis hecho con mi vida, ya no tengo nada que perder» —pensó Crucius, a punto de llorar al sentir que se morían todas esas esperanzas que de joven, cuando decidió ser banquero, metió en una hucha junto con su propio corazón.

—¿Entonces... entonces... desde ahora... solo tengo... un mes para devolver las... 30000 espurias? —balbuceó Mr. da Morte.

—Efectivamente. Un mes a partir de hoy, o una semana a partir del último juicio, cuando se celebre en tres semanas y le concretemos la cantidad exacta.

—¿Puede enviar la orden de detención de Acracio hoy mismo... por favor? Quisiera que se tramitase lo antes posible...

—Desde luego, en cuanto salga del Juzgado la depositaré en comisaría.

—Gracias...

—De todas formas, incluso en el improbable caso de que consiguiera usted recuperar las 20000 espurias robadas, no sé de dónde iba a sacar las otras 5000 que al menos necesita para salvar su vida...

«Yo sí».

—Por favor... Deme un poco más de tiempo... —suplicó Crucius de nuevo.

—Ya ha tenido cuatro meses y se ha endeudado usted casi el doble —exageró descaradamente—, así que en realidad le hago un gran favor al no concedérselo... Ya se dará cuenta y me lo agradecerá —añadió impasible.

«El favor te lo voy a hacer yo a ti, hijo de puta, aunque no creo que llegues a agradecermelo nunca» —pensó el banquero.

—Lo que usted diga —respondió, levantándose bruscamente de la silla para dirigirse a la puerta, dando por finalizada ya la «conversación».

—Hágame caso, quiero ayudarle. Lo único que puede hacer para adelantar tiempo es dejar que interroguemos a la señorita Treasón. Pero vamos... incluso si lográsemos recuperar las 20000 espurias, podría apostar mi vida a que no consigue las otras 5000 que necesita para salvar la suya...

«Por tu vida que lo haré» —se juró Crucius, cerrándole la puerta.

* * *

El sol se ahogaba en el cielo como un pez de cristal rojo, y daba sus últimos coletazos antes de volver a sumergirse bajo un mar de montañas saladas. Casi dos horas después de haber llegado al Juzgado de Matalasbancas y haberse visto obligado a acurrucarse tras un manto de zarzas, Mr. da Morte volvía a hallarse en la misma situación, solo que esta vez se había metido directamente dentro porque ahora lo buscaban para matarlo. Temblando de dolor, sonrió entre los brazos de aquella planta que, al igual que Íhanet, tanto le hacía sufrir con sus caricias. Al igual que cuando llegó al Juzgado, había decidido ocultarse de sus perseguidores entre las zarzas en lugar de hacerlo en la Iglesia de Matalasmatas. Pensaba que los cuatro matones que en esta ocasión merodeaban armados con cuchillos y la cara cubierta no se acercarían a los matorrales para nada, a menos que quisieran llevarle flores a María.

—Se ha ido por allí —indicó entonces Pablo, el amable párroco de la Iglesia, señalando hacia la zarza que, aunque no estaba en llamas, al banquero ya casi le hería como si tal cosa.

Crucius se retorció en su propia cárcel de espinas pero, a pesar del escozor que mordía y arañaba cada centímetro de su magullado cuerpo, no se movió hasta que, a lo lejos, vio

cómo aquel maldito canalla señalaba en su dirección y los cuatro matarifes emprendían la carrera hacia aquella mujer de hiedra que lo mataba con su abrazo. Rápidamente se levantó con las piernas temblorosas y salió de su escondite, precipitándose calle abajo. Afortunadamente el Señor da Morte aún no había perdido toda su forma física porque, antiguamente, solía salir de madrugada a correr por los cementerios, lo que al menos ahora le sirvió para despistar a los cuatro sicarios de la noche.

Le habían estado esperando a la salida del Juzgado durante un buen rato, pero el poco dinero que les hubieran prometido por darle caza no les habría convencido para seguir aguardando, y se habían ido a dar una vuelta. Al ver por allí al párroco, habrían salido de su interesante tertulia para preguntarle y dar inicio a la persecución. Pero ni llevaban pistola, ni eran profesionales... porque en ese caso Crucius ya estaría muerto. Probablemente eran cuatro amigos que por unos duros se habían ofrecido a acabar con la vida de una persona. Un trabajo que en tiempos de hambruna tampoco podía agradecerse con una remuneración mucho mayor, o el interesado habría escogido a cuatro tigres en lugar de escoger a cuatro gatos.

Jadeando tras una esquina después de varios minutos de carrera desenfrenada, Crucius se lamentó por haber salido del banco sin tomar la precaución de esconder entre sus ropajes ni un mísero cuchillo. Preso como estaba del miedo y de su propia indefensión, algunos pájaros que volaban en busca de sus jaulas le parecieron cuchillos de incienso alado atravesando las calles. Las estatuas de la catedral, eran gárgolas despertando de su eterno sueño de piedra y cincel para abalanzarse sobre él y juzgar si un hombre con alma de guijarro y sentimientos de banquero merecía más vida que ellas. Y cada esquina era una cárcel de sombras y sombrereros donde miles de dedos alargados le pellizcaban la piel por cada pellizco de dinero que había robado.

De pronto, Mr. da Morte escuchó pasos dirigiéndose hacia el recoveco donde se había ocultado. Eran los pasos

sigilosos de quien ya está demasiado cerca como para poder silenciar los latidos de su corazón. Todo indicaba que el matón a sueldo quería cobrarse la sangre de su víctima él solo, pues de ir acompañado por el resto de bandidos inexpertos se habría producido algún confuso diálogo de organización dispersa. Sin embargo, no se oía nada salvo la jadeante respiración del sicario, indicando que —en esta ocasión— estaba el cazador más asustado que la presa.

En cuanto la sombra apareció por la esquina, el Señor da Morte se arrojó violentamente sobre el cuerpo que la seguía, demasiado cansado como para seguir huyendo. De algún modo consiguió inmovilizar al enmascarado contra el suelo, retorciéndole el brazo sin importar quién era o que ya hubiera soltado el cuchillo, que ahora el banquero empuñaba contra su cuello por si se le ocurría gritar. Rápidamente dio la vuelta al matón sin despegarle ni un instante el cuchillo de la garganta, y procedió a retirarle el tejido negro con el que cubría su rostro. Los ojos huidizos de un joven de apenas dieciséis años amenazaron con detirirse como dos hielos negros ante el fuego de la mirada de Crucius:

—Como os vuelva a ver os corto los huevos —dijo con la despiadada voz del asesino que aquel crío hubiera deseado tener.

Cuando la amenaza surtió su efecto le soltó, sabiendo que convendría que un lacayo transmitiese su mensaje al resto de los cazarrecompensas. El muchacho, ya sin el puñal ni fuerzas para recuperarlo, salió corriendo como el ladrón de vino e ilusiones en el que se convertiría con los años. Había visto en la fría e insensible mirada de Crucius las dos monedas que ya nunca le darían por matarlo, y ya solo le quedaba huir hacia las oscuras profundidades de su alma sin techo. El Señor da Morte por su parte huyó hacia el banco, hacia las oscuras profundidades de su techo sin alma. Una vez allí se puso unos guantes y un capote negro bajo el cual enfundó todo su valor y otro cuchillo, antes de volver a salir a la calle. Al igual que aquel maleante

sin escrúpulos, él también estaba dispuesto a comprar la justicia... Y a negociar el precio de la muerte.

* * *

De nuevo se encontraba el Señor da Morte frente a la Quinta Post Mortem s/n. La mansión se recortaba —como siempre imponente y lúgubre— sobre un cielo de leche negra vertido en su cuenco de media luna. Niños sin ojos mamaban del pecho de la estrella madre, cuyos picos estarían chupeteando durante toda la noche hasta disolverlos completamente, para que a la mañana siguiente estuviera el sol. Pero aún faltaban bastantes horas para eso, y mientras tanto aquella solitaria mansión permanecía oculta bajo un hechizo que hacía que todos los hombres que se acercaban con intención de hacerla daño quisieran abandonarla.

Y abandonada seguía hasta entonces.

Crucius da Morte agarró la verja y la empujó hasta conseguir una abertura por la que poder escurrirse, aún con el frío del acero lamiendo sus manos a través de los guantes. En los descuidados jardines de la entrada algunos árboles se alzaban nostálgicos, como sombras de ceniza y centeno de lo que jamás volverían a ser. El banquero atravesó rápidamente aquel paraje desolado fruto de un vientre yermo y estéril; un vientre enfermo de tierra, fiebre y escarabajo muerto. Pensó que, aunque lo dijera la leyenda, difícilmente crecerían allí nuevas flores; y aún menos dentro de aquella mansión que tanto le recordaba a él. Esta vez, en lugar de colarse directamente, llamó primero a las puertas del Inframundo, por si una perra adúltera con tres corazones, tres cabezas y ninguna esperanza se acercaba a darle la bienvenida. Pero pasaron los segundos y no aparecía el cancerbero, por lo que una vez más se internó él solo en aquel sórdido cadáver de sí mismo.

La oscuridad de aquella preciosa y arruinada mansión, dejada y olvidada por todos al igual que él, le recibió con

una caricia de viento helado que recorrió toda su espalda. Por fin, la casa había encontrado un pretendiente que volvía a verla por tercera vez, y que no estaba allí para robarla, como sucedía con los últimos que tuvo. Lamentablemente, no disponía de una alfombra roja que extender a los pies de Crucius como bienvenida, ni de una cerradura que atrancar para impedir que huyera a otra casa por la que todos se peleasen. Entornó las puertas para que entrara una nueva ráfaga que empujara hacia adentro a su hombre, y las ventanas se abrieron y cerraron aplaudiendo a su paso. El cielo se hizo más alto, y una corona de luciérnagas de oro cayó sobre la cabeza de aquel novio que, aunque ninguna de las dos lo supiera, solo con İhanet estaría dispuesto a subir al altar.

Una vez más, Mr. da Morte pasó por delante de la cruz de piedra que había en el centro de la galería, y continuó avanzando hacia la escalera. Angustiado, creía ver a cada paso los fantasmas de decenas de ladrones muertos que, ahora que no podían robar la salud de su cuerpo, querían robar la enfermedad de su alma. Con la respiración entrecortada, tanteó un primer escalón que le crujió bajo los pies, antes de continuar subiendo pegado a la pared. Sobre el cuarto peldaño ya podía ver el agujero que aún sangraba en la escalera, desde que él lo abriera con su propia pierna cuatro meses atrás. Ascendió varios escalones más, avanzando lentamente y casi de puntillas hasta que en el piso de abajo se encendió una vela a la hora en la que el fuego juega a quemarse, y La Muerte sucumbe ante su propia guadaña.

—Al final has cambiado de opinión —saludó el Encapuchado.

—Sí—respondió Crucius, bajando de nuevo las escaleras con cuidado hasta situarse junto a la cruz que, como tantos años atrás, volvería a ser testigo del pecado del hombre—. Espero sus instrucciones.

La figura negra se acercó a su vez al Señor da Morte. Llevaba una pistola bien visible en el cinturón del pantalón y sostenía otra en su mano derecha, sujetándola del cañón

a fin de no representar ninguna amenaza para el banquero. Una vez estuvo a su altura, se la tendió suavemente y añadió, mirándole a los ojos:

—Solo tiene dos balas, ¿te serán suficientes para matar al Juez?

«Sobraré una» —pensó Crucius, pensando en la posibilidad de que el Encapuchado se negara a entregarle las 15000 espurias una vez que él hubiese completado el encargo.

—Sí —dijo, tomando al arma entre sus manos con la misma delicadeza que si cogiera una flor.

Pese a los guantes, notó que era exactamente el mismo modelo de pistola que hacía varios años había ocupado la caja P de su almacén. El mismo tipo de revólver con el que Pasquín el Pistolero le había enseñado a disparar a sus propios fantasmas antes de convertirse él mismo en uno de ellos.

Comprobó que efectivamente tenía dos balas y, sin más dilación, lo guardó entre sus ropajes con la destreza de un mago. Nadie diría que Crucius llevaba ahora una pistola bajo el capote negro con el que había tenido la precaución de vestirse antes de salir del banco, y bajo el cuál también había ocultado dos cuchillos, por si los ladrones de lágrimas y tumbas de su primera visita querían hacerle un hueco en las suyas.

—El dinero te lo entregaré aquí mismo una vez tenga noticia de que el Juez está muerto.

—¿Cómo le llegará la noticia?

—De eso me encargo yo. Quedaremos aquí a la noche siguiente de que lo hayas matado.

—¿Y cómo sé que usted va a aparecer para pagarme?

—Como seguro que no apareceré para pagarte es si no le matas.

Los ojos del Encapuchado brillaban como dos anillos de un matrimonio a punto de romperse, incluso debajo de la cruz. Pero Mr. da Morte supo al instante que esa promesa no la rompería.

—Son 15000 espurias —le recordó Crucius, previniéndose así de posibles «mal entendidos».

—Por supuesto, en eso quedamos.

—Y me quedaré con la pistola —advirtió Mr. da Morte.

Solo bajo esa condición estaba dispuesto a cumplir el encargo. No estaba entre sus planes verse desarmado ante el mismo tipo que lo había contratado, mientras éste se despedía de 15000 espurias con dos pistolas en el cinturón y al alcance de las manos. Además, el Encapuchado podría traicionarle y culparlo del asesinato, presentando el revólver con sus huellas si en algún momento da Morte cometía el descuido de sostenerlo sin los guantes. Aunque, ciertamente, la posibilidad de muerte o cadena perpetua en ese caso tampoco es que empeorase mucho lo presente.

Crucius permitió que el Encapuchado se tomara su tiempo para responder:

—Trato hecho.

* * *

La comisaría permanecía abierta las veinticuatro horas aunque en su interior los agentes estuviesen presos de su sueño de bala, baba y alerta. A la una y media de la madrugada ya se cumplía para Crucius más de una hora con la capa de la noche arrojando su espalda, y la de lino escondiendo una pistola entre las estrellas del cielo. Una enorme luna de mantequilla se derramaba sobre Mâdrid mientras el banquero, tumbado sobre la azotea de un pequeño edificio, sentía cómo los cráteres empezaban a dibujar un tatuaje de piedra en su piel.

Mr. da Morte sabía que el Juez, tal y como había dicho, presentaría la denuncia del robo de las 20000 espurias esa misma noche, en cuanto terminase su trabajo en el Juzgado. Limpiar el crimen en la ciudad era su mayor cometido, y si había que dejar de dormir para ello, se dejaba de dormir sin la menor duda. Si era necesario hacer noche en una celda

de comisaría o bien en la silla de la sala 55 del Juzgado de Matalasbanecas con el garrote vil como almohada, igualmente se hacía. Todo fuera por no tener que pisar esa casa que, al igual que le ocurría con su esposa, encontraba más sucia que la propia calle.

Ante la larga espera Crucius ya empezaba a temer que Huertaz, pese a tener bastante lío aquel día, hubiera presentado ya la denuncia. Pero toda incertidumbre quedó despejada en cuanto, a los pocos minutos, le vio aparecer a lo lejos. El Juez Huertaz caminaba deprisa y erguido, con esa luz en la mirada de quien sabe que en sus manos está la vida de muchas personas. En una mano sostenía las penas de dos niños sin nombre condenados al olvido en una cárcel de juguete para huérfanos; las lágrimas de varios buscapleitos de mal vivir que ahora por fin tendrían un lugar donde caerse muertos; y los grilletes que algunos mendigos con los dedos muy largos tendrían a partir de entonces como única propiedad. En la otra mano llevaba varios papeles más con nuevas y despiadadas sentencias; junto con la denuncia de un pobre banquero asfixiado por las deudas y, muy pronto, también por la soga.

Mr. da Morte vio cómo el Juez entraba en la comisaría y volvía a salir varios minutos después, ya sin los papeles. Colocó el silenciador y se dispuso a apuntar a Huertaz justo en la cabeza, con la destreza apática de un asesino cansado de la rutina, y de hacer muñecos de sangre en la nieve. Sabía muy bien que, del mismo modo que su maestro, podría disparar incluso con los ojos vendados, pues él jamás fallaba cuando apretaba el gatillo. Se replanteó de nuevo si quería matar a aquel Juez corrupto que, por una vez, se había hecho cargo de un sobre que no contenía dinero. Pero finalmente no quiso fallar en su favor y el sonido de un disparo les atravesó la cabeza como el martillazo de otra sentencia injusta. Huertaz se desplomó sobre el suelo junto con esa pequeña Biblia que llevaba siempre en el bolsillo, y sobre la que ya nunca juraría estar diciendo la verdad. Y aunque tampoco volvería a leerla más, sus ojos permanecían

abiertos, condenándole a vigilar durante toda la eternidad si su esposa le guardaba luto, y si le respetaba como marido tras su muerte.

De pronto, Crucius se sorprendió pensando en la posibilidad de bajar hasta el cadáver del Juez Huertaz para comprobar si llevaba dinero. A fin de cuentas, le debía el de un soborno por el que lo condenó a cuarenta insufribles latigazos que le marcarían el cuerpo durante dos meses y el alma durante dos décadas. Para cuando al fin se decidió, el cuerpo ya estaba casi frío en aquella noche de crímenes y saqueos. Aunque Mr. da Morte no pudo saber cuánto se había enfriado porque aún mantenía cubiertas sus manos con esos finos guantes de seda madre que, acariciando con ternura la piel de un niño malo, ocultaban el crimen de su hijo. Ya junto al Juez, se agachó cuidadosamente y comenzó a hurgarle en el bolsillo en busca de sus prebendas, su matrimonio y su dinero.

Aparte de la Biblia, solo llevaba encima unas cuantas monedas con las que el banquero no hubiera podido pagarse ni la comida de tres días (sobre todo ahora que los precios se habían multiplicado); pero a las cuáles se habría aferrado de no ser porque algo abultado llamó su atención en el otro bolsillo. Al introducir la mano, no pudo reprimir un precioso y espontáneo gesto de sorpresa al reconocer el contorno de una pistola que obviamente Huertaz no había tenido tiempo de desenfundar. Crucius sonrió complacido ante la seductora idea de cometer un robo con el que privaría a aquel hombre corrupto de su única defensa durante el Juicio Final. Satisfecho como estaba por su nueva adquisición, se permitió unos segundos más para hurgar en el bolsillo del letrado por si, después de todo, aquel era su día de suerte y encontraba algo más. Pero pese a los indicios tampoco parecía serlo, por lo que se limitó a acariciar de nuevo la pistola antes de decidirse por fin a sacarla y...

—¡Huy, Crucius...! Con que robando a los mendigos, ¿eh? —susurró de repente una voz femenina a su espalda.

El Señor da Morte dio tal salto que la pistola —atrapada tras el cinturón— con la que había matado a Huertaz brincó con él y se le escurrió por debajo del pantalón, teniendo que sujetarla entre las convulsas piernas y estando a punto de quedarse sin descendencia y sin otra cosa (porque lo de la descendencia ya no era muy seguro) más importante si por cualquier motivo se hubiese disparado sola. Antes de darse la vuelta y encontrarse con İhanet, volvió a dejar disimuladamente la pistola de Huertaz en su bolsillo y se recolocó la suya propia con las manos temblorosas, comprobando que estuviera bien oculta bajo la capa. Ante todo lamentó tener que devolverle la suya al Juez, pero no podía arriesgarse a que la joven le viese con ella en las manos.

—¿Qué cojones haces tú aq...? —inquirió abatido, antes de que la mujer le interrumpiera:

—¡Si cualquiera se enterase de esto...! —bromeó entre risas ante la situación de un banquero tan pobre que tiene que robar a los mendigos.

Crucius la cogió rápidamente de la muñeca, arrastrándola a varios metros del cuerpo inerte. En cuanto el banquero se detuvo, ella no pudo esperar para apoyarse felizmente en sus hombros, tratando de distinguir el rostro del cadáver que, hasta el momento, la joven parecía confundir con el de algún vagabundo que estuviese echando una cabezadita.

«Si te volase a ti también la cabeza, maldita hija de puta...».

—Lárgate de aquí ahora mismo, İhanet.

—Si estás deseando que te ayude con el robo, tontorrón... —acusó alegremente, enfilando hacia adelante como si pudiera retirar al Señor da Morte con el simple magnetismo de su esencia femenina.

“Sí, puedes ayudarme en el robo... Tú te lo follas y mientras tanto yo me llevo su dinero, ¿no?” —pensó da Morte amargamente, sintiendo cómo İhanet se clavaba su pistola al chocarse contra él.

—Huy... Crucius... ¿Qué tienes ahí tan duro?

—İhanet, me estás tocando los cojones.

—¡Oh, vaya! ¿En serio? —preguntó ella, echando la mano hacia el revólver como si fuese a coger un cacahuete de una bolsa para dar de comer a orangutanes furiosos en un zoo, o a banqueros cabreados en un cóctel.

Mr. da Morte intuyó el movimiento y con otro más brusco sujetó su muñeca.

—Me has hecho daño, Crucius —se quejó ella, retirando rápidamente su mano para acariciársela.

—Te estoy diciendo que te marches de aquí y no me estás haciendo ni puto caso.

—¡Pues éste está muy quieto, ¿eh?! —le ignoró, masajeando aún su piel dolorida.

«Joder... Y que no se va...» —pensó Mr. da Morte, desesperado ante la idea de que pudiera descubrirle y denunciar el asesinato—. «Menos mal que no sabe que yo acabo de denunciar a su hermano...».

—¿Aún te duele? Lo siento, estoy un poco nervioso... —se disculpó, tomando suavemente su mano para acariciarla con ternura y besarla en el dorso—. Vámonos de aquí, anda... Te acompaño a casa si quieres, o puedes venirte conmigo al banco...

—Qué cariñoso estás de repente, ¿no? —susurró Ihanet en el oído del banquero, acariciándole el pelo mientras le retiraba algún mechón que se le había pegado a la frente—. Amor, aunque va en contra de mis ideas robar a los mendigos porque soy una mujer de principios, si lo necesitas yo te ayudo.

«¿Y tus principios dicen algo sobre robar a los banqueros, o sobre eso ya no dicen nada...?».

—Te lo agradezco, Ihanet, pero no le estaba robando. Venga, vámonos; tengo que comentarte algo importante, y además guardo en el banco una cosa que te dejaste el último día y debería devolvértela... —apremió, inventando sobre la marcha mientras disfrutaba del suave roce de sus dedos, que de nuevo se acercaban al revólver.

—Te noto nervioso, Crucius...

El banquero volvió a apartarle la mano antes de que llegara a la pistola, ésta vez con cuidado de no hacerla daño. Si no fuera porque estaba convencido de que no le había visto disparar, hasta juraría que de algún modo la joven sabía lo del cadáver y el revólver. Con los nervios a flor de una piel que incluso pondría en el fuego podría apostar que, si no fuera absolutamente imposible, İhanet jugaba a comprobar cuánta presión resistía el corazón de un asesino antes de que sus propios latidos lo delataran.

—Estoy nervioso, İhanet, ya te lo dije antes —respondió.

—¿No será por lo del muerto?

Mr. da Morte, aún abrazado a la mujer, dio tal brinco que casi se secciona la lengua contra su hombro.

—¿Qué?

—Que si no será por lo del muerto de hambre.

«La puta que la parió...» —pensó Crucius, aún con el corazón fuera del pecho e incapaz de responder.

—¿Te duele? —preguntó İhanet al verle con la lengua trabada, acariciándole la mejilla.

El Señor da Morte recordó que acababa de morderse la lengua al saborear su propia sangre. Pero aquello tampoco es que fuera ningún problema, comparado con los que ya tenía.

—Tranquila, estoy bien. Vámonos de aquí.

Mr. da Morte cogió su mano y tiró de ella, pero la mujer no se movió del sitio.

—¿No pensarás dejarle aquí? —saltó de pronto, refiriéndose al cadáver.

«No... qué va. Había pensando en enterrarlo».

—No... qué va. Había pensado en llevármelo a mi casa, puede dormir en la cama de mis padres.

—¡Sabía que no podías ser tan desconsiderado, después de haberle robado y todo! ¡Hasta un banquero tacaño y usurero como tú tiene su corazoncito! —exclamó alegremente como si no hubiera entendido el sarcasmo, plantándole un beso en la mejilla.

«Me estás tocando mucho los cojones ya hoy» —pensó Crucius, atravesándola con el cuchillo de su mirada.

—Amor... —respondió cínicamente, dibujando su sonrisa más falsa—. A éste lo dejamos aquí y te prometo que al siguiente que encontremos me lo llevo a donde quieras; y si quieres hasta le regalo también dinero como estuve haciendo durante dos meses, ¿eh...?

—¿Y por qué a éste no...? ¿Qué tiene éste de especial, a parte de un sueño tan profundo que parece que ni respira, para que no quieras llevártelo?

«İhanet... por favor... Sé que disfrutas puteándome y viéndome sufrir... Pero te lo suplico... ya he tenido bastante por hoy...» —pensó Crucius, crucificándola con los dos clavos de sus ojos de acero.

—Pues precisamente lo que dices del sueño profundo que parece que ni respira es lo que tiene de especial... Está descansando en paz, no le molestes.

—¡Uffff... Me temo que no lo conseguiría! —le puso İhanet la guinda al pastel, para variar.

Crucius se preguntó de nuevo si la mujer le habría visto disparar o si sus palabras serían fruto de la casualidad, cuando escuchó pasos a lo lejos. Esta vez, casualidad o no, consiguió arrastrar a İhanet de su mano, quien se mantuvo en silencio hasta que estuvieron a varios minutos del cadáver.

—Hace fresco, ¿eh?

—Se está bien.

—El guante ayuda —afirmó la joven, acariciándole por encima.

Crucius no supo si de nuevo le estaba lanzando otra indirecta o si ya eran imaginaciones suyas pero, en cualquier caso, tenía razón. Aquel guante le había dado la mano y se había ceñido a él, no como İhanet, que siempre iba a lo suyo y no le daba otra cosa que quantazos. Aún así, el banquero se los quitó y los guardó bajo la capa por el simple hecho de contradecirla respecto al frío, y porque todo el calor que pudieran darle no era comparable al de unos dedos de verdad.

Tras varios minutos más de silencio, ella volvió a romper aquella maravillosa paz.

—¿Qué fue lo que dijiste antes que me había dejado en tu banco? —preguntó.

Crucius recordó que se había inventado aquello intentando que le acompañara al banco para alejarla del cadáver.

—¿Es tuyo un pañuelo verde miel claro como del año 1627, con estampados de cebra, collage con relieve apalachense y el borde izquierdo un poco levantado? —improvisó sobre la marcha, sin saber muy bien cómo era el «verde miel» y esperando que İhanet tampoco, e inventándose otras excentricidades a las que ni ella se atreviese a decir «sí».

—Sí.

«Joder...».

—¿Seguro...? —insistió Mr. da Morte, intentando que su voz no sonara muy crispada.

—¿Tiene la textura así como de una naranja escornia del año 1349?

«Tiene la textura de mis cojones» —pensó.

—¿Te refieres a la pulpa o a la cáscara de la naranja? —preguntó, estrujándola con la mirada como si quisiera convertirla en pulpa a ella.

—A la pulpa, a la pulpa, claro.

—¡Oh... Vaya...! ¡Entonces me temo que ese no es el que tengo yo...!

—¡Vaya, qué lástima...! ¡Yo que creía que habías encontrado mi pañuelo estampado con pulpa de cabra y collages de naranjas apalachenses...! —contestó İhanet tranquilamente—. Pues nada, qué se le va a hacer.

«A ti sí que habría que estamparte y hacer un collage con tu cara» —pensó el banquero.

—Bueno, no te preocupes, seguro que encuentras otro igual de cebras naranjas, pulpo de cabra y la madre que lo parió en cualquier otra tienda... —respondió, ya sin poder contenerse, y empezando a pensar en la forma más sutil de despedirse de ella ahora que por fin se hallaban lejos del cadáver.

«No, si la muy gilipollas aún será capaz de volver a ver si ya se ha levantado y todo» —reconsideró inmediatamente después, sin atreverse aún a deshacerse de ella.

—Como podrás imaginar no me preocupa, Crucius... ¿Y la otra cosa importante que me tenías que contar?

Mr. da Morte se replanteó una vez más si quería contarle aquello a İhanet, y finalmente respondió:

—¿Conoces el Rincón de Retido?

—¿La taberna donde cruzan las brasas?

—Estoy pensando en cruzarlas también.

İhanet le miró poco menos que como si fuese idiota.

—¿Descalzo?

—¡Nooooooo! ¡Qué va, más bien había pensado en cruzarlas levitando con unas gomas, en plan Cristo en las aguas!

—¡Aaahhhh... bueno...! ¡Entonces vale...! ¡Que por un momento había entendido yo que pensabas hacer la estupidez de cruzar las brasas descalzo...!

—¡Noooo, por favor, İhanet, qué cosas tienes...! —respondió sobreactuando y contento en el fondo al verla preocupada, pese a que la única forma que tuviera de demostrarlo fuera mediante sus continuas burlas.

—¿Cuánto te pagan? —preguntó la joven, obligándole a detenerse para poder mirarle a los ojos.

—No, no, no me pagan; solo cruzo las brasas y ya está —evitó la pregunta con una maestría que no demostraba para los negocios.

—Que cuánto te pagan.

—Nada, mujer, nada; lo hago porque me gusta. A ver cuántas oportunidades tiene uno en la vida de quemarse gratis.

—En serio, Crucius.

—5000.

—¿Te concretaron si espurias o gags? —atacó.

—5000 espurias por aguantar más de medio minuto.

İhanet se rió, acariciando con ternura la piel de un banquero que no soportaría caminar sobre el canto delgado de sus propias monedas.

—Ninguna persona ha aguantado en las brasas tanto tiempo. Precisamente ofrecen esa cantidad porque saben que nadie va a lograrlo.

—Ninguna persona ha entrado ahí sabiendo que si no entrega 30000 espurias, además de matarle, podrían darle hasta cincuenta latigazos... Y yo ya recibí cuarenta —respondió Crucius con los labios temblorosos, dejándose acariciar esa espalda que, sin nadie que la cuidara aquella tarde, tan solo la sangre había besado.

—¿Es que sabiendo eso te va a doler menos lo otro?

—¡Te acabo de decir que van a matarme si no devuelvo el dinero...! ¡Algo tendré que hacer...!

Varios segundos de silencio.

—¿Por qué no pruebas a prostituirte?

«¿Por qué no prueba a prostituirse tu puta madre?»

—¿Qué?! —preguntó indignado, sin saber si la mujer se reía de él o si realmente pretendía que un banquero prostituyera su cuerpo después de haber hipotecado su alma.

—Pues lo que oyes, Crucius. No sé por qué te escandalizas tanto. Si tan desesperado estás que te vas a prostituir en ese circo, para eso mejor hazlo en una cama. Al menos puede ser agradable, y segurísimo que con tu atractivo ganarías más dinero. Yo en tu lugar lo tendría muy claro.

«¡No... si en tu caso que te vas follando a la gente mientras tu hermano les roba, ya veo lo claro que lo tienes!» —se sonrió el Señor da Morte, a quien las pocas veces que lograba entenderlos, le perdían y mataban estos chistes.

—El problema, İhanet, está en que a algunos todavía nos queda un poco de esa cosa que se llama dignidad.

—Comprendo... Y por algún misterioso motivo prefieres que hieran tu dignidad a que violen tu dignidad.

—Ya estoy acostumbrado a las dos cosas —respondió un banquero cuyo amor propio, efectivamente, tantas veces quedaba relegado ante el que sentía por la joven.

İhanet debió comprender la magnitud de su sarcasmo al ver cómo al banquero se le contraían las facciones, porque incluso se disculpó mientras se acercaba de nuevo a él para abrazarlo.

—Lo siento, Crucius... Yo te regalo 500 espurias si tanto significan para ti, es lo mucho que vas a sacar por torturarte... Pero te lo suplico...

—Lo que tienes que hacer es devolverme las 20000 espurias que me ha robado tu hermano —respondió tajantemente el Señor da Morte, incapaz de aceptar un regalo de una persona que le debía tal cantidad, y apartándose de sus caricias.

—Ahora debes 10000 más.

«Por eso mismo. Con las 20000 espurias que me ha robado tu hermano, más otras 15000 que me darán por haber matado a Huertaz, conseguiría pagar la totalidad de la deuda y aún me sobrarían 5000 espurias. Pero sin las 20000 espurias robadas, solo contaría con las 15000 de la recompensa, más otras 5000 que tomaría de la maleta de Nephysto si no me quedase más remedio. Es decir, que tendría 20000 espurias, y aún me faltarían 5000 para conseguir las 25000 que necesito y salvarme de la muerte... Así que no me quedaría otro remedio que quemarme en las putas brasas el tiempo que hiciera falta para conseguirlas. Y ya con 25000 espurias me libraría de la muerte, aunque no de 50 jodidos latigazos. Ingenioso, ¿eh? Pues esta es toda la puta bazofia que se me ha ocurrido mientras esperaba muerto de asco al Juez Huertaz para matarlo. Y, aparte de prostituirme haciendo el payaso en ese antro —porque lo de hacerlo en una cama queda descartado—, no se me ocurre otro modo de conseguir el dinero que necesito. ¿A ti sí, İhanet?».

—Por eso mismo las necesito —respondió el banquero—. He estado haciendo cálculos y con esas 20000 espurias podría llegar a reunir las 30000 que debo. Pero sin ellas, tendría que hacer algo para conseguir 5000 más, y llegar así a las 25000 que necesito para que no me maten.

—Crucius, de las 20000 espurias yo no sé nada, así que veo difícil que puedas recuperarlas. Pero no quiero que cruces las brasas... ¿Si pudiera darte 5000 espurias para salvar tu vida las aceptarías?

Mr. da Morte se sorprendió; nunca habría esperado ese detalle de İhanet.

—¿No me acabas de decir que no sabes nada de las 20000 espurias? —indagó Crucius, que en esta ocasión ya sí era capaz de aceptar el regalo de una persona que le debía tal cantidad.

—Y no sé nada, te daría 5000 espurias mías siendo especialmente generosa... ¿qué te parece?

—No lo sé, İhanet... Si solo devuelvo 25000 me darán 50 latigazos... Lo suyo sería recuperar las 20000 espurias del robo, para poder pagar la totalidad de la deuda... Pero ahora necesito al menos 5000 espurias para salvarme, que en cualquier caso te devolvería en cuanto pudiera... —balbuceó, descorazonado al ver que İhanet ni siquiera le estaba mirando.

—¿Me estás escuchando...? —preguntó el banquero, esbozando una triste sonrisa de media moneda rota que ni siquiera parecía servirle para comprar su atención.

—Estaba pensando que el fuego de la anticipación ya está empezando a consumir tu cerebro... —respondió al fin la joven—. ¿Por qué pedirme dinero o hacer otras barbaridades, cuando podrías vender tranquilamente tu banco, que además rompe un poco con la estética de la montaña ahí perdido en mitad del campo? Mira, en eso por ejemplo me recuerda un poco al Rincón de Retido, y no solo en que en ambos lugares prometen un dinero que luego nunca dan.

Ante este nuevo ataque, el Señor da Morte desangró a İhanet con su cortante mirada.

—No puedo hacerlo, no es de mi propiedad —dijo secamente, sin entender qué demonios hacía dando explicaciones.

El inmueble lo había comprado Mórvido por un precio irrisorio hacía ya cinco años y medio. El chulo lo inscribió

entonces a su nombre en el registro de la propiedad como si de un banco se tratara, pero puso un prostíbulo clandestino en la parte de arriba. Así, aquellos pobres que no fueran allí para sacar dinero, estarían al menos una vez por encima de los ricos. A las pocas semanas de abrir al público, Mórvido se dio cuenta de que necesitaba señalar las verdaderas funciones del local con algún emblema especial que pudiera aclararlas, sin llegar a ser demasiado comprometedor. Y qué mejor distintivo que el propio símbolo del sexo —formado por dos círculos entrelazados, uno con una flecha y otro con una cruz—; que además él siempre llevaba en su ropa como insignia personal. A los pocos días de haber colocado la figura se le llenó el prostíbulo, por lo que decidió contratar a un socio que le guardase en el piso de abajo las extraordinarias sumas que obtenía de hacer negocio con el amor y el sexo; y con otras cosas aún menos legales —como la compraventa de droga— que le estaban haciendo de oro.

Por aquellos tiempos en los que el prostíbulo no dejaba de ser un pequeño embrión de putas recién nacido en la cama de sus madres, conoció Mórvido a un joven banquero que a sus veinticinco años ya llevaba varios ejerciendo el negocio en una mesa muerta de frío en mitad de la calle, como los antiguos orfebres. Una placa con sus datos y la inscripción «Crucius da Morte» siempre se hallaba encima de la mesa, indicando que era una persona completamente de fiar en esto de cuidar de los ahorros e ilusiones de la gente, y que el dueño de ese nombre jamás perdería el dinero de un cliente. Aquel siniestro joven, ligeramente pálido por el frío y por naturaleza propia, de mirada punzante y una expresión dulce que borraría las lágrimas con los años, era la persona idónea para guardarle su dinero negro, negro como el alma del custodio. Provenía de una humilde familia de granjeros con no muy buenos ingresos, y sus ojos decían que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de salir de la pobreza. Cuando Mórvido se acercó a él —exhibiendo para variar aquel símbolo con una flecha azul y una cruz rosa que siempre llevaba prendido en la

ropa— y le propuso desempeñar en un recinto cerrado el mismo trabajo que hacía muerto de frío en la calle, Crucius accedió con tal alegría que, sin tan siquiera molestarse en preguntar las condiciones, casi le responde con un beso.

Pero las condiciones eran, más que buenas, excelentes. Por fin podía trabajar en un lugar caliente, y cada vez con más frecuencia se daba un capricho en el piso de arriba. Su único acuerdo con el chulo era que le guardaba todo su dinero sin cobrarle comisión alguna, y a cambio tenía un sitio digno (porque era digno a pesar de lo de las prostitutas, aunque los curas que luego pasaban por allí para «guardar su dinero» dijese lo contrario) donde ejercer su empleo. Lo cierto era que Mr. da Morte (título que Crucius decidió adoptar desde entonces, pues ya no era un don nadie que trabajase en mitad de la calle) podría haber ganado muchísimo dinero cobrándole comisiones al dueño del prostíbulo —pues no era poco lo que él le dejaba en custodia—, pero las condiciones estaban claras.

Los primeros días, solo fue dinero. Pero a las tres semanas, apareció por el prostíbulo un amigo de Mórvido al que éste se refería como «el Alquimista». Sin ningún tipo de rodeo, el muchacho le pidió a Crucius que guardara un paquete con hojas de diversas plantas cuya custodia debía mantener en secreto, a cambio de pagarle una jugosa comisión. El Señor da Morte —que por aquel entonces ya se suponía los otros negocios que el chulo se traía entre manos— buscó de reojo su confirmación, sabiendo que no le negaría la oportunidad de obtener aquel ingreso extra. Y esta fue la primera vez que aceptó guardar bajo su propia responsabilidad un objeto ilegal en el banco; y que firmó un contrato que aunque en aquel momento le dio bastante dinero, con el tiempo no le daría más que problemas.

Las siguientes veces también fueron drogas y plantas prohibidas, que en la mayoría de las ocasiones igualmente le encomendaba custodiar el Alquimista, hasta que varias semanas después regresó a Gâlizhia, su tierra natal, y ya no volvió a verlo más. Al poco tiempo, el Señor da Morte

empezó a atender a traficantes de arte y a mafiosos; que llegaban a su banco en busca de un lugar seguro donde esconder sus cuadros falsificados, propiedades de subasta, herencias injustificadas, alhajas de oro y armas. Pero por guardar este tipo de cosas le pagaban una comisión aún mayor, tanto Mórvido como otros hombres de las alcantarillas que, a referencia de éste primero que también dejaba muchas joyas en sus manos, comenzaron a confiarle sus miedos, sus puros encendidos y sus piedras robadas.

Finalmente, tras dos años y medio trabajando como banquero en el prostíbulo, apareció por allí Pasquín, un alegre y cándido rufián de unos veintinueve años al que apodaban «El Pistolero», no solo por su certera puntería sino también por su agudo verbo y su encantadora astucia de pájaro pícaro. Tenía la insana costumbre de colgar mensajes y pasquines en las paredes, dejando al alcance de toda la ciudad unos conocimientos reservados a las clases dominantes, y dando alas a los turbios secretos que hacían funcionar el negocio de los aristócratas. Al parecer, el Pistolero disfrutaba como un niño jugando al escondite con ellos, aunque siempre empezaran persiguiéndole a él. En cualquier caso, disponía de mucho tiempo para ocultarse de los ricos, hasta que estos terminaban de contar los números de sus billetes y se daban la vuelta para buscarle. Solo entonces, y si al final no le cogían, tenía la oportunidad de ponerse él frente a la pared, y de quedársela para contar secretos.

Hasta que un día a los Nobles, hartos de ver pasquines en los muros, dejaron de hacerle gracia sus juegos.

Por aquel entonces Pasquín ya se había ofrecido a adiestrar a Crucius en el manejo de la pistola a cambio de que éste se la guardase en el banco. El revólver ocultaba un manuscrito en el cañón, por el que el Pistolero confesó que la gente estaba dispuesta a matar. Incluso le advirtió de que, si alguien entraba en el banco pidiéndole el arma, extrajera el pergamino a escondidas antes de entregar la pistola. Según Pasquín, aquel manuscrito era tan peligroso que, si alguien llegaba a enterarse de que lo tenía en sus manos,

debía quemarlo o hacerlo pedazos antes de que lo destruyeran a él. Pero cuando el banquero leyó aquel descolorido y arrugado manuscrito que, más que una publicación seria, parecía una adaptación del *Grimorio de San Cipriano* con el toque mágico «especial» de la vidente Hortensia, supuso que no habría ningún problema por guardarlo.

Durante aquellos meses en los que Pasquín estuvo adiestrando a Crucius en el manejo del arma, también se dedicó a otras actividades para las que, lamentablemente, ya no existían los amigos. Nadie quería escribir sobre unos muros o normas que previamente había que saltar, pero al Pistolero le encantaba, aún sabiendo que esos pasquines que colgaba en las calles le conducirían a una muerte segura de tinta y leyenda. Una de aquellas noches en las que jugaba a decirle a las paredes todas esas cosas que nadie más se atrevía a oír, fue detenido y conducido a la prisión central. Pero Pasquín, que durante tanto tiempo se dedicó a pintar en las vallas y a dibujar su mano para quien la necesitara al subir, encontró en aquella torre a un ex presidiario que le ofreció la suya para bajar.

Se trataba de un antiguo prisionero que —para ayudar al Pistolero— se coló en la misma cárcel de la que le habían permitido salir seis meses atrás, tras cumplir una condena por la que estuvo encerrado durante casi dos años por robar un dinero que solo quería para ayudar a sus padres, enfermos de tuberculosis. Al verlos con la enfermedad muy avanzada, el joven intentó robar las 1000 espurias que una aristócrata pedía a cambio de un remedio que los salvara; pero le detuvieron en el acto. Su padre fue el primero en fallecer, siguiéndole su madre varios meses después, cuando el muchacho ya había ingresado en prisión y ella en el hospital donde enviaban a los pobres a morir.

Tras dos años en la cárcel, y justo seis meses después de haber sido liberado, el expresidiario tuvo noticias de unos mensajes que un tal Pasquín colgaba en las paredes y, tras verlos él mismo, quiso ayudarle a escapar de su celda, para que esa información que facilitaba siguiera llegando a

personas enfermas que, ricas o pobres, buscasen entre sus monedas y billetes alguno que tuviera escrita la receta para curarse. Pero ante todo, el antiguo preso no podía permitir que ejecutaran a una persona solo porque su luz fuera tan grande que hiciera sombra a cada uno de los muros y barreras que la alta sociedad levantaba. En ellos había dejado la clave para que los pobres tuvieran la salud de los ricos sin necesidad de rogarla en el médico ni en la iglesia. Hasta entonces, el pueblo se limitaba a contar sus enfermedades con los dedos de una mano, y los años que le quedaba de vida con los dedos de la otra; pero aquello pronto cambiaría.

Por eso, seis meses después de haber salido de prisión, el joven volvió a entrar junto con otros rebeldes que, tras leer los pasquines del Pistolero, también quisieron construirle un puente hacia la libertad. De este modo, y gracias a aquellos ladrones, escapó Pasquín al cuarto día de la cárcel, pero supo que también tendría que hacerlo de la Pobla dü Mádrid.

Esa misma noche se presentó en el prostíbulo, donde Mórvido le facilitó la dirección del Alquimista, sabiendo que éste le daría cobijo. Pasquín se despidió también del Señor da Morte y le pidió la pistola, dejándole una bala en el corazón y un corazón de bala. Gracias a él, Crucius había descubierto que era realmente bueno en eso de disparar, y que desde niño había llevado la metralla en la sangre. A su maestro le siguieron el rastro más allá de sus huellas de escritor insaciable, pero se lo perdieron en los confines del Mundo y de su propia imaginación, ya en los acantilados de Finishterram. Allí, tal y como le prometió Mórvido, encontró refugio en la guarida secreta de aquel Alquimista clandestino que, al igual que el Pistolero, buscaba en la aventura la pócima de la felicidad. Pero circulaba el rumor de que, dos años después, los enemigos de Pasquín consiguieron encontrarle y le dispararon con su propia pistola de gángster risueño y libre, marcando con su sangre y una bala el punto y final a sus rimas de poeta maldito.

En cualquier caso Crucius no volvió a verle, ni a él ni a muchos mafiosos que, a pesar de dedicarse a sus trapicheos

y a su ocio ilegal; y de que le llenaran el banco de humo, de contraseñas a susurros y de incertidumbre, resultaron ser personas muy legales y ante todo leales, al menos con el banquero.

El chulo, por ejemplo, había sido un gran amigo que en más de una ocasión había compartido con él las ganancias, sin compartir nunca las pérdidas. Jamás le había metido en ningún lío ni había intentado hacerle responsable de aquellos objetos que Crucius le guardaba al margen de la ley, y muchas veces de su propia seguridad y convicción. Cuando la policía obtuvo una orden de detención para Mórvido, porque tras varios meses de búsqueda consiguieron al fin las pruebas que lo inculpaban de posesión de drogas ilegales (drogas que obviamente querían para ellos, porque si no a ver por qué motivo se iba a molestar Papus en desplegar a todo el cuerpo, cuando por lo general la única cosa que desplegaba era el mantel); el dueño del prostíbulo se limitó a salir de la Pobla con toda su droga, su valor y su dinero, para marchar a Gâlizhia en busca de los polvos de hadas.

Del Señor da Morte nadie dijo nada, y así fue como dos años atrás se quedó con la disponibilidad —que no la propiedad— de un recinto que Mórvido había abandonado a la suerte de un amigo. El banquero no volvió a saber de él, y en su lugar aparecieron un año después otros que, también dedicándose a cosas ilegales, no resultaron ser tan legales... Como Nephysto con su cadáver, y Nephysto con su maleta. Por no hablar ya de İhanet con su hermano.

La mujer le miraba ahora como si quisiera decirle que el hecho de que el banco no fuera de su propiedad no le impedía venderlo por 20000 espurias en el mercado negro, pero él no quería traicionar así a un amigo, ni subastar sus propios recuerdos. Bastante hizo ya cuando quitó la figura de la cruz y la flecha que Mórvido había colgado en el tejado, pero al cerrar el prostíbulo no le quedó otra opción. En cualquier caso aún la guardaba, y también se habría negado a venderla incluso aunque hubiese sido de oro.

—No puedo vender el banco porque ahora mismo la gente no tiene dinero ni para comprar pan, ¿cómo iban a poder pagarme? Además, dudo que nadie quisiera comprarme algo de lo que legalmente no puedo traspasar la propiedad, y en cualquier caso es lo último que querría hacer.

—Sí, supongo que lo de las brasas es mejor.

«Lo mejor sería dejar que la policía te torturase hasta sacarte dónde se esconde tu hermano, y así recuperar mi puto dinero» —pensó el banquero, recordando esa alfombra de billetes que necesitaba urgentemente sobre el suelo para no tener que pisarlo descalzo.

—Crucius, perdona... Sabes que lo digo porque no quiero que vayas —se excusó İhanet al ver cómo se tensaba su rostro—. ¿Y cuando piensas hacerlo?

—En caso de que lo haga, probablemente será cuando terminen los juicios, pero no creo que te avise. Visto lo que hay siempre contigo, no me apetecería nada que mientras yo me esté muriendo de dolor ahí dentro tú te estés descojonando de mí.

—Tranquilo, Crucius, que eso no va a pasar. Recuerda que te mueve la fuerza de cien mendigos juntos, porque tú entrarás en las brasas sabiendo que si no consigues esas 5000 espurias te matarán —se burló İhanet, usando las mismas palabras del banquero—. ¿Y no has pensado mejor en huir del país?

—Claro que lo he pensado, pero debo 30000 espurias... Estarán todas las putas salidas vigiladas y empapeladas con mi cara.

—¡Vaya, pues entonces ya no se me ocurre nada más! —soltó İhanet alegremente, inmersa en aquel gracioso juego de ajedrez parlante con piezas articuladas y animadas, donde en lugar de salvar a la Reina Blanca (ella) había que salvar a un triste peón gótico y negro.

—¡Qué lástima, no me digas que ya no se te ocurre ningún otro prodigio intelectual como el de la prostitución...!

—Bueno, Crucius, todos tenemos un límite...

El Señor da Morte, al que ya le temblaba el labio y los puños de la ira, golpeó en el único sitio donde podía hacerle algo.

—Me voy; tengo mejores cosas que hacer que estar aquí escuchando tus gilipolleces. Para empezar a ver si puedo dormir algo, que mañana tengo otros cuatro juicios. Si de verdad quieres hacer algo útil por mí, devuélveme las 20000 espurias.

Sin esperar ya respuesta, Mr. da Morte se dio la vuelta y fingió que partía hacia el banco, escondiéndose tras una esquina para comprobar que realmente İhanet volvía a su casa, y no a la escena del crimen. Tras unos minutos de espera, fue él mismo quien deshizo sus pasos en busca de la pistola de Huertaz, la cuál no se atrevió a coger delante de İhanet. Al llegar, se agachó nuevamente ante el cadáver y, poniéndose los guantes otra vez, volvió a sumergir su mano en los bolsillos; pero en esta ocasión estaban completamente vacíos. Alguien se había llevado el arma durante los quince minutos que había permanecido con la joven; quitándole a Crucius la venganza de las manos, y la ilusión de tener todo el poder al alcance de su dedo.

Al menos estaba completamente seguro de que no había sido İhanet, pues había visto cómo se dirigía hacia su casa y, en caso de haberse desviado, habrían vuelto a coincidir los dos junto al cuerpo. Ahora ya solo esperaba que a la mujer no se le ocurriese volver allí porque de repente le sobreviniera uno de esos falsos arrebatos suyos de solidaridad y quisiera tapar al mendigo con una mantita, o ya directamente con un sudario. Pero en su regreso en solitario hacia el banco, fue más bien el Señor da Morte quien se sintió cubierto de sangre y ahogado por el sudario de su propia conciencia, mientras se alargaba hacia él la sombra de un cadáver.

* * *

Al día siguiente la ciudad despertó con la pesadilla de un Juez que ya no soñaría más. En un Mundo en el que la muerte era la lotería que se jugaba cada noche —para luego escuchar al amanecer a quién le había tocado—, toda la gente se alegró de que el premiado hubiera sido Huertaz y no otro.

El Inspector Papus también recibió con calma y entereza la noticia mientras, en comisaría, desayunaba un cochinillo que habían conseguido conservar en hielo desde hacía casi un mes. Lo que más le preocupaba en aquellos cruciales momentos era que los suministros de carne del resto de la tropa no se agotaran, como había sucedido con los suyos. Ante tal tragedia, la muerte del Juez tampoco es que pudiera quitarle el apetito. Con la boca llena determinó que él daría con el asesino, y dos horas después —con la boca llena también— confesó que no había ningún asesino. Sus brillantes pesquisas confirmaban que, por la herida de su cabeza, Huertaz había tropezado teniendo la mala suerte de caer con la sien encima de un tornillo largo, el cuál se la había atravesado antes de salir por el otro lado y rodar cuesta abajo.

Así era como el Inspector resolvía de forma impecable otro caso más de muerte natural, de manera que con éste se registraban ya trescientos seis en lo que llevaban de año, incluyendo ahogos por catarro y combustiones espontáneas. Si alguien —como por ejemplo la esposa de Huertaz— hubiera denunciado irregularidades en la investigación, se debería haber iniciado una nueva para estudiar cada detalle al milímetro. Pero parecía que la Pobla dü Mâdrid estaba conforme con que el Juez Huertaz hubiera fallecido accidentalmente clavándose un tornillo en la cabeza.

Esa misma noche (a la siguiente de haber matado a Huertaz), Crucius volvió a la Quinta Post Mortem s/n para cobrar su ansiada recompensa, donde ya le estaba esperando el Encapuchado. Tenía el pantalón agujereado y una herida sangrante y reciente de bala que, seguramente, le habían

abierto pocas horas atrás. Sin poner ninguna pega, el tipo le entregó cojeando las 15000 espurias que habían acordado. Así —con hombres heridos y paliduchos que le recibían casi arrastrándose—, sí era un placer hacer negocios, pensó el Señor da Morte. Sin embargo, aparte de porque de repente se vio con 15000 espurias más de las que tenía antes (o con 15000 espurias a secas), la muerte de Huertaz no es que ayudara a mejorar grandes aspectos de su vida. Bueno, uno sí; porque varios días después del asesinato del Juez, se presentó su hermosa esposa en el banco, «cubierta» con un vestido demasiado blanco y corto —tanto de arriba como de abajo— como para ser de luto.

Al principio Crucius dudó sobre si abrirle o no la puerta, porque durante dos meses únicamente se había dignado a abrírsele a Ihanet (y solo cuando estaba medio muerto de hambre y sin existencias en la mesa) y a los hombres de Nephysto, pero le bastó con otro vistazo por la mirilla para despejar todas sus dudas. A fin de cuentas, llevaba medio muerto de hambre y sin existencias en la cama desde los gloriosos días en los que aún sonaba el prostíbulo en el piso de arriba, y de eso ya hacía mucho tiempo. Por aquel entonces se dedicaba a seducir a las prostitutas de su interés hasta acostarse con ellas (pues era demasiado orgulloso como para pagarles un servicio), pero con el cierre del local se interpusieron tiempos aciagos que no podía decirse que Ihanet aliviara.

Con la esposa del Juez, en cambio, todo resultó extremadamente sencillo, pues toda conversación se redujo a que la doncella le pidió disculpas por haber colgado libelos e insultos contra él en la pared, sabiendo que Crucius la había visto. Según dijo la dama, había tenido que fingir su desprecio de ésta manera, al hallarse Huertaz convencido de que estaban juntos. Tras esta declaración, da Morte solo pudo concluir que la esposa de Huertaz, al igual que éste, tampoco estaba muy bien de la cabeza, pero eso para follar no importaba. Además, por mucho que la mujer se empeñara, las rebuscadas actuaciones y retorcidas defensas

que maquinase durante sus noches de insomnio al creer que Huertaz la perseguía, serían niñerías angelicales comparadas con los truculentos e insólitos tejemanejes que se montaría Ihanet en su tortuosa cabeza ansiolítica cada vez que la muy zorra quisiera robarle una maleta a alguien.

En cualquier caso, Mr. da Morte fingió que no pasaba nada por el tema de los libelos (aún pensando que la mujer estaba como una maldita cabra), y se limitó a aceptar sus disculpas y a llevársela a la cama. Después de esa noche, y exactamente del mismo modo que le ocurría con todas las mujeres salvo con Ihanet que venía a suceder lo contrario, ya no volvió a verla más. Por lo menos, se dijo Crucius, no le había exigido ningún tipo de pensión por su hijo ni de compensación por su marido. Se había limitado a acusarle y a agradecérselo con los ojos, sin necesidad de llegar a los labios ni para las palabras, ni para los besos.

En cuanto a lo demás, el Juez que llevaba ahora su caso y sus penas era tan cruel y desalmado como el anterior; a pesar de esa despiadada sonrisa que se comía sus labios y que, con todo, no parecía bastar para quitarle el hambre. Sin ir más lejos, cuando Membrillo quiso retirar los cargos contra el Señor da Morte durante el último juicio, tres semanas después de la muerte de Huertaz; el nuevo Juez intentó convencerle de que los mantuviera. A Crucius, acostumbrado ya a que todos quisieran hacerle daño, le pasó desapercibido aquel gesto tan perverso. Sin embargo, apenas pudo creerse que Membrillo estuviera dispuesto a perdonarlo, habiendo sufrido tanto por su culpa. Ante tal muestra de caridad, y sabiendo que los banqueros seguían siendo los únicos animales capaces de tropezar dos veces con la misma moneda, se sintió conmovido al ver que un cliente estafado se agachaba para retirarla del camino y devolvérsela; pues seguramente no quería encariñarse con las piedras.

Aquel bondadoso y compasivo anciano fue la primera persona que depositó su dinero en el banco de da Morte —tentado por los intereses que recibiría—, cuando éste inició

la *estafa piramidal*. Por aquel entonces, Membrillo necesitaba 5000 espurias para poder comprar unos inútiles jarabes con los que tratar una enfermedad que lo estaba matando poco a poco. Sin fuerzas para trabajar, había confiado en que guardando en el banco de Crucius las 5000 espurias que tenía, podría ir obteniendo mediante los intereses las 100 espurias mensuales que necesitaba, hasta que retirase el dinero depositado. Pero Mr. da Morte quebró y nunca llegó a devolvérselo, a pesar de que el anciano iba todas las semanas hasta el banco para intentar recuperarlo. Las primeras veces trató de pedírselo, más tarde comenzó a exigírselo, y ya desesperado empezó a rogárselo, sin que Crucius se dignara jamás ni a abrirle la puerta. Así que cuando le escuchó decir públicamente que quería retirar su denuncia contra él, porque gracias al Señor da Amarte ya estaba sano, a Crucius se le inundaron los ojos de lágrimas.

Finalmente Membrillo consiguió retirar su denuncia durante el último juicio, pero entonces el Juez decidió aumentar el porcentaje total de intereses por demora, sentenciando así que Crucius debía la lapidaria e injusta cifra —tal y como la calificó el banquero— de 29985 espurias, porque además le obligaba a pagar las costas procesales de los juicios. Pero lo peor de todo es que mantuvo intacta la fecha de devolución a pesar de las súplicas del Señor da Morte, al que según su condena o devolvía ese dinero en el plazo de una semana o la policía se presentaría en el banco para acompañarle pacíficamente hasta la plaza, donde un centenar de personas exigirían lapidarlo con sus propias monedas.

Crucius abandonó el Juzgado de Matalasbancas sin apenas poder tenerse en pie. Habían transcurrido ya tres semanas desde que se celebró aquel primer juicio en el que denunció el robo de las 20000 espurias, y aún no había recibido noticia alguna sobre el paradero de Acracio y el dinero. Le quedaba solo una semana y únicamente había podido reunir 20000 espurias, si al dinero que le habían dado por matar a Huertaz le sumaba las 5000 espurias que aún conservaba en la maleta de Nephysto, al haberlas

sustraído de los depósitos de sus clientes para reservárselas a él. En cualquier caso, y puesto que seguía debiéndoles 20000 espurias —porque 15000 se las había entregado al Conde, y otras 5000 se las había guardado permanentemente en la maleta para cuando decidiera llevárselas—, Crucius ya había vendido sus bienes más preciados, intentando reponerlas. Únicamente conservaba los dos ataúdes del banco —que también vendería en cuanto encontrase a alguien que le ofreciese más de 800 espurias por ellos—, su cuerpo y la pistola con la que dispararlo; pero ésta no era capaz de cedérsela a nadie. Aún le faltaban 5000 espurias para llegar a las 25000 que le exigían para salvarse y, si no lograba conseguirlas, preferiría una muerte rápida e indolora.

Crucius se sorprendió entonces pensando en Membrillo, y en cómo la fatal coincidencia le exigía para salvar su vida las mismas 5000 espurias que le negó a un hombre que también estuvo luchando por la suya. El anciano le había perdonado; pero Mr. da Morte no sabía si él, algún día, sería capaz de perdonar al ladrón de su compasión y su dinero. En cualquier caso, el hecho de que precisamente una de las víctimas de su estafa fuese capaz de tratarlo como a un ser humano con sentimientos —y no como a un simple criminal— le llenaba de paz y gratitud, devolviéndole esa creencia en el valor de las personas que había perdido hacía ya tanto tiempo. Conmovido, el banquero llegó a pensar que durante su ajusticiamiento alguna voz se alzaría sobre las demás, gritando que si alguien estaba libre de deuda, tirase la primera moneda. Y justo al doblar una esquina sabiendo que dicha voz no sería la de Dios ni mucho la de İhanet, vio a Membrillo avanzando calle abajo.

—¡Espere, por favor! —gritó como para que le escuchasen a cuatro manzanas, sabiendo que el anciano estaba medio sordo.

Membrillo se giró al oír voces y vio al Señor da Morte llamándole y corriendo hacia él, para no hacer esperar al único cliente que había demostrado un poco de paciencia.

—Lo que ha hecho usted hoy por mí es... bueno... No tengo palabras para describirlo... Ojalá pudiese agradecersele de alguna manera... —dijo Crucius en cuanto llegó junto al anciano, aún emocionado porque alguien a quien él había tratado como a un objeto le estuviese tratando como a una persona.

—¡No se preocupe, Señor da Amarte... Le quito la denuncia porque ya estoy sano y no necesito ese dinero para nada...! —exclamó Membrillo, rebosante de alegría como un niño de setenta años—. ¡Yo sé que usted es una buena persona y que si no me devolvió mi dinero es porque no pudo hacerlo... Pero ya no lo necesito, así que no se preocupe para nada, cuando pueda ya me lo dará...! ¡Ya verá usted cómo al final todo se arregla y consigue ese dinero que debe, Dios aprieta pero nunca ahoga! ¡Lo más importante ahora es su vida, a mí ya me devolverá mi dinero cuando pueda!

—Much... muchas gracias... —tartamudeó Crucius con los ojos empañados—. Cuando todo el mundo está en contra de uno... no sabe usted lo mucho que puede ayudar un poco de comprensión... Le... le prometo que le daré las 5300 espurias que le debo en cuanto pueda... 5400 con este mes... Y siento mucho la demora, no merezco su bondad... Y más cuando necesitaba usted ese dinero por temas de salud...

—¡Tonterías, muchacho...! ¡Además, ya estoy perfectamente! —exclamó el anciano, con una energía y un brillo en los ojos que deslumbraría al sol.

—No sabe usted cuánto me alegro... ¿Al final pudo conseguir esos jarabes que necesitaba...? —preguntó Crucius, preocupándose por la única persona que recordaba que se hubiera preocupado por él desde que quebró su banco y todos le dieron la espalda, aunque luego recordó que antes de eso también se la daban.

—¡Qué va, da Amarte, qué va... no los necesité...! ¡Fue un Ángel, ¿sabe?! ¡Un Ángel tan bello que solo podía haber bajado del Cielo...! ¡Me dio una cosa para que me la bebiera, y me dijo que tomase un poco todos los días; y a las dos semanas estaba mucho mejor!

Crucius no pudo evitar preguntarse si el anciano no habría pasado demasiado tiempo en los puestos esotéricos de magia curativa, sanación astral, terapia religiosa, y demás supercherías y mandangas (como decía él mismo) de la vidente Hortensia.

—Tiene que ir usted al médico a que le vea... —dijo Crucius, intentando llamarle por su nombre de pila—. Me va a disculpar, ahora mismo no recuerdo bien su nombre...

—Membrillo, soy Membrillo —ratificó el anciano.

—Membrillo, si quiere puedo acompañarle al médico, después de lo que ha hecho usted por mí, es lo mínimo que puedo hacer...

—¡Pero si ya he ido, Señor da Amarte...! ¡Fui hace dos días, y me dijeron que estoy perfectamente! —exclamó el anciano, tan radiante como si en tres semanas hubiera rejuvenecido treinta años—. ¡Mire, mire los informes del médico! —exclamó, desenrollando rápidamente un papel apergaminado y amarillento, tras dos días de enseñárselo bajo la lluvia hasta a las palomas del parque.

Aunque Mr. da Morte no tuvo tiempo de leer el nombre de la enfermedad, reconoció la enorme «A» sellada que indicaba en rojo el alta de Membrillo, en el mismo Hospital en el que no quisieron atenderle a él cuando le dieron la pedrada en la cabeza. Crucius pensó entonces que si el anciano había podido curarse mediante cualquier remedio casero y sin la necesidad de recurrir a la medicina convencional, la enfermedad tampoco podía haber sido tan grave.

—¡Pues nada... si el médico lo ha confirmado, entonces yo ya no tengo nada que decir...! ¡No sabe usted cuánto me alegra que ya esté bien! Bueno, me voy a ir yendo ya... Muchas gracias por su paciencia, en cuanto pueda prometo devolverle su dinero.

—¡Gracias a usted, da Amarte... gracias a usted...! ¡De no haber sido porque estaba sin dinero para comprar los jarabes que me había recetado el médico, y porque creía que iba a morirme; jamás le habría confiado mi vida a aquel remedio que ni sabía lo que era... pero me ha sentado de perlas!

—Sea ese remedio lo que le ha curado o sea cualquier otra cosa —dijo Crucius, concediendo el beneficio de la duda a «cualquier otra cosa» antes que a un brebaje desconocido—, le veo muy bien y eso me alegra, porque usted merece la salud y mucho más.

—¡Ha sido el remedio seguro...! ¡Los jarabes aquellos no me estaban sirviendo de gran cosa, y cada día estaba más cerca de la tumba, ¿sabe?! ¡De haber tenido dinero para comprar más, segurísimo que no me habrían dejado ni mucho menos lo bien que lo ha hecho ese líquido milagroso...! ¡Menos mal que me quedé sin dinero, Señor da Amarte... Menos mal que no pude comprarlos, y todo gracias a usted!

—Pues no sé qué decir... Me alegra mucho verle tan bien y haberle sido de alguna utilidad, aunque ésta solo haya sido fruto de mis errores y de la casualidad... En fin, tengo que irme ya; mil gracias por su paciencia, y un placer haber hablado con usted.

—¡El placer ha sido mío...! ¡Ojalá tenga usted la misma suerte con la que me ha bendecido a mí, Señor da Amarte! —se despidió Membrillo, y por fin Crucius se puso en camino, pensando que la suerte no podía encontrarse sin haberla buscado primero.

Aún emocionado avanzó calle arriba, junto al recuerdo del único anciano de la Pobla con más valor que años. Tal vez, se dijo, aquel hombre los cumplía hacia atrás, porque los niños solían volverse malvados al crecer, y en cambio Membrillo demostraba ser más bueno cada día. Por un momento deseó que toda la gente se volviera como él, para construir juntos un nuevo Mundo de juguete que funcionara sin pilas, y ya no tuviera que moverlo el dinero nunca más. Pero mientras las personas no cambiasen, el dinero continuaría moviendo el Mundo, o al menos el de Crucius. Y él estaba decidido a conseguir las 5000 espurias que aún necesitaba para salvarse, y a tener la misma suerte con la que aquel anciano milagrosamente curado había sido bendecido.

* * *

El sol, después de tantas horas luchando por sus tierras, ya había caído. Los pequeños trocitos que aún quedaban de él se rendían llorando, dispuestos a abrir los brazos para convertirse en estrellas y, ya que no tenían al día, al menos poder abrazar a la noche. El Señor da Morte —también desesperado— se arrastraba hacia el Rincón de Retido, dispuesto por su parte a agarrarse, literalmente, a un clavo ardiendo. El vigilante lo registró en la puerta, mientras Crucius se preguntaba una y otra vez cómo a pesar de su consabida seriedad y rectitud había podido llegar a una situación tan desesperada. Finalmente, entró temblando en aquel tugurio de mendigos borrachos y harapientos que, cada noche, acudían a ver cómo los faquires jugaban con un fuego que ellos no conseguían prender. Pese a la evidente pobreza de los vagabundos, las llamas se negaban a asistirlos y a salir, por mucho que ellos lo intentaban frotando los zapatos que últimamente dejaban por allí muchos banqueros.

Al ver aquel pasillo de siete metros de largo cubierto de brasas encendidas sobre el que tendría que caminar descalzo, Crucius da Morte sintió que el corazón se le apagaba. Por un momento pensó en largarse por donde había venido, y confiar en que İhanet se compadeciese de él y le dejara las 5000 espurias que le faltaban para llegar a 25000 y poder salvar su vida... Pero él no necesitaba la compasión de nadie. Haciendo un rápido reconocimiento visual sobre las brasas para tener localizadas las posibles salidas en caso de que el dolor fuese insoportable (tampoco es que hubiera mucho que reconocer, ya que al ser el típico pasillo rectangular de cuatro lados existían esas cuatro salidas), atisbó una cara que más bien le hubiese sorprendido no ver. Al constatar que había sido identificada, la mujer —que lo había seguido hasta allí— se acercó a él con la misma actitud que si fuera a echar de comer a los cerdos.

—Si hubiera querido que vinieras te lo habría dicho —dijo el banquero.

—Lo sé. He venido a ayudarte, si cruzas por ahí dudo bastante que puedas llegar solo a casa.

—No iré a casa, pasaré la noche en el banco.

—Ya, que no vas a querer que tus padres te vean así...

«Qué va, había pensado más bien en contratar a un pintor y enviarles el recuerdo a cobro revertido, o si se me desprende un trozo de piel chamuscada enviársela en una cajita de bombones».

—¿Tú querías?

—El banco también está lejos de todas formas —ignoró ella su pregunta.

—¿Has venido a animarme o a joderme aún más?

—Está el Rincón de Retido a rebosar de banqueros que han quebrado y necesitan dinero —ignoró también la siguiente.

—No entiendo por qué no están prostituyéndose.

—Yo tampoco —respondió İhanet tranquilamente, dejando perplejo al banquero al omitir una burla que a él le habría sacado de sus casillas—. Pues muchos de estos banqueros vienen a cruzar las brasas también, ¿sabes?

—Está muy mal la cosa últimamente —respondió Crucius como si la cosa no fuera con él, mientras jugueteaba a deslizarse por el dorso de los dedos una moneda que había encontrado en el bolsillo de su pantalón, perteneciente a alguno de sus clientes (moneda y pantalón).

—Como para no estarlo, si han estado ofreciendo intereses del 7% en los depósitos, y prestándolos al mismo tiempo.

—Ya... —contestó Mr. da Morte, evitando darse por aludido pese a que tampoco es que hiciera mucha falta, ya que él solo los había ofrecido del 2%, y no había prestado el dinero de sus clientes salvo a sí mismo.

—Habiendo cometido tal despropósito, lo que no entiendo es cómo han tardado tanto tiempo en quebrar.

«Si dos meses te parece mucho tiempo...».

—Tal vez porque a ellos nadie les ha robado una maleta con 20000 espurias —sugirió el banquero, clavándole los ojos fijamente hasta que İhanet hizo algo que el Señor da

Morte nunca pensó que haría; desviar por un instante la mirada.

—Crucius... Has visto ya quiénes andan por aquí, ¿no? —preguntó, aprovechando la presencia de un cliente para justificar la nueva trayectoria.

Y si Pancredo se encontraba en el Rincón de Retido, lo raro sería que Pancracio y Pandemia no estuvieran también, siendo como eran unidades indivisibles.

—Sí, ¿cuál es el problema?

—Pues básicamente, que una persona que les debe la irrisoria cantidad de 2000 espurias va a estar en un completo estado de indefensión y agonía mientras lucha por mantenerse de pie para empezar, y consciente para continuar... ¡Pero problema ninguno, por favor...! A cualquier cosa seguro que se pelearán por rescatarte y hacerte el boca-boca... O puede que prefieran hacerte el bota-boca...

«Tú sí que tendrías que estar haciéndome el boca-bota a mí, puta, y lamerme como mínimo las suelas de los zapatos, después de haber rechazado el ofrecimiento del Juez para interrogarte...» —pensó Mr. da Morte, cerrando los puños y temblando de la ira ante sus despreocupados chistecitos.

—İhanet, nadie va a hacerme daño. De clientes que yo conozca y a los que deba dinero, están solo Pancredo, Pancracio y Pandemia. No se atreverán a hacerme nada solo los tres, y en cualquier caso la taberna está llena de banqueros que me protegerían. Ya me fijé yo al entrar en quiénes había, así que no te preocupes. Y respecto a lo del bota-boca, voy a pisar descalzo unas brasas a 700 grados, créeme si te digo que ahora no estoy de humor para aguantar tus gilipollices.

Entonces İhanet volvió a sorprenderle bajando la mirada de nuevo; y esta vez sin fingir que la desviaba por una espuria que milagrosamente acabase de ver en el suelo o, según pensó Crucius, por cualquier otra estupidez.

—Ya sé que no me crees, pero siento que tengas que estar pasando por todo esto.

«El único que lo está sintiendo soy yo».

—Sí, ya vi cómo sentiste que tu hermano me robase la maleta, o que hayan empapelado media Pobla con mi cara, o que las calles estén llenas de libelos atentando contra mi honor y el de mi familia, o que pese sobre mí una condena de cincuenta latigazos y la muerte, o que media puta mafia me persiga por las noches... —dijo, refiriéndose en este último caso a los cuatro chavalines que le persiguieron a la salida del Juzgado.

—Si te digo que lo siento es porque es cierto, no tengo ningún motivo para decirlo por simple cortesía —espetó ella.

«Que tú a mí ya no me engañas más, maldita sea... Que no te imaginas lo jodidamente mal que lo estoy pasando por tu culpa... Que me persigue la mafia...».

—Mira, si lo sintieras aunque solo fuera un poco ya te habrías ofrecido a cruzar tú misma esas brasas para que no tenga que hacerlo yo, porque da la casualidad de que caminar sobre el fuego no es precisamente santo de mi devoción; y de que me veo obligado a hacerlo por vuestra culpa —respondió Crucius, manteniendo una postura fría dentro de sus posibilidades, aunque por dentro se lo estaba comiendo la ira.

—Cariño, no digas «vuestra», que fuiste tú quien se dejó la maleta alegremente tirada en el piso de abajo y los billetes desperdigados por el suelo como si quisieras que el ratón Pérez se llevase tus dientes de leche —soltó Ihanet aún sabiendo que, con cada una de sus burlas, tan solo echaba más leña en aquel fuego que él tendría que cruzar descalzo.

Crucius tragó saliva y respiró hondo varias veces, deseando literalmente que aquella hija de puta se muriera delante de sus narices.

—De verdad que siento que se llevara el dinero —añadió ella después, suspirando y mirándole a los ojos.

—No voy a discutir contigo, pero juraría que te alegraste de que tu hermano se llevara la maleta de no ser porque no me entraría en la cabeza que pudieras hacerme una cosa así.

—Siento todo lo que ha ocurrido, y en cualquier caso ahora he venido para pedirte que no cruces las brasas, y para intentar ayudarte —respondió ella, sosteniéndole la mirada—. Pero mejor me marchó, porque al parecer eso es lo que quieres.

«Y será encima capaz de irse de verdad y de dejarme aquí solo...».

—Tampoco he dicho eso.

—¿Quieres que me quede?

«Y a ver luego cómo vuelvo al banco yo».

—Puedes quedarte si quieres.

Crucius, sin ya esperar respuesta, dio por terminada la conversación (sin saber si Ihanet compartía la decisión) y, abriéndose paso a través de la cortina de humo que formaban las brasas del suelo y de los cigarros, se acercó a la barra fingiendo toda la entereza que sus temblorosas piernas pudieron permitirle:

—Perdone. Vengo a cruzar —expresó con solemnidad, como un Jesucristo banquero a punto de bendecir en una pila de oro bautismal (y derretido) su Última Cena.

Retido, que estaba intentando limpiar ocho de las nueve «o» de su camisa vieja por medio de los restos del jabón de las cucharas, se dio la vuelta creyendo haber oído una especie de gemido, asustado por si de nuevo algún cliente fiel se le estaba intoxicando con la comida y prefería «cruzar» hasta el pórtico para morir en la calle y no mancharle (más) el negocio y el suelo.

—Vengo a cruzar —repitió Crucius, esta vez con algo más de voz.

El tabernero tuvo que adivinar que por su rostro desencajado se refería a las brasas, y que no es que nadie se le estuviera muriendo y quisiera cruzar el pueblo hasta el hospital más cercano.

—Quítate los zapatos y puedes elegir entre quitarte también el pantalón o remangártelo por encima de las rodillas.

«Y me desnudo entero también si quieres, ¿no te jode?».

—¿Es necesario?

—Depende un poco de si te importa o no que tu ropa se prenda fuego...

El Señor da Morte tragó saliva a ver si conseguía deshacer el nudo que se le estaba formando en la garganta.

—La tuya parece cara. También depende un poco de si te importa salir ardiendo o si te da un poco más o menos lo mismo —concluyó Retido, conteniendo la risa—. Las 5000 espurias las cobras siempre y cuando permanezcas en las brasas durante más de treinta segundos; si son entre quince y treinta te corresponden solo 500 espurias.

—¿Si fuera capaz de estar un minuto me daríais 10000?

El tabernero estalló en carcajadas y se marchó sin tan siquiera molestarse en responder.

El banquero, con todo el cuerpo agarrotado por el miedo y el corazón a punto de salirse del pecho, caminó lentamente hacia las llamas y ya cuando se encontraba a varios metros procedió a subirse el pantalón y a quitarse los zapatos, dejándolos en una esquina. Se paró en el borde y agitó los brazos y las manos, intentando desentumecerlas por si el dolor le hacía perder el equilibrio y tenía que usarlas en algún momento.

El gentío, al ver que un nuevo bufón ya se estaba preparando para saltar, dejó de beber y comenzó a apiñarse alrededor, con murmullos de expectación y risas entrecortadas. El banquero supo entonces que ya no iba a poder retrasar más aquel calvario.

«Adelante, Crucius, no puede ser para tanto» —se dijo, temblando de la cabeza a los pies—. «Tú puedes hacerlo».

El público le vio titubear y no pudo contener una risa nerviosa mientras le veía saltar sobre las brasas.

Aquella plancha candente ardía de tal forma que Crucius perdió durante unos instantes la noción de la realidad, que recuperó al escuchar su propio alarido de dolor resonando en toda la sala. Instintivamente saltó hacia atrás con la suerte de caer de espaldas en el suelo en lugar de hacerlo sobre las brasas.

—¡Agua, por favor! ¡Echadme agua! —gritó, pasándose rápidamente la mano para apartar los restos de cenizas.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo lo que aguanta? —balbuceó un borracho entre risas, intentando señalar a Crucius con el dedo mientras apuntaba varios metros a la derecha.

—¡Me va a hacer perder la apuesta, el cabrón! —farfulló otro, sin recordar muy bien de cuánto había sido exactamente.

—¡Entra ahí ya, coño! —gritó esta vez uno al que le chorreaba el vino por la barbilla, concretamente Pancracio.

De pronto Crucius notó a İhanet abrazada fuertemente a su espalda, acariciándole y ofreciéndole al oído su ayuda para levantarse e irse de allí. El Señor da Morte, convencido al fin de que quizá lo de la prostitución habría sido mejor idea, se aferró a la mano de la joven. Pero justo cuando iba a incorporarse, le apartaron a la mujer de un empujón. Entonces sintió que alguien le agarraba de la camisa y empezaba a arrastrarle hacia el fuego, hasta que se soltó con un fuerte tirón que hizo que le desgarraran parte de la ropa.

—A ver, ¿qué pasa aquí? —se abrió paso Retido entre la multitud, en compañía de otro tabernero que también llevaba su pistola bien visible en el cinturón—. ¿Ya estáis otra vez como siempre? ¡Si el tipo ha decidido que no va a cruzar, pues os jodeis y esperáis al siguiente! Cada noche la misma historia con estos mamones... —masculló entre dientes, esperando a que la gente se fuera apartando.

La mayoría —incluidos los tres hermanos— se dieron por vencidos; salvo tres o cuatro borrachos que continuaron amenazando a Crucius hasta que, para alivio de éste, los taberneros se encararon directamente contra ellos.

—¡¿Pero a vosotros qué cojones os pasa...?! —gritó Retido, aproximando la mano a la pistola para ver si así eran capaces de darle forma al bulto—. ¡¿Es que no me habéis oído...?!

—¡La puta que lo parió! ¡Pero si es el banquero que hace un año no quiso darme el préstamo! —interrumpió uno

que parecía no haberse lavado desde hacía siglos y que lo corroboraba su olor a basura.

El Señor da Morte se arrastró descaradamente hacia atrás, intentando alejarse del hedor que su pseudocliente desprendía. Sabía perfectamente que no correría ningún peligro mientras los responsables del local controlasen a los borrachos y a las personas trastocadas. Aún sentado en el suelo, se recolocó tranquilamente lo que le quedaba de la camisa, estudiando la idea de exigir que se la pagaran mientras esperaba a Ihanet. Al final, la mujer había resultado tener razón; lo de ir descalzo mejor dejarlo para cuando el suelo estuviera a temperatura ambiente.

—¡Hostia, y yo que no me había dado cuenta, y también conozco a este capullo! —corroboró otro mendigo en primera fila que se hallaba en tal estado de ebriedad que parecía que de un momento a otro se desplomaría sobre las brasas o bien sobre el Señor da Morte si tenía suerte.

«En fin, Crucius... Aparte de los tres gilipollas de siempre, hay dos borrachos más que probablemente vean en ti su esperanza de pagar hoy la cuenta» —bromeó para sí, manteniendo la actitud fría y confiada de quien, tras muchos años analizando el comportamiento humano, sabe que el jefe del local —con su carácter marcadamente displicente y su bravuconería cavernaria— no permitirá que unos simples vagabundos se salten las normas y le empujen a las brasas, porque entonces el resto de voluntarios huirían despavoridos, y se daría por terminada la fiesta.

—¡Como para no conocerle...! —exclamó entonces un tipo que a Crucius le resultaba vagamente familiar, y que sobresalía entre todos los demás debido a su impecable traje de diseño cuya sobria elegancia solo se veía perturbada por una mancha de vómito reciente en la camisa—. ¡Es da Morte, el banquero responsable de que todos nosotros hayamos quebrado!

Y si bien reía despreocupadamente ante las amenazas de los simples vagabundos, la del banquero ya no le hizo tanta gracia.

«Bueno, Crucius, no pasa nada... parece un poco enfadado contigo, pero en tu propia familia no te harán daño...» —se dijo, intentando recordar que en el noble gremio de los banqueros todos estaban para apoyarse, respetarse y amarse los unos a los otros; pero sobre todo que aquella ilustre asociación estaba formada por profesionales de moralidad impoluta que sabían aceptar sus propios errores y que jamás se degradarían hasta el punto de intentar justificarlos diciendo que otra persona les había empujado a cometerlos.

—¿Entonces es éste el hijo de puta que empezó a conceder intereses con los ahorros de sus clientes y nos empujó a hacerlo también?! —preguntó otro tipo trajeado que intentaba asomarse entre el resto del gentío (que ya había rodeado al banquero de nuevo), para conocer la cara del maquiavélico y perverso hombre manipulador que le había empujado a imitar sus errores.

«Tranquilo, Crucius, tranquilo... Hay dos banqueros en la sala que te odian, pero el resto seguro que ya no... que hasta te hacían corrillo por la calle para pedirte consejo...» —se dijo, sin recordar que aquello sucedía antes de la quiebra, y que después también pero ya para insultarle—. «Maldita sea, Crucius, deja de mirarte los pies, levanta la cabeza y ponte a hacer algo supuestamente útil, por ejemplo contar así a ojo cuánta gente trajeada crees que puede haber...».

—¡Aaaaaahhhhh! —gritó sin darse cuenta al ver que muchos y que, para colmo, algunos de ellos se habían puesto a negociar tranquilamente con los taberneros.

—¡Maldito chiflado... Que lo encierren en un manicomio!

«Joder... Está todo lleno, si ya lo dijo Ihanet... Respira, Crucius, concéntrate... Piensa que de todos los banqueros que hay solo te odian los dos que han dado ávidas muestras de ello y que los otros tres que negocian con Retido solo están ajustando el importe de la cuenta... Y sobre todo recuerda que los banqueros somos gente civilizada y respetable, por lo que no van a obligarte a cruzar las brasas cuando tú no has hecho nada».

—¡Obliguémosle a cruzar las brasas, que sufra como nosotros! —gritó uno de tantos banqueros que llevaban los pies vendados.

—¡Maldito banquero...!

«¿Por qué número va ya...?» —era en todo lo que se le ocurría pensar ya a Crucius, que al escuchar esto último había empaldecido de repente.

—¡A ver si cuando salga del fuego aún le quedan ganas de volver a estafar a nadie! —gritó otro banquero.

—¡Pues le dará igual, si éste ni siente ni padece!

—¡Ja jajaj jajahfjlja jjajaja jajejem aghahajaja jhahajaja!

«A éste no le cuento porque no sé bien qué coño le pasa. Es igual, he sido yo».

—¿Éste...?! ¡Éste es más resistente que las cucarachas!
—soltó otro banquero con socarronería.

—¿Por qué lo decís? —preguntaron.

—¡Es al que azotaron hace un año en la plaza, y al parecer no ha tenido suficiente!

—¡Vaya, si también lo conozco yo! —gritó esta vez un mendigo—. ¡Me quitó la casa por no devolverle un sucio préstamo hace años y desde entonces estoy en la calle!

Crucius, al contar ya más de quince y empezar a asumir que el número de clientes y banqueros «resentidos» con él seguiría subiendo, se echó a temblar arrastrándose palmo a palmo sobre su espalda.

—¡No soy él...! ¡No soy da Morte...! ¡Me confundís... me estáis confundiendo...! ¡No soy yo...! —gritó, con la voz entrecortada de terror.

Varios escupitajos y patadas le cayeron encima.

—¡Mírale el hijo de puta, que te embarga por no pagarle!
¡En cambio él a mí me debe dinero desde hace dos meses y sin embargo...! —exclamó uno, haciendo un juego de palabras sin darse cuenta, ya que en caso contrario jamás le habría salido.

—¡Cerdo!

—¡Ladrón!

—¡... me tengo que aguantar hasta el plazo que ha dicho el juez!

El círculo se cerró otra vez sobre el aterrado banquero, que, a pesar de que ya le sangraba el labio por unos golpes que hasta le nublaban la vista, continuaba defendiéndose como podía.

—¡Pero eso va a cambiar ahora mismo! —gritó otro, haciéndose crujir el cuello y los puños.

—¡Hijo de puta, ya que no me devuelves mis ahorros no me hagas también perder la apuesta!

Y luego, cuando notó que entre todo aquel enjambre de banqueros borrachos lograban levantarlo del suelo y le iban empujando hacia el fuego, comenzó a chillar y a suplicar también en alto, ya a punto de llorar.

—¡No, por favor...! ¡Nooooo!

—¡Cincuenta más a que se desmaya en mitad de las brasas a partir del medio minuto! —exclamó Pancredo.

Al escuchar la apuesta, Crucius empezó a sufrir espasmos involuntarios.

—¡Nooooo! ¡No podéis dejar que me hagan esto, las reglas dicen que solo cruza quien quiere...! —chilló Crucius, dirigiéndose esta vez a Retido y al resto de empleados del local, que continuaban enzarzados con los banqueros de antes y con varios más que se les habían unido—. ¡Por favor, parad esto...!

Pensó que después de aquello no podría ni sostenerse, aunque afortunadamente para morir en la horca tampoco iba a necesitarlo. Solo deseó que, si además le daban latigazos, al menos no le hiciesen sufrirlos de pie.

Crucius comenzó a chillar de pura desesperación.

—¡Así aprenderás a no jugar con el dinero de la gente!

—¡Nooooo! ¡Llamad a la policía! ¡Ayudadme!

—Aquí me tienes, puto banquero de mierda —respondió uno de ellos.

—¡¡hanet, te lo suplico! ¡Ayúdame! —gritó, buscando su rostro entre el público.

—¡Os regalaré mi propio dinero, lo que queráis...! ¡Haré cualquier cosa, pero por favor...! ¡Noooooooooooo! —aulló, ya con las primeras lágrimas corriendo por sus mejillas.

—Ahora verás lo que es sufrir.

E instantes después el desdichado banquero ya tenía los pies plantados en el fuego.

Durante los primeros segundos pareció que al final aquello no iba a ser para tanto, pero a partir del cuarto se adueñó de él un dolor tan penetrante y mordiente que Crucius jamás habría concebido que pudiera llegar a existir. Las punzadas de calor ascendían por sus piernas hasta llegar a la cabeza, mientras el Señor da Morte saltaba y aullaba de dolor porque literalmente se estaba abrasando vivo. Ni escuchaba el sordido y ensordecedor silbido de su piel friéndose en su propia sangre hirviendo ni oía sus desgarradores alaridos porque en su mente ya solo existía lugar para aquel profundo y burbujeante océano de lava en el que se hundía y ahogaba sin remedio, mientras intentaba llegar al otro extremo con toda la muchedumbre agarrándole e impidiéndole el paso. Hasta que, ya a los quince segundos de tortura, no pudo soportar más el dolor de las plantas calcinadas de sus pies y se le doblaron las piernas.

—¡Chúpamela! —exclamó uno al verle sollozando de rodillas sobre las brasas.

Crucius sacó fuerzas de donde no las había y logró levantarse.

—¡Salta, salta, salta, salta, salta, salta! —gritaba la multitud embravecida, haciendo que el Señor da Morte tan solo deseara que todos aquellos hijos de puta sufrieran como él, que cuando se derrumbaba sobre ellos en un abrazo y con la cara empapada de lágrimas volvían a depositarle sobre el fuego como si fuese un trozo de mierda insensible.

La salida estaba a solo un metro y, al verla tan cerca, una enloquecida risa demente de felicidad estalló entre sus terribles y ahogados alaridos. Pero la más sincera y emocionada carcajada que se haya oído nunca se cortó en seco cuando de repente el gentío la bloqueó ante sus narices. Muriéndose de

dolor, empezó a arremeter a empujones contra la asquerosa chusma pervertida que se acumulaba impidiéndole el paso. Ante sus golpes, algunos apoyaron su peso sobre el banquero, mientras otros le sujetaban las piernas o directamente le pisaban los pies, para que no pudiera levantarlos. Al pobre Crucius, que ya no podía despegar ni unos milímetros su frágil piel de esas brasas que se la estaban haciendo papilla, se le estaba acumulando el dolor de una forma tan jodida y despiadadamente cruel que comenzó a chillar con la voz rota que lo matasen.

Jadeando entre espasmos por un dolor inhumano y corrosivo que le cortaba el aliento, vio entre lágrimas a İhanet en la segunda fila extendiendo una mano hacia él, que instantáneamente corrió a coger. Pero las malheridas plantas de sus pies eran ya dos encarnizadas costras de sangre pegadas al suelo que, a pesar de los tirones de la joven y los latigazos de su cuerpo, no conseguía despegar con toda la gentuza agarrándose los. Pasaba el tiempo y, tras veinte eternos segundos de contacto ininterrumpido, la sensible piel de Crucius refulgía en una masa negra de carne frita y burbujeante que se desprendía a trozos sobre unas brasas ya frías comparadas con las sanguinolentas plantas de sus pies.

—¡Yaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa! —pidió el banquero, retorciéndose con la voz desgarrada.

A pesar de que ya no podía ver ni respirar, continuaba sollozando y chillando sin aire y enseguida también sin voz, mientras aún se aferraba como podía a la mano de İhanet.

—¡Aguanta, Crucius! —creyó oírle gritar, si el dolor no le había hecho imaginarlo.

Ya a los casi treinta segundos y sin ningún tipo de malicia o deseo de hacerla daño, empezó a tirar de ella intentando salir. Ante la brutalidad de sus tirones, İhanet se zafó como pudo de la mano de él.

Crucius agonizaba de dolor.

En mitad de la humareda que se había levantado, Mr. da porte extendió instintivamente sus convulsos brazos como

un niño pequeño abandonado, sintiendo que un vacío lleno de lágrimas inundaba su pecho y se clavaba en su alma como un gigantesco cuchillo de hielo. Su frágil corazón se le retorció por dentro al darse cuenta de que nadie era capaz de echarle, literalmente, una mano. Sintió que se le cerraban los ojos, y por un momento consiguió olvidar dónde estaba. Con las plantas destrozadas sobre la destellante alfombra roja que al fin podía poner a los pies de su cama, cayó fulminado un banquero que, dolorido tras una dura jornada de trabajo saltando de un sitio a otro por el pasillo de la despensa, nunca más se pondría sus zapatos de oro.

* * *

Despertó temblando de frío en los brazos de Ihanet, y en cuanto recuperó la sensibilidad rompió a llorar como un niño sobre el hombro de la joven. Retorciéndose de dolor, se dejó acariciar el cabello negro empapado por los varios cubos de agua que le habían echado encima al haberse desmayado sobre las brasas, prendiéndosele fuego la ropa.

—Tranquilo, ya ha pasado...

—Échame agua, por favor...

Ihanet se levantó, apoyándole con cuidado en el suelo. Crucius pensó que igual pedía mucho, o que simplemente la quería demasiado; pero que si él la encontrara a ella en su misma situación, seguramente rompería a llorar.

Sus pensamientos quedaron interrumpidos cuando sintió una oleada de finos y afilados cristales de hielo rajar en mil partes los coágulos de sangre negra en los que ahora se dividían sus pies. Un alarido tras otro inundó la sala mientras Crucius se retorció sollozando y sujetándose los tobillos, sin atreverse a poner las manos más abajo. Ihanet se arrebujó contra su cuerpo, acariciándole la espalda a través de la camisa rota, hasta que el Señor da Morte se incorporó en el suelo. Aún sollozando, giró la cabeza hasta conseguir verse la mitad de los pies, la cual reposaba en

un charco de sangre, ceniza y grumos. La otra mitad de ellos permanecía en su sitio habitual, pero convertida en una masa blanduzca y crepitante, a punto de desprenderse de las piernas.

İhanet, al ver que se le nublabla la vista, sujetó su tembloroso cuerpo por si se desmayaba otra vez, susurrándole al oído mientras le llenaba la cabeza, la cara, el cuello y la espalda de besos y caricias.

—Vámonos a casa, por favor... Te juro que muy pronto estarás bien... —le suplicó, lamiéndole las lágrimas que le corrían por la cara mientras el fuego aún lamía sus pies.

—¿Cuánto tiempo me han tenido dentro? —preguntó, sintiendo en sus plantas toda la arena de un reloj también roto, que no avisó al medio minuto.

—No lo sé, Crucius... —respondió ella, sin dejar de abrazarle y acariciarle ni un momento—. Un minuto o así... Vámonos a casa, yo te dejaré las 5000 espurias que necesitas. Te prometo que te voy a curar y...

—Lo que me han hecho no tiene nombre —la interrumpió Crucius entre sollozos.

—... Vas a estar bien mucho antes de lo que imaginas... —siguió İhanet, besando a aquel ángel en cuyos pies de media luna se habían clavado todas las estrellas del cielo.

—No tiene nombre —repitió Mr. da Morte con la voz rota.

Y convulsionándose de la ira, la rabia, el dolor, y la desgarradora necesidad de mutilarlos y matarlos a todos de la forma más lenta y dolorosa posible, avanzó de rodillas hacia la barra, sin que apenas le importaran las quemaduras de sus piernas.

—Quiero mi puto dinero —expresó Crucius lo que empezó como una exigencia pero terminó como una súplica.

Retido tuvo que asomarse a la barra para saber que le hablaba el Señor da Morte, que al estar arrodillado apenas le veía.

—Te lo daremos a plazos —respondió, queriendo tal vez decir «a palos», con el mismo tono impasible que utilizaba para expulsar de la taberna a los menores.

—Me debéis las 5000 espurias ahora... —gimió el banquero.

—Serán menos, los banqueros nos exigen el dinero que les debías.

Ante aquel choque brutal Crucius se quedó sin palabras y, viéndose incapaz de recuperar el habla o de expresarse de una manera digna, se retorció entre sollozos.

—No me dejaban levantar los pies... Al final he estado un minuto... —balbuceó un hombre al que, tanto en las brasas como en la vida, todos habían pisado.

İhanet, viendo cómo lloraba al recordarlo, acudió a su lado y se arrodilló junto a él.

—Lo siento, amor... Lo siento muchísimo... Yo te daré las 5000 espurias... —susurró en su oído, acariciándole el cuello con los labios—. No creo que le vaya a entregar el dinero a los banqueros, de hecho no creo ni que lo tenga...

Crucius tomó la mano de İhanet, mojada con sus lágrimas, y la besó agradecidamente mientras ella, entre susurros y caricias, le ayudaba a sentarse en el suelo. Con mucho cuidado sujetó su tobillo mientras iba bajándole despacio la pernera del pantalón, remangándose al final para que el borde no pudiera alcanzar su talón supurante.

Antes de continuar, se acercó de nuevo a su rostro y lo besó, limpiándole las lágrimas con calma. Luego realizó el mismo proceso con la otra pierna, con la misma suavidad que si tuviera un diamante de ceniza entre los dedos. El Señor da Morte se deshacía en lágrimas de gratitud. Después de las atroces crueldades a las que se había visto sometido, ya ni siquiera entendía muy bien que alguien quisiera acariciar sus heridas, abrazarle como a una persona o mimar su piel. Eso se le hacía a los seres humanos y él, por cómo le habían tratado, quizá no lo fuera.

Tras haberle cubierto las piernas, İhanet tomó la mano del Señor da Morte y se puso en pie. Crucius se agarró a ella y empezó a avanzar muy despacito hacia la salida, como un bebé que aprende a caminar. Iba sangrando y de

rodillas sobre los cristales de algunas jarras rotas que con el pantalón ya le daban igual y, sin él, otro tanto de lo mismo.

—¿Cómo voy a llegar al banco?

—He traído mi caballo.

—¿Y desde cuándo tienes tú un caballo...?

İhanet, ignorando la pregunta del Señor da Morte, se agachó y acercó muy despacio la mano a los escombros carnosos y babeantes de sus pies, deseando secarle la sangre con sus dedos y no solo las lágrimas con sus labios. Pero Crucius, aún necesitando aquella caricia con toda su alma, le sostuvo la muñeca negando con la cabeza:

—Me duele muchísimo.

—Lo sé.

İhanet se conformó con acariciarle el empeine durante varios segundos, hasta que volvieron a ponerse en camino. Crucius sentía que marchaban como dos caracoles, con uno de ellos dejando además su rastro de babas rojas. A veces la joven se separaba de él para ayudarle quitando algún cristal que sobresalía del suelo, al no poder retirar los de sus pies. Al llegar a la puerta, se la sujetó como a un pequeño príncipe que avanzara a pasitos, dejando tras de sí la alfombra escarlata. El Señor da Morte atravesó el umbral, y un viento que de pronto se le antojaba helado azotó los jirones incandescentes de su piel. Comenzó a resollar de dolor y de frío con İhanet fuertemente abrazada a su cuerpo, por el que hacía unos minutos habían vertido varios cubos de agua. El vigilante del local ordenó al Señor da Morte que se apartara de la puerta, quizá por si se le ocurría utilizar el felpudo. Llorando como un niño, vio cómo la mujer lo dejaba de rodillas contra una pared a varios metros de la entrada, frente a aquel hombre que supervisaría su castigo.

—Quédate aquí, no vaya a ser que alguien salga y te pise —dijo İhanet, acariciándole el pelo—. Enseguida vuelvo.

—¿A dónde vas? —preguntó Mr. da Morte, con la voz quebrada al ver que realmente se marchaba de su lado.

—He dejado el caballo allí —respondió, señalando unos árboles que en la oscuridad de la noche apenas se podían distinguir.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó, llorando ante la perspectiva de un «no».

—No. Quédate aquí, solo tardaré un par de minutos. Tú apenas puedes moverte.

Crucius rompió a llorar, sujetando de rodillas la mano de la mujer para impedir que se marchara sin él. Ni siquiera sabía si İhanet realmente tenía un caballo... Cuando apareció con su hermano en el banco porque les estaba persiguiendo la policía, desde luego no lo había usado.

—Por favor... No me dejes solo... —suplicó él, con el rostro bañado en lágrimas y ahora las dos manos agarrando sus muñecas sin saber la fuerza que hacía.

—Me haces daño, Crucius —replicó ella, soltándose como pudo y alejándose mientras él se lanzaba sobre las piernas de İhanet, cayendo de plancha al suelo al no lograr alcanzarla.

—¡Llévame contigo...! —suplicó con la voz rota mientras se arrastraba detrás de ella.

—Por favor, Crucius, tranquilízate... ¡Volveré antes de que te des cuenta! —se despidió antes de salir corriendo.

Mr. da Morte se quedó tirado en el suelo temblando de dolor y de frío, sintiéndose sólo y abrazándose a sí mismo hecho un ovillo de lágrimas, temiendo que İhanet ya no volviese y escuchando las risas e insultos de los banqueros que iban saliendo del recinto para verle sufrir, sin que el vigilante hiciera nada por impedirlo. Ni siquiera tuvo valor para levantar la mirada del suelo, por el terror de que considerasen tal cosa como un acto de desafío y quisieran hacerle aún más daño.

El tiempo pasaba, pero el dolor no lo hacía y la mujer tampoco regresaba mientras Crucius, al no ocurrírsele ninguna genial idea para regresar a casa o al banco él solo, ya estaba barajeando entre sollozos descontrolados la posibilidad de volver a la taberna y cortarse las venas con

los restos de alguna botella rota, para al menos evitarse los crueles días de dolor, angustia, vacío, tristeza, hambre, desesperación, agonía y mucho más dolor que tendría que soportar completamente solo, hasta que por fin la horca lo rescatara de aquel sufrimiento. El Señor da Morte se arrancó de cuajo un cristal que le atravesaba el pantalón y se clavaba en su pierna. Conteniendo un gemido, comenzó a rasgarse la muñeca izquierda sin que le preocupara realmente si aquello lo mataba o no. Absorto como estaba en la tarea, no se percató de que İhanet se acercaba cabalgando hasta que la tuvo inmediatamente encima y le arrancó el cristal de la mano.

—¿Pero qué haces?!—gritó furiosa, zarandeándole por los hombros.

Crucius no dijo nada ni ofreció ningún tipo de resistencia. Solo enterró la cabeza en su cuello y se dejó abrazar, besar y acariciar, temblando entre sus brazos. İhanet le lamió la sangre de la muñeca y se la vendó con un trozo de tela de su propia camisa.

—Cálmate, por favor, Crucius... —suplicó, al ver que no dejaba de sollozar sobre su hombro—. Ya estoy aquí, amor... No podía llevarte conmigo, apenas puedes moverte... Tranquilo, vida...

İhanet hizo sentarse al caballo y el banquero se encaramó sobre él como buenamente pudo, preguntándose de dónde demonios lo habría sacado. Se sujetó con cariño al cuello del animal y dejó que İhanet llevase las riendas desde el suelo. El frío de la noche intensificó el dolor de la flema goteante de sus pies hasta hacerle tumbarse en la montura al sentir que iba a desmayarse. Perdido en la semi-inconsciencia, Crucius continuó recostado sobre el caballo mientras la mujer lo conducía, parándose cada pocos segundos al lado del banquero para besarle o acariciar su cabeza, limpiarle las mejillas, y comprobar que su cuerpo permanecía estable sobre el lomo.

Al llegar al banco, y observando que la puerta era muy estrecha, la mujer hizo que el caballo se sentara para poder

bajar al Señor da Morte y buscar la llave entre sus ropajes. Tenía una pequeña que correspondía a la puerta de acceso al prostíbulo al final de la escalera, y otra más grande que abría la entrada del banco. La llave de la despensa donde almacenaba los depósitos la escondía en un cajón semiculto de su mesa, así como las de los ataúdes; y los códigos de las cajas fuertes los guardaba en su memoria. İhanet ató al caballo junto a una valla, antes de agarrar al banquero de las axilas y arrastrarlo sin prisa al interior del establecimiento, cerrando por último la puerta.

Subió al piso de arriba y lo revolvió todo hasta encontrar una pastilla de jabón y una palangana que llenó de agua. La colocó ante Mr. da Morte y, con mucho cuidado, sumergió dentro el amasijo sangriento y rezumante de sus pies. Al momento el líquido se tiñó de rojo y negro mientras comenzaban a flotar los restos de piel, de pústulas y de cenizas, como en un inmenso mar de rosas muertas en el que İhanet sumergió las manos para lavar a caricias los pies de Crucius. Al sentir el roce del jabón y de los dedos, el Señor da Morte se despertó sollozando y retorciéndose de dolor, apartando las piernas con una sacudida involuntaria que derramó la mitad de aquella necrópolis de espuma, aceite y agua roja.

—Lo siento... —se disculpó llorando con un hilo de voz.

—No te preocupes... —respondió İhanet, secándose las manos para vaciar en la calle lo que quedaba de la palangana y llenar otra de agua limpia, volviendo a sumergir los pies del banquero en su interior.

Crucius, sentado en el suelo contra una pared, se debatía en espasmos por no sacar los pies de un agua otra vez burbujeante de sangre y jabón. İhanet acudió a su lado y le abrazó, besando sus mejillas llenas de lágrimas mientras el banquero se contorsionaba en sus brazos. Al rato volvió a la palangana y, sin ninguna prisa, lavó sus pies con todo el cariño y la suavidad que pudo. Al terminar, regresó al piso de arriba para hacerse con el único colchón que Crucius no había vendido al verse en la quiebra y, tras arrastrarlo al piso de abajo, le hizo recostarse sobre él para extraerle algún que

otro cristal que continuaba clavado en sus piernas. Volvió a subir y cogió algo de ropa limpia, quitándole la camisa mojada y secándole el cuerpo a besos. Cuando terminó se tumbó directamente junto al Señor da Morte, que se acurrucó a su lado y se dejó lamer las lágrimas y acariciar.

—Gracias —dijo, aún sin saber muy bien por qué las daba, ni por qué una mujer que de algún modo estaba seguro de que no le quería, lavaba con sus manos la pulpa escarlata de sus pies y los acariciaba y curaba con tanto cariño, llenándole de cuidados y haciendo todas aquellas cosas por él.

İhanet guardó silencio y continuó llenándole de besos y caricias hasta que se levantó para tomar su bolso y extraer un frasco del interior, humedeciéndose los dedos con el extraño líquido transparente del envase. Se arrodilló ante el confiado banquero y acarició levemente su piel derretida con los dedos empapados. A pesar de la suavidad y de la exquisita ternura del roce, un enloquecido y desgarrado alarido resonó por todo el banco y parte del monte mientras su carne en ebullición absorbía todo el dolor que pudiera caber en dos lágrimas de aquel frasco.

Crucius se retorció llenando el colchón de sangre mientras la joven, tumbada a su lado, le abrazaba y acariciaba no sin miedo de llevarse un golpe involuntario ante sus violentas sacudidas. Cuando estuvo más calmado, İhanet cogió otra vez el frasco de cristal y se humedeció los dedos, volviéndolo a cerrar y dejándolo sobre la cama. Agarró firmemente el tobillo del Señor da Morte y aproximó los dedos al pringoso derrame de sus pies, pero esta vez él sujetó su muñeca y no le permitió acercarse.

—¡No, no, no...! —sollozó—. ¡Por favor... no puedo soportarlo...! ¡Tiene que haber otro remedio...!

—No lo hay —respondió ella tajante.

Al notar Crucius que la mujer retorció la muñeca intentando soltarse, la agarró también con la otra mano. Ante los tirones de İhanet, Crucius sujetó sus manos con tal fuerza que estuvo cerca de partírselas, dándole la vuelta hasta conseguir que apoyara la espalda en su pecho.

—Siento si te he hecho daño... —resolló el banquero, enterrando la cara en el cuello de la mujer para suplicar su perdón.

Besó su cuello con todo el ansia de sus ganas reprimidas, llenándolo de lágrimas, saliva, amor y disculpas; y la acarició mientras la mantenía inmovilizada entre sus brazos. İhanet se limitó a descansar sobre el pecho del Señor da Morte, dejándose hacer hasta que al rato sintió movimiento más allá de los dulces labios o las manos del banquero y abrió los ojos.

Crucius estaba arrastrando con la pierna el frasco de líquido, intentando acercárselo por si tenía alguna etiqueta que pudiera aclararle el nombre de aquella misteriosa y dolorosa sustancia. En la parte delantera no figuraba ninguna inscripción, y por detrás tampoco hubo suerte. El banquero notó cómo İhanet empezaba a hacer mucha fuerza de repente, tratando de liberarse de su abrazo, pero él no permitió que se soltara.

—Crucius, para; no estaba bien cerrado.

—¿Qué es? —preguntó él, ignorando la orden.

—¡Que pares!

El banquero hizo caso omiso de su advertencia y continuó jugando con el bote, mientras algunas lágrimas ocasionales aún se deslizaban por sus mejillas y varias gotas las imitaban en el frasco.

—¡Para, que se está saliendo, joder! —gritó ella, forcejeando cada vez más pero sin poder liberar los brazos.

Mr. da Morte se preguntó si sería esa la primera vez que veía a İhanet alterada, acostumbrado como estaba a que absolutamente todo le diese lo mismo, pero aún así continuó como si nada. Hasta que, al empezar a chorrear el líquido, le cayó tal patada sobre la planta del pie que perdió el control de todo su cuerpo. İhanet consiguió soltarse y, sin fijarse en la sangre que de pronto resbalaba por la puntera de su bota, corrió a rescatar las gotas que aún resbalaban por la superficie del frasco y las plantó sobre la piel fundida del banquero con un manotazo que le llenó la mano de sangre.

Crucius ni siquiera fue capaz de desear morir porque en aquel momento no hubiera sido capaz ni de recordar su propio nombre, y solo podía sentir y sentir y sentir su pie en llamas ante las desgarradoras descargas que le mataban hasta el pensamiento. Su preciosa y pálida cara quedó contraída en una terrible mueca inmóvil donde la boca lanzaba un ensordecedor y ahogado grito mudo a quien pudiera oírle y los ojos abiertos de par en par vertían sus rabiosos ríos de sangre humana, silenciosa y eterna.

En cuanto İhanet hubo cerrado bien el frasco volvió junto al banquero, que continuaba sentado en la cama haciendo dos charcos de sangre, ahora uno más grande que el otro; y corrió a sujetarle sabiendo que no tardaría en desmayarse.

—Lo siento, mi vida, aguanta... Te pondrás bien... — susurró entre caricias, sin que le preocupase en absoluto su recién adquirida deformidad, que más que afearle realzaba la belleza intrínseca de su maligno semblante y la sutil hermosura de su oscura perversión.

Al tenerle entre sus brazos, İhanet notó que el hombre sufría tanto que se había quedado sin respiración. Sus sollozos eran tan trágicos y profundos que ya ni lloraba, pero la joven sentía perfectamente su incunable dolor en cada uno de los alaridos que morían en el interior de su pecho y en cada una de las lágrimas que se tragaban sus ojos ya vacíos. Le abrazó con una fuerza arrolladora y le acarició casi con violencia, dejando caer un par de lágrimas mientras le cubría de besos. Crucius ni siquiera pudo ser consciente de ellas, porque sus ojos desorbitados y en blanco estaban ciegos desde que había perdido el conocimiento en los brazos de İhanet, sin ser capaz tampoco de cerrarlos.

Comprobando la mujer que de nuevo Mr. da Morte respiraba con normalidad o al menos respiraba, volvió a tranquilizarse y le recostó suavemente sobre la cama. Le cerró los ojos, besó sus párpados caídos, y acarició su rostro desfigurado y deshecho hasta que a besos le devolvió la paz. Deslizó los dedos por cada surco de su enardecida piel hasta que perdió la rigidez de sus nervios machacados,

y a caricias disipó la enrabetada tensión de sus labios. Le recolocó la mandíbula, besó sus mejillas hundidas con calma y pasó los dedos despacio una y otra vez por cada una de sus facciones contraídas hasta que el roce y el cariño se llevaron hasta el último vestigio de la histérica ansiedad de su rostro demacrado.

Cuando consiguió que su expresión de Ángel Caído volviera a la normalidad, se tumbó a su lado y se quedó abrazada a él.

* * *

Crucius despertó con el brazo de İhanet arrojando su pecho sobre una manta que le había echado encima. La oscuridad de la sala, alumbrada solamente por una vela que aún se mantenía encendida, le indicó a Mr. da Morte que o bien todavía no había amanecido o bien había dormido durante todo el día y, como las leyes del paso del tiempo tan sabiamente exigían, ya se había hecho de noche otra vez. Rápidamente se decantó por la primera opción.

Apartó el brazo de İhanet y se incorporó ligeramente. Sus pies asomaban vendados por detrás de la manta que le cubría hasta los tobillos, y a la tenue luz de la vela aún podía apreciar claramente los dos círculos negros de sangre reseca que coronaban el colchón. Observando más atentamente aún, pudo distinguir también una constelación de salpicaduras rojas sobre el cielo de su cama y sobre el manto de lana y luna que envolvía al hijo de la madrugada.

A medida que pasaron los segundos y fue recobrando la sensibilidad, el dolor aumentó hasta alcanzar de nuevo una intensidad que hizo que a Crucius se le cayeran las lágrimas solitas. Sus pies eran también dos lágrimas de sangre que le picaban, le tiraban y le abrasaban hasta tal punto que se volvería loco si tenía que aguantarlos así el resto de la noche. Se tumbó otra vez en la cama y, colocando de nuevo el brazo de İhanet sobre su pecho como lo tenía antes, comenzó a

llorar en silencio hasta que ésta, al despertarse, se arrebujó contra él para besarlo. Como parecía no poder calmarlo tan fácilmente, permaneció acariciándole suavemente la cabeza hasta que se cansó.

—Duérmete... —le susurró al oído, antes de hacerlo ella.

«¿O qué, me pegarás otra patada?» —pensó él, sin poder reprimir las lágrimas al recordarlo pero sin ser capaz de apartarse de la mujer, que dormía abrazada a él.

A fin de cuentas, le había curado.

Y continuó sollozando y temblando en silencio, sintiéndose muy solo pese a dormir abrazado. Varias horas después, el dolor remitió y Crucius consiguió dormirse.

* * *

Despertó ya muy entrada la tarde, cuando las últimas lágrimas del sol bañaron la noble luz de su rostro. Por un momento Crucius pensó que aquel era otro día cualquiera, pero entonces recordó la noche anterior, y cómo aquellos monstruos con sus corazones de vino y su odio en las copas le habían obligado a conocer de antemano el Infierno. Un lugar en el que ya nunca volvería a creer, resultándole imposible la existencia de un sitio en el más allá donde pudieran infligirle un dolor como el que le habían causado en la propia Tierra, y menos aún que pudiera durar eternamente.

Porque de hecho a Mr. da Morte ya no le dolía.

Pensó que tal vez el excesivo calor había matado sus nervios, o que al acabar de despertarse aún no había recuperado la sensibilidad. O que alguien en su infinita misericordia había pensado que el niño banquero ya había sufrido suficiente y entonces le había cortado los pies sin dolor; o simplemente que la noche se los había curado a besos y vendado con la luna. Pero estas dos últimas opciones le parecieron demasiado maravillosas e inusuales como para tenerlas en cuenta, por lo que se decantó más bien por las

primeras. Apretó los dientes y probó a mover los dedos; pero no le dolía.

Crucius se sentó en la cama y apartó con cuidado la manta de los pies, recordando entonces aquella especie de aceite que Ihanet le extendió antes de vendarlo, y con el que tanto patinaron sus últimas fuerzas. Tragó saliva y acercó su mano temblorosa a la planta izquierda, pero no pudo sentir-la bajo la suela de aquel zapato de aguja que, aún haciéndole mucho daño, la mujer le había obligado a ponerse. Con el corazón saliéndosele del pecho, aquel inválido apoyó los pies vendados en el suelo, creyendo en el milagro de volver a caminar. Al comprobar que apenas le dolía cogió impulso y, pensando que no podría soportarlo y que se desplomaría contra el suelo sin unas manos que corrieran a abrazarlo y a socorrerlo, se levantó sin mayores dificultades. Las lágrimas resbalaron por su hermoso y pálido rostro mientras reía él solo a carcajadas, a punto de ponerse a dar saltos de alegría. Resollando de dolor, consiguió dar un par de vueltas a la habitación antes de volver al colchón, todavía sin podérselo creer. A esa velocidad de recuperación, estaría perfectamente en menos de una semana.

Solo entonces se dio cuenta de que las manos y las piernas, que hacía menos de quince horas tenía enrojecidas y cubiertas de ampollas, estaban ahora perfectas. Todavía llorando de alegría volvió a levantarse y avanzó hasta la pared de enfrente, esperando como un crío pequeño que Ihanet le diese un beso enorme al verle luchando por andar y ponerse de puntillas, solo para alcanzar una ventana cuya luz pudiera despertarla. Deseaba que ella también se levantara, anhelando como un niño en navidad otro regalo de quien le había concedido unas botas de nieve al verle temblar. Pero tras hacerse daño Crucius desistió, girando la cabeza y comprobando que aún dormía plácidamente. Al verla presa de un angelical silencio y sin la actitud aparente de ir a destrozar su orgullo con sus insidiosas burlas, deseó tumbarse a su lado y abrazarla, besarla y acariciarla como si llevaran durmiendo juntos toda la vida, y lo único que le

hubiera robado fuera la manta por las noches. Pero obviamente se contuvo y, limpiándose las lágrimas, se dirigió al bolso que la mujer había dejado sobre la silla para buscar el frasco con el que le había curado.

No podía dejar de preguntarse qué demonios era lo que le había aplicado en las heridas, y quiso suponer que si lograba encontrar el pequeño envase a ella no le importaría mucho (en caso de que se enterara) que se equipara de un modesto suministro para caso de necesidad, aunque el roce ardiente de aquel líquido doliese a morir. Antes de aventurarse a registrar sus pertenencias, el banquero echó un último vistazo a İhanet para asegurarse de que aún dormía tan profundamente que no podría despertarla ni Papus masticando un filete de ternera a su lado. Con los dedos temblorosos y la boca seca comenzó a husmear en su bolso, dando con un pañuelo usado, varias monedas que tampoco descartó quedarse como devolución de 3 de las 20000 espurias que le debía, un papel de «SE BUSCA» en miniatura que al ver sufrió un mareo al reconocer el rostro del hijo de puta que le había robado la maleta y del cual aún guardaba en el cajón de las venganzas (junto con la Cruz Roja y otros menesteres) el enorme retrato que consiguió en comisaría, la pluma que probablemente İhanet usaba para escribir «Crucius, ladrón» en los libelos que luego se entretendría pegando en las paredes, un...

—¿Qué haces?

Crucius pegó tal salto que al caer no pudo reprimir un quejido. Al darse la vuelta tenía a İhanet sentada sobre la cama observándole con cara de pocos amigos y bajando.

«Se conoce que debe estar mentalmente conectada con el bolso, y que en cuanto alguien se lo toca salta como un resorte» —bromeó para sí mismo.

Pero ante lo obvio de su pregunta, el Señor da Morte solo podía responder con la verdad o con:

—¿Llevabas mucho tiempo haciéndote la dormida?

—No; solo desde que mirándote las vendas has empezado a descojonarte tú solo, como si tuvieran escritas algún chiste o algo así.

De pronto, Crucius sintió cómo se desvanecían todos sus deseos de abrazarla ante aquella primera burla.

—Podías haber avisado.

—Me pareció más gracioso estudiar tus celebraciones matutinas y las escasas reacciones naturales que no reprimes desde la infancia. Pero aún no me has dicho qué hacías con mi bolsa.

—¿No es evidente?

—Sí, es evidente que estabas cotilleando entre mis cosas tal vez con la patética esperanza de encontrar una réplica en miniatura de *Nostradamus*, o qué se yo.

«Ya está desvariando otra vez».

—¿Qué? —exclamó Crucius, dándole a entender que ni comprendía ni le hacían la más mínima gracia sus desvíos bipolares de pendenciera trastornada—. ¿Qué me echaste en los pies, İhanet? —preguntó finalmente sin andarse con rodeos, sabiendo que la mujer solo pretendía despistarlo.

—Pues... agua y jabón... No iba a echarle cereales con leche...

«A ti sí que te iba a echar yo cereales con leche... Pero por el orto sí acaso» —pensó, ya harto de sus juegucitos; y solo acababa de empezar.

—Digo después... Después de que me lavaras. ¿Qué me echaste?

—¡Ah...! —respondió İhanet, dando a entender que por fin había entendido la pregunta.

Silencio.

—... ¿Y bien? —apremió el banquero, exasperado al saber perfectamente que aún seguía jugando con él.

—... ¿Y bien... qué?

—¡¿Que qué me echaste?!

—Alcohol —respondió ella, de una forma tan natural que nadie hubiese podido adivinar que Mr. da Morte acababa de gritarla.

«Sí, alcohol... Tu puta madre» —pensó el banquero, convencido de que para variar se estaba burlando de él.

—Lo dudo. Dolía mucho más, y tampoco olía como tal.

—Crucius, cielo, estabas muy pero que muy jodido. Quiero decir que apenas podías soportar el roce del agua con el jabón, y por eso te pareció que el alcohol dolía mucho más que un mundo. Por no mencionar ya que no creo que en las condiciones en las que te encontrabas tuvieras el olfato como para distinguir el alcohol, cuando solo podías berrear mientras luchabas por respirar sin ahogarte al mismo tiempo.

«Eso, tú humíllame más, que aún no he tenido suficiente» —pensó, apretando los puños y observando a la mujer con una mirada de odio que hubiera congelado el Infierno.

—No era alcohol. No me hubieras pegado la patada que me diste solo por derramar unas gotas de alcohol —consiguió pronunciar.

—No te creas, el alcohol es muy escaso y valorado en estos tiempos que corren, basta con ver cómo te abalanzas sobre las jarras de cerveza cada vez que pillas u...

—¡No me hubieras pegado la hostia que me diste solo por unas gotas de alcohol! —repitió, esta vez gritando.

—Crucius, cielo, estabas muy pero que muy jodido. Quiero decir que apenas podías soportar el roce del agua con jabón, y por eso te pareció que la leve patadita que te di dolía mucho más que un mundo.

Mr. da Morte reprimió algunas lágrimas de ira y, sintiéndose justificado ante el degradante trato que para variar estaba recibiendo, agarró el bolso de la mujer esta vez delante de sus narices. Estaba decidido a encontrar por sí mismo la fórmula mágica que había devuelto su piel a la vida, si es que İhanet no estaba dispuesta a revelársela.

—Está bien, Crucius... no te pongas así. Tienes razón, debí tener mucho más cuidado —se disculpó, acudiendo a su lado para plantarle un beso en la mejilla.

El Señor da Morte hizo como si las disculpas y el beso no fueran con él y continuó buscando en el bolso como si nada, atento a cuando la mujer pretendiera quitárselo (porque estaba seguro de que había ido hasta él con ese único objetivo).

—Espera, que te ayudo —dijo ella, agarrando el bolso y llevándolo hasta la mesa a un ritmo bastante doloroso para el banquero; que a pesar de todo se empeñó en acompañar a mujer y objeto sin soltarlo ni un instante.

Crucius se quedó atónito cuando vio que se ponía a sacar con él todo lo que el bolso contenía e iba formando una graciosa fila en el mostrador con toda suerte de mierdas inútiles que la mujer había ido acumulando con el tiempo. Mierdas desechables como la pluma, que al banquero no le resultaba de utilidad alguna mientras pudiera seguir escribiendo con sangre —y con su costumbre de intercalar indiscriminadamente palabras en mayúscula a mitad de frase— ahora también en el suelo; o cacharros inservibles como el pintalabios que İhanet nunca usaba, salvo quizá para dejar sus consignas y otras idioteces en los muros de la calle. Amén de dos hierros finos y desgastados que la mujer necesitaría para poder entrar en su casa si alguna vez se le olvidaban las llaves dentro; en la de sus vecinos si alguna vez se dejaban las llaves fuera; y en el banco de Crucius si alguna vez le hacía falta una limpieza.

Mr. da Morte metió la mano en el bolso y comprobó que efectivamente no quedaba nada dentro salvo el frasco de alcohol propiamente dicho y la mano de İhanet, cuyo roce disfrutó durante un instante.

—Bueno... entonces de todo esto... ¿qué era lo que buscabas, el diente de cuando mi hermano era pequeño? —preguntó ella burlonamente, refiriéndose al diente renegrido que descansaba sobre la mesa con todo lo demás.

Crucius se esforzó en adoptar una didáctica expresión de asco y, con toda la frialdad de la que dispuso, respondió irónicamente:

—El alcohol.

İhanet rompió a reír a carcajadas, con el Señor da Morte observándola como si acabase de perder la escasísima cordura que todavía conservara.

—Bueno, amor, pues aquí lo tienes. ¿Y la armas de esta manera por un frasco de alcohol aguado del todo a diez...?

—preguntó ella, entregándoselo antes de guardar de nuevo sus cosas en el bolso, aún riendo—. Pues si tan importante es para ti este frascucho, te lo regalo... Anda que, menos mal que al final no lo dejé en mi casa cuando pasé por allí esta mañana.

—¿Qué? —acertó a preguntar el banquero, al que casi se le cae de las manos el frasco de cristal—. ¿Que has pasado por tu casa esta mañana?

—Sí... Me entró hambre, pero pensé que estabas tan rico durmiendo, pensamiento obviamente producido por el hambre, que no quise despertarte; así que me fui a mi casa. Se me ocurrió buscar dentro del banco algo de comida, pero de haberla encontrado tampoco me habría atrevido a cogerla sin tu permiso.

—Ya —respondió cínicamente—. En cambio ya se ve que sí pudiste prescindir de mi permiso para atreverte a entrar luego en el banco otra vez.

İhanet no contestaba, así que Mr. da Morte añadió:

—Espero que sepas muy bien cómo encajar los dos hierros en la cerradura y que no me la jodas, porque por si acaso te hubiera pasado desapercibido el detalle, que no creo, mi situación económica no es ahora mismo la más idónea para permitirme un puto cerrajero; pero tampoco quisiera quedarme sin cerradura justo ahora que media Pobla me busca para matarme.

—Oh, no te preocupes, cuando he entrado con tu llave esta mañana he comprobado tu cerradura, y funciona perfectamente, así que no necesitarás a ningún puto cerrajero.

Furioso, metió la mano en su bolsillo (la que no estaba ocupada sosteniendo el frasco de cristal) y vio que efectivamente no tenía la llave. Entonces recordó que İhanet se la había cogido la noche anterior para abrir la puerta del banco, ya que él apenas podía moverse.

—¿No habrás hecho una copia? —preguntó el banquero ya simplemente angustiado ante la idea, lamentándose después por habérsela dado.

—No necesito ni ganzúas ni una llave para entrar en tu banco, puedo hacerlo cuando quiera. Solo tengo que crearte una falsa sensación de necesidad, y convencerte de que requieres de mis servicios para cualquier tontería que hasta un niño de dos años pudiera resolverse solito, Cruci —expresó con un sensual tono burlón, tomándose además la libertad de usar el diminutivo de su nombre por si así podía joderle todavía más.

«Lo único que te han creado a ti es una falsa sensación de protagonismo tan grande que ya ni puedes con ella, puta» —pensó Crucius.

—Mira, İhanet, no tengo por qué aguantarte. Me voy arriba, cuando quieras coges la puerta, que no la llave para variar, y te marchas —dijo el banquero lo más fríamente que su orgullo le permitió (sabiendo que se haría daño si intentaba expulsarla del banco a empujones, como otras veces) mientras buscaba la llave por toda la sala con la mirada, que al menos iría más rápido que sus pies.

—Te la dejé encima de la mesa.

—Gracias —respondió él, tomando la llave y dirigiéndose a las escaleras, donde tuvo que apoyarse en el pasamanos para ascender muy lentamente una a una; hasta que İhanet acudió a su lado y le agarró del brazo para ayudarle a subir.

Al llegar arriba, Mr. da Morte introdujo la llave en la puerta del prostíbulo, pero ya estaba abierta. Enseguida recordó que İhanet la tuvo que abrir la noche anterior para acceder a la habitación de la que sustrajo el colchón.

—Crucius.

—Dime.

—Me alegro de que ya estés bien.

—Y yo, muchas gracias por curarme.

—No te quites las vendas hasta dentro de varios días, que te encuentres bien del todo.

—¿No es mejor cambiarlas? —preguntó, con la vana esperanza de que lo hiciera ella por si volvía a aplicarle a caricias aquel líquido cuyo nombre y procedencia deseaba descubrir.

—Tranquilo, no hace falta. Tú hazme caso.

—De acuerdo. No puedo entender cómo es posible que después de todo lo que pasé esté ya casi curado.

—Estarás muy fuerte.

Varios segundos de silencio.

—¿Qué me echaste, İhanet?

—Ya te lo dije, el alcohol del frasco...

—Utilizaste un frasco muchísimo más pequeño, y en cualquier caso el alcohol está contraindicado para tratar las quemaduras porque deshidrata más la piel.

—Crucius, amor, eso lo habrás leído tú en algún prospecto de jardinería infantil cuando hayas confundido la botica de la esquina con el puesto de santería barata, remedios y milagros casuales de la vidente Hortensia.

—De hecho lo estoy leyendo ahora mismo en el frasco de alcohol —apuntó el Señor da Morte, atento a cómo İhanet perdía el habla al enseñarle la inscripción.

—¿A quién le vas a hacer caso tú, amor; a mí que te he curado, o a una etiqueta?

«Joder, y que nada...» —se lamentó el banquero de no haber conseguido callarla.

—Sinceramente, antes que a ti le haría caso a la etiqueta o incluso al prospecto de santería y vudú de la vidente Hortensia, que de haber tenido que curarme la piel quemada supongo que me habría recitado un mantra, pero al menos no me habría echado alcohol.

—Bueno, amor, pues no te preocupes que yo la próxima vez que quieras hacerte a la brasa hablo con la vidente Hortensia para que vaya a cantarte unas plegarias y te lleve luego las cenizas a su tienda envueltitas en su alfombra mágica, a ver si es capaz de regenerártelas como yo.

—İhanet, si no me vas a decir con qué me has curado no me lo digas, pero te rogaría encarecidamente que no me hagas perder más el tiempo. Te lo preguntaré por última vez, ¿qué me echaste?

—Alcohol.

—Sí, y vino, como *El Buen Samaritano*.

—Pues por lo visto, sí —insistió İhanet, indiferente.

—Bien, gracias —dijo Crucius justo antes de internarse en el prostíbulo y cerrar la puerta con llave, llevándose el frasco de alcohol en la mano.

Julio

Una semana después Mr. da Morte se decidió a quitarse las vendas por el simple motivo de que aquel era su último día de vida y porque, aunque muchos hombres de fe creyeran que aún las usaría, él sabía que una vez en la tumba ya no le serían necesarias. Además, tenía que ir a buscar comida, pues se le habían agotado las subsistencias y llevaba un par de días en los que ya casi le preocupaba más el hambre que la horca. Había estado reservando la última onza de mantequilla y el último mendrugo de pan duro, esperando que Ihanet se dignara a traerle más alimentos para no tener que salir él a por ellos. Pero todo parecía indicar que, esa semana, la mujer no tenía prevista una de sus insidiosas visitas para «concederle una cesta solidaria que al menos garantizase su lactancia y para abrirle caritativamente las botellas, tras haberle convencido de que él era tan gilipollas que no sabría de qué lado girar los taponcitos». Algo así, según recordaba Crucius, fue lo que le dijo el último día, aunque tampoco podía repetirlo con las palabras exactas porque, ya rozando los síntomas de la anemia, su memoria no era la de antes.

«Pues no, tranquila que no me has creado ninguna falsa sensación de necesidad, puedo ir a por la puta comida de los cojones yo solito» —pensó el banquero, todavía dolido por sus mordaces perlititas.

Sobre todo porque en esta ocasión sí requería de la ayuda de cualquier persona que pudiera traerle unos alimentos,

a ser posible sin restregárselos luego por la cara. Lo necesitaba por el simple hecho de que los pies no le cabrían en los zapatos si no se quitaba primero las vendas y, aunque hacía varios días que caminaba con absoluta normalidad y sin ningún tipo de dolor, él no se atrevía a retirarlas. No quería tener que contemplar en qué tipo de pegotes arrugados se habían convertido sus pies, así que —ya que iban a matarlo esa misma noche— mejor ahorrarse la angustia y la tortura de verlos. Pero por otro lado tenía hambre y, si tenía que morir, que fuera con el estómago lleno y con las botas puestas.

Con las piernas temblorosas, se sentó en el colchón que aún permanecía frente al mostrador del piso de abajo desde que İhanet lo puso ahí. Deseando cerrar los ojos y viéndose en cambio incapaz de pestañear siquiera, aproximó a la venda sus dedos sin pulso y empezó a tirar de ella. Al llegar al talón y advertir que estaba completamente liso y que hasta parecía el suyo, sus ojos se abrieron de par en par. Con la respiración entrecortada y sin podérselo creer, continuó desenrollándola todo lo rápido que sus convulsos dedos le permitían. Cuando al fin terminó de retirarla y comprobó que su pie estaba perfecto, rompió a reír entre lágrimas él solo, tan feliz e ilusionado como si esa misma noche no fueran a llevarle a morir, sino a bailar.

Las lágrimas continuaron besando su rostro mientras se quitaba la otra venda, feliz ante la magia de un cosquilleo que jamás creyó que volvería a sentir. Todavía estupefacto, examinó otra vez ambos pies para constatar que definitivamente no tenía ni una sola cicatriz. Su espalda en cambio, casi un año después de que lo flagelaran, seguía siendo una hermosa sábana blanca con la que solo İhanet había dormido, pese a las cuarenta arrugas que no se quitaron por mucho que la mujer estuvo pasando los dedos. De pronto deseó que estuviera allí con él, acariciándole y limpiándole las lágrimas mientras le quitaba la arena de los pies y los zapatos como a un niño. Finalmente se levantó de la cama para buscar unos viejos, ya que los que solía utilizar los

había olvidado a posta en el Rincón de Retido al pensar que nunca más volvería a usarlos.

Aún se sorprendió al sentir el frescor del suelo, pero sin perder más tiempo se calzó rápidamente y se puso la capa, tras la que escondió un cuchillo y la pistola con la que había asesinado al Juez Huertaz; y de la que se dijo que no volvería a separarse mientras quedase una única bala en el cargador. En ese momento decidió que esa misma noche huiría de Escornia, y que jamás le harían sufrir lo que en aquella maldita taberna donde, al final, se hizo mucho daño pese a ir con pies de plomo. Se prometió que tan solo regresaría a ella si al morir lo condenaban al Infierno, o si encontraba una forma segura y silenciosa de quemarla con todos sus verdugos dentro. En cualquier caso, se juró que no volverían a torturarlo nunca más, y que si alguien lo intentaba pagaría un precio tan sumamente alto que el mismísimo Diablo, aterrado ante la maldad de Crucius da Morte, le rogaría a Dios que al morir se lo llevase al Cielo.

* * *

Dos horas después Crucius entraba de nuevo en el banco sin haber conseguido ni una mísera hogaza de pan, y dos horas después —ya pensando que si no se desmayaría— volvió a salir para suplicarle a İhanet algo de comida. Después de dos meses recibiendo los alimentos directamente de la mano y la boca de la asistenta asocial, el banquero había vuelto a olvidar que todas las tiendas estaban cerradas, y que las pocas que continuaban abiertas cobraban sus productos a un precio ya seis veces superior al habitual. Ahora que le tocaba vivir aquella crisis en su propio estómago, era cuando se daba cuenta de que ni el hombre ni el pan se hacían solos, pero que el hambre sí lo hacía.

El mercado, si bien hacía tres semanas era un lejano oasis de fuego en el desierto de Mâdrid, ahora ya había pasado a ser un espejismo de cal y arena. Sus tiendas continuaban

cerradas a un público al que se le antojaba ridículo un trabajo de gran valor, cuando el dinero con el que lo remuneraban apenas lo tenía. Así que ahora, en lugar de ir a los bancos para que les regalaran más billetes, la gente acudía directamente a las iglesias. Allí les concedían esas otras espurias que, aunque fueran igualmente falsas al no contener unos gramos de carne tal y como anunciaba el nombre, al menos se podían comer. Los antiguos comerciantes, al igual que el resto del pueblo, también empezaron a ir a misa cada día. Así, con el tiempo, todos los vendedores en general —y los de pan y pescado en particular— se hicieron tan pobres que solo conservaron unas cuantas monedas de harina con el Cuerpo de Cristo, tan hambriento como ellos sobre una cruz formada por dos raspas.

En las antiguas plazas llenas de vida, se alzaban ahora rezos y cartones silenciosos con los que el gran carpintero, si se le terciase, podría crear un pesebre para los recién nacidos; a los pies de esos bancos y templos que desafiaban la magnanimidad de un Padre que, al parecer, no siempre lo repartía todo entre sus hijos. Muchos de ellos, ya cansados, deambulaban entre chabolas de franela que ahora les parecían mansiones, pese a albergar los últimos restos de la dinastía gitana. Al menos, ellos habían heredado del cielo su piel de canela, y dicha herencia seguiría conservando su valor, precisamente por ser una característica difícil de encontrar. El dinero, por el contrario, no servía de nada cuando los aldeanos podían encontrarlo hasta debajo de las piedras, y les sobraba tanto que lo compartirían con su enemigo. Las monedas habían dejado de ser útiles, ahora que su acumulación —más que volverles ricos— les hacía los más pobres de todos.

Y ahora, todos eran los más pobres.

Los bancos comenzaron a denunciar a los clientes que no devolvían los préstamos, mientras estos denunciaban a su vez a los banqueros que no les devolvían los depósitos. Y en un mundo en el que las balas eran denuncias extendiéndose por doquier, y existía tanto estafador para tan

pocas pistolas, los asesinos a sueldo se multiplicaron en la noche. Cientos de sicarios encontraron su paraíso en aquella cárcel abierta donde los billetes eran pájaros ensangrentados volando de mano en mano, mientras ellos hacían justicia con las suyas. De esta forma la ciudad, en tan solo unas semanas, se convirtió en una maqueta de juguete sin vida que todos querían comprar pese a no tener trabajo, casa, ni dinero que sirviera para ello.

Las calles estaban a rebosar de antiguos banqueros, comerciantes y gente de bien tumbada sin dormir y pidiendo techo y refugio en las aceras. Mientras Crucius caminaba esquivando piernas, cabezas, ilusiones rotas, y su propia tentación de hacerse con alguna que otra limosna ajena que descansaba en el suelo como si no tuviera dueño (aunque con los tiempos que corrían era evidente que sí); solo podía preguntarse quién —entre tantas personas— habría denunciado a quién. Si, por ejemplo, el banquero que yacía acurrucado y tembloroso en el suelo como un feto de flor marchita suplicando volver a las entrañas de la tierra, habría sido denunciado por un cliente al que no devolviera su depósito; o si lo habría sido por el banquero que dormitaba diez metros más arriba, por no devolverle el préstamo que quizá pidiera para restituir dicho depósito.

Pero, entre tantos ricos y pobres esculpidos de una misma moneda que, al perder su valor, los esposaba a todos con los mismos ceros; Mr. da Morte se preguntaba a quiénes habían expropiado la casa, y a quiénes habían embargado la vida. Sumido en sus propios pensamientos, continuó esquivando cuerpos —ya sin saber si vivos o muertos— en aquel inmenso cementerio de banqueros y ladrones, siempre con la mano cerca de la pistola por si a alguno se le ocurría que también podía quitársela. La casa de Ihanet ya no quedaba lejos de allí, y el Señor da Morte se alegró cuando por fin dejó las abarrotadas pero tristes y silenciosas callejuelas de la ciudad para sumirse en la otra quietud del campo. Tanto la granja de Ihanet como la de los padres de Crucius se hallaban —al igual que el banco— fuera de los suburbios

de Mâdrid, y las oleadas de sangre y desahucios aún no se extendían hasta el bosque.

Mr. da Morte llamó a la puerta de la mujer, esperando que le diera algo de comer con lo que volver a saborear su vida; y rogando que le proporcionara las 5000 espurias con las que poder conservarla. Si con ese dinero podía salvarse aunque tuviera que recibir cincuenta latigazos, se resignaría a ello, y su pequeño y ceremonioso autodiscurso de por la mañana quedaría relegado a cosas a tener en cuenta pero si eso ya más adelante; por lo que el Diabolo tendría que esperar todavía unos días para lo de temblar con su maldad.

Por fin se abrió la puerta.

—¡Crucius! —saludó la joven, tirándose a su cuello para abrazarlo y darle su beso de bienvenida.

—Hola, İhanet —dijo él, estremeciéndose de placer.

—Me alegro de que ya estés bien, ¿quieres pasar?

El banquero entró sin decir nada.

—¿Qué te trae por aquí, Crucius? No tienes muy buena cara.

«Ni tú muy buena memoria».

—Llevo varios días sin comer —respondió, sin aludir todavía a las 5000 espurias prometidas.

—¿Penitencia por culpabilidad? —dejó caer İhanet como si nada mientras cerraba la puerta y acompañaba al banquero hasta una silla, sentándose ella en otra a su lado.

—No hay nada de lo que me sienta culpable —contestó intentando no entrar al trazo, y rápidamente añadió—: ¿Me podrías dar algo de comer, por favor?

—Pues no me queda gran cosa... Gracias a vuestros estropicios económicos son muchos los que no tienen dónde dormir, y los que apenas tenemos ya nada para comer.

—Insisto en que no hay nada de lo que me sienta culpable —repitió Crucius, gruñendo de ira mientras su estómago lo hacía de hambre.

El banquero pensaba que, de haber un culpable, sería la propia İhanet o su hermano —que le había robado las

20000 espurias—, impulsándole a poner en marcha la *estafa piramidal*.

Solo que, siendo él completamente inocente, era quien pagaba y pisaba los platos rotos.

—Vaya, pues yo me sentiría mal si hubiese matado la economía así, de un plumazo, junto con el resto de banqueros... qué suerte tienes de ser una persona tan fuerte y tan indiferente a las críticas de toda la sociedad en su conjunto.

Crucius clavó los dedos en sus piernas, porque apenas había entrado en casa de İhanet, y ya le estaba machacando el orgullo a unos límites muy por encima de lo que podría soportar cualquier persona obligada a dormir en un banco.

—İhanet, no me toques los cojones; yo no he «matado» la economía... Como ya te expliqué hace meses, si los precios suben es porque la gente tiene más dinero y compra más. Si los banqueros no lo hubieran prestado, la gente compraría menos y los precios estarían más bajos, pero en proporción sería lo mismo. Las matemáticas no engañan, y yo todos los cálculos los ejecuto siempre rápido y bien.

—¿Cuando dices que «ejecutas» los cálculos rápido y bien te refieres al modo en que «los clavas»? Aunque, desde luego, muchos no has podido hacer si no te han servido para darte cuenta de que el dinero que han prestado, no se lo han prestado por igual a toda la gente, y por lo tanto los precios han aumentado sin que todo el mundo tenga más dinero.

«¿Pero aquí quién cojones es el banquero, tú o yo...?»
—pensó Crucius, sin entender por qué aquella tipeja con complejo de omnisciencia intentaba aleccionarlo.

—A ver, otra vez con la misma gilipollez... que matemáticamente da lo mismo... Lo que dejen de comprar unos por falta de dinero, lo comprarán otros. Es decir, que si antes todas las personas podían comprar 2 barras de pan ahora, al subir los precios, habrá algunas que solo puedan pagar 1, mientras otras se lleven 3. Pero si antes se vendían las 100 barras de pan ahora se seguirán vendiendo las mismas, solo que más caras.

—Muy bien, Crucius, sin darte cuenta acabas de decirme cómo habéis arruinado a la mitad de la población. De todos modos empiezo a pensar que el problema no es que ahora exista más dinero que antes... Creo que el problema es que ahora existen menos panes.

«El problema real es que cada vez existen más putas ladronas».

—¿Y a mí qué cojones me estás contando? —preguntó Crucius bruscamente, molesto porque la mujer no se conformara con tacharle de mentiroso y estafador, sino que para colmo quisiera culparle de la escasez de alimentos.

—Que igual, como la gente ha estado comprando tanto pan y alimentos con el nuevo dinero que ponían en circulación los bancos; los vendedores empezaron a ganar más dinero que los recolectores y agricultores, y por eso se han ido del campo.

—¿Pero qué cojones estás diciendo, İhanet? Si los vendedores venden más, entonces los agricultores tienen que producir más. Todo el mundo sabe que el consumo incentiva la producción.

—Bueno, Crucius, todo el mundo puede estar equivocado.

«¡Oh... Alabada sea İhanet, que nos la envía *Nestorio* para hacernos ver lo malo que es el consumo, mientras predica con el ejemplo robando una maleta con 20000 espurias!» —pensó Crucius, refiriéndose al profeta cuyo nombre usaba para hacer sus chistes malos, después de que de niño le pegasen varias veces por utilizar el nombre de Dios en vano.

—Claro que sí, İhanet, qué cosas tengo... ¿Cómo he podido pensar que estuvieras equivocada tú? Sin duda lo estamos todos los demás que, como somos gilipollas, creemos que el consumo de pan incentiva a los agricultores a plantar más trigo —respondió el Señor da Morte sarcásticamente.

—Crucius, cielo, ¿no te das cuenta de que cuando una persona va a comprar el pan no le está pagando al agricultor, sino al panadero?

—Sí, İhanet, pero luego el panadero le paga al molinero cuando compra harina para hacer pan, y el molinero a su vez le paga al agricultor cuando le compra el trigo —respondió Crucius, ya exasperado.

—O igual el panadero empieza a ganar mucho más dinero de repente, pero en lugar de comprar mucha más harina con ese nuevo dinero, decide guardarse la diferencia y seguir comprando la misma cantidad que antes. ¿No ves que entonces los molineros y los recolectores no reciben ese nuevo dinero, y ganan menos que el panadero a nivel comparativo?

«Aquí la única que gana menos que el panadero a nivel comparativo es tu puta madre».

—İhanet, amor... No he venido hasta aquí para discutir contigo, ni para ver cómo te haces las pajas mentales con tu entretenida visión de la economía dominó, solo quier...

—Comer, ya lo sé —adivinó İhanet, para lo cual solo bastaba con ver al pobre Crucius, que sudaba encogido en la silla, pálido como un muerto—. Pero quiero que veas que si tú y el resto de banqueros empezáis a dar certificados a vuestros depositantes, y estos pagan con ellos en las tiendas mientras a su vez prestais o regalais su dinero a otras personas que también lo utilizan en las mismas tiendas; y justo dos meses después... ¡oh, casualidad! empiezan a subir los precios y a faltar los alimentos en el mercado, tal vez sea para que te plantees si ha sido cosa vuestra o solo lo parece.

«Tú sí que te tienes que plantear si eres gilipollas o solo lo pareces, y dejarme a mí en paz de una puta vez» —pensó el banquero, sin tener ya claro si dolía más el hambre o las burlas.

—¿Y ahora me tengo que plantear lo que a ti te de la gana? —preguntó, irguiéndose en la silla—. ¿Qué soy, un títere y puedes hacerme bailar cuando quieras?

—Claro que sí, Cruci... Simplemente hay que hacerlo con tiento, para que no notes los hilos.

Mr. da Morte cerró los puños, pensando que igual no merecía la pena aguantar tantas humillaciones por un plato

de comida en el que, al final, solo encontraría el sabor de la derrota.

—Lo que te de la gana, İhanet; hemos arruinado la economía y todo ha sido culpa mía. Me merezco lo que me han hecho, y me merezco que me azoten y que me maten. Ahora, ¿me das algo de comer?

—Nadie merece lo que te han hecho, Crucius, ni tampoco mereces que te azoten ni que te maten —respondió la mujer, fingiendo no haber entendido su sarcasmo mientras le apartaba alegremente algunos mechones de la frente sudorosa, antes de retirarse por fin hacia la cocina.

Cuando volvió, el Señor da Morte la estaba mirando con tal odio que a cualquiera se le habría caído de las manos una bandeja que İhanet sostuvo con la calma y el aplomo de un equilibrista. La colocó sobre las temblorosas piernas del banquero, sosteniendo en su mano el vaso de agua por si a Crucius le estallaba entre los dedos, y se sentó a su lado. La bandeja, aparte del vaso de agua que ahora sujetaba la mujer, tenía un cuchillo, un mendrugo de pan, un minúsculo pegote de mantequilla, un huevo crudo con cáscara incluida, un par de tomatitos y un racimo de uvas.

—¿Te lo doy? —dijo İhanet al rato al ver que el Señor da Morte no se movía, acercándole el mendrugo de pan a la boca—. ¡Y la ardillita voladora se prepara para aterrizar...!

«Me sé yo de otra cosa que va a aterrizar...».

—¿Qué cojones haces?! —estalló, con el huevo temblando sobre la bandeja de tal forma que la joven también lo cogió antes de que se convirtiera en un revuelto.

—¿Vas a comer o no? Porque si no vas a comer me lo llevo —respondió İhanet, molesta ante el cortante tono de voz del banquero pero sin darle la menor importancia.

—¿Qué soy, un puto pájaro? —preguntó Mr. da Morte ofendido, aunque no tanto por la práctica ausencia de comida en la bandeja como por el trato que para variar estaba recibiendo de İhanet.

—No hay otra cosa, Crucius. A mí también se me está acabando la comida, ¿por qué crees que esta última semana no te he llevado nada?

Mr. da Morte, que simplemente creía que no le pareció divertido verse expulsada del banco a empujones (esta vez solo verbales) después de haberle curado, no dijo nada al enterarse de que en realidad İhanet no regresó debido a la carencia de alimentos, sin los cuales él no siempre se dignaba a abrirle la puerta. No habiendo sexo (que nunca había) ni comida, tampoco es que mereciera mucho la pena soportarla.

—¿Bueno, qué...? ¿Vas a comer, o no? Porque yo también tengo hambre, y si no...

«¿A ti qué te parece?».

—Sí, sí voy a comer —la cortó el banquero, untando la mantequilla en el pan antes de que le hiciese sentirse culpable por comerse lo que posiblemente fuera su último trozo de pan, su última porción de mantequilla, su último huevo, sus últimos tomates, y la última uva que le quedaba al racimo que alegremente había depositado sobre la bandeja como si fuera la estupenda red de chocolate (con su guinda) que coronara aquel exuberante manjar.

—Huevos hay y habrá más, de las gallinas que tengo... —dijo İhanet, descifrando la mirada de preocupación y agradecimiento del banquero—. Es lo único que me queda. Si quieres te doy algunos para que te los lleves.

La mujer empezó a acariciar la espalda del Señor da Morte, que devoraba el pan con mantequilla inclinado hacia adelante, sin saber si le estaba sentando mejor el tierno roce de los dedos de İhanet o la comida que hacía días que no probaba. Se agachó para coger el vaso de agua que la joven había dejado en el suelo y bebió un trago para poder digerir la masa que se le estaba empezando a formar en la garganta. Dejó el vaso casi vacío en la bandeja y continuó comiendo con avidez mientras la joven le acariciaba en silencio, el cual solo se vio roto cuando Mr. da Morte terminó de dar cuenta del pan con mantequilla y respondió:

—Pues te agradecería mucho si me pudieras dar algunos para después.

«Total, puede que sea mi última cena» —pensó, ya casi creyéndose el Mesías original tras haber aceptado los besos de Judas aún mejor que el propio Jesucristo, haber permitido tan ricamente que la nueva *María Magdalena* («bastante más zorra que la vieja», se dijo) le lavase los pies, y haber conseguido que todo el pueblo quisiera crucificarle. Ya estaba lo más difícil, ahora solo le quedaban los latigazos y lo de resucitar al tercer día.

—Aunque este huevo supongo que es para que me lo lleve, ¿no? Porque está sin hacer... —probó suerte Crucius con el que aún descansaba sobre la bandeja.

—En realidad era para que te lo comieras aquí, había pensando que el hambre te tenía tan quemado que igual se te freía en la piel, y así no hacía falta cocinarlo —respondió İhanet, ahora acariciándole el pelo.

«Me tenías quemado tú, gilipollas, no el hambre; y ya lo estás volviendo a hacer» —pensó Crucius.

—Mira, İhanet, si ya me vas a dar la comida será mejor que me vaya.

—No, si la comida ya te la he dado.

«Desde luego que me la has dado».

Crucius colocó la bandeja en el suelo (sin olvidarse de coger el huevo y los tomates) y se levantó furioso, dispuesto a irse de allí.

—¿Y el racimo de uvas no te lo llevas?

«Puedes metértelo por el orto si quieres».

—Si te refieres al racimo sin uvas no, no me lo llevo —respondió secamente mientras se dirigía hacia la puerta, pero entonces recordó que si no conseguía esas 5000 espurias que necesitaba para llegar a las 25000 que le exigían, esa misma noche estaría muerto.

—Bueno, queda una.

—Una no es suficiente —respondió Crucius, pensando en las noches en lugar de en las uvas.

Mr. da Morte se dio la vuelta otra vez antes de llegar a abrir la puerta, y se quedó inmóvil en el suelo, tragándose las lágrimas y las palabras. Así, tan quieto, parecía un bailarín sin música, esperando en su cajita rota esa mano amiga que le diese cuerda, y le echase unas monedas para concederle algo más de tiempo. Ihanet, al verle paralizado y tembloroso, acudió junto a él para acompañarle de nuevo a la silla, sentándose a su lado.

—¿Sabes que el Banco de Escornia ha empezado a imprimir billetes y a prestárselos a los banqueros que están en quiebra, para que puedan canjearlos por los *certificados de depósito* que entregaron, y así devolver el dinero que deben? —preguntó la joven con un tono suave que por una vez a Crucius no le pareció que pudiera albergar segundas intenciones.

—¿Y qué me quieres decir con eso? —preguntó a su vez para no tener que admitir que no sabía que el Banco de Escornia, seguramente instado por el Gobierno, estuviese haciendo tal cosa.

—Que el Banco de Escornia está rescatando a los banqueros que han quebrado por prestar el dinero de sus clientes —respondió ella—. El Banco de Escornia está prestando dinero a los banqueros arruinados, a intereses muy bajos, para que puedan devolver los depósitos que prestaron. Luego, cuando la gente devuelva el crédito a los bancos, estos podrán devolver a su vez los préstamos al Banco de Escornia, junto con los intereses. Es decir, que el Banco de Escornia está adelantando el dinero a los bancos, y luego estos se lo devolverán cuando puedan.

—Ya, ¿y? —preguntó Mr. da Morte de nuevo, excluyéndose automáticamente del rescate porque en su caso, al no haber prestado el dinero procedente de los depósitos (sino haberlo regalado en forma de intereses), jamás lo recibiría de vuelta, y por lo tanto el Banco de Escornia no estaría dispuesto a concederle un préstamo que luego no pudiese recuperar.

İhanet tomó la mano del banquero y comenzó a acariciársela.

—Pues que es una estupidez, Crucius.

«Pero esas mamarrachadas tuyas tan interesantes mejor tienes que ir a exponerlas a la calle, o al Rincón de Retido directamente».

—Ah, claro, que es una estupidez rescatar a los banqueros, mejor dejar que quebrems y que nos azoten y nos maten a todos... —contestó bruscamente, apartando la mano.

—Digo que es una estupidez porque el Banco de Escornia les presta a los banqueros un dinero que tendrán que devolver con intereses. Vamos, que los banqueros podrán salvarse hoy a cambio de ver aumentada su deuda mañana.

«Pues si en tu caso preferirías morirte hoy y no ver aumentada tu deuda mañana es que estás aún más jodida de la cabeza de lo que yo pensaba».

—¿Y eso te parece una estupidez? —la desafió Mr. da Morte, a quien ya le gustaría que el Banco de Escornia le concediese un préstamo a él, en lugar de habérselo concedido a los mismos banqueros malnacidos que hacía solo una semana le habían quemado como a uno de esos billetes de papel que ahora no valían nada, y el Banco de Escornia prácticamente les regalaba por si también querían quemarlos.

—Una estupidez sin medida.

—Lo único que no tiene medida son mis cojones —soltó el banquero, dejando muy clara su propia afirmación.

—Vamos, Crucius... Seguro que con una lente sí.

Mr. da Morte se levantó furioso y dispuesto a irse, pero de nuevo se contuvo porque necesitaba esas 5000 espurias que el Banco de Escornia no le entregaría a él para prestárselas, precisamente, a los mismos seres deleznable que le habían marcado en la piel el valor del dinero.

—Si tan estúpido te parece que nos salve el Banco de Escornia de la quiebra igual podrías proponer algo mejor, en lugar de criticar —recuperó Crucius un tema menos controvertido y sin referencias a su aparato reproductor—. Pero

no, claro, ¿tú qué vas a proponer? Si además, te da lo mismo lo que me pase —añadió, sin demasiadas esperanzas de que le propusiera dejarle las 5000 espurias que en su momento le prometió.

—No me da lo mismo, Crucius, solo digo que seguir prolongando la deuda infinitamente es una tontería. Además, creo que el hecho de que el Banco de Escornia entregue ese dinero a los banqueros, que a su vez se lo devolverán a sus depositantes, perjudicará aún más a la economía, porque otra vez subirán los precios. Últimamente ya se habían estabilizado e incluso empezaban a bajar, porque la gente ya no podía pagar con sus *certificados de depósito* en las tiendas; pero ahora, cuando el Banco de Escornia imprima tantos billetes como certificados repartísteis, y los bancos puedan efectuar el canje, el consumo crecerá de nuevo y los precios volverán a subir; lo cual no es precisamente bueno ahora mismo, como ya te he explicado antes. Y para colmo los banqueros y la propia gente, tan lista como de costumbre, pretende que el Banco de Escornia les preste el dinero sin intereses o ya directamente que se lo regale a quienes lo necesiten para cubrir su deuda... Los muy idiotas no se dan cuenta de que si se inunda el mercado de dinero sin que se produzcan más bienes tan solo subirán los precios, hasta que ellos mismos ya no puedan ni comer.

Mr. da Morte temblaba de la ira, sin saber si İhanet estaba jugando con él y con sus emociones una vez más; o si realmente estaba tan ciega como para no darse cuenta de que, a unas horas de su propia muerte, lo que menos le importaba era si el Mundo se moría de hambre, o si se lo tragaba la propia codicia de los hombres.

—¿Pero a mí qué cojones me importa que la gente pueda comer o no?! ¡Yo lo que quiero es salvar mi vida! ¿Lo entiendes?! ¡Solo quiero salvar mi vida...! —gritó Mr. da Morte, a punto de venirse abajo.

A pesar de que no hacía ni un minuto que Crucius se había apartado ofendido de su lado, İhanet se acercó de nuevo a él para acunarle entre sus brazos, y el banquero

se dejó acariciar aunque solo fuera, según se dijo, para no darle otro motivo por el que discutir.

—Lo entiendo, Crucius, solo quiero que no te sientas mal porque el Banco de Escornia rescate al resto de banqueros y a ti no, ya que no les va a servir de nada... Y me alegro, porque después de lo que te hicieron solo merecen morir.

Mr. da Morte, aún sin estar de acuerdo con nada (salvo con que merecían morir), se mantuvo en silencio disfrutando las caricias de la joven, que ante la ausencia de respuesta saltó con otra cosa:

—¿Pues sabes? Lo de que el Banco de Escornia «rescate» a los banqueros endeudándolos todavía más no es la única tontería que se le ha ocurrido al Gobierno, también está lo de entregar subvenciones a los recolectores y agricultores que amenazaban con dejar el campo al ganar menos que los vendedores. ¿Y a que no adivinas de dónde proviene el dinero de dichas subvenciones?

—¿De los impuestos? —afirmó Crucius, sin que le importara lo más mínimo.

—Efectivamente. No tenemos dinero ni para comprar lo básico, y encima van y nos suben los impuestos. ¿Qué te parece?

«Para matarlos» —pensó Crucius, que se había quedado en lo de los banqueros borrachos del Rincón de Retido.

—Y no solo eso —añadió ella—. A muchos agricultores que habían dejado el campo para abrir sus propias tiendas y dedicarse a la venta de alimentos, las Autoridades les están obligando a volver a los cultivos, amenazándolos incluso con la cárcel. ¿Cómo pueden atentar así contra la libertad de las personas?

Crucius se encogió de hombros. Total, la libertad no era lo último que se perdía... a él, por ejemplo, iban a quitarle la vida.

—No se dan cuenta de que, al aumentar el número de vendedores sin que aumente a su vez el número de ventas, los nuevos panaderos perderán dinero y querrán volver al campo por sí mismos, sin necesidad de que medie el

Gobierno... Que, por cierto, también está obligando a los panaderos, fruteros, y mercaderes en general a que vendan la comida a un precio inferior al que ellos marcarían... Es un ataque contra la libertad de las personas.

«¿Sí? Qué bien».

Mr. da Morte ya ni la escuchaba, solo se limitaba a disfrutar el placentero roce de sus dedos, y la caricia de su aliento en el cuello. Únicamente se le rompió la paz al recordar que aún tenía que pedirle las 5000 espurias. Aún abrazado a ella porque al menos así no tendría que mirarle a los ojos ni a la cara, se lanzó con la voz temblorosa:

—Sí es un ataque contra la libertad, pero si los vendedores no son capaces de bajar por sí mismos los precios, alguien tendrá que convencerles «por las buenas» —rebatió Crucius, dándose cuenta entonces de que, pese a haberlo intentado, no había sido capaz de pedirle a İhanet las 5000 espurias.

—Obligándoles a bajar el precio lo único que conseguirán será que los pocos que aún tienen sus tiendas abiertas las cierren también, por lo que habrá aún más escasez de alimentos, y serán más caros todavía.

A Crucius le latía tan fuerte el corazón que llegó a preguntarse si no le dolerían los golpes a İhanet, apretada como estaba contra su pecho. Intentó relajarse centrando su atención en los dedos de la joven recorriendo su cabello y su espalda, sin saber si realmente le ayudaban a calmarse o aceleraban aún más su respiración.

—Pues si los comerciantes cierran sus tiendas que les obliguen a abrirlas otra vez, como decías que estaban haciendo con los agricultores que se marchan del campo —respondió el Señor da Morte, sin conseguir aún preguntar por las 5000 espurias.

—¡Claro, Crucius! Seguro que un mercado conducido a punta de pistola por las Autoridades, con los precios y salarios que ellos marquen, puede funcionar muy bien si establecen unos importes razonables. Y seguro que también hay espacio para los banqueros. Mira tú, a lo mejor como todos pensáis que lo del crédito y el consumo es muy bueno,

quisieran obligaros también a prestar vuestro propio dinero a intereses muy bajos. Supongo que si alguno, como pudieras ser tú, cerrara entonces el banco por no querer prestar su propio dinero, estaría perfecto que le amenazaran con el lát... con la cárcel para que volviera a trabajar bajo sus condiciones.

—Con el látigo, puedes decirlo si quieres —repuso Crucius, que había visto cómo la mujer titubeaba.

—Lo siento... —dijo ella, abrazándole y acariciando su espalda—. Solo quería decir que son los vendedores y compradores los que deberían negociar el precio de los bienes. El Gobierno podría imponerlos demasiado altos para quien compra o demasiado bajos para quien vende. Es la gente la que debe llegar a un acuerdo, y el Gobierno no debería ni existir.

—No te preocupes, Ihanet... —respondió él, refiriéndose a sus disculpas por la mención del látigo, para no entrar al trapo con lo otro—. Eehhh... ¿Recuerdas lo que me dijiste después de que me empujasen a las...? Bueno... hace una semana... que dijiste...

—Cálmate, Crucius, ¿qué sucede? —preguntó la mujer, besando su cuello ahora empapado de sudor.

—Que... bueno... que quería pedirte un favor... Algo de beber, que estoy deshidratado.

—Sí, ya lo noto. Te traeré limonada —respondió Ihanet, pensando en algo con azúcar para que no se le desmayase encima—. Y ya de paso te traeré algunos huevos para que te los lleses.

La mujer se fue, y el banquero se quedó solo en la estancia con su nudo en la garganta y con sus miedos, intentando no pensar en la aterradora posibilidad de que se negara a rescatarlo de la horca, ya que el Gobierno y el Banco de Escornia no lo hacían. Ni siquiera había sido capaz de pedirle el dinero, y no se veía con fuerzas para hacerlo. Para colmo la había hecho levantarse, y ahora ya tampoco podía contar con sus caricias, el único consuelo que la mujer se dignaba a concederle, tal vez para saciar su última voluntad antes de la muerte.

De pronto, la mirada de Crucius buceó hacia la trampa de İhanet, donde hacía ya cinco largos meses había encontrado el barco hundido donde la ladrona pirata escondía sus enigmáticos tesoros. Y, al igual que hizo aquella vez mientras la joven le traía un vaso de limonada, Mr. da Morte avanzó del mismo modo hacia el arcón de los secretos prohibidos y lo abrió sigilosamente. Quizá esperaba encontrar las 5000 espurias que algo le decía que la mujer no le daría pese a habérselas prometido, o una carta de amor a medias donde le suplicase perdón por todo el daño que le había hecho, o simplemente la caricia del polvo y de esa culpa que sentía por querer descifrar el alma de la joven sin su permiso. Pero donde la primera vez encontró un mundo oculto e inexplorado de sabiduría y manuscritos antiguos vetados a su curiosa mirada, ahora solo halló la Biblia y otros libros ordinarios.

De aquel libro forrado de hojas muertas y pétalos marchitos que el banquero encontró durante su primer registro a la trampa, no quedaba ni rastro. Recordó que entonces se llevó la Cruz Roja esperando que encajara en la hendidura de la maleta, del mismo modo que encajaba en el símbolo de la cruz que también tenía el extraño libro de İhanet. En aquella ocasión, ella le pilló infraganti mientras hurgaba entre las antiquísimas reliquias de sus antepasados brujos y entre sus recuerdos clandestinos. Pero esta vez, para cuando la joven volvió de la cocina, él ya la estaba esperando en la silla. Al no haber encontrado nada de valor, enseguida se desvaneció toda la culpa que sentía por haber abierto un cofre encantado que ya no tenía monstruos ni hadas que liberar. Sin saber por qué, en cuanto vio aparecer a İhanet se levantó rápidamente, quizá para disimular y recibirla como un caballero o tal vez solo para llegar de nuevo junto a ella lo antes posible.

—Te he traído algunos huevos y tomates... no es gran cosa, pero te servirá para apañarte al menos hasta mañana —dijo ella, entregándole la cesta con una caricia.

—No te preocupes... Está perfecto así, de todos modos tampoco creo que vaya a necesitar más... —balbuceó, dejándola encima de la silla.

İhanet le abrazó, sabiendo por dónde iba. Crucius permaneció frío e inmóvil como una estatua de hielo negro a punto de cobrar vida y derretirse por la sal de sus lágrimas.

—Quizá no viva hasta mañana... ¿sabes? —añadió el banquero con un hilo de voz, temblando rígido en los brazos de la mujer.

No la abrazaba porque de algún modo conocía cuál sería su respuesta y, aunque se moría de ganas, no quería rebajarse hasta el punto de devolverle los besos a Judas.

—Lo siento, Crucius... Yo no puedo darte las 5000 espurias —dijo İhanet, confirmando su traición.

Por el temblor de su voz parecía que realmente lo sentía, pero para Mr. da Morte eso no era suficiente. Se las había prometido en un momento de máximo sufrimiento, en el que nadie con un mínimo de dignidad se atrevería a prometer algo que luego no pudiera cumplir. El banquero ya no sabía si es que İhanet carecía incluso de esa mínima dignidad, o si es que se las había prometido sin tenerlas, viéndole tan destrozado y malherido que solo quiso ofrecerle ese consuelo.

—¿Las tienes? —preguntó, mirándola a los ojos.

—No, Crucius, no las tengo —respondió ella, con la vista clavada en el suelo.

—Vale, no me las quieres dar... —confirmó, sabiendo que le estaba mintiendo—. Está bien... será mejor que me vaya... Está claro que no te importo lo más mínimo... ya no hago nada aquí...

Mr. da Morte se dio la vuelta, a punto de llorar y de alejarse para siempre de aquel cementerio de promesas rotas.

—Crucius —le llamó İhanet, haciendo que se girara con la ilusión de un banquero por el que, hasta ese día, nadie había dado un duro—. Lo lamento muchísimo... ¿no hay nadie que te las pueda prestar... tus padres...?

Y seguían sin darlo.

—No —respondió secamente.

Sus padres, que habían guardado durante años los escasos ahorros de toda una vida en el banco de su hijo, difícil-

mente podrían prestarle un dinero que ahora se encontraba en manos de Nephysto. Cuando Crucius puso en marcha la exitosa *estafa piramidal* hacía ya cinco meses, ellos se limitaron a admirarle y a bendecirle por unos extraordinarios beneficios de los que en ningún momento pretendieron formar parte. Querían todo lo mejor para su hijo, y que todo lo que ganase fuera para él. A pesar de ver al resto de la gente renovando sus *depósitos a la vista* para cobrar intereses, ellos mantuvieron su contrato, sospechando que si lo cambiaban perjudicarían a su hijo, y que el dinero que gasasen sería el mismo dinero que él perdiese.

Cuando dos meses después la *estafa piramidal* cayó por su propio peso, los granjeros se sacrificaron y mantuvieron en el banco unos ahorros que en realidad estaban en manos de Nephysto, mientras que el resto de la gente corría a retirar los suyos. Tampoco denunciaron la pérdida de su dinero, que poco podía importarles si lo comparaban con la pérdida de su hijo. El hecho de que finalmente su deuda ascendiera a 30000 espurias —las cuales incluían las 5000 espurias de sus padres—, sin duda no se debía a que ellos le denunciaran; sino a algún otro motivo que Mr. da Morte desconocía. Y el hecho de que no asistieran a prácticamente ningún juicio se debía a que no soportaban contemplarle en aquella terrible situación, y a que él evitaba de cualquier manera cruzarse con ellos. Pensaban que Crucius no quería verlos, pues llevaba dos meses sin pasar por casa y, cuando ellos habían ido al banco para abrazarle, no les había abierto la puerta.

El Señor da Morte no creía merecer el amor de unos padres a los que había robado y vendido dos veces. La primera, cuando entregó su dinero (junto con el del resto de sus clientes) a Nephysto. Y la segunda cuando, sintiéndose invadido y acorralado por toda la gente que quería sacar sus ahorros del banco, le faltó valor para retener la cantidad que correspondía a sus padres... cuando sí resguardó las 5000 espurias de Nephysto (que en el día presente aún se hallaban en el interior de su maleta dentro del ataúd), precisamente porque le faltó valor para entregarlas.

—No sabes cuánto siento no poder darte el dinero... — repitió la joven, obligándole a coger otra vez la bolsa de comida como si con ella pudiera salvarlo de la muerte.

Aunque quizá la mujer creyera precisamente eso, que le perdonarían si en lugar del dinero ofrecía aquella cesta, y que se conformarían con tirarle los huevos y los tomates a la cara. Pero Crucius sabía que no sería así por lo que, indignado al ver que le devolvía la bolsa de alimentos en vez de las 5000 espurias que necesitaba, rechazó aquel zurrón en el que lo más parecido a ellas podrían ser unas monedas de chocolate.

—No finjas, sé que te da igual.

La mujer intentó abrazarlo y él, que no se sentía merecedor de la compasión de Membrillo ni del amor de sus padres tras haberlos traicionado, no entendió cómo ella se atrevía siquiera a acercarse.

—Eso no es cierto, Crucius —repuso la joven, abrazándolo a pesar de su negativa—. Si entregándote ese dinero salvase tu vida lo haría, pero el dinero que debes no es tu mayor problema —soltó de repente.

—¿Qué? —acertó a preguntar él, soltándose bruscamente.

Tras varios segundos de silencio, por fin İhanet habló, con tal urgencia que al banquero se le encogieron las entrañas.

—¡Huye del país, Crucius, te lo suplico! Tanto si devuelves el dinero hoy como si no, es la única oportunidad que tienes de salvarte.

—¿Qué? —repitió aterrado.

—Las cosas no han salido como estaban previstas... Lo siento...

—¿Qué cosas...?

—Crucius... Te he metido en un lío muy gordo sin querer... —añadió İhanet, y el banquero estuvo completamente seguro de haber escuchado cómo le temblaba la voz.

—¿Qué cosas? ¿Qué lío? —insistió, apoyándose en el tirador de la puerta al sentir que se desplomaba.

—Tranquilo, Crucius, tranquilo... —susurró Ihanet, abrazando a un banquero que siempre creyó que, mientras no se acabaran, podría seguir escribiendo su historia en los billetes.

Pero de pronto Ihanet le confesaba que no, que le habían manipulado y que todo lo que escribiera sería inútil, porque ella se inventó el abecedario. Entonces Crucius, aún deseando apartarse de los brazos de aquella traidora, comenzó a llorar sobre su hombro sin poder evitarlo.

—Lo siento mucho, Crucius... —susurró la mujer, acariciándole el cuello suavemente.

—¿Pero de qué cojones estás hablando?! ¿¿Vas a decirme qué sucede?! —estalló entonces el Señor da Morte, apartándola de un empujón que casi la tira al suelo.

—Lo lamento, Crucius, no puedo decir más... —respondió ella, dolida y sin poder tampoco levantar la mirada.

—¡Tu hermano y tú me habéis destrozado la vida...! ¡Al menos podrías decirme qué es lo que supuestamente no ha salido según lo previsto, después de haberme robado! —gritó el banquero con la voz desgarrada, sabiendo que al final no moriría por 20000 espurias, sino por 20000 mentiras.

Como tampoco esta vez obtuvo respuesta, cogió la puerta (acordándose de coger también los huevos y los tomates) y, cerrando de un portazo, se marchó de aquella granja en la que nunca hubo —ni habría— sitio para los dos. Varios segundos después, escuchó cómo Ihanet abría de nuevo y le gritaba que ella no había tenido nada que ver con el robo de las 20000 espurias y que huyese de Escornia, mientras él se arrastraba llorando a casa de sus padres.

* * *

La cerradura de la puerta no reconocía su llave y las ventanas estaban tapiadas. Los animales habían desaparecido y no había estrellas en el cielo ni humo en la chimenea. Nadie salió a recibirlo con un abrazo ni asomó la luz de una cara

familiar por ninguna ventana. Las vacas tampoco mugieron dándole la bienvenida a casa, mientras él llamaba desesperadamente a su puerta esperando que de algún modo al final se abriese.

—¡Mamá! ¡Mamá, papá! —gritó asustado, sin saber qué les había pasado y por qué demonios no estaban allí.

Las ventanas y la puerta tapiada indicaban que por algún motivo también habían sido desahuciados, al igual que el resto de ciudadanos a los que una noche habían arrancado del calor de sus cunas para ponerlos a prostituirse en las calles como a niños mayores. Pero las Autoridades solo embargaban la casa a aquellas personas que tenían deudas contraídas, y Crucius desconocía que sus padres estuvieran endeudados. Pensó que al menos no había dentro de la granja nada suyo que debiera estar fuera, tan solo había fuera de la granja algo suyo que debía estar dentro. Sus padres, a los que esquivó cuando un día se cruzó con ellos en un juicio, pensando desde su maldita vanidad que —al igual que el resto de la gente— también le juzgarían; y a los que por su condenado orgullo se negó a esperar y a abrazar el único día que regresó a la granja tras haber entrado en quiebra. Ocurrió hacía más de tres meses interminables, cuando volvió para recoger lo poco que le quedaba allí de valor, y se marchó sin despedirse de lo único que tenía.

Probablemente, y tras quedarse en la calle, habían llamado más de una vez a la puerta del banco buscando refugio; y el Señor da Morte había mantenido cerrada la puerta y el corazón, pensando que ya jamás podría ofrecer nada digno a unos padres a los que había defraudado dos veces... La primera, cometiendo el fraude de entregar sus ahorros a Nephysto; y la segunda con la estafa de su propio nacimiento, hacía ya más de treinta años. En cambio, cuando se presentaron en su banco, sí podría haber hecho algo bueno por ellos, aunque solo hubiese sido ofreciéndoles un hogar. Pero finalmente no solo había desaprovechado esa oportunidad, sino también la de despedirse de ellos antes de morir. Aunque, si ya había tenido tres ocasiones para hacerlo —una

cuando él fue a la granja a por sus cosas, y otras dos en el banco y en el juzgado—, quizá la vida aún le regalase una cuarta para encontrarse con sus padres.

Sin saber qué hacer y aún llorando, intentó entrar en su hogar a empujones, arremetiendo una y otra vez contra la única puerta que jamás había encontrado cerrada. No se detuvo hasta que se hizo daño en el hombro y se desplomó contra el suelo, abatido al haber perdido su único refugio y saber que, esa misma noche, Mâdrid se convertiría en una perrera y él en el perro al que atarían a un poste y pondrían un collar. Volvió a levantarse e intentó una vez más entrar en su casa, pese a lo pequeña que le parecería sin sus padres dentro. Aún así, quería cobijarse en la granja, antes de que la Pobla se transformase en una, y él en el animal al que expondrían desnudo y herido colgando de una cuerda. Últimamente decía el pueblo que todos los banqueros eran unos cerdos, y así le tratarían.

Al final, temblando de frío y sin saber qué hacer, se encaminó de nuevo hacia el banco. Allí al menos podría cocinar alguno de los huevos que se había llevado de la granja de Ìhanet... y desear que sus padres volviesen a llamar a su puerta para compartirlos. O si no Membrillo, o cualquier otra persona (aunque solo se le ocurría el anciano) que tras la quiebra aún le hubiese tratado como a un ser humano, y no como a uno de esos cerdos de porcelana barata y sucia que para recuperar el dinero guardado hubiera que romper contra el suelo.

Comenzó a llover. Los ríos de agua arrastraron sus lágrimas y enseguida el campo se convirtió en un lodazal de penas y espejos mojados. Avanzó sobre el barro, dejando que la lluvia besase sus mejillas y borrara las huellas de un caminante perdido. Cuando llegó de nuevo a la ciudad de cartón, algunas chabolas improvisadas ya navegaban calle abajo esperando el abordaje de los gitanos. La gente se hacinaba bajo los tejados y los portales creyéndose en un barquito de belén, y llorando la pérdida de sus pesebres de vela. Los banqueros, acostumbrados a que el oro les

cayera del cielo durante los últimos meses, contemplaban cómo ahora se derretían en sus manos esos billetes que ya no valían nada. Pero a pesar del temporal, Crucius vio que había muchas personas tiradas en el suelo, durmiendo bajo el manto de lluvia.

Y entre ellos distinguió a sus padres.

Mr. da Morte corrió hacia ellos y se arrodillo a su lado, tumbándose prácticamente encima para cubrirlos con su propio cuerpo. Cuando vieron y sintieron a su hijo, se levantaron como si el sol los estuviera acariciando solo a ellos en mitad de aquella tormenta. Le abrazaron y le besaron sabiendo que probablemente era la última vez que lo harían, y le dijeron cuánto le querían. Crucius les pidió perdón por no haber podido devolverles su dinero, y ellos respondieron que solo le habían pedido al cielo que les devolviera a su hijo. Les preguntó por qué no seguían viviendo en la granja, entre lágrimas ocultas por la lluvia, y una voz temblorosa que nada podía ocultar. Sus padres le explicaron entonces que, al igual que él, se habían confiado al tomar prestado un dinero que más tarde comprendieron que no podían devolver.

En su caso habían pedido crédito en un banco, incitados por el enriquecimiento repentino y la alegría de todos sus vecinos que, desde que habían recibido préstamos para invertir en sus oficios, parecían ser mucho más felices. No lo pidieron en el banco del Señor da Morte porque el banco de su hijo era sagrado y lo utilizaban solo para guardar el dinero, nunca para sacarlo. Utilizaron el crédito para comprar más animales, para hacer crecer ese proyecto del que llevaban alimentándose toda la vida, y que terminaría devorándolos a ellos. Inicialmente todo fue muy bien, mientras aún se conformaban con que las vacas dieran la leche, las gallinas dieran los huevos, y los huevos y la leche dieran el dinero. Pero las cosas se torcieron cuando empezaron a pedirle a las vacas y las gallinas que les diesen el dinero directamente.

Todo empezó cuando, en una época de crédito fácil donde aún no habían subido los precios, decidieron pedir un

préstamo de 2000 espurias al banco para comprar dos vacas y dos gallinas, a las que cuidaban tan bien como a sí mismos, esperando que un día pudieran darles de comer. Cuando ese día por fin llegó, y el pueblo vio que los productos que vendían aquellos granjeros eran de la mejor calidad, renació también la mejor cualidad de sus gentes, que de pronto se volvieron muy amables. Así, los comerciantes que vivían cuatro calles más arriba empezaron a apiñarse en la granja esperando que les vendieran el queso a precio de vecino, los vecinos se agolparon en la puerta con la esperanza de comprar algunos huevos a precio de amigo, y estos últimos con ilusión de que se los regalasen. Cualquier negocio iba bien cuando se promocionaba con el boca a boca, y éste la gente lo difundía para alimentar la de sus hijos y cerrar la de muchos vendedores charlatanes, cuya leche se agriaba por la envidia.

Los granjeros, acostumbrados a poner al mal tiempo buena cara y a silenciar a palos su estómago, se vieron de pronto desbordados por unos alimentos que, rebasando ya la capacidad del mueble, acabaron con él y con el propio conformismo de aquella pareja que al fin podría poner al mal tiempo buena cena, y silenciar con platos su estómago. Pero tantos bienes que sobraban no tardarían en empezar a pudrirse, y enseguida se les ocurrió bajar los precios de sus manjares, con la idea de venderlos todos antes de que se los comiera el verano. Terminaron regalándoselos a precios ridículos a niños y mayores y, aunque la mesa se convirtió en un circo de pan y risas donde ellos debían ser los payasos con rostros de sal y harina, los estantes y los propios granjeros continuaban llenos de alegría. De este modo, con los ánimos y armarios por las nubes, llegaron a la conclusión de que podían permitirse vender la mitad de los animales sin por ello tener que volver a pasar hambre.

Así lo hicieron, y consiguieron venderlos por bastante más de lo que los compraron, de modo que devolvieron al banco el crédito de 2000 espurias más los intereses, y aún obtuvieron grandes beneficios. Se dieron cuenta entonces

de que algo tan sencillo como comprar barato y vender caro les había servido para ganarse un dinero y, tal vez, para ganarse a su hijo, que al fin los miraría con orgullo. Volvieron al banco y, si bien la primera vez pidieron un préstamo de 2000 espurias, en esta ocasión se permitieron pedir uno de 4000. Al fin y al cabo, si la operación les salía mal siempre podían recurrir a las 5000 espurias que tenían *depositadas a la vista* en el banco de su hijo, y devolver con ellas el préstamo más los intereses. En esta ocasión, el crédito les sirvió para comprar cuatro vacas, un cerdo y dos gallinas pero, cuando intentaron vender los animales, nadie quiso comprar lo que ofrecían unos miserables «especuladores». Ellos no sabían qué podía significar aquella palabra, solo recordaban haberla oído en referencia despectiva hacia algún que otro banquero u hombre de negocios. Aunque, puesto que su hijo era un banquero y un hombre de negocios, y eso de «especular» lo hacían los banqueros, no podían ni siquiera plantearse que pudiera tratarse de algo malo... porque Crucius era un hombre bueno, y ellos también.

El caso es que a sus vecinos no se lo parecían, y los granjeros no podían entender qué había de malo en ganar dinero vendiendo lo que compraban. A fin de cuentas, si ellos no hubieran comprado en otro pueblo esos animales para poder vendérselos a sus vecinos, estos podrían comprar cuatro vacas, un cerdo y dos gallinas menos, de modo que al reducirse la oferta en el barrio, tendrían que pagar un precio más alto por esos animales... ¿Entonces, por qué les culpaban a los granjeros de que aumentasen los precios, si lo que hacían era elevar la oferta en su propio barrio? Ellos no lo sabían, pero seguro que su hijo sí. Le preguntarían a Crucius y él, que era muy bueno e inteligente, seguro que les explicaba qué estaban haciendo mal, para poder corregirlo y dejar de sentirse como unos ladrones.

Pero su hijo no aparecía por la granja, y a los pocos días los granjeros empezaron a escuchar que le llamaban estafador a él también. Algunos vecinos, furiosos con Crucius (que no les devolvía sus depósitos) y con los granjeros, se

alieron para reventarles una noche las puertas del granero y del cobertizo. Les robaron los animales y, con el dinero que consiguieron tras las ventas de los pocos que no devoraron con rabia, efectuaron *depósitos a la vista* en bancos que ofrecían mayores intereses que el del Señor da Morte. Mientras la alegría, el consumo y el crédito fácil duraron, el barrio lo celebró con banquetes cada día. Los granjeros, en cambio, solo se comían los nervios pensando en el modo de devolver el préstamo de 4000 espurias que le pidieron al banco. No querían sacar los ahorros del banco de su hijo porque, de algún modo, intuyeron que estaba pasando por un momento muy difícil y que necesitaba ese dinero. Como no podía ser de otro modo, al final se sacrificaron y se limitaron a denunciar en comisaría el robo de los animales, intentando recuperarlos. Pero el Inspector Papus, cuando las víctimas de un robo resultaban ser los mismos desgraciados que jugaban y especulaban con la comida (su comida), tenía aún menos prisa que de costumbre.

Todo cambió cuando, de la noche a la mañana, los banqueros dejaron de prestar dinero y empezaron a exigir la devolución del dinero prestado. A la escasez de crédito se le sumaba además que los precios se habían multiplicado durante las últimas semanas, y que con las 2 espurias que antes comprabas una barra de pan, ahora no te daban ni una migaja. Por si fuera poco, la mayoría de los mercados se encontraban sin suministros, y habían cerrado. La oferta de alimentos era muy reducida y por lo tanto los precios se habían disparado casi tanto como el hambre. En esta situación, tanto a Papus (que ya llevaba en régimen de subsistencia más tiempo del que podía resistir) como al resto del barrio solo se les ocurría una solución.

Llamaron a la puerta de los granjeros con la sonrisa angelical de quien no ha roto un plato en la vida, aunque tampoco es que tuviesen muchos que romper. Los granjeros tampoco tenían, precisamente porque algunos de sus vecinos se los robaron, con el apoyo del resto. Si bien en aquel momento el barrio aplaudió a los ladrones como a héroes, ahora sin-

tieron el asalto como si hubiera sido en sus propias casas. Se dieron cuenta de que si los granjeros aún mantuvieran la propiedad de las vacas y gallinas que compraron, ahora podrían venderles su leche y sus huevos. Incluso podrían haberles acercado algo de comida a sus casas, tal y como antiguamente hacían con la carne que no se vendía, antes de que el pueblo empezase a escupírsela a la cara. A partir de entonces, los granjeros la dejaban envuelta en la calle por si alguien quería cogerla, pues les daba pena tirar algo que otras personas pudieran necesitar. Pero ya no se molestaban en llevarla hasta ninguna puerta, cansados de ser tildados de ladrones por unos padres que castigaban a sus hijos si les veían aceptando los dulces que ellos les regalaban. No entendían que les llamasen egoístas los mismos vecinos que cuando les sobraba comida orinaban sobre ella para que nadie la cogiera, incapaces de ver a otros comiéndose su dinero.

Ahora, en cambio, los vecinos aceptarían esos mismos alimentos llenos de orines, incluso teniendo que pagar por ellos. Ya no les importaba si se los vendían unos especuladores o el mismísimo Diablo, lo único importante era que alguien les vendiese algo de comer, cuando nadie lo tenía. Y desearon que durante el siguiente periodo de escasez no solo hubiera dos granjeros especuladores, sino cien, o más. Porque, al haber muchas personas dedicándose a almacenar comida mientras el resto del pueblo la consumía sin cuidado, en momentos de necesidad esta gente podría vender lo que había ido guardando hasta entonces. Y, habiendo muchos especuladores esperando a vender los alimentos acumulados, cada uno tendría que bajar el precio para que su oferta resultase la más tentadora.

Los granjeros se encogieron de hombros, dando a entender a sus vecinos que no tenían comida ni para ellos mismos. Igualmente se encogían de hombros los niños famélicos, que no entendían por qué sus padres les llevaban allí, cuando hacía pocas semanas les habían prohibido acercarse. Y, finalmente, lo hacían los propios aldeanos, que tenían que

irse de allí con las manos vacías, agarrando las de sus hijos. Aunque al menos ellos tenían manos que agarrar, porque los granjeros no pudieron coger la de Crucius, ni siquiera cuando se enteraron de que iban a juzgarlo por estafa y por delito de apropiación indebida, y de que mucha gente quería matarlo.

Cuando les embargaron la granja y les pusieron en la calle les pareció indignante la facilidad de los agentes para echarles de casa, cuando ninguno de ellos se movió de la suya para investigar el robo de los animales. Entendieron que era injusto, pero supusieron que también lo era para el banquero que les había prestado su dinero, y que seguramente también tendría deudas que pagar, pues por aquel entonces todos las tenían. En su ingenuidad, los granjeros no llegaron a pensar que el banquero no les había prestado su propio dinero, sino el dinero de algún cliente. A ellos les habían enseñado de pequeños que no se prestan o se regalan las cosas de los demás sin su permiso, que solo puedes prestar o regalar tus propias cosas. Crucius, por ejemplo, seguro que no iba por ahí prestando ni regalando el dinero de sus clientes sin su consentimiento, y que si alguna vez lo hizo y por eso querían juzgarle, tuvo que tener un buen motivo.

Al principio no se pararon a pensar si hubieran aceptado ellos ese crédito de haber sabido que estaban recibiendo el dinero de otros clientes. Pero cuando se lo plantearon se dieron cuenta de que —al igual que casi cualquier persona— también ellos habrían hecho la vista gorda y lo habrían aceptado, por mucho que supieran que no debían coger lo que no es suyo. Y es que, el ser humano no quiere robarle a otro con sus propias manos, pero no suele importarle que otro lo haga y le entregue el botín. Del mismo modo, tampoco quiere comprar cosas o especular con su propio dinero, pero no le preocupa hacerlo con el de los demás.

Los granjeros, al aceptar aquel préstamo, habían especulado con el dinero de otras personas, y simplemente lo habían perdido, al no conseguir vender los animales —que

les habían robado— más caros de los que los compraron. Probablemente, la gente cuyo dinero había sido prestado a cambio de un certificado que ya no valía nada, quería matar ahora al banquero que no se lo devolvía, igual que muchas personas pretendían matar a Crucius. Pero los granjeros querían a su hijo más que a nada en el mundo, y no les cabía en la cabeza que alguien deseara destruir lo más grande que habían hecho en la vida. Además, pensaban que ellos mismos, después de haber arriesgado el dinero de los demás, tampoco eran nadie para reprocharle nada a su hijo, y que el resto del mundo era aún menos que eso. A fin de cuentas, todos se habían equivocado tanto como los propios banqueros. Si la gente no hubiera deseado recibir prácticamente gratis el dinero que otras personas depositaban *a la vista*, los banqueros no lo habrían prestado. Ellos solo se limitaron a dar al pueblo lo que pedía, por lo que no eran culpables de nada. No entendían que su hijo, que era un hombre bueno cuyo único error había sido dar un dinero y un amor que nunca recibiría de vuelta, tuviera que cargar con la culpa de toda la ciudad.

Crucius, al verlos sufrir por él, les abrazó y les dijo que les quería, sabiendo que quizá no tendría muchas más oportunidades de hacerlo. Les suplicó que se quedaran esa noche en el banco porque, al estar allí con él, todos podrían sentirse como en esa granja en la que habían vivido juntos durante tantos años. No se atrevió a decirles que los necesitaba junto a él, como cuando era pequeño, para no asustarse tanto si los hombres del saco entraban en su habitación para llevárselo. Tan solo comentó que no quería dejarlos en la calle rodeados de tanta gente a la que el hambre podía volver peligrosa aunque, en realidad, era él quien no quería dormir solo en el prostíbulo. Además, solo ellos tenían el poder de transformar aquel banco donde se estafaba a las personas en otro donde se cuidase de ellas. Pero pese a su insistencia, le respondieron que ninguno de los tres dormiría en el banco aquella noche. Que a ellos no les importaba quedarse en la calle, esperando hasta que

les devolvieran la granja; que lo único que les importaba era que él viviera, y volver a verle algún día. Le hicieron prometer que no se quedaría sentado esperando a que lo matasen, sino que intentaría salir de aquel país en el que no cabía alguien tan grande como él.

Crucius se lo prometió, y les dijo que en cuanto pudiera les escribiría, callándose lo remota que le parecía la posibilidad de salir de aquel país con vida. Les hizo prometer, a su vez, que si él no conseguía huir y a ellos no les devolvían la granja se quedarían con el banco, aunque ellos habrían preferido quedarse con su hijo al menos durante esa noche, para asegurarse de que conseguía escapar. Pero aceptaron su voluntad, sabiendo que aunque lo desearan no podían acompañarle durante la huida. Como último regalo Crucius les dio un beso, y la cesta con huevos y tomates que le había entregado Ihanet. Si la hubiera tenido, les habría ofrecido también una copia de las llaves del banco y de esas cajas fuertes que debieron guardar ellos en la granja. A fin de cuentas, él sabía que casi la cuarta parte del antiguo dinero de aquellas cajas pertenecía a los ahorros de sus padres; los verdaderos accionistas de todas sus locuras. Al final, y aunque obviamente ellos no le denunciaron por la pérdida de su dinero, sí lo hizo el banco al que debían el crédito.

Tras efectuarse el desahucio, las autoridades pertinentes registraron la granja y embargaron algunos bienes, tales como el *certificado de depósito* que los granjeros tenían contratado en el banco de su hijo. Puesto que no parecían muy proclives a reclamar su dinero, y a su vez ellos debían 4000 espurias a otro banquero, el Juzgado determinó que éste se quedara con el *certificado de depósito*, y que así Crucius le pagara directamente al banco el importe de la deuda. Por eso al final ascendió a 30000 espurias y se le condenó a reponer también las 5000 que correspondían al depósito de sus padres, aunque estos no le hubiesen denunciado.

Antes de marcharse se dejó abrazar durante un buen rato y, tras prometerles una vez más que no dejaría de escribirles, volvió él solo al único hogar que le quedaba. Por

el camino fue siguiendo el rastro de lágrimas que dejó para no perderse, al no tener pan ni monedas para echar, ni unos padres que le fueran señalando la ruta mientras volvían juntos a casa. Una vez allí, cogió el frasco de alcohol que le regaló Ihanet y volvió a marcharse. Sabía que esa misma noche la muerte llamaría a su puerta, pero él —tal y como había prometido— no la esperaría durmiendo ni le haría un hueco en la cama. Y si la justicia quería ejecutarlo él se encargaría de que, en caso de que no lograra escapar, los verdaderos culpables le acompañaran al Infierno.

* * *

El Rincón de Retido se estaba quemando.

Era, como todas las noches, un hervidero de pobres donde la presencia de los ricos levantaba ampollas. Sobre todo entre los banqueros que, tras perder sus dientes de oro, se ahogaban entre lágrimas con las migajas de su fortuna. Día tras día, sufrían recordando que en el pasado eran personas admiradas y temidas, hombres con un plato y una responsabilidad en la mesa. El pueblo no solo les masticaba la comida, sino que se ponía de babero para que ellos no se mancharan el traje. Ahora en cambio se dedicaban a cruzar sobre el fuego descalzos, consumiéndose en las cenizas de su antigua gloria, y Mr. da Morte lo sabía. Pero él, después de lo que le habían hecho, tenía muy claro que todos ellos merecían morir.

Y quería venganza.

Avanzó sigilosamente en la oscuridad de la noche, embozado en su negra capa de odio, y ya cerca de la taberna se escondió tras unos helechos. Desde allí por fin tenía a tiro al vigilante que, ciego al sufrimiento de los heridos, no veía más allá de las monedas con las que les acuñaban la piel. De pronto, una bala certera terminó de cerrar los ojos de aquel guardián del fuego que jamás lo había tocado. Crucius se guardó el revólver bajo la capa y, cerciorándose

de que no había nadie más, emergió de los helechos. Ya junto al cadáver, se agachó a su lado y comenzó a hurgar en los bolsillos, dispuesto a privarlo de la única pistola con la que aún podrían haberlo contratado en el Infierno.

Al abrir el cargador y verlo casi vacío, todavía le sorprendió que un tabernero —por muy tacaño que fuera— pudiera dar a sus comensales jarras con un solo hielo, y sus vigilantes pistolas con una sola bala. Tras comprobar que efectivamente no tenía más, abandonó el revólver en el suelo y recargó el suyo propio, dejándolo con una bala otra vez. Al llegar al Rincón de Retido se asomó de puntillas por una de las pequeñas ventanas para asegurarse de que İhanet o alguna otra persona importante en su vida no se hallase entre los mendigos. Pero, como de costumbre, solo estaban los taberneros, los borrachos, la sangre, y aquel crepitante suelo de estrellas que seguían brillando aún más que las del cielo. Al volver a verlas, al banquero le dolió tanto que tuvo que cerrar los ojos. Si alguien le hubiese descubierto entonces, habría podido contemplar la cara rota de una moneda devaluada por las lágrimas.

El Señor da Morte volvió a ocultarse rápidamente, evitando que le sorprendieran aquellos hombres de hielo y vino en las venas. No quería que, de nuevo, le hiciesen sufrir tanto como para olvidar que una vez fue un banquero con un enorme corazón de oro que, con tantos palos y decepciones, habían reducido a una pepita. Comenzó a buscarlo entre los escombros del perdón, y regresó con una barra de madera con la que atrancó directamente la puerta. Retrocedió varios metros y extrajo de entre sus ropajes el frasco de alcohol que le entregó İhanet, sujetándolo con tal ira que casi se resquebraja entre sus convulsos dedos. Sin pensarlo dos veces, cogió impulso y lo arrojó por una ventana abierta, haciendo que volara sobre la cabeza de Retido y todos sus clientes como un mensaje en botella que quisiera avisarles de su muerte. Tras varios instantes que al Señor da Morte se le hicieron eternos, el frasco de cristal se estrelló contra las brasas derramando una única bocanada

de alcohol mientras algunos clientes, en el rincón de llorar, vomitaban las últimas copas de su vida.

El frasco se rompió en mil pedazos y el fuego lamió todo el alcohol directamente del suelo, junto con esos banqueros que ya no tenían dinero ni para pagarlo. Las terribles llamaradas de calor salieron entonces por las ventanas mientras Mr. da Morte se arrojaba a tierra ante un fuego que amenazaba con volver a devorarlo. Con los brazos sobre la cabeza, intentó protegerla de la lluvia de alaridos y cenizas que, sin querer, dejó escapar durante más de un minuto aquella taberna que se quemaba. Ningún mendigo borracho consiguió derribar la puerta, por lo que murieron derramando sus últimas lágrimas de alcohol sobre una cuenta que, para variar, solo sería papel mojado. Decenas de brazos calcinados dejaron de agitarse y colgaron inertes de las ventanas abiertas, cuyo tamaño solo permitía el paso del humo y el de un último adiós que jamás salió de allí, pues ningún banquero tenía quien le amase ni nadie de quien despedirse.

El Señor da Morte se arrastró varios metros por el suelo y, una vez seguro, comenzó a llorar sin saber muy bien por qué, pues al fin había hecho justicia. Sabía que aquellos hombres lo merecían, pues el hecho de que vieran sangrando sus bolsillos no les dio derecho a hacerle sangrar a él. A fin de cuentas, se habían arruinado imitándole bajo su propia elección. Pero aún así, él necesitaba que alguien lo absolviera con un beso y llorara convencido sobre sus heridas, sabiendo que no era malo sólo por haber asesinado a los que se las hacían. Se sentía como un niño castigado en un rincón, sin nadie que fuese a abrazarlo a pesar de haberse enfrentado a todos los banqueros, esos monstruos de las galletas amarillas que le asustaron, y le hicieron daño aquella noche.

En cualquier caso él estaba convencido de su inocencia, pero le preocupaba que, si alguien sobrevivía para contarle, su bello rostro de oro depreciado por la tristeza fuera depreciado en todo el pueblo, si es que no lo era ya. Entonces recordó que su muerte estaba anunciada para esa misma noche y, ante una perspectiva así, poco podía importarle

si el pueblo reía o lloraba en su tumba. Solo sabía que a la decena de mendigos a los que acababa de matar les caerían por primera vez monedas en vez de escupitajos y que, al medio centenar de banqueros a los que había asesinado, les llevarían al cementerio cuchillos en lugar de flores.

De pronto escuchó las voces de varios espontáneos que habían visto el incendio y se acercaban corriendo. El Señor da Morte se levantó y corrió a su vez a esconderse tras los helechos, mientras los aldeanos que iban llegando a la taberna fingían estar muy concentrados en rescatar de las llamas a algún banquero moribundo que se inventase una herencia en un último suspiro. Pero nadie se atrevió a cruzar la puerta, ni descubrió una forma de apagar aquel fuego que, estando tan caliente como el sol, quería ser tan alto como la luna. Mientras los aldeanos trataban de sofocar el incendio que les había sacado de la cama, Crucius corrió hasta internarse en el bosque, sin saber si alguien le habría visto. Por fin a salvo, se dio la vuelta para contemplar a través de sus lágrimas cómo ardía aquella maldita taberna borracha de sangre, sabiendo que esa noche acababa de cobrarse a sus últimas víctimas.

Desde la lejanía, aquel incendio parecía la corona roja de un Dios de madera, que en cualquier caso ya no duraría demasiado sobre su miserable cabeza. El Señor da Morte sabía que debía darse prisa aunque ya le doliese el costado de tanto correr, por lo que continuó avanzando hacia el banco. Necesitaba recoger cuanto antes la maleta con las 5000 espurias de Nephysto y las 15000 espurias que le entregaron por asesinar al Juez Huertaz; para intentar llegar a Françibell saltando una frontera que solo existía para los pobres. Sabía que, en caso de que le pillasen, con aquel dinero podría mover montañas y barreras en un mundo donde las monedas entraban y salían de los países a su antojo; pero no las personas.

De repente, y ya muy cerca del banco, Crucius distinguió una silueta en la oscuridad, por lo que sacó la pistola y corrió a esconderse tras una roca. Fuese quien fuese, parecía muy

nervioso; como si hubiera igualado a Mr. da Morte en sus deudas, y también quisieran ahorcarlo con otra medalla al déficit más alto sobre el podio de la plaza. Pero en cuanto el hombre abrió la boca, el banquero reconoció su voz al instante, y obviamente supo que los temores de aquel tipo eran otros.

Se trataba de Nephysto.

—¡Inspector Papus... ¿Es usted?! —gritó el Noble al intuir la presencia de alguien, y el Señor da Morte supo inmediatamente que se trataba de la suya.

Por el débil balbuceo de su llamada, confirmó que estaba muerto de miedo y que Ababolio y Bubastos no estaban con él. Ante su evidente desamparo, Crucius no quiso desperdiciar su última bala con aquella alimaña tan miserable. Si bien el Conde siempre necesitó que otras personas inmovilizaran e hirieran a sus víctimas, Mr. da Morte estaba convencido de que él podía matarlo con sus propias manos. Tras descargar la pistola, la guardó de nuevo y cogió el cuchillo, decidido a hundirlo en el pecho de aquel Noble que, con todo el peso y el filo de sus diamantes, mandó azotar una piel que no estaba hecha para las joyas. Pero si bien Nephysto y el Juez Huertaz pulieron a latigazos la delicada perla en la que se fijó su mujer, Crucius no dejaría marchar al verdadero responsable de su sufrimiento sin ver cómo a él le brotaban de los ojos.

Además, recordaba que Ihanet intentó avisarle de que, sin querer, ella le había metido en un lío muy gordo. No podía quitarse de la cabeza la angustia con la que le dijo que al final solo conseguiría salvarse huyendo del país. Y, de algún modo, estaba completamente seguro de que aquella advertencia estaba relacionada con Nephysto, por lo que si le mataba ya tendría un problema menos.

—¡¿Inspector Papus...?! —preguntó de nuevo Nephysto, desenfundando temeroso su pistola—. ¿Hay alguien ahí...?

Crucius, que ya había decidido que en su caso no utilizaría la suya, acarició la empuñadura de su cuchillo y esperó a que el Noble se acercara un poco más. Tenía que darse prisa

en matarlo porque, si el Conde había quedado allí con el Inspector para realizar algún tipo de trato o intercambio al margen de la ley, éste tendría que estar a punto de aparecer. Se preguntó por qué Ababolio y Bubastos no se encontraban presentes para, si el rico era asesinado a traición, colocarle dos monedas en los párpados.

El Señor da Morte hizo crujir una rama sin querer.

—¿Inspector...?!

Crucius se acurrucó detrás de la roca. Gracias a su desarrollada vista y a su sensibilidad primaria, con las que detectaría hasta la presencia de un camaleón a distancia, sabía que allí solo estaban el Conde y él.

—¡Sí, aquí estoy...! —respondió el Inspector varios metros a su derecha, antes de que se escuchara el sonido de una ruidosa caída, seguida de un disparo con el que Papus acababa de desperdiciar la última bala de su cargador.

Últimamente siempre lo llevaba al mínimo para quitar peso y ahorrar fuerzas para la comida, porque aunque él estaba en su peso ideal, al cargador sí que le sobraban unos gramos.

¡Lo siento! —se disculpó Papus tras el disparo—. No le habré dado, ¿verdad?

«Casi» —pensó Mr. da Morte, furioso.

—¡Estoy bien! —respondió Nephysto, maldiciendo también al Inspector—. ¡Pero mejor quite el cargador de su pistola, estaremos más seguros!

—¡Lo siento, no puedo hacer eso en horario de servicio...! —exclamó Papus, olvidándose de que el internarse en aquel bosque para recibir un trozo de pierna (o de cualquier cosa comestible) a cambio de ir a recoger una maleta a un banco de por allí cerca, tampoco es que figurase en las obligaciones de su contrato.

—¡Ehm... ¿Dónde está?! ¡No le veo!

—¡Tranquilo, voy hacia usted! —respondió el Inspector, creyéndose de expedición por la jungla africana mientras avanzaba a tientas con la pistola en la mano por si resultara

ser cierta la terrible leyenda de *Pocahontas*, y podía tirársela o mejor comérsela.

—¡Por favor, avance apuntando al suelo!

—¿Y qué pongoooo?! —preguntó Paps, que se estaba desviando cada vez más.

—¡Espere! ¡Creo que se está alejando!

—¡No, no está! ¡Se quedó en comisaría!

—¡Que se está alejando usted, y por eso no me oye! ¡No se mueva, mejor iré hacia usted yo! —gritó Nephysto, avanzando furioso entre las rocas y las zarzas.

El Noble respiró hondo, intentando no pensar en la posibilidad de degollar al Inspector en cuanto lo encontrase. Lo necesitaba vivo para que le acompañara a recoger la maleta, antes de que se llevaran a Crucius para ahorcarlo esa misma noche. Una vez que ejecutaran al Señor da Morte, le resultaría complicado recuperarla al no tener acceso al banco —y mucho menos a los ataúdes y a las cajas fuertes protegidas con contraseña—, pero el Conde no se atrevía a presentarse por allí sin la compañía de Ababolio y Bubastos, que no aparecían por ninguna parte. Los había buscado en sus bares y tugurios habituales, pero nadie los había visto en las últimas semanas. Y el Noble, que acababa de regresar a la Pobla dü Mâdrid hacía varios días, no había tenido tiempo de encontrar a alguien digno de suplantar a sus mercenarios, por lo que tenía que conformarse con aquel desmañado agente.

Nephysto había estado fuera de la Pobla durante cinco meses, en busca de aquel muchacho gâllego por el que se fue hasta Gâlizhia con el único objetivo de atraparlo, y evitar que les siguieran robando a él y a otros Nobles. De haber sabido el Conde que a su regreso no podría contar con sus sicarios habituales, habría vuelto con algunos de los que le acompañaron durante el viaje, y a los que dejó en Françibell con el encargo de encontrar al joven rebelde, que había huido al extranjero al enterarse de que le perseguían. En cualquier caso, ahora Nephysto habría necesitado a sus mercenarios allí, para que le protegieran de las posibles

locuras que el banquero pudiera cometer a tan solo unas horas de su muerte.

De pronto, mientras el Conde caminaba a tientas entre los matorrales, una sombra se abalanzó sobre él. Por un momento pensó que se trataba del Inspector, que le hubiese confundido con un antílope o con cualquier clase de útil para el avituallamiento de su estómago. Pero entonces Nephysto sintió la hoja de un cuchillo presionando su cuello, e instintivamente tensó el percutor. Al oír el chasquido, Crucius le hundió el filo en la garganta lo suficiente como para poder desviar por varios centímetros un tiro que estuvo a punto de agujerear su pie derecho.

Cuando el Señor da Morte sintió aquella bala tan cerca, perdió el escaso control que le quedaba sobre su cuerpo y redujo la presión sin darse cuenta. El Conde aprovechó ese instante para morder la mano de un hombre que, por coger la de una mujer, soltó meses atrás las riendas de su vida. Crucius gritó de dolor y dejó caer un cuchillo que al igual que él sólo necesitaba a alguien que lo llevase a la cama. Al ver que el Noble no se molestaba en intentar recogerlo, sino que tensaba de nuevo el percutor de su pistola, le aprisionó contra su propio cuerpo mientras corría a sujetarle la muñeca. Nephysto, de espaldas a él, intentaba apartar de su cuello herido el brazo izquierdo del Señor da Morte, que lo estaba asfixiando. Viendo que no lo conseguía y que el aire empezaba a ser ya más valioso que todas esas joyas con las que si quería podía hasta comprarlo, empezó a golpear al banquero en las costillas. A medida que el dolor crecía, Crucius apretaba con más fuerza, deseando ahogar a aquel miserable que con cada nuevo golpe le hacía recordar cada uno de los cuarenta latigazos.

Nephysto disparó varias veces más entre forcejeos hasta que, desesperado al quedarse sin munición, pegó a Crucius tal culatazo en las costillas que le hizo doblarse de dolor. Para cuando se repuso, Nephysto también lo había hecho, y los dos se lanzaron sobre el cuchillo. El Señor da Morte lo alcanzó primero y comenzó a avanzar con esa sonrisa

sádica y enferma que Nephysto reconocía en sus propios labios cada vez que cortaba las manos de un ladrón. Y al ver su mirada de loco, el Conde de Alcurnia maldijo entre lágrimas el momento en el que compró al Juez Huertaz con unas monedas que por una vez debió permitir que le robaran. Temblando, retrocedió hasta caer por una pequeña pendiente, viendo desde abajo cómo el Señor da Morte se arrojaba sobre él con aquel cuchillo que, pese a todo, era lo que menos le aterraba del banquero.

Ya en el suelo, Crucius le lanzó una puñalada directa al corazón que el Noble impidió sujetándole la muñeca, pero no pudo evitar que con la otra mano le agarrase otra vez del cuello. Nephysto, con la capa del banquero cayéndole sobre la cara, intentó buscar un palo o una piedra con la que defenderse, mientras Crucius se desprendía del cuchillo para apretarle la garganta con las dos manos, sin compadecerse de sus lágrimas. Al fin y al cabo —pensó—, el Conde jamás las derramaría por otra persona que no fuera él mismo. Hasta que de repente, el Señor da Morte se dio cuenta de que su enemigo no estaba llorando sino riendo y de que, más que la vida, perdía la cordura. No pudo entender qué ocurría hasta que, sorprendido y ya sin tiempo para reaccionar, vio que su propio revólver, el que le entregó el Encapuchado, no lo tenía bajo la capa.

Lo tenía Nephysto entre las manos.

El Noble continuaba riendo, creyéndose de pronto tan poderoso como si en lugar de haberle quitado a Crucius su pistola, le hubiese robado la guadaña a un cielo que ya jamás podría completar su media luna. El Señor da Morte, derrotado, se cubrió el rostro con el brazo en un acto reflejo final, mientras veía a Nephysto apretar el gatillo.

Y, entonces, ya no pudo ver nada más.

Ni siquiera su última bala, que permanecía en el bolsillo de su pantalón, junto al orgullo de vencer con sus propios puños a quien tenía a Ababolio como el izquierdo y a Bumbastos como el derecho. El Señor da Morte recordó entonces que extrajo la bala de su pistola antes de guardársela, al

desear batirse de igual a igual con quien le había tratado como a un esclavo, y con quien solo tenía en común el amor por el dinero. Para cuando Nephysto descubrió que no tenía munición, el banquero ya sostenía un pedrusco que le estrelló contra la cara, hasta que realmente fue el espejo de su alma. Y ni el Inspector Papus, que observaba la escena aterrado y clavado tras unos matorrales, habría sabido decir si del alma de Nephysto, o de la de Crucius.

Convulsionándose y jadeando de la ira, el banquero no paró con la piedra hasta que ya no pudo distinguirla de ese rostro que también deseaba borrar de su memoria. Al minuto se levantó aún temblando y, al darse la vuelta, reconoció los pálidos rasgos de Papus, que toda la sangre a la que estaba acostumbrado provenía de los filetes medio crudos que se comía junto a su propio porvenir. El Inspector —al que por primera vez en su vida se le acababa de quitar el hambre— estaba paralizado, con la mano rozando instintivamente una pistola sin balas que en ningún momento se atrevió a desenfundar. El Señor da Morte se agachó tranquilamente para recoger la suya y guardársela bajo la capa, mientras el agente intentaba correr monte arriba sujetándose un estómago tan grande que apenas le dejaba sitio para el corazón. Crucius sabía que en cuanto llegase a comisaría desplegaría a todos sus agentes para detenerle, por lo que se dirigió rápidamente hacia el banco, abandonando allí el cadáver de un hombre que ya nunca recuperaría su maleta.

Al rato de irse él, aparecieron cuatro ladrones que en sus ratos libres aceptaban encargos de matar a quien fuera a cambio de unas monedas, o asaltaban a los ricos en callejones oscuros. Al ver que ése ya no respiraba, se alegraron de que alguien les hubiera hecho el trabajo sucio. Así, el Noble no podría tratar de huir, como les sucedió un mes atrás con un banquero que salía del juzgado y al que estuvieron persiguiendo por unas calles que al final fueron demasiado largas para ellos, al igual que el cuchillo con el que los enfrentó. Pero en esa ocasión no tuvieron demasiados problemas para desnudar y robar a aquel hombre cuyas exquisitas prendas

les darían de comer durante semanas. Salvo porque, mientras lo desvalijaban de sus tesoros, todos sintieron que el cadáver lloraba y se movía intentando recuperarlos, aunque obviamente era cosa de su imaginación. Tras desnudarle completamente, e ir a guardar su lujoso traje en un saco del que saldría sucio, un medallón se desprendió de las ropas del Noble y cayó al suelo. Rápidamente, se agacharon para recoger ese amuleto cuya forma les indicó que, sin él, el hombre muerto nunca descansaría en paz.

Era una Cruz Roja.

Por la cadena que aún colgaba de la insignia, supusieron que el caballero la llevaba colgada del cuello cuando le degollaron, y que su posible fe no le sirvió para protegerle. Enseguida la guardaron también en el saco, con la seguridad de que cualquier creyente les entregaría una buena suma por aquella Cruz teñida de sangre. Sin embargo —y pese a su convicción—, finalmente tardaron varias semanas en encontrar a un comprador. Se trataba de una dama cuyo marido había fallecido recientemente, y que les entregó una docena de espurias por la insignia. Pensaron que la hermosa mujer tan solo querría aquel símbolo religioso para conmemorar la muerte de un esposo que, quizá con razón, creyó más en la Biblia que en ella. Desconocían que, en realidad, tan solo necesitaba la Cruz para ponerla como homenaje en la tumba de su cónyuge, dejando así las tres primeras letras del hombre que lo había matado.

En cambio, el resto de cosas que le quitaron a Nephysto sí consiguieron venderlas a los pocos días. Por ejemplo, unas joyas que el Conde de Alcornia nunca se gastó, porque sólo las quería para dejarlas en el Cielo al morir. Tenía que detenerse allí un momento para entregárselas en persona a alguien muy especial, antes de proseguir él sólo su camino al Infierno. Pero ahora ya no las tenía por culpa de unos ladrones que, por segunda vez, le quitaban lo que más quería. La primera fue tres años atrás, y desde entonces los perseguía a todos sin cesar; sin percatarse de que estarían esperándole al morir.

Aún en el bosque, mientras aquellos cuatro le desvalijaban, intentó atrapar la mano del más cercano, pero no pudo moverse, y empezó a llorar al ver que no conseguía detener a aquel bandido que se llevaba hasta las piedras del suelo. Consciente de que ni la muerte le libraría de ellos, se retorció desesperado un cadáver condenado a ver cómo saqueaban su tumba durante toda la eternidad.

Nephysto había llegado al Infierno.

* * *

Crucius abrió la puerta del banco y encontró un sobre al otro lado, que habían deslizado bajo la ranura durante su ausencia. Lo recogió del suelo y por un instante sus dedos temblaron al ver el sello de los Juzgados de Matalasbancas. Cerrando de nuevo la puerta a su espalda, avanzó —casi corriendo— con la carta hacia una vela que aún continuaba encendida en un rincón de la habitación. Abrió el sobre con tal ímpetu que estuvo a punto de romper el mensaje, el cual acercó a la luz y comenzó a leer:

Estimado Señor da Morte:

Doy fe: Que la investigación que se ha realizado sobre Acracio Treasón, en consecuencia al delito de malversación por incuria sobre los exiguos rendimientos de la parte afectada, así como a la sustracción de bienes sin retorno debida a negligencias punibles y crímenes de abulia del damnificado, ha concluido con gran éxito.

Nos complace anunciarle que Acracio Treasón, al que usted acusó de haberle robado 20.000 (veinte mil) espurias durante la noche del 23 (veintitrés) de Enero del presente año, falleció en Junio del pasado año en la localidad gállega de Finishterram. A tal efecto la Administración, en consonancia con la honesta decisión del Ilustre Juzgado de Matalasbancas, ha desestimado su denuncia por improcedente. Reciba un cordial saludo.

Crucius, sin poderse creer lo que decía aquella carta, la leyó una vez más con la absurda esperanza de haber padecido algún tipo de trastorno visual que le hubiese impulsado a inventársela. Pero cuando leyó por tercera vez que el tipo que supuestamente le había robado la maleta llevaba muerto casi un año, sufrió tal mareo que ya ni siquiera pudo leerla una cuarta. Temblando y arrastrando los pies, consiguió llegar hasta la mesa y dejar aquella hoja que le pesaba más que sus propias piernas. Se sentó en una silla tan frágil como él y empezó a llorar al darse cuenta de que İhanet, con su tinta imborrable, le había escrito un destino que precisamente consistía en perseguir a su hermano hasta la tumba.

Destrozado y con la convicción de que no lograría superar aquella frontera de papel, y menos aún la de Françibell, se dirigió lentamente al almacén para recoger la maleta con las 5000 espurias de Nephysto, y las 15000 que le dieron por matar al Juez. Bajo esa capa tras la que Crucius se acurrucaba haciéndola parecer una gran toalla negra, aún ocultaba la bala de esponja, la pistola de agua y el cuchillo de espuma un hombre que a pesar de esconder tantas armas ya no tenía ganas de luchar, y que tan solo temblaba tras la ducha fría del informe. Tras coger la maleta —con todo el dinero— se dirigió nuevamente hacia la puerta de la calle, que hasta el viento solía mover y a él de pronto le parecía terriblemente pesada. Por fin abandonó aquel banco en el que había invertido toda su juventud, internándose por las calles en busca de una estación con algún ferrocarril que, como él, viajase siempre solo.

Llevaba unos diez minutos caminando cuando, de pronto, vio que İhanet doblaba sigilosamente una esquina, intentando camuflarse entre sombras tan impenetrables como ella. Sin decir nada comenzó a seguirla, arriesgándose a perder ese tren que pudiera sacarlo de Mâdrid a cambio de perseguir aquel otro al que jamás nadie había conducido.

Tras varios minutos, Crucius se dio cuenta de que la joven avanzaba directamente hacia la Quinta Post Mortem s/n. Al llegar a la verja, İhanet se detuvo un instante antes

de abrirla para comprobar que nadie la seguía, y finalmente se coló por la abertura. El Señor da Morte la imitó y —tras medio minuto de espera— se adentró también en la mansión, escondiéndose tras la cruz de piedra que se erguía en el centro de la galería. Pensó que desde allí podría controlar toda la zona, sin darse cuenta de que quizá entonces no podría controlarse él. Solo sabía que no podía irse sin conocer todos los secretos de la Pobla dü Mâdrid, que ya no eran los de sus propias calles, sino los de la única mujer que para él vivía en la ciudad.

Esperó durante varios segundos con el corazón latándole muy fuerte, como si en el fondo quisiera hacer ruido con él para que İhanet le descubriera, y no tener que hacer algo tan miserable como espiarla a escondidas. Hasta que una figura ataviada de negro —con capucha y un pequeño candelabro— apareció sobre la escalera. Al ver que comenzaba a bajarla Crucius aguantó la respiración, abrazado a la maleta y agazapado en la oscuridad de una noche que ya se le estaba haciendo demasiado larga después de haber matado a más de cincuenta personas.

Desconocía que, a pesar de todo, la noche solo acababa de empezar.

İhanet, que hasta ese momento había permanecido distraída mientras paseaba por el otro extremo de la galería, se volvió al escuchar pasos sobre la escalera. Al advertir a lo lejos la presencia del Encapuchado —y constatar que ya estaba bajando los últimos peldaños— comenzó a correr hacia él, tirándose a sus brazos en cuanto por fin le tuvo a su alcance. Crucius, encogido detrás de la cruz, empezó a llorar al ver cómo la mujer le llenaba la cara y la boca de besos.

—Te he echado de menos... —reconoció ella, dejando que un par de lágrimas corrieran por sus mejillas.

—Y yo a ti... —respondió él, dejando el candelabro en el suelo.

—¿Cómo has estado, amor?

—Escondido, como siempre.

—No te preocupes, Anarkhío, a partir de ahora nos esconderemos siempre juntos... Tenemos un gran viaje por delante.

—Sí, y deberemos cuidar el uno del otro si queremos sobrevivir, porque seguro que los Nobles nos seguirán.

—Espero que no nos pase nada, porque queda muy poco líquido en el frasco para tratar heridas. Por cierto, ¿qué tal la tuya? —preguntó Íhanet, enredando los dedos en los rizos de azufre del Encapuchado.

—Ya está bien, no te preocupes —respondió él, estremeciéndose con sus caricias.

Íhanet, jadeando al igual que él, se arrodilló para besarle el muslo de la pierna donde, casi a la altura de la rodilla, tenía un agujero de bala en el pantalón y una pequeña cicatriz en la piel. Crucius recordó haber visto aquella herida aún sangrante y reciente la noche en que fue a cobrar su recompensa por haber matado al Juez Huertaz; pero tenía que tratarse de otra herida diferente, siendo como era imposible que tal agujero se hubiera cerrado completamente en solo un mes.

—Y claro que queda muy poco líquido en el frasco para tratar heridas, cielo —añadió el muchacho con retintín—. Lo utilizaste todo con Crufias. Por cierto, al final van a matarle esta misma noche, ¿no?

—Sí —respondió la joven, impasible.

—Bueno... un banquero menos... además... él se lo ha buscado, ¿no? Quiero decir, que si no hubiese regalado y gastado él mismo el dinero de los depositantes jamás habría llegado a deber tanto dinero. Le tendría que haber bastado con que hace un mes le devolviera 15000 espurias de las 20000 que le robamos.

Crucius cogió la pistola y tensó el percutor.

* * *

El Encapuchado le entregó las 15000 espurias manchadas de sangre.

Apenas una hora antes, un tal Ababolio y Bubastos le estuvieron persiguiendo, disparándole en la pierna. El Encapuchado se arrastró sangrando hasta la granja de İhanet, en busca de los frascos con medicinas especiales que cinco meses atrás habían robado en un banco, fingiendo que lo hacía Acracio. Una vez en la granja, Anarkhío —pese a estar herido— tuvo que marcharse enseguida, por lo que la mujer apenas tuvo tiempo de realizarle una cura superficial. El Encapuchado debía llegar rápidamente a la Quinta, sabiendo que Crucius no tardaría en aparecer por allí para cobrar su recompensa, después de haber matado al Juez Huertaz la noche anterior... Aunque a Anarkhío, concretamente, hubieran tratado de matarle hacía apenas una hora.

Ababolio y Bubastos llevaban persiguiéndolo desde hacía casi un año, y por fin habían logrado acorralarlo en una calle cortada que solo permitía el paso del miedo. Después de tanto tiempo buscando al ladrón de los secretos, al fin lo tenían, atrapado ante unos muros de tiza con la que muy pronto Nephysto rellenaría un jugoso talonario. Lo quería vivo para interrogarlo sobre la ubicación de todas las medicinas, motores de combustión interna, y manuales robados.

Durante los últimos diez años, ciertos inventores habían estado creando motores capaces de producir movimiento mediante un proceso de combustión que —por primera vez— se realizaba dentro de la propia máquina; al contrario que en las máquinas de vapor, donde la combustión se producía fuera de la máquina. Los Nobles del barrio de Alcurnia y de diversas ciudades se organizaron entonces para comprar algunos de esos inventos —que aún tardarían años en producirse a gran escala y salir al mercado— y todas la patentes, con el fin de poder venderlos exclusivamente ellos.

Los problemas llegaron cuando, tres años atrás —y sobre todo durante el último— una banda de agitadores, ladrones y vagabundos empezaron a colarse en sus mansiones. Pese a la cárcel y las torturas no desistieron y, con el tiempo, los Nobles incluso empezaron a dejar algunas espurias sobre los muebles, esperando que los intrusos las aceptaran y se

olvidaran de los motores. Sin embargo, los ladrones únicamente cogieron el dinero para intentar poner en marcha las máquinas pero, al insertar en las ranuras las diversas monedas, caían sin más y terminaban de nuevo en la mesa.

Tras hacer un recuento general, los Nobles confirmaron que —aunque conservaban casi todo su dinero— les faltaban un total de cuatro planos, más de una docena de máquinas y piezas sueltas, y al menos tres frascos de medicinas. Ante los numerosos expolios, decidieron contratar a un grupo de mercenarios que —durante la noche de la masacre en la Quinta— recuperaron casi todas las máquinas y los manuales robados. Pero, aunque muchos motores aparecieron en la mansión abandonada, no sucedió lo mismo con los tres frascos de medicinas que, desde entonces, Nephysto y el resto de Alcornia seguían buscando.

De modo que, en cuanto Ababolio y Bubastos acorralaron al Encapuchado —el principal alborotador durante el último año—, saltaron sobre él empuñando sus cuchillos. En cambio Anarkhío utilizó su revólver, fallando a una distancia que ni su amor propio le perdonó ni sus enemigos lo harían. Intentó huir y entonces ya sí sacaron sus pistolas, incrustándole en la pierna esa bala humeante que disparó sus recuerdos, su nostalgia y su anhelo por descansar durante algún tiempo de aquella vida, en los brazos de la mujer a la que amaba.

El sonido de los disparos atrajo la atención de cuatro ladrones que en los últimos días no habían tenido demasiada suerte. Solían atracar los cuatro a una sola persona, peleándose luego por el dinero de un bolsillo que nunca llegaba para todos. Por este motivo empezaron a realizar también asesinatos por encargo, y esos días comían los cuatro. Algunas veces —pese a todo— la víctima conseguía escaparse, como por ejemplo el día anterior, en el que estuvieron persiguiendo a un banquero fraudulento que acababa de salir de un juicio por haber estafado a decenas de personas. Aún así, demostró valer más que el puñado de monedas que les prometieron por matarle. Tras la persecución, el banquero plantó cara a uno de ellos y les perdonó la vida,

por lo que tuvieron que ir a buscar su piedad y su dinero en otro bolsillo. Al final encontraron lo segundo en el de un Juez al que alguien acababa de matar esa misma noche en mitad de la calle.

La piedad la encontraron al día siguiente, perdonando a su vez la vida al Encapuchado, tras haberlo rescatado de Ababolio y Bubastos. A estos sí los mataron, gracias a sus nuevas armas: El valor que les infundió el banquero, y la pistola que también encontraron en el bolsillo del Juez, justo la noche anterior. Estaba cargada al completo, lo que significaba que no tuvo tiempo ni de desenfundarla antes de recibir el disparo que lo sentó en la palestra. E hicieron un buen uso del arma, acabando con esos dos mercenarios vestidos de traje y cargados de pesares y joyas. Los desvalijaron completamente y dejaron ir a Anarkhío, pensando por sus andrajos que no podía poseer nada de valor. Si hubieran sabido que bajo esa apariencia sucia y desaliñada se escondían 15000 espurias que entregaría al banquero una hora después, y conocimientos prohibidos que les habrían quitado el hambre, aquel día ya no seguiría vivo.

* * *

Crucius, que ni siquiera fue capaz de disparar al escuchar esta última declaración del mismo desgraciado que le había robado el amor de una mujer y el dinero de una maleta, bajó el arma entre convulsiones y sollozos, apoyándola sobre el maletín. Ya no tenía dudas de que efectivamente, cuando İhanet le sorprendió hurgando en el bolsillo de Huertaz tras el asesinato, sabía perfectamente que se hallaba ante un cadáver. Una vez más, el Señor da Morte confirmó que la joven había estado riéndose de él; y clavándole el orgullo en un espejo en el que, aunque se pusieran delante los dos juntos, jamás saldría él.

—Le hemos robado 20000 espurias y solo le hemos devuelto 15000 —corrigió İhanet, sin dejar que tal tontería le

llegase a perturbar el ánimo mientras se estremecía con las caricias de Anarkhío.

Y era cierto. Crucius pensó entre lágrimas que no solo se habían divertido quitándole su caramelo como a un niño imbécil, sino que para colmo se lo habían devuelto chupado.

—Bueno, pero al final se las hemos devuelto como tú querías, ¿no?

—Sí, pero te las llevaste también, y para colmo dentro de la maleta, cuando el objetivo aquella noche consistía en coger solo las medicinas de dentro —reprochó İhanet en un tono de absoluta indiferencia con el que casi pareció querer felicitarlo por su asombrosa infidelidad hacia el plan original.

Crucius, abrazado a la maleta, pensó que el Encapuchado ya podría haberlo mutilado y haberse llevado sus trocitos, porque a ella le habría dado igualmente lo mismo. Durante meses, le había visto sangrar y sufrir por recuperar unas monedas que para Nephysto valían aún menos que la vida de aquel gitano de gorra y pandereta al que rajó sin contemplaciones, para luego dejarle el cadáver en el banco. Pese a todo, aún sabiendo que al Conde sólo le interesaban sus medicinas —y que las 20000 espurias fueron la excusa para dejarle la maleta—, İhanet había permitido que el banquero se tatuara a fuego en la piel un mapa que, más que conducirlo a algún tesoro, le llevaría directo a la muerte.

—Pues lo siento, pero no me dio tiempo a sacar los siete frascos de la maleta, así que me la llevé directamente... Pensé que si tardaba un poco más de la cuenta te lo follabas.

Mr. da Morte vio cómo la mujer se aferraba al cuello de Anarkhío, besándole y acariciándole con una pasión tan inmensa que el banquero no lo soportó más y tuvo que cerrar los ojos.

—Claro, pero sí te dio tiempo a coger todo el dinero que estaba desparramado por el suelo y a guardarlo en la maleta... —se burló İhanet de su excusa.

—Bueno, pero al final se lo hemos devuelto.

—Lo que no le hemos devuelto son las medicinas...

—Cuando le quemaron gastaste casi un frasco entero con él, cielo. Entre ese regalo, y el de tener a todos sus amigos los banqueros «abrazándole» a la vez, no me extraña que diera saltos de alegría.

İhanet le rió la gracia.

—Pero en la maleta no sólo estaba ese frasco... Había un total de siete —insistió.

—Pues ya que estabas haberle dado también los demás. Ahora, corrías el riesgo de que lo tomara como un incentivo, y al día siguiente volviera a las ascuas más contento que unas pascuas.

—Intenté ayudarle, pero la gente no me dejaba... No me atreví a enfrentarme, a pesar de verle llorando...

—¿Le caían chuzos a Chuzas?

—... Me daba miedo que me hicieran lo que a él, y me obligaran a cruzarlas.

—Las cruzas con Cruzas.

—Ay, cielo, cómo te pasas... —respondió İhanet riendo, incapaz de permanecer seria tras el tercer chiste.

Crucius sollozaba y temblaba de la ira en silencio él solo, abrazado a la cruz cuando no a la maleta, mientras veía cómo se daban todo su amor el uno al otro y escuchaba cómo se reían de él haciendo esos estúpidos juegos de palabras.

—Yo no me paso, quien se quedó un poquito pasado fue él. ¡Pero que no pasa nada, oye... que para eso estás luego tú ahí, en plan la buena samaritana, para rescatar y curar a quien haga falta...!

—No te pongas así, Anarkhío... —susurró İhanet en el oído del Encapuchado, abrazándole y acariciando su rojo cabello de ceniza rizada—. También ayudé al anciano... ya sabes que me gusta ayudar a las personas y hacer favores a todo el mundo. Soy así de buena y de generosa... y pensaba que mi bondad era precisamente lo que más te gustaba de mí... —atacó İhanet con su tono más sensual, y con tal descaro que hasta parecía creerse sus propias alabanzas.

—Y es lo que más me gusta, İhanet. Eres, tal y como te describió Membrillo, un Ángel que baja del cielo para ayudar a las personas... Pero me da miedo que un día bajas y ya no subas más —confesó Anarkhío con la voz temblorosa.

—Eso nunca sucederá... ni aquí, ni en Françibell, ni en ningún lugar. Yo siempre estaré contigo.

Permanecieron abrazados durante varios segundos, hasta que Anarkhío preguntó:

—¿Y una vez en Françibell, cómo sabremos dónde vive? ¿Tienes aquí la carta que nos envió?

İhanet extrajo un pergamino de entre sus ropajes y se lo entregó al Encapuchado, que lo leyó en silencio a la luz del candelabro. Se trataba de una especie de mensaje en clave que alguien habría plasmado con la posible intención de que el receptor no se enterase de nada, pues con su inconfundible e inimitable letra se limitaba a decir:

El Hombre Planta ha echado raíces en Phairés, en un antiguo jardín desflorado donde antaño no quedaba nada virgen y todo era extremadamente fértil. Las flores seguían abiertas al caer el sol, y todo fluía a pedir de boca. Aún espera que le traigáis los frutos de vuestra lucha, para mirarlos bien y cosechar las semillas de la esperanza.

PD: Ya he descubierto el nombre.

Un abrazo, A.

—Pues si realmente crees que con esto vamos a encontrar al Alquimista...

Crucius, al escuchar aquel nombre, se quedó rígido como la cruz a la que continuaba abrazado, y como las plantas secas que juntos intentaron revivir, hacía ya casi cinco años y medio. Por aquel entonces Mórbido —que conoció en Phairés a un muchacho que se hacía llamar «el Alquimista»— acababa de llegar a la Pobla y de abrir el prostíbulo, donde puso a trabajar a Crucius. Varias semanas después, se dejó caer por allí aquel joven, recién llegado de Françibell.

El Alquimista recogía del campo las flores enfermas y las llevaba al banco. Decía que merecían más cariño y respeto

que muchos seres humanos, y el granjero le entendía, porque pensaba lo mismo de los animales. También decía que las personas tenían que cuidar a las plantas, del mismo modo que las plantas cuidaban a las personas, pero eso último el banquero no era capaz de entenderlo aún.

Crucius da Morte siempre le recordó por ser el primer cliente que le hizo guardar en el banco algo más importante que el dinero.

* * *

El Alquimista nació veintitrés años atrás, en algún lugar donde las plantas y la felicidad eran de plástico, y los abrazos de protocolo. Provenía de una noble familia de terratenientes asentados sobre las penas de unos jornaleros que solo vivían para trabajar, y solo trabajaban para sus hijos y para sus amos. Ya de pequeño, tanta hipocresía comenzó a extenderse como un cáncer en su alma, y nunca aceptó los regalos manchados de sangre que su padre le ofrecía para convertirlo en el señor de unas viñas que habían regado el sudor ajeno.

Por lo general, toda la educación que recibían los niños consistía en aprender a sumar, para poder contar el dinero. Pero el Alquimista, además, quería abarcar la ciencia y la sabiduría de sus antepasados. Decidió formarse en alquimia y recibió la mejor enseñanza, con acceso a libros y manuscritos prohibidos, reservados solo a los príncipes dispuestos a vivir del cuento, y acostumbrados a contar vidas destrozadas. Y cuando al fin obtuvo el conocimiento que le haría libre, decidió escapar de su jaula de oro; partiendo a Françibell con todos los libros de su familia en una mano, y la ilusión como único pasaporte en la otra.

Allí conoció a Mórvido seis años atrás y, como a casi todo el mundo, lo primero que le llamó la atención de él fue el curioso símbolo —formado por dos círculos entrelazados, uno con una flecha y otro con una cruz— que siempre lle-

vaba prendido en la ropa. Enseguida se acercó y entabló amistad con él, hablándole de todas esas plantas que al chulo llegaron a enamorarle casi tanto como las mujeres de su burdel. Casi todos los días el Alquimista pasaba por allí y se veía rodeado de corazones de humo, de copas llenas, y de damas vacías a la espera de una boca con sed. Pero las plantas, al igual que las jóvenes prostitutas, se morían a oscuras en aquel prostíbulo de la ciudad del amor donde Mórvido se dedicaba a traficar con sexo. Cada tarde, con su puro en los labios, el hombre jugaba distraídamente al póker en una mesa, dejando correr el vino y el tiempo. Observaba a sus contrincantes con chulería, haciendo alarde de sus faroles de ceniza y realizando las más locas y absurdas apuestas, preparado para ganar aún con su peor baza. A fin de cuentas, sabía perfectamente que todo marcharía como la seda mientras conservara bajo la manga su mejor carta, el As de putas.

Pero las cosas nunca duran para siempre, y Mórvido tuvo que aprenderlo por las malas cuando unos mafiosos (no muy contentos de que les hubiera salido competencia) se presentaron en el tugurio, exigiéndole una parte de sus ganancias. Finalmente el chulo, que sólo arriesgaba en el juego y el colchón —pero que por otra parte no estaba dispuesto a entregar el dinero—, se marchó de Françibell y abrió un nuevo prostíbulo en la Pobla dü Mâdrid. En esta ocasión, decidió poner las camas en el piso de arriba y compartir el local con un banquero que pusiera las cajas en el de abajo, sabiendo que un banco construido sobre los cimientos de la legalidad podría ser la tapadera perfecta para su negocio.

Por su parte el Alquimista, incapaz de continuar confinado en una ciudad donde ni sus plantas ni él podían seguir creciendo, decidió salir en busca de sus queridos bosques, montañas y mares. Regresó a Escornia, donde visitó a su amigo Mórvido en el nuevo prostíbulo que había abierto en la Pobla, para partir nuevamente a las dos semanas hacia la Çosta dü Morte. Al igual que su familia, él también quería tener una mansión en la que vivir y liberar toda la cultura

de sus ancestros, pero en su caso sólo se conformaría con un palacio de papel al que pudiesen entrar por igual los ricos y los pobres, los que sabían leer y los que no. Por eso, finalmente escogió como hogar un paraíso del Fin del Mundo con un faro abandonado cuya luz pudiera guiar por igual a todos los seres humanos, a los que estaban vivos y a los que no. Pero, sobre todo, eligió aquella torre de piedra porque no quería vivir rodeado de los lujos y caprichos innecesarios a los que su familia había intentado acostumbrarle, sino rodeado de flores en lo alto del mar.

Cinco años después, se enteró de que un tal Nephysto quería encerrarle por saber demasiado —y por haber facilitado al pueblo conocimientos ancestrales que solo debían pasar de generación en generación dentro de la propia Nobleza—; por lo que el Alquimista huyó de nuevo a Françibell. Una vez allí, y caminando otra vez de burdel en burdel en busca de una cama barata donde pasar la noche, terminó por forzar la puerta de un local abandonado y oculto por las sombras que ya conocía muy bien. En el antiguo prostíbulo de Mórvido las cosas fueron bien para el muchacho, que consiguió despistar a Nephysto. El problema es que también despistó al Encapuchado que, dos meses después de haberle robado a Crucius el maletín y las medicinas, había partido hacia Gâlizhia para entregárselas al Alquimista. Pero cuando llegó al faro de Finishterram al mes siguiente, el muchacho ya se había esfumado hacía tres. Así pues, Anarkhío tuvo que regresar a Mâdrid, cargado con los mismos sueños con los que se marchó tantas noches atrás.

* * *

—Estoy cansado de esconderme siempre... cuando no es en la Quinta, es tras las tumbas de los cementerios. Cuando no es en una casa abandonada, es en las cuevas de los bosques. Si no estoy bajo tierra en las catacumbas, estoy...

—... entre las hojas, encima de los árboles. Los sicarios de los Nobles me persiguen ya por Gálizhia, por Marcelona, por Grangranada, por la Pobla y por media Escornia; y muchas veces ya no sé si soy yo quien corre tras los ferrocarriles para ocultarme entre los vagones, o si son los ferrocarriles los que corren tras de mí —completó İhanet el discursillo que ya se sabía de memoria, pronunciándolo junto al Encapuchado.

—Durante mi viaje de regreso a Mâdrid me buscaron incluso por el Camino de Santatere —añadió éste—. Tuve que desviarme por el monte, sin utilizar los caminos usuales y sin acercarme a ningún albergue.

—Amor, sabíamos que sucedería. Éramos conscientes de que robando las medicinas y las máquinas en el barrio de Alcornia terminaríamos así —respondió İhanet, acariciándole y compadeciéndole porque, a pesar de todo, sabía que él se encargaba de la parte más dura, cometiendo los robos mientras ella se limitaba a ejercer de su ayudante invisible.

—Por aquel entonces creí que sería más sencillo... No pensé que pudiera llegar a quererte tanto. Me da igual que me persigan, pero el tiempo que pierdo huyendo de la muerte siento que también me aleja de la vida. Solo quiero estar contigo, İhanet.

La joven le limpió una lágrima y le abrazó con más fuerza todavía, haciendo que Crucius —sin soltar en ningún momento la maleta— se encogiera sobre sí mismo.

—Lo sé, mi vida, lo sé... pero ya lo estás. Últimamente nos encontramos todas las semanas en la Quinta, y...

—Bueno, al menos no has dicho ninguna tontería como que me llevas en el corazón —bromeó el Encapuchado.

—Claro, porque ya llevo a Crucius —le picó la otra una vez más mientras lo acariciaba.

—Este Cruciatu es una maldición, oye, no hay forma de quitárselo de encima —respondió Anarkhío fríamente, fingiendo que sus dardos no le escocían.

—Decía que nos vemos todas las semanas —retomó İhanet la conversación—, y ya sabes que por mi parte sería

todos los días. Me encantaría irme a tus cuevas y a tus ferrocarriles, a vivir aventuras contigo.

—Lo sé, İhanet, lo hemos hablado muchas veces, pero uno de los dos tiene que ocuparse de guardar y conservar los objetos robados en un lugar seguro, y de eso te encargas tú.

El Señor da Morte se sorprendió al descubrir que ambos se habían dedicado durante mucho tiempo a la misma tarea insólita, guardando las cosas prohibidas que otros les encomendaban. Él las ocultaba en un banco y ella, quizá, en su granja de mentiras, en la Quinta Post Mortem, o en otros lugares a los que no pudiese llegar la curiosidad de una persona sana. La principal diferencia entre ambos, pensó Crucius, era que él guardaba dinero negro, armas, joyas o droga; y que İhanet lo que guardaba eran secretos.

—A veces te envidio... —dijo la mujer—. Quiero salir de esta ciudad, aquí me aburro tanto...

Y que, mientras que él guardaba todo eso para salir de la pobreza, ella lo hacía solamente para salir de la rutina, porque una vida sin magia ni emoción era propia de los que ya estaban muertos.

—Oh, Dios, İhanet... ¡Pero si es imposible aburrirse con Cruncius! —bromeó Anarkhío, haciendo que el banquero tuviera que contenerse entre lágrimas para no gastar su última bala con un ser tan miserable—. Que si un día «dame las 5000 espurias que van a matarme», que si otro «sácame de las brasas que me estoy quemando»... ¡No te deja ni respirar!

İhanet soltó una carcajada, haciendo que Crucius da Morte se replanteara con quién prefería usar la bala.

—En serio, amor, estoy cansada de estas cadenas invisibles, y del conformismo de la gente que no quiere desprenderse de las suyas. En fin, espero que cuando mañana partamos hacia Françibell en busca del Alquimista, alguien nos persiga y trate de matarnos al menos, porque si no qué aburrimiento...

«Si tanto te preocupa eso tranquila, que no tendrás que esperar hasta mañana» —pensó el Señor da Morte entre

convulsiones, aferrado a esa maleta que en ningún momento descuidaba.

—Bueno, İhanet, tú por si acaso intenta no separarte mucho de mí, sobre todo si alguna vez tenemos que ocultarnos en los bosques; a ver si te vas a perder tú sola por ahí y a los cuatro días te voy a encontrar lloriqueando y suplicándome volver a casa porque estés sucia, agotada, asqueada, magullada, hambrienta, y porque pases frío y tengas miedo. Ah, y porque eches de menos a Crecius.

—A ver, cielo, lo de sucia, agotada, asqueada, y... ¿cómo era?, ah, sí, «magullada», vale, pero lo de hambrienta no, porque el hecho de que tú no atines ni a un oso dormido en una jaula a dos metros no significa que yo tenga que ser igual de inútil para eso —se burló İhanet de la mala puntería del joven.

—Lamentablemente eso nunca podremos saberlo porque en mitad de la montaña no solía encontrármelos ya dormidos en sus jaulas —respondió sarcásticamente mientras acariciaba a la mujer—. Menos mal que cuando encontremos al Alquimista en Françibell al fin podremos descansar.

—¿Quién te dice que yo necesite descansar? —preguntó la joven en tono burlón, abrazándole.

—Yo sí quiero descansar, aunque solo sea de huir, de ocultarme... y de ocultarle al mundo cuánto te amo. No quiero compartirme con nadie, İhanet.

—Y no me compartes con nadie. Te quiero solo a ti —confirmó ella, acurrucada en sus brazos—. Al final vendí el caballo pero no le di las 5000 espurias que necesitaba para salvarse... Las tengo aquí, podríamos necesitarlas nosotros durante el viaje.

—¿Y Trufas?

—Tú y yo partiremos mañana a Françibell con todos los medicamentos y con *Un Libro para Enfermos*— respondió, refiriéndose al libro que antiguamente guardaba en la trampa junto con tres frascos de medicinas casi gastados, que los refugiados de la Quinta robaron siete meses atrás en la

mansión de una mujer, y que İhanet se encargó de guardar desde entonces—. Le deseo lo mejor a Crucius, pero le prometí a Acracio que yo continuaría con nuestro viaje y que le entregaría las medicinas al Alquimista.

—Sí, pero se lo prometiste hace casi un año, cuando estábamos en Gâlizhia y Nephysto lo mató. Ahora el Alquimista ya no está en Gâlizhia, sino en Françibell.

—Razón de más para no haberle entregado las 5000 espurias a Crucius. Tú viajarás con un pasaporte falso, y si te descubren podríamos necesitar ese dinero...

«No te engañes, estás deseando que le descubran para follártelos, zorra» —pensó el Señor da Morte entre sollozos, habiendo decidido por fin en quién quería gastar su última bala.

—No quiero arriesgarme a que te detengan —concluyó İhanet, demostrándose incapaz de salvar la vida de Crucius si para ello tenía que arriesgar la de Anarkhío.

Mr. da Morte cogió la pistola temblando y tensó el percutor.

—Y no romperé la promesa que le hice a mi hermano. Le dije que yo le entregaría las medicinas al Alquimista en su lugar... Por nuestros padres.

Crucius se colocó el revólver contra la sien y disparó.

* * *

—İhanet... seguirás sin mí... Prométemelo... —balbuceó Acracio.

—No... Vas a ponerte bien... —respondió İhanet, apretando esa mano que, pese a ser de un ladrón, tantas veces compartió el pan cuando no tenían.

—¿Te acuerdas de cuando papá nos decía que aunque el Mundo fuese un lugar muy grande, estaba habitado por seres con el corazón muy pequeño?

—Sí, por no compartir... —respondió İhanet entre lágrimas.

—Nosotros hemos querido cambiarlo...

—Sí, y ahora tú estás herido...

—No importa, İhanet, seguro que ha merecido la pena intentarlo. Prométeme que si mue...

—No vas a morir... —sollozó.

—Prométeme que si muero seguirás por los dos. Sabes lo que hay que hacer.

—Acracio, yo no dejaré que...

—Shhhh... calla... —dijo, colocando el dedo sobre sus labios llenos de lágrimas—. Hazlo por nuestros padres.

—Yo sola no podré...

—¿Recuerdas que dijimos que enterraríamos a todos nuestros compañeros en la Quinta Post Mortem?

—Sí... porque siempre lo compartieron todo, y para que eso no cambie ahora...

—Pues también quiero que me entierres allí.

—No digas eso...

—Voy al encuentro de nuestros padres.

—No te vayas...

—Prométeme que nos enterrarás a todos en la Quinta Post Mortem. Prométeme que no te rendirás nunca.

—Te lo prometo...

Con esta última promesa, el sol se fue ocultando antes que otros días, para no ver morir a un joven que nunca entendió por qué para una mitad del Mundo era de día mientras que para la otra era de noche, y por qué la mitad eran ricos, mientras la otra mitad eran pobres. Entre esos pobres estuvieron los padres de Acracio y İhanet, que murieron cuatro años atrás a causa de una enfermedad, y ahí fue cuando empezó todo.

A Acracio, que ya había pasado por diversas prisiones de las que siempre logró fugarse, le encerraron de nuevo por intentar robar las 1000 espurias que una aristócrata de Alcornia le pedía a cambio de entregarle un remedio para salvar a sus padres. Quizá, hasta les hubiese hecho mejor la compañía de su hijo en esos momentos. Cuando ellos se fueron a otro lugar donde ya no sufrirían más, İhanet continuó sufriendo por los dos. Incluso hubiera deseado

que la enviaran a la cárcel con su hermano, para no sentirse tan sola. Aunque, sin saberlo, durante todo ese tiempo estuvieron compartiendo una celda de la que ninguno de los dos consiguió escapar. Al salir Acracio dos años después, se encontró con que su hermana había dejado de ser esa niña risueña que se vestía como una mujer, y se había transformado en una mujer que ya nunca podría desnudarse como una niña.

Pero tampoco podía reír.

Acracio *okupó* la Quinta Post Mortem con algunos amigos suyos, principalmente ladrones y mendigos que, de tanto creerse los defensores del pueblo, podrían convertirse en los reyes de la ciudad. Así, los ricos empezaron a ponerse nerviosos, pues sus perros se estaban quitando unos collares que también exigían de oro. Pero había un Conde que, pese a todo el dinero que tenía, apenas utilizaba los grandes bancos de la ciudad, sólo los pequeños bancos del cementerio. Habían matado a su pequeña hija hacía unos meses y, desde que la había perdido a ella, empezó a perderlo todo. Por ejemplo, un antiguo compendio sobre plantas medicinales muy efectivas titulado *Un Libro para Enfermos* que solían ver juntos, y que a la niña le encantaba porque, al igual que muchos adultos, pensaba que solo era un cuento.

Meses atrás, cuando la niña aún vivía, el Conde ordenó tallar en la portada del manual una hendidura en forma de cruz, idéntica al grabado de su maleta. Pensó que si ocultaba la Cruz en la portada del Libro para enfermos, nadie se fijaría nunca ni en el libro, ni en la llave. A fin de cuentas, qué interés podía suscitar un diario que tuviera la llave encajada en la portada. Con esta idea, se puso otra vez en contacto con el habilidoso artesano que tiempo atrás confeccionó el maletín atendiendo a sus demandas, y en esta ocasión el Conde le pidió que tallara en la portada del libro una hendidura idéntica a la que anteriormente grabó en la maleta. Únicamente cuando le devolvieron el Libro para enfermos ya remodelado, Nephysto pudo respirar tranquilo. Al fin dispondría de un lugar seguro donde esconder la llave;

pues no parecía muy buena idea lo de seguir llevando la Cruz que abría el maletín encajada en el propio maletín. A partir de entonces, se dijo, la Cruz y el libro se encontrarían a salvo en la estantería, y nadie volvería a prestarles ninguna atención.

Sin embargo no sucedió así, pues Nephysto cometió el error de menospreciar la imaginación y la audacia de su hija, que, una vez más, volvió a sorprenderle. Donde cualquier visitante solo veía un trozo de hierro incrustado en un libro, ella veía una espada encajada en una roca. Finalmente, el Noble tuvo que decirle que la Cruz Roja de la cubierta no era una espada en miniatura, sino una señal de prohibido abrir. Aún así ella continuó llevándose el libro a la cama y la calle, donde lo miraba durante horas y quién sabe si a sus cinco años también lo leía. En cualquier caso, y aunque muchas veces comía con él entre los brazos, siempre regresaba con él en perfecto estado, y volvía a dejarlo sobre aquel mueble en el que —aunque no tuviera ninguna cruz— también estaba prohibido subirse. Al final, y pese a los temores del Conde, su hija jamás perdió el libro ni lo manchó al comer. Ni siquiera el día en que un vagabundo se acercó para robarle un trozo de pan, y ella cerró el libro enseguida para que no se llenara de sangre. Al final regresó con él a casa, pensando sólo en llegar al salón para colocarlo en su sitio, y continuar leyendo al despertar.

Varios meses después, fue Nephysto quien irónicamente perdió el libro. Lógicamente, la Cruz tampoco se salvó, al llevarla encajada en la portada del manual. Aquel día tuvo que sacarlo de casa para prestárselo a otro Noble que no disponía de una copia, y necesitaba consultar el remedio de una enfermedad. Pero el Conde prefirió ir primero a visitar a su hija, y lo olvidó sin querer en el banco del cementerio. A pesar de que daba a conocer la cura de muchas enfermedades, aquellas hojas no le estaban sirviendo a Nephysto más que para secarse las lágrimas. El único cuaderno que él quería era uno en blanco que escribir junto a su hija, y con ese no era capaz de dar. A su vez, la única cruz que

realmente le importaba era la de la tumba, pese a que finalmente accediera a fabricarse otra llave con la que poder abrir el maletín, la cual llevó desde entonces colgada del cuello. No obstante, con el tiempo la maleta terminó recluida en el fondo de un armario junto al frasco de cristal cuyo contenido, capaz de curar cualquier tipo de herida, no logró salvar la vida de su hija.

Tres años después de la muerte de la niña, el Noble guardó en el banco de Crucius una maleta con 20000 espurias y siete frascos de diversas medicinas que ocultó en un compartimento. Necesitaba que alguien las custodiara mientras él permanecía en Gâlizhia buscando al Alquimista de las hierbas, pues durante los últimos seis meses había estado divulgando el nombre de una planta medicinal muy importante; y era necesario cerrarle la boca antes de que sus conocimientos prohibidos germinaran en el corazón de los hombres, mujeres y niños que nunca habían visto el sol. El Conde sólo quería que luciera y resplandeciera en un cielo brillante para él, para el resto de la Nobleza, y para su pequeña hija, que también le esperaba al final de la luz desde que un ladronzuelo borracho, desesperado y hambriento intentó robarle un trozo de pan hacía ya más de tres años.

Si bien Nephysto quería atrapar al Alquimista para evitar que divulgara el contenido de los frascos, al Encapuchado le perseguía por haber intentado robarlos en más de una ocasión. Desconocía que ya lo hubiera conseguido mientras la maleta permanecía bajo la custodia de Crucius. De haberlo sabido, ya se habría encargado de que el Señor da Morte necesitara más que nadie en el Mundo esas medicinas que había perdido. Pero el Conde se fiaba de aquel banquero que, cuando perdió el cadáver que él le dejó —seis meses antes de entregarle la maleta—, ya fue castigado con la suficiente crueldad como para hacerle creer en la humanidad del dinero, antes que en la de las personas. Él tampoco creía en la humanidad de las personas, y mucho menos de las personas humildes y necesitadas, cuya sencillez les hacía parecer inofensivas, hasta que te sorprendían matando por

un trozo de pan. Lamentablemente había muchos pobres e indigentes en el mundo, y parecían estar todos tan unidos que era muy difícil acabar con ellos. Pero si encontraba la forma de que se fueran muriendo, quizá también se unirían para subir unos sobre otros y crear su propia escalera al Cielo, por la que algún día bajaría su hija.

* * *

Por un instante, Crucius pensó que por fin estaba muerto, y le aterró que el inmenso dolor que le desgarraba el pecho no se hubiera desvanecido. Luego, al comprobar que aún tenía en el bolsillo del pantalón la bala que no quiso utilizar con Nephysto, rompió a llorar otra vez. Se sentía como un Cupido inútil y fracasado, sin flechas para enamorar a su ángel ni para matarse él mismo.

—De nada serviría que le diese las 5000 espurias para salvarlo esta noche —le escuchó decir a İhanet, mientras él cargaba de nuevo su pistola—. Cuando Nephysto regrese a la Pobra y descubra que los frascos de la maleta tienen agua...

La joven enmudeció y se quedó lívida de repente, mientras Anarkhío corría a abrazarla.

—Le dije a Crucius esta misma tarde que corría peligro aunque devolviera el dinero... y que huyera del país...

—¿Qué?! —exclamó el Encapuchado, angustiado—. ¡No debiste decirle nada, ahora sospechará de ti también...! ¿Y si va a la policía?

—Bueno... Si no han venido ya...

—¿Pero por qué te arriesgaste?! ¡¿Cómo has hecho una cosa así?! —exclamó el joven, arrojándola entre sus brazos como si deseara protegerla con su propio cuerpo de cualquier golpe que pudiera darle la vida.

—Contigo no hay ningún problema porque Crucius sigue creyendo que eres Acracio, así que no te encontrarían... Y conmigo... bueno... estoy segura de que él no dejaría que me interrogasen...

—¿Incluso después de haberte incriminado diciéndole eso? —insistió el Encapuchado—. Espero que tengas razón, porque yo no podría soportar que te hiciesen daño.

—Tranquilo... Crucius tampoco podría.

Anarkhío la abrazó con una intensidad abrumadora, mientras a Crucius le corrían las lágrimas pensando en lo gilipollas que fue por haber dejado que se derramara su sangre solo para proteger a la joven. Pero la ofrenda de su amor ya estaba echa, y él ya no podía devolver un regalo que İhanet había tirado a la basura antes de abrir, sabiendo de antemano lo que era.

—Por eso quise devolverle a Crucius de alguna manera el favor, advirtiéndole del peligro que corría. Solo espero que lo tuviera en cuenta —añadió la joven sin saber que, efectivamente, lo había tenido muy en cuenta.

De hecho, había matado a Nephysto precisamente movido por su advertencia.

—İhanet, tenemos nosotros las medicinas. Aún podemos devolvérselas a Crunfias si así lo quieres, aunque entonces no podremos llevárselas al Alquimista... Pero yo solo deseo que tú seas feliz, y haremos lo que tú decidas.

İhanet se tomó su tiempo para pensar, mientras el Señor da Morte esperaba temblando como un crío una respuesta que le devolviera la esperanzadora idea de que hacer lo que te dicta el corazón, incluso cuando tu vida depende de ello, no es la mayor estupidez que puede hacer un ser humano.

—Es inútil; ya hemos gastado casi todo el líquido que robamos, haría falta mucho más para reponer los frascos de Nephysto. Y en cualquier caso, le prometí a Acracio que yo le entregaría las medicinas al Alquimista... así que me temo que Crucius se las tendrá que apañar él solo —respondió la mujer, haciendo que éste rompiera a llorar otra vez, aferrado a la maleta—. No puedo fallar a mi hermano... Le juré que yo continuaría por los dos, y que su muerte y la de nuestros compañeros no sería en vano.

«Como los muertos tengan que depender de tus promesas ya pueden ir espabilando» —bromeó Crucius entre

sollozos para sí mismo, no pudiendo encajar aquel lenguaje artificial y grandilocuente de una persona que a él le había hecho tanto daño.

Le parecía ridícula y forzada aquella repugnante muestra de amor hacia unos compañeros a los que ella llamaba amigos por sus palabras combativas, aún sin conocer cómo sonaban en sus labios, y sin haber querido besarlos. No entendía por qué se preocupaba por unos ladrones que la querían por su pertenencia en el colectivo, pero que individualmente no la reconocerían por la calle ni le dedicarían una sonrisa. İhanet solo tenía en común con ellos la participación en un grupo de inconformistas con apodos, de cuyos miembros desconocía si tenían otro interés que aquella revuelta sin fin, o un nombre real que compartir. Pocas veces habrían llorado o reído juntos, y difícilmente podrían perdonarla la desaparición de 20000 espurias y de sus sagradas medicinas. Para aquellos rebeldes, la mujer no era más que un fantasma entre sus seres queridos, y muy pocos habrían dado la vida por ella.

Pese a todo, İhanet continuaba luchando por ellos mientras utilizaba como escudo a un hombre inocente que la quería, y al que estaba destrozando. Porque, de forma inconsciente, el Señor da Morte supo el engaño desde el principio, intuyendo que aquel ladrón de las mil y una noches —que le había desvelado en las suyas—, fuese quien fuese actuaba con İhanet. Entre los dos le habían robado algo que pertenecía a Nephysto y que era mucho más importante que las 20000 espurias. Pese a su temor, Mr. da Morte no lo denunció aún encontrando en casa de İhanet un escondrijo lleno de objetos que, por el símbolo de la Cruz Roja que tenía uno de ellos (concretamente el Libro para enfermos), podía pertenecer a su cliente. Pero como al día siguiente vio a Nephysto registrar su propia maleta sin denunciar que faltase nada, decidió no darle importancia y centrar su atención en recuperar el dinero que debía. Más tarde, viendo que la *estafa piramidal* era un éxito, se olvidó completamente del asunto de la maleta y de averiguar qué intenciones reales

se escondían tras su robo, por lo que tampoco puso la denuncia. Pero sí debió hacerlo, y dejar que interrogasen a la mujer cuando, ya arruinado y viendo la horca a un mes de su cuello, le ofreció Huertaz la posibilidad de una investigación seria y de un interrogatorio que, seguramente, habría quitado a İhanet las ganas de volver a mentir.

—¿Entonces nosotros nos vamos, y Acracio y los refugiados se quedan enterrados aquí? —quiso asegurarse de pronto Anarkhío de que no les acompañaría el cortijo fúnebre.

—Sí. Tal y como le prometí a mi hermano, la Quinta Post Mortem será la mansión de los rebeldes, los inconformistas y los soñadores durante toda la eternidad.

—Tu familia estaría orgullosa de ti... Al igual que mi hermanastro, y los compañeros que también murieron...

—Estarían orgullosos de ambos —respondió ella, quedándose con las humildes ganas de decir «sé que lo están».

La joven había enterrado a los refugiados de la Quinta por la tarde, varias horas después de la masacre, con la ayuda de los pocos que sobrevivieron. A unos les dieron sepultura en el jardín, y a otros directamente dentro de la mansión. Luego los supervivientes se marcharon, pero no pudieron llevarse los manuales y motores que habían robado a Nephysto y a los otros Nobles de Alcornia, porque sus mercenarios los recogieron tras la matanza. Las familias de aristócratas querían tener la propiedad y las patentes de aquellos inventos para, una vez perfeccionados, poder fabricarlos y venderlos exclusivamente ellos. En cuanto a los tres frascos de medicinas que algunos refugiados robaron siete meses atrás en la mansión de una ricachona; utilizaron casi todo el contenido. Tan solo dejaron unas gotas, que İhanet conservó en la trampilla —hasta que Crucius la descubrió cinco meses atrás— con la idea de llevarle los frascos al Alquimista.

—Aún no me puedo creer que tantos compañeros murieran aquella noche... —se lamentó, sin poder reprimir algunas lágrimas que Anarkhío corrió a sofocar con sus labios—. Menos mal que tú no estabas en la Quinta.

Durante aquella noche el Encapuchado se encontraba con İhanet, en algún lugar donde no conseguía dormir por miedo de no encontrarla en sus sueños. Sus amigos y compañeros, en cambio, no lo hacían por el terror de cerrar los ojos y no volver a abrirlos nunca más. Al final murieron la mayoría; y los mercenarios se llevaron los planos, los motores, y la pequeña lámpara incandescente —que Crucius vio aquella noche en la Quinta— robada también en Alcurnia.

—Yo aún tampoco me puedo creer que el canalla de Nephysto asesinara a mi hermano... y que para colmo se llevara su cuerpo —respondió indignado Anarkhío, cuyo hermanastro (al igual que el hermano de İhanet) fue asesinado en Gâlizhia justo un año atrás—. Debería estar enterrado aquí también.

—Tu hermano, al igual que Acracio, murió buscando al Alquimista; pero te prometo que nosotros le llevaremos los diez frascos que tenemos, y que su muerte y la de mi familia no será en vano. Cuando le encontremos ayudaremos a otras personas, que es lo que ellos hubiesen querido.

Si bien a Mr. da Morte le pareció pretenciosa la determinación de İhanet en una misión imposible que probablemente se habría autoagenciado ella solita para mayor gloria de su ego (que no para mayor gloria de sus padres ni de su hermano), al Encapuchado debió parecerle algo divino, porque enseguida corrió a abrazarla de nuevo. A Crucius, en cambio, le costaba entender cómo alguien con unos supuestos fines nobles había podido mentirle y jugar con sus sentimientos de un modo tan cruel.

—Si al final logramos encontrar al Alquimista te aseguro que no será por la abrumadora exactitud con la que apunta su dirección en las cartas. ¿De verdad crees que podremos encontrarle, sabiendo únicamente que está en Phairés? —preguntó el Encapuchado.

Cinco meses atrás, İhanet y él le robaron la maleta a Crucius con el fin de extraer los medicamentos que Nephysto guardaba en un compartimento oculto. La idea era

tomar unas gotas de cada frasco, volver a guardarlos en el maletín, y devolvérselo al Señor da Morte al día siguiente; de manera que el Noble no pudiera sospechar nada de aquel hurto temporal. Así, podrían llevarle otra vez al Alquimista —tal y como hicieron un año atrás, aunque en aquella ocasión llevaban un único embase— unas gotas de los nuevos frascos, para que los analizara y averiguara de qué plantas provenía cada muestra, y dónde encontrarlas. Pero en esta nueva ocasión el plan de los muchachos se fue a pique cuando, dos días después de que Nephysto dejara en el banco la maleta, partió a Gâlizhia en busca del Alquimista, y éste huyó a Françibell sin que el Encapuchado ni nadie se enterase.

—Espero que podamos encontrarle, Anarkhío. Ojalá no hubiera tenido que huir de Finishterram... Habría podido analizar en el faro las nuevas medicinas que le llevaste; y ya de paso podría haberte dicho el nombre del líquido que utilizamos para curar heridas, y cómo obtenerlo... porque es algo realmente excepcional.

—Pues sí, porque ya va siendo hora de saberlo, casi un año después de haberle llevado el frasco a su casita... Anda que le costaba mucho haber añadido el nombre en la carta, y ya de paso haberla enviado un par de meses antes.

—Anarkhío, le han estado persiguiendo hasta el punto de obligarle a salir de Escornia... Seguramente por eso no ha podido arriesgarse...

—Pues la próxima vez yo me quedo aquí, asistiendo a Cróceras en su subsistencia y enseñándole de qué lado coger el cuchillo cuando quiera pelarse los tomatitos que le traiga; mientras que tú te haces el viaje a Gâlizhia para nada.

—Bueno, amor, lo de «para nada» seguro que en mi caso no; porque yo habría ido a ver al Alquimista al día siguiente de robar a Crucius, en lugar de esperar dos meses tal y como hiciste por esa certeza tuya de que conseguirías robar más frascos.

El Encapuchado partió a Gâlizhia dos meses después de la masacre en la Quinta, justo al día siguiente de presentarse

en el banco del Señor da Morte para ofrecerle un trato al que sabía que, una vez con la amenaza de la soga al cuello, no podría resistirse. Al día siguiente se fue a Gâlizhia para entregarle las medicinas al Alquimista, y dos semanas después llegó a la granja una carta de éste, en la que lo único que dejaba mínimamente claro era que ahora vivía en Phairés. Lógicamente, Anarkhío regresó a Mâdrid sin haberle encontrado, dos meses después de iniciar su viaje. Entonces, tal y como él mismo había previsto, apareció Crucius por la Quinta Post Mortem s/n, dispuesto a matar al Juez a cambio de 15000 espurias. İhanet se había puesto muy pesada para que le devolviera al banquero su dinero, pese a haberse comprado un caballo con las 5000 restantes.

—Por cierto... —dijo el Encapuchado—. Supongo que después de lo de Cuscús, en ningún momento habrás vuelto a guardar nada en la trampilla, o a invitarle de nuevo a entrar en casa, ¿verdad?

—Claro, una vez que Crucius descubrió el escondite, ya estuve yendo yo a la suya —respondió İhanet alegremente, haciendo que el muchacho se estremeciera de placer con sus caricias, y de rabia con sus puñaladas.

—¿Y qué se supone que hacía en tu casa aquel día? —interrogó instintivamente, entornando sus ojillos de vinagre conforme se le agriaba el resto de la cara—. ¿Se había clavado Cactus un pincho y el pobrecito quería que se lo sacaras?

—No, estaba seco y quería mojar —le picó la mujer al advertir su furia, disfrutando con la nueva tensión dibujada en su rostro contraído mientras se la borraba a besos.

—¿Encima de la trampilla? —intentó bromear él también.

—Encima de mí —se la devolvió otra vez—. Amor, ¿no recuerdas que te conté que Crucius se llevó de la trampilla la copia que hiciste de la Cruz Roja? —preguntó İhanet, refiriéndose a la Cruz de imitación que talló Anarkhío, intentando crear otra como la original para tener una segunda llave.

—Sí, claro que lo recuerdo.

—Pues fue ese día.

—¿Y cómo pudiste dejar que se llevara la copia de la Cruz? —preguntó el Encapuchado.

—No me di cuenta, al ver que se aferraba al Libro para enfermos poco menos que como si hubiera descubierto los *Evangelios de Judas*, olvidé la copia de la Cruz.

—Pues me extraña que Cracios, con lo listo que es, no se la enseñara a Nephysto...

—Ni lo menciones, que al día siguiente, en el banco, Crucius aún la llevaba en el bolsillo del pantalón, y Nephysto allí delante.

—Sí, sí, también me lo dijiste. Imagínate que registra a Crocios y encuentra la copia. Aunque no sirva para abrir el compartimento de la maleta, le habría cortado las manos como mínimo —dijo Anarkhío, besando las de la joven y haciendo que se echase a temblar un banquero que, sin dedos, ya no volvería a sumar.

—No hace falta que finjas esa preocupación por él —bromeó İhanet.

—Tienes razón, cielo, no sé de qué me preocupo. Seguro que cuando Nephysto viera la copia de la Cruz y comprobase la maleta, se ponía tan contento al ver los frascos llenos de agua que los cogía para brindar y daros un par de besos a los dos.

—¡O igual hasta prefería venirse a mi casa para follar encima de la trampilla los tres! —atacó otra vez İhanet, mientras le acariciaba todo el cuerpo ya directamente por debajo de la ropa.

Tras robar la maleta, el Encapuchado había sacado los siete frascos y había extraído la mitad del contenido. A la mañana siguiente, le devolvió a İhanet la maleta sin el dinero, y con los frascos por la mitad. La joven intentó convencerle de que volviera con las 20000 espurias y con el resto del líquido, salvo con unas gotas que debía quedarse como muestra para entregársela al Alquimista. Como Anarkhío no lo hizo, İhanet tuvo que terminar de rellenar los frascos con agua y geles, lo cual inutilizaba el contenido. Aunque más

adelante Anarkhío hubiese devuelto el líquido que se llevó, ya no lo habrían podido agregar a los antiguos recipientes.

Dos días después del robo İhanet le devolvió a Crucius la maleta, coincidiendo con Nephysto en el banco, que precisamente había ido a buscarla. Aunque éste registró la maleta allí mismo, y abrió el compartimento secreto con su propia llave —que llevaba siempre colgada del cuello—, en ningún momento llegó a abrir los frascos. Al ver que continuaban llenos y que el compartimento no había sido forzado, ni siquiera se molestó en comprobar el contenido, pensando que era imposible que Crucius los hubiera cogido sin la llave. Ababolio y Bubastos, por su parte, tampoco la tuvieron nunca, por lo que las veces que registraron la maleta se limitaron a comprobar que el dinero continuase dentro y que no presentase signos de haber sido forzada.

—A la trampa hubierais ido los cinco, que te olvidas de los sicarios del Conde —replicó el Encapuchado.

—Déjame otra vez la carta —dijo İhanet de repente, arrebatándosela para leerla una vez más a la luz del candelabro.

El Hombre Planta ha echado raíces en Phairés, en un antiguo jardín desflorado donde antaño no quedaba nada virgen y todo era extremadamente fértil. Las flores seguían abiertas al caer el sol, y todo fluía a pedir de boca. Aún espera que le traigáis los frutos de vuestra lucha, para mirarlos bien y cosechar las semillas de la esperanza.

PD: Ya he descubierto el nombre.

Un abrazo, A.

—Sabemos que está en un prostíbulo —indicó la joven.

Anarkhío volvió a quitarle la hoja, dándole la vuelta para comprobar por enésima vez que efectivamente el Alquimista no se hubiera arrepentido en el último momento, «facilitándoles» alguna dirección tangible por medio de otro gracioso criptograma en el que el Encapuchado no hubiera reparado antes.

—Bueno... pues ya con ese dato y este valioso planisferio sin duda encontraremos al Alquimista en cuanto pongamos un pie en Frañçibell...

—Hombre, cielo, no sé tú, pero yo pienso poner los dos...

—No hará falta, mujer, si con una brújula de éste calibre será llegar y besar el santo.

—Yo solo os beso a Crucius y a ti —le volvió a picar la otra, cogiendo otra vez la carta y guardándosela ella entre sus ropajes.

—Si quieres le preguntamos a él, aunque dudo que pueda resultarnos de más utilidad que tamaño prodigio cartográfico. Con tal precisión, ya verás cómo de entre todas las decenas de prostíbulos que pueda haber en Phairés, damos con el suyo a la primera... Y eso si realmente he entendido yo bien la nota y está insinuando que nos espera en un prostíbulo, y no en un vivero.

—No te preocupes, amor, con un atlas topográfico tan preciso lo difícil será precisamente no encontrarlo —siguió con la broma İhanet.

—¿Entonces no quieres que le preguntemos a Cofias?

—¿A quién?

—A Cuevas.

—Ah, te refieres a Crucius.

—Sí, a ése.

—Estoy por irme con él, que seguro que a pesar de su carácter escornio no se queja tanto —bromeó.

—Claro, ¿por qué iba a quejarse? Si lo mismo te dice que aún no puede andar y vas y le llevas a caballito —se burló Anarkhío a su vez.

—Cierto, amor, por eso es mejor que también vengas tú, y así si le duele nos vamos turnando para llevarle.

—¡Huy, İhanet, yo por Cristo lo que haga falta!

—Basta, por favor, Anarkhío... —pidió İhanet, abrazada al Encapuchado para intentar ocultarle una risa cuyo aliento él notaba perfectamente en su cuello—. Si supieras

cómo le dejaron los pies no te haría tanta gracia... tuve que venderlos enteros...

—¿Nadie quiso comprarlos en trocitos?

La mujer tuvo que volver a ahogar la risa en el cuello de Anarkhío, luchando por ponerse seria:

—Bueno, pues ya solo me queda por entregarte el pasaporte falso —añadió, buscándolo entre sus propios ropajes.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Cuando Nephysto mató a los refugiados, se lo cogí a uno antes de enterrarlo.

Anarkhío cogió el candelabro y abrió el pasaporte, reconociendo instantáneamente el retrato que identificaba a su antiguo portador.

—¿No... no será peligroso...? Quiero decir... si estamos huyendo de Nephysto... ¿qué se supone que hago llevando el pasaporte del que era uno de sus enemigos?

—Tú lo has dicho, «era». Como hace cinco meses que murió, probablemente ya nadie se acuerde de él.

—Pues no sé, İhanet, yo creo que Nephysto cada día dedica un ratito para acordarse de todos nosotros y de nuestros muertos...

—Bueno, pero dudo que Nephysto esté en la frontera para recibirnos con una alfombra roja y abrirnos la barrera, y quien lo esté no se molestará en comprobar quién era este hombre. Además, en el retrato tiene mucha barba y apenas se le ve la cara, podrías ser tú perfectamente. De hecho lo que me preocupa no es eso, sino que los Nobles hayan mandado colgar algún retrato tuyo en la frontera para cerrarte el paso, y los vigilantes te reconozcan a pesar del disfraz.

—¿Disfraz?

—Sí.

—No me pienso disfrazar, İhanet.

—¿Prefieres que me vaya con Crucius?

—Yo le veo un buen partido. Si los guardias os persiguen, Crucis se queda en Cruci.

—Pues dirás lo que quieras, pero al contrario que otros, si se tiene que disfrazar y ponerse a bailar para distraerlos, seguro que por mí lo hace tan contento.

—Puede incitarlos haciendo desnudo la danza del fuego.

İhanet intentó no reírse.

—Ay, amor, deja ya de hacer chistes con eso, pobre Crucius... —respondió entre risas y caricias, más bien como si le estuviera suplicando que siguiera—. No es motivo de gracia, lo pasó muy mal...

—Claro que lo pasó muy mal, al pobre Cracatoa tuvo que sentarle como un cubo de agua fría que interrumpieses su baile de las cenizas, justo cuando ya se movía «en su salsa»... Si es que İhanet, eres una «agua-fiestas».

La mujer soltó una carcajada.

—En fin, cielo; al menos habrá que conseguirte algo que no tenga capucha, que están todos hasta el gorro de verte con ella.

—Si me reconocen, espero que con las 5000 espurias sea suficiente... —respondió Anarkhío—. Lástima que haya tenido que devolverle a Crefius las otras 15000... En fin, me sacrificaré por él.

İhanet puso los ojos en blanco, sonriendo.

—Cállate, anda, y céntrate en no perder el pasaporte, al menos.

—Tranquila, creo que seré capaz de guardarlo hasta mañana —respondió él con socarronería—. Tampoco pierdas tú el dinero, que no sería la primera vez que ocurre.

—No te preocupes, amor. Nos vemos mañana.

İhanet le tomó del cuello suavemente y acercó despacio los labios a su boca fugitiva de zorro enamorado. Bebió su licor prohibido y le persiguió por la cálida llanura de su lengua hasta que ambos se ahogaron en aquel oasis de amor y fuego, cayendo en la trampa de un cepo con dientes de donde ninguno quería escapar. Se besaron hasta tocar el cielo y sobrevolar las nubes en un éxtasis lluvioso de azúcar y leche. Llegaron al paraíso y disolvieron sus paladares y sus penas en una tormenta de saliva que estremeció sus cuerpos

como dos únicos rayos unidos en la inmensa soledad de una noche acechada por los lobos.

Porque Crucius los observaba entre lágrimas abrazado a su maleta, la única amiga que al final se quedó con él.

Permanecieron un rato abrazados hasta que Anarkhío se marchó él solo al jardín, buscando un momento para despedirse de algunos amigos allí enterrados. Mientras tanto, İhanet se puso a imitarlo en un rincón de la mansión, escarbando con las manos y dibujando corazones en la arena a la luz del candelabro, para también despedirse de los suyos. Hasta que de pronto una sombra oscura cayó sobre ella, y cayó el puñado de tierra que la mujer aún sostenía.

Crucius, que acababa de golpearla con su pistola en la cabeza, se agachó ahora para registrar el cuerpo inconsciente de la joven. Durante su conversación con Anarkhío la había escuchado decir que traía consigo 5000 espurias que, obviamente, el banquero quería recuperar. Pero de pronto, mientras hurgaba entre sus ropajes, advirtió una pequeña aspa roja que sobresalía del suelo, justo en el lugar donde la mujer había estado escarbando. El Señor da Morte se olvidó inmediatamente de las 5000 espurias y continuó cavando él mismo con las manos temblorosas, intuyendo que esa tierra escondía algo. De repente, sus dedos chocaron contra una pequeña Cruz Roja que, quizá, marcara el punto donde se encontraba el tesoro.

Crucius la guardó bajo su capa y, pensando que aún podía haber más objetos ocultos, continuó escarbando hasta desenterrar un libro forrado de hojas y flores muertas. Acercó el candelabro a la portada y, al leer que tenía por título *Un Libro para Enfermos*, dedujo que İhanet lo escondió ahí tras sacarlo de la trampilla, el día en que él lo descubrió. Seguramente, ahora la joven intentaba recuperarlo para llevárselo a Françibell.

El banquero se secó algunas lágrimas con los brazos y tomó de nuevo la Cruz Roja, que se escurría entre sus convulsos dedos. Recordó que durante la conversación entre İhanet y Anarkhío, escuchó que ellos tenían la Cruz

Roja original y una copia que había hecho el Encapuchado. Puesto que dicha copia estaba ahora en el cajón del banco (desde que se la llevó de la trampilla) junto con el retrato de Acracio, el Señor da Morte supuso que la llave que esta vez tenía entre sus manos tenía que ser la verdadera. Al igual que la copia, encajaba perfectamente en el símbolo grabado en el Libro para enfermos. Rápidamente, cogió otra vez la maleta e introdujo la Cruz en la hendidura, haciéndola girar hasta dar una vuelta completa. El compartimento secreto al fin se abrió y Crucius comenzó a reír entre lágrimas, mientras extraía uno de los siete frascos. Al abrirlo, descubrió la esencia de una flor que se estaba muriendo porque İhanet le había echado demasiada agua. Intentó no pensar en que la joven diluyó el contenido del pequeño envase sólo para salvarle a él, y volvió a guardarlo donde estaba.

El Señor da Morte dejó entonces la maleta en el suelo y cogió *Un Libro para Enfermos*. Con cuidado, lo abrió por la página 92, cuyo extremo superior estaba doblado hacia dentro, marcándola como importante:

Plantas y remedios naturales para curar enfermedades:

-*Annona Muricata* (guanábana o graviola): Cáncer, diabetes, paperas, asma, sinusitis, disentería, úlceras, etc.

-*Kalanchoes* (*Pinnata*, *Daigremontiana* y *Gastonis-bonnieri*): Cáncer, heridas profundas y gangrenadas, tumores, infecciones, etc.

-*Stevia*: Diabetes, regula la tensión, etc.

-*Artemisa dulce* (*Artemisia Annu*): Malaria, cáncer, ébola, fiebre, etc.

-Ajo (*Allium Sativum*) y ajo negro: Tifus, cólera, difteria, escarlatina, tuberculosis, infecciones, lepra, varicela, sarampión, etc.

-Miel: Afecciones respiratorias, irritación de garganta, etc.

-Árbol de té (*Melaleuca Alternifolia*): Heridas, herpes, varicela, sarampión, escarlatina, etc.

-*Cannabis*: Cáncer, leucemia, esclerosis múltiple, epilepsia, artrosis, fibromialgia, etc.

-*Synadenium Grantii* Hook: Cáncer, gangrena, diabetes, lupus, tuberculosis, epilepsia, asma, hongos, neumonía, etc.

-Agua de mar (una parte de agua de mar diluida en tres partes de agua de manantial): Afecciones de la piel, asma, sinusitis, disentería, problemas de próstata, desnutrición, etc.

A Crucius, que nunca creyó que volvería a leer aquello, se le cayó directamente el libro de las manos. Jamás olvidaría el texto de aquel pergamino escondido en el cañón de la misma pistola con la que aprendió a disparar. Aunque la letra fuera diferente, ponía lo mismo que en el libro.

Aquella página era idéntica al manuscrito de Pasquín.

* * *

Esta es la historia de un bandolero que escondía un secreto en el cañón de su pistola. Había llegado a la Poblá dñ Mádrid con tan pocas monedas como amigos y, cuando varios días después entró en un banco, fue en busca de lo segundo. A fin de cuentas, al Pistolero nunca le interesó el dinero, pues en sus bolsillos ya no quedaba espacio para ese arma. Le entregó a Mr. da Morte la suya y le enseñó a disparar con ella, advirtiéndole del peligroso manuscrito que ocultaba, pero Crucius cometió el error de pensar que solo mataba la pistola. Con el tiempo se hicieron inseparables, y para el banquero llegó a valer más Pasquín que cualquier dinero, mientras que para el Pistolero significaba más Crucius que cualquier revólver. Solía decir que el Señor da Morte no necesitaba ninguno para enfrentarse a los ladrones, porque era imposible que le quitasen un solo gramo de oro. Que toda la riqueza la tenía aquel banquero en su interior.

Por las noches, Pasquín se dedicaba a pegar en los muros de la ciudad decenas de manuscritos copiados, como el que ocultaba en el cañón de su pistola. Todos ellos eran idénticos a la página 92 de un libro con una Cruz Roja que su propietario, pensando sólo en su hija, olvidó en un banco al salir del cementerio. O, quizá, Nephysto nunca llegó a

salir de allí. El caso es que la noticia de aquellos pasquines pegados en las paredes llegó hasta el barrio de Alcornia, y todos se organizaron para atrapar a aquel pistolero que estaba apuntando donde más les dolía. A fin de cuentas, ellos no eran ricos porque lo fueran, sino porque los pobres les veían así, y eso los hacía especiales. Pero si las clases bajas se daban cuenta de que ya estaba en la naturaleza lo que necesitaban para sobrevivir, empezarían a menospreciar el dinero, y por lo tanto a los Nobles de Alcornia. Entonces, nada los diferenciaría del resto, y ya no podrían sentirse superiores nunca más.

Los mercenarios de los Nobles, siguiendo órdenes, atraparon una noche al Pistolero, tras varios tiroteos y persecuciones en un Mâdrid receloso que ya entonces cerraba sus puertas a los desconocidos. Le golpearon hasta dejarle inconsciente, y minutos después despertó encadenado el único hombre que tenía la llave de la libertad. A empujones, le hicieron caminar por un pequeño y solitario pasadizo que, pese a su corta edad, ya había visto mucha sangre. Y a punta de pistola, le condujeron hacia prisión por unos callejones a los que ya nunca despertaba el sonido de los disparos. Pasquín intentó resistirse, sabiendo que aunque oficialmente le encerrarían por haber «robado» *Un Libro para Enfermos*, su verdadero crimen fue colgar en los muros unos manuscritos que hablaban sobre ciertas plantas y medicinas desconocidas para la mayor parte de la gente, y que ahora por fin podría conocer todo el pueblo. Los del barrio de Alcornia no querían compartir aquellos conocimientos que preferían vender a quienes los necesitasen, y por eso exigían su pluma y su lengua.

Cuando el Pistolero vio aquel edificio alto y gris recortarse en la lejanía, sintió lástima por unos seres humanos que encerraban lo que no comprendían. Y por él, que creyendo que su destino estaba siempre en sus manos, las tenía ahora atadas a las espaldas. Desesperado ante su propia indefensión, empezó a retorcer los brazos, sintiéndose tan pequeño que por un momento pensó que podría lograr que

las cadenas resbalaran por sus, ahora, diminutas muñecas. Pero no lo consiguió, y acabó avanzando por un pasillo estrecho con rejas, tras las que había personas que si bien no estaban muertas, era como si lo estuviesen. Se dijo que él no terminaría igual, y mientras le empujaban a una mazmorra sin luz sonrió a aquellos carceleros tan tristes que más bien parecían ser los presos. Al menos, como le habían desatado las muñecas, sentía otra vez que conducía el rumbo de su vida. Al final hasta se rió de sí mismo, que creyó que su destino estaba oscuro solo porque allí dentro no podía verse ni las manos.

A la mañana siguiente, vio que el edificio tenía ventanas con rejas por si los presos querían ver volar a los pájaros, y por si las aves que también nacieron encerradas se cansaban de sus pequeñas jaulas y buscaban otras más grandes. Pero, antes que los pájaros, al final quienes se cansaban primero eran los hombres. Aunque por mucho que los reclusos se asomaban por la ventana, no veían nada con las cortinas de sus ojos. Pasquín, en cambio, veía y volaba perfectamente, pues en su mazmorra sin ventanas no necesitaba las cortinas. Sí necesitó en cambio ayuda para escapar de un lugar donde, hasta entonces, todo el que entraba jamás salía. O, al menos, no como la persona que fue antes de llegar a aquella prisión de la que solo huía el amor y los recuerdos, dejando dentro a los seres humanos.

Ihanet y Acracio, que cuatro noches atrás vieron cómo unos sicarios perseguían a aquel joven Pistolero después de que éste pegase su último panfleto en una calle dormida, quisieron ayudarlo. Precisamente, porque al aproximarse al manuscrito observaron que mencionaba varios remedios poco usuales con los que quizá podrían haber ayudado a sus padres, y deseaban saber más. Al enterarse de que habían enviado al Pistolero a la prisión central, Acracio supo que no tendría demasiados problemas para sacarle. Él también ocupó allí una celda —bastantes años atrás— durante pocos meses, los suficientes para encontrar esa otra salida por la que tantos suicidas pasaban de largo, quedándoles con el

tiempo solo una. Pero Acracio siempre se las ingeniaba para ver esperanza donde solo había rejas, y para ver escaleras donde solo había vallas. De todas las veces que había estado preso, solamente una no consiguió fugarse. Pero es que en aquella ocasión no buscaba una puerta que diera a la calle, sino otra que le trajera de vuelta a sus padres, y con esa no era capaz de dar.

Pasquín se hallaba en una cárcel de fácil acceso a través de diversos pasadizos que Acracio ya conocía, por lo que a İhanet y a su hermano no les resultó del todo complicado colarse en la prisión con la ayuda de varios sobornos y de los compañeros y amigos del muchacho. Él sabía que el bandolero hallaría la forma de fugarse por sí mismo si solo dispusiera de algunos meses de vida —tal y como hizo el propio Acracio años atrás—, pero Nephysto y el resto de los Nobles no estarían dispuestos a esperar a que se pudriera en la cárcel. De hecho, si cuatro días después de haber sido capturado aún continuaba vivo, era porque todos querían saber dónde había escondido el Libro para enfermos y la Cruz Roja que tenía encajada en la portada. Algunos de los más diplomáticos incluso estaban pensando en sobornarle, sin saber que Pasquín nunca se dejaría chantajear por unos billetes en los que solo vería otro espacio donde dejar sus mensajes. Nadie podía imaginarse que hubiera enterrado el Libro y la Cruz en un simple hoyo mal cavado en el bosque. Lo cierto es que el Pistolero no quiso complicarse demasiado para ocultar un tesoro que, en realidad, deseaba que encontrara cualquier persona dispuesta a compartirlo.

İhanet y su hermano le liberaron al cuarto día, conduciéndolo por una red de túneles antiguos en los que cientos de niños encarcelados habrían deseado jugar al escondite. Ya en la calle, vieron que el Pistolero aún no había perdido el brillo en sus preciosos ojos sesgados, que se clavaban en el horizonte como dos balas marrones. Pasquín les habló entonces del motivo de su detención, y de aquellos manuscritos que colgaba en las paredes, explicándoles que eran las copias que él mismo hacía a mano de una de las páginas

del Libro para enfermos. Los dos hermanos, sabiendo que Nephysto no descansaría hasta recuperarlo, se ofrecieron para guardarlo; y la joven le regaló su caballo a Pasquín, segura de que lo necesitaría durante la huída.

El Pistolero les llevó entonces hasta el bosque donde había enterrado el Libro para enfermos y se lo entregó a İhanet junto con la Cruz Roja. Sin perder más tiempo, les dio las gracias por todo lo que habían hecho por él y les abrazó, deseando solamente que no les ocurriera nada malo. Todas las vidas que *Un Libro para Enfermos* pudiera salvar, no valían la de dos ladrones que acababan de devolverle la suya. En el momento de decir adiós, no creyó que fuera a doler tanto separarse de İhanet y Acracio, sin los cuales el Mundo dejaba de ser un lugar redondo para vivir. Pese a todo, el Pistolero se despidió con la mejor de sus sonrisas, pero Acracio solo tenía ojos para una: la de su hermana que, por primera vez desde que murieron sus padres, volvía a reír.

De este modo, y como cada vez que Pasquín huía del pasado dejando a familiares y amigos esperándole tras la ventana, cabalgó el Pistolero hacia su siguiente despedida. El prostíbulo de Mórvido se ocultaba en la penumbra de la noche como una mujer desnuda bajo las estrellas. Allí, un niño al que le habían dejado una pistola, jugueteaba con ella a la luz de una luna blanca y redonda a la que apuntaba sin disparar. El banquero no deseaba estropear aquella enorme y plateada moneda del cielo que siempre quiso, pero nunca pudo alcanzar. Al percatarse de que su maestro se acercaba a caballo, de algún modo intuyó que no volvería a verle en mucho tiempo, y por primera vez desde que había cogido su pistola, a Crucius le tembló entre las manos.

Un banquero al que a partir de entonces dejaron de salirle las cuentas se dirigió a Pasquín corriendo, dispuesto a hacer y a pagar lo que fuera por no tener que verle partir. Le pidió que se quedara en el banco, y le prometió que él le escondería en las despensas como al mayor de sus tesoros. Pero el Pistolero acababa de salir de una cárcel, y no quería entrar en la siguiente. Crucius se puso delante del

caballo suponiendo que tal cosa no serviría para que su maestro pusiera los pies en el suelo, pero sí el corazón. Tal y como el Señor da Morte había previsto no le apartó o trató de esquivarle, aunque tampoco bajó para darle un último abrazo. Como casi siempre, el Pistolero le sorprendió con un gesto que Crucius jamás habría imaginado. Se limitó a tenderle la mano, a la espera de que Mr. da Morte la cogiera para saltar juntos el abismo del Fin del Mundo y, tanto si lograban cruzar como si no, cabalgar eternamente entre las nubes de Finishterram. Pero el banquero, aún deseoso de coger su mano y apretarla más que si fuese una onza de oro, no se atrevió a hacerlo. La estrechó con todo su afecto intuyendo que la simple compañía de su amigo le hubiera hecho el hombre más rico del mundo, pero no fue capaz de emprender un viaje del que no sabía si regresaría vivo. Prefirió quedarse con los pies en tierra, aún sabiendo que con el tiempo se le clavaría en la piel hasta hacerle sangrar.

Finalmente se resignó y le devolvió a Pasquín su pistola, en cuyo cañón había mantenido oculto el manuscrito durante aquellos dos meses, tal y como el Pistolero le pidió. Cuando Mórvido salió del prostíbulo y vio que aquello sería definitivamente un adiós, le entregó a Pasquín una nota con un nombre y una dirección. Gracias a ella podría encontrar al Alquimista, cuyos conocimientos sobre plantas provenían en gran parte de *Un Libro para Enfermos*. El joven se lo sabía prácticamente de memoria, aunque no hubiera podido llevarse ningún ejemplar cuando huyó de su casa hacía ya tres años y medio. Por lo tanto, cuando el Pistolero llegó al faro de la Çosta dü Morte tras varios días de viaje y le enseñó el manuscrito de su propio puño y letra, el Alquimista reconoció enseguida que se trataba de la copia de una de las páginas más importantes del Libro para enfermos. A Pasquín ni siquiera le hizo falta mencionar a Mórvido para ser recibido con los brazos abiertos, aunque en cuanto pronunció su nombre, el Alquimista se alegró aún más de tenerle allí. Le ofreció agua y comida, y lo que Pasquín cogió fue tinta y papel, para poder decirles a İhanet

y Acracio que gracias a ellos estaba a salvo en un faro que solo funcionaba con cerillas.

Durante los dos años siguientes, el Pistolero consiguió ocultarse de los mercenarios de Alcornia en aquel faro roto que consiguió arreglar y que, cuando creía que nadie miraba salvo una persona, a veces se encendía durante un segundo en la noche. Pensaba Pasquín que si el banquero no le había olvidado y dirigía la vista hacia el Norte en ese preciso instante, podría ver una moneda de luz dibujada en el cielo. Entonces Crucius sabría que aunque el faro fuese un lugar perdido y abandonado a los ojos de Gálizhia, no lo estaba en absoluto, pues el Pistolero vivía en él. Y sabría que aunque él fuese un hombre perdido y abandonado a los ojos de Mádrid, no lo estaba en absoluto, pues aún le quedaban amigos. Entonces, quizá el Señor da Morte buscaría alguna atalaya para subirse con una lámpara; y si el Pistolero dirigía la vista hacia el Sur en ese preciso instante, podría ver una bala de luz dibujada en el cielo, y sabría que su amigo también le echaba de menos.

Y así fue como durante dos años y medio Pasquín vivió en aquel paraíso salvaje al borde del mar que, aunque para sus perseguidores fuera el Fin de Mundo, para él fue solo el principio del siguiente. En cambio para Crucius se terminó definitivamente cuando, un año después de que su maestro se marchara, también tuvo que hacerlo Mórvido, al que perseguían por vender drogas ilegales. De esta forma salieron de su vida las únicas personas que el banquero sentía que, cuando le miraban, le veían a él, y no a su dinero.

* * *

Al despertar y ver a Crucius delante de ella, İhanet creyó estar ante el fantasma de un banquero ahorcado que hubiera regresado del más allá, porque allí también debiera dinero. Inconscientemente, la joven creía que Mr. da Morte ya había sido ajusticiado con la cuerda en su espalda y en su cuello, y no entendía cómo podía estar en la mansión. Pero en

cuanto le vio la cara llena de lágrimas, los ojos inyectados en sangre, y esa rabiosa expresión de ira visceral que mataba cualquier rasgo humano de su rostro, supo que aún vivía; y que lo había escuchado todo. Entonces, a İhanet le recorrió la espalda tal escalofrío que se estremeció toda entera delante de él.

—Lo siento... —masculló con un hilo de voz, dudando entre si intentar abrazarle o mejor salir corriendo directamente.

Su amigo no lloraba... Y un banquero que no lloraba al descubrir que su tesoro máspreciado estaba oculto bajo el colchón de otra persona, podía ser un amigo peligroso.

Crucius no contestó, solo se quedó mirando a la mujer como si fuese el gusano más abyecto y despreciable que hubiera parasitado jamás el corazón de la tierra, y el corazón de un hombre.

—Puedo explicarlo...

El Señor da Morte cogió la maleta y comenzó a avanzar hacia la joven, que retrocedía de espaldas y a ciegas como un caballo desbocado ante su jinete de fuego.

—Por favor, Crucius, cálmate... —suplicaba İhanet.

Tan solo veía en sus ojos la locura y el brillo demente de un enterrador de corazones enfermo y apaleado que únicamente quería devolver a la pala la misma arena que le habían tirado a la cara.

—Tranquilízate... por favor...

Y ya le había visto asesinar a Huertaz un mes atrás. Sabía que después de haber matado y robado a su juez, poco podría importarle matar y violar a su verdugo.

Pese a sus ruegos, el Señor da Morte la hizo retroceder hasta que, aterrada, chocó contra una columna. Temblando, İhanet acercó sus dedos a la mejilla empapada del banquero, creyéndose capaz de amansar a aquella bestia maltratada a besos con más besos todavía.

—Os habéis reído de mí —acusó Crucius, haciendo que la mujer apartara la mano y siguiera retrocediendo hasta

llegar a la escalera, donde finalmente tropezó con los peldaños—. ¿Te parecían muy graciosas sus burlas?

La joven, deseando tan solo su perdón por haber formado parte de aquella trama, se abrazó directamente a las piernas del Señor da Morte y las acarició bajo el pantalón, haciéndole nacer y morir una y otra vez por el roce de una flor que ya pertenecía a otro jardín.

—Crucius... está celoso... por eso Anarkhío no paraba de hacer bromas...

Mr. da Morte intentó avanzar, pero con la mujer agarrada a su pierna como un doloroso sarpullido de engaños y decepciones tampoco consiguió hacer gran cosa. Finalmente soltó la maleta y alzó a la joven del pelo, obligándola a levantarse entre gritos y lágrimas. İhanet continuó por la escalera, subiendo un peldaño tras otro a tientas y de espaldas, sujetándose al pasamanos con la mano izquierda mientras con la derecha intentaba mantener la distancia de Crucius, que seguía avanzando con la maleta.

—¿Dónde están las medicinas?! —gritó Mr. da Morte, creyéndose ahora el justo propietario de los siete frascos después de haber matado a su verdadero dueño, y deseando cualquier poción mágica que pudiera curar rápidamente los males de su cuerpo y de su alma.

La mujer se mantuvo en silencio mientras continuaba retrocediendo y llorando escaleras arriba, hasta que el suelo se abrió a sus pies y la pierna de İhanet fue a encajarse en el mismo agujero que atrapó la de Crucius mas de cinco meses atrás. La joven aulló de dolor mientras extendía una mano convulsa hacia el Señor da Morte, que se apartó fingiendo una indiferencia y un asco que realmente no sentía. A pesar de que todavía se moría por rozar sus dedos y curarle la herida con su propia saliva, se le quitaron las ganas al recordar cómo İhanet y su amante se devoraban a besos, y se limitó a alejarse aún más de ella.

—Por favor... ayúdame... No puedo salir... —suplicó con la cara llena de lágrimas.

«¿No? Vaya, qué pena».

—¿Dónde están?

—Me duele...

—¿Dónde escondes las medicinas? —volvió a preguntar, ahora arrodillado frente a ella.

—Crucius... no puedo salir...

«Esa es la idea».

İhanet consiguió agarrar su mano y el banquero la soltó como si nada. Se escuchó otro crujido y un alarido que, a pesar de todo, a Crucius también le dolió. La joven permanecía con el rostro desencajado y enterrada ya hasta el muslo en aquella boca de cuchillos. El Señor da Morte la agarró del pelo una vez más y fue a subirla cuando, de pronto, recibió tal estacazo en la espalda que casi se cayó de bruces sobre İhanet. Un segundo golpe en la cabeza lo derribó directamente sobre ella.

La mujer estalló en gritos y lágrimas de agonía al verse atravesada de nuevo por esas espadas contra las que no podía luchar, aunque fueran de madera. Aquello era demasiado para ella, sobre todo ahora que además tenía que aguantar el peso de Crucius. El tormento duró solo unos segundos y, cuando por fin vio la luz, no sabía si es que se había desmayado. El Encapuchado se encontraba arrodillado y con la expresión desencajada por el sufrimiento de la joven, que rompió a llorar al sentir el inmenso amor con el que besaba sus mejillas y acariciaba su pelo. Antes de que el Señor da Morte se repusiera, Anarkhío se levantó y le propinó un tercer golpe con la barra de madera, empujándole escaleras abajo.

—¿Qué te ha hecho... amor mío...? ¿Qué te ha hecho...?

—escuchó Crucius desde la semiinconsciencia, aún agarrado a la maleta.

—Sácame... por favor... —rogaba İhanet, abrazada al Encapuchado como una niña obligada a enfrentarse a un dolor que pondría de rodillas a muchos adultos.

—Aguanta, İhanet...

Mr. da Morte se levantó tambaleándose, con todo el cuerpo magullado y temblando de la ira y el dolor. Ya en

pie, acercó sus dedos temblorosos a la cabeza y, cuando volvió a situarlos ante su borrosa mirada, descubrió que estaban llenos de sangre. Tuvo que sujetarse al pasamanos de la escalera para no perder el equilibrio mientras sacaba la pistola. Pero no fue capaz de apuntar en el mismo instante, porque sufrió un mareo que le hizo derrumbarse contra la barandilla. Enseguida volvió en sí y, aún apoyado, jadeando y con la vista nublada, apuntó hacia el bulto difuminado que parecía tratarse de la cabeza del Encapuchado.

Cuando al fin éste consiguió liberar la pierna de İhanet, corrió a besar y a mecer contra su pecho a aquella muñeca llena de agujas, hasta que un brutal pinchazo en el hombro le hizo sacudirse y desplomarse entre los brazos de la joven, que rompió a llorar enloquecida. Al levantar la vista y ver a Crucius con un puñal lleno de sangre tres peldaños más abajo, la mujer introdujo sus manos sin pulso bajo la túnica de Anarkhío —en busca de su revólver— mientras el Señor Da Morte guardaba la navaja. Un instante después, İhanet encontró la pistola del Encapuchado y rápidamente apuntó a Crucius con ella. Éste no se quedó a comprobar si le disparaba o no, y una bala pasó rozando su pierna justo cuando se arrojaba con la maleta por la barandilla, y caía al otro lado de la escalera.

El terrible estacazo contra el suelo le destrozó la pierna, la cadera y las entrañas, pero la rabia le mantuvo consciente mientras advertía cómo la mujer mecía y lloraba desquiciada el cuerpo del Encapuchado, ignorando las heridas del suyo tres metros más abajo. Crucius, apaleado y molido, se arrastró con la maleta hasta ocultarse bajo el hueco de la escalera, como un pobre gusano muerto de dolor y de celos en busca de una manzana que no estuviera podrida.

—¡Le has apuñalado... hijo de puta...! —chilló la joven entre convulsiones, colando por el agujero del escalón una bala que estuvo a varios palmos de reventar el pie de Crucius, que se encogió aterrado.

—¡Como le hayas hecho algo te mato...! —sollozó, disparando de nuevo.

Con los dedos temblorosos, el banquero sacó su propia pistola y apuntó hacia el boquete de la escalera, sin saber que İhanet ya se había quedado sin balas con las que continuar abriéndoselos en el corazón. En cualquier caso, el proyectil del Señor da Morte atravesó limpiamente el agujero, y al instante se escuchó un tremendo crujido mientras las vigas temblaban y las paredes se agrietaban como labios marchitos. Una cascada de arena cayó sobre la cabeza de Crucius, que instintivamente se arrojó al suelo, cubriéndosela con el maletín. Durante algunos segundos —en los que la lluvia de madera era tan fina que apenas la notaba— llegó a sentirse invencible con su oscuro paraguas, ahora que por fin sabía cómo abrirlo. Hasta que varias piedras le cayeron sobre el maletín y la espalda, recordándole que la escalera se le estaba derrumbando encima. Pero el Señor da Morte, completamente paralizado por el terror, era incapaz de moverse.

Justo cuando la enorme estructura se desplomaba sobre él reaccionó rodando hacia un lado; y un grito desgarrador resonó en aquella mansión donde, según la leyenda, solo podrían vivir las flores.

* * *

Pasquín permaneció en el faro de Finishterram durante el año siguiente, mirando al mar y esperando que una oleada de nostalgia empujara a Crucius y a Mórbido hasta allí. Al final apareció el segundo en busca de un refugio donde esconderse de la policía; y el Pistolero, quizá egoístamente, pensó que por primera vez habían hecho un buen trabajo. Tras la llegada de su amigo, aún permaneció en el faro durante un año más, dos en total que İhanet y su hermano aprovecharon para estudiar el Libro para enfermos (que él les había confiado) en la Pobla dü Mâdrid.

Allí, una noche en la que Acracio paseaba por el barrio de Alcornia, decidió colarse él solo en uno de esos palacios que tantos ricos cambiarían en secreto por dormir al aire

como los pobres, sobre un lecho de nubes en el cielo. Y de entre todas las mansiones que había, escogió la única que tenía la ventana abierta. El residente siempre la dejaba así, para observar con desprecio a toda esa gente que lloraba cuando no veía estrellas en el cielo. Él, en cambio, lo hacía cuando éstas se lo tapaban, pues allí arriba estaba su hija, esperando para colarse en sus sueños o para regresar a casa volando.

El muchacho entró sigilosamente y buscó en decenas de cajones llenos de billetes que apartaba con cuidado de no romper, por si entre ellos pudiera haber alguna hoja verde de valor. Sin éxito alguno, abrió finalmente un pequeño armario que Nephysto llevaba casi dos años y medio sin limpiar porque, según la Biblia, también los niños se convertían en polvo al morir. Dentro, Acracio encontró un maletín negro con un grabado idéntico al de la portada de *Un Libro para Enfermos*. Deslizó los dedos por la superficie de la maleta y, al llegar a la hendidura, supo para qué servía la Cruz Roja que Pasquín le entregó dos años atrás y que İhanet guardaba en la trampilla junto con el libro.

De pronto Nephysto se giró en el colchón y Acracio, sobresaltado, volvió la cabeza para asegurarse de que seguía durmiendo; cuando distinguió un objeto con forma de Cruz sobre la mesilla de su cama. El muchacho contuvo la respiración hasta llegar al mueble y coger el amuleto con los dedos temblorosos, casi esperando que el Conde estirara un brazo y de repente le agarrase la muñeca. De nuevo frente al maletín, Acracio colocó la Cruz sobre el símbolo y lo giró hasta dar una vuelta completa. Un débil chasquido proveniente del interior de la maleta le hizo abrirla, descubriendo en el lateral un compartimento que, al girar de nuevo la Cruz Roja, quedaba completamente oculto en una esquina. Decepcionado al ver que tanto la maleta como el compartimento secreto estaban vacíos, sacó la Cruz de la hendidura y volvió a dejarla en la mesilla del Conde, regresando otra vez para guardar la maleta en el armario. Pero, al ir a meterla dentro, Acracio golpeó sin querer un

pequeño frasco de cristal que descansaba al fondo. Instintivamente lo cogió mientras rodaba, sabiendo que ahí dentro habían disecado una rosa a la que prometió que nunca más regarían con formol.

El sonido del frasco rodando despertó a Nephysto, que corrió a cerrar la ventana mientras llamaba a sus guardias. Acracio salió corriendo de la habitación y empezó a bajar las escaleras, cuando uno de los vigilantes le atrapó durante los segundos necesarios para que el Noble pudiera advertirle de que, al haber intentado robarle precisamente a él, se había confundido de puerta. Pero Acracio consiguió soltarse y encontró la que daba a la salida, demostrando que en ningún momento se había equivocado. Lo único malo fue que, además del frasco de medicinas que nadie se percató de que escondía, se llevó también el miedo de que le hubieran dejado huir precisamente para poder seguirle.

Durante los siguientes días no habló con nadie por temor de que le estuvieran espiando, sólo alguna vez quedó a escondidas con İhanet. Descubrieron que el milagroso líquido de aquel bote curaba cualquier tipo de herida en la piel, pero no pudieron averiguar de dónde provenía, pues no todos los remedios estaban registrados y definidos en *Un Libro para Enfermos*. De hecho, solo una pequeña fracción de los existentes estaba recogida entre sus páginas; el resto se transmitía de boca en boca. Afortunadamente, İhanet sabía de alguien que podría averiguar la procedencia de aquel misterioso líquido. Recordó que Pasquín, en la carta que les envió, había mencionado encontrarse a salvo con un habilidoso Alquimista, el cual podría analizar el contenido del frasco y explicarles de qué se trataba exactamente.

Pocos días después del robo, İhanet conoció a un muchacho que al igual que ella tenía unos veinticuatro años y el deseo de cambiar el Mundo. El joven siempre llevaba una capucha oscura, no tanto para protegerse del frío como para cobijarse de la mirada y de la crueldad del ser humano. Cuando sus vidas se cruzaron eran solo dos desconocidos, y

ninguno de ellos podía imaginar que en unos meses serían lo más importante el uno para el otro.

Anarkhío vivía en los suburbios del distrito 56 de la morgue, en una choza sin puerta que compartía con su hermanastro, un gitano que odiaba las injusticias y su piel de café, que siempre quiso blanca como la leche de sus dos madres. Pero aunque el muchacho y él hubiesen nacido de mujeres diferentes, para Anarkhío los dos eran hermanos, y llevaban la misma sangre. A los pocos días de conocer a İhanet, le habló de un pasquín que mencionaba una serie de plantas que según el propio manuscrito curaban casi todo tipo de males. El Encapuchado lo guardaba en su propia cabaña desde que, hacía ya más de un año, lo leyó en uno de esos muros que separaban a los ricos de los pobres. Admitió que lo había despegado de la pared, sabiendo que de todos modos no iba a durar mucho tiempo ahí, pues las autoridades estaban arrancando todos los que veían. İhanet no necesitó que se lo enseñara para saber inmediatamente que se trataba de una de las copias de la página 92 del mismo libro que ella guardaba en la trampilla de la granja.

Varios días después, emprendieron los cuatro un viaje a Gálizhia, con Acracio encabezando la marcha en solitario. Unos kilómetros por detrás le seguían İhanet, Anarkhío y su hermanastro, que avanzaban los tres juntos. Acracio caminaba por separado porque, casi dos semanas después del robo, aún tenía miedo de que le estuvieran siguiendo. Llevaba la mitad del líquido medicinal en un frasco, mientras İhanet viajaba con el resto en otro. Cuando al fin Acracio llegó al antiguo faro abandonado que coronaba el acantilado de Finishterram, Mórbido y Pasquín le abrieron la puerta. El Alquimista había salido en busca de nuevas plantas, sin saber que Acracio le llevaba en un frasquito el alma de una flor. Éste le entregó el pequeño envase al Pistolero, que lo dejó a la vista encima de una mesa. Casi tres horas después llamaron de nuevo a la puerta, y en esta ocasión se trataba del hermanastro de Anarkhío. İhanet y el Encapuchado se habían quedado muy cerca del faro, contemplando la puesta

de sol sobre un acantilado de la Çosta dü Morte. Allí se dieron cuenta de que cuando estaban los dos juntos, miraban al abismo y éste no les devolvía la mirada.

Volvieron a llamar a la puerta y el gitano se lanzó a abrir a su hermano, pues en la cabaña donde vivía con él jamás habían hecho esperar a quienes iban a visitarlos. Como eran pobres y no tenían puerta, en su choza lo único que abrían era los brazos cuando alguien llegaba. Un cuchillo asomó por la rendija y fue a clavarse entre los suyos, rajando al gitano en canal de arriba a abajo. Antes de que Acracio tuviese tiempo de reaccionar, una bala se estrelló en su hombro y otra en el muslo, dejando de rodillas a un hombre que en toda su vida solo lo estuvo una vez, junto al camastro de sus padres.

Pasquín desenfundó su pistola, y en solo tres segundos dejó escapar cuatro balas que, al igual que él, no se detenían ante nada en el Mundo. Con ellas mató a cuatro hombres, pero el quinto logró alcanzarle en la pierna mientras el Pistolero cambiaba el cargador con una sonrisa en los labios. Mientras lo colocaba se estaba acordando de su alumno, que para eso siempre fue más rápido que él, con sus manos de mago y sus trucos de banquero. El simple recuerdo de Crucius le dio fuerzas para seguir luchando, por lo que se levantó y continuó disparando, pese a tener ya más balas en su cuerpo que en su pistola. Aunque apenas podía tenerse ya en pie, nadie se atrevía a acercarse a aquel guerrero que, al igual que su sonrisa, parecía crecerse en la adversidad. Al ver a más de una docena de sicarios muertos a su alrededor, los cuatro que aún quedaban vivos se preguntaron si aquel hombre era inmortal, o si sólo lo era su leyenda. Y Nephysto, intuyendo lo que pensaban, respondió en voz alta que aquella sería la última vez que el Pistolero apretase un gatillo.

Avanzó hacia él y Pasquín miró a los ojos de aquel hombre que perdió la Cruz Roja y el Libro para enfermos en el banco del cementerio. Tampoco es que el Conde lo estuviera leyendo, pues no podía pasar página desde la

muerte de su hija. Pero aún así, no soportó que alguien lo cogiese, ni que lanzara copias de la página noventa y dos. Entre varios hombres inmovilizaron a Pasquín e intentaron arrancarle un revólver que en toda su vida tan solo había permitido coger a una persona. Al ver que no lo soltaba, le obligaron a poner las manos sobre la mesa, junto con esa pistola cargada de recuerdos por los que moriría, mientras otro esgrimía un enorme machete curvo. A golpes intentaron ponerle de rodillas, pero tampoco lo consiguió nadie hasta que aquel cuchillo cayó sobre sus brazos a la altura de las muñecas. Pasquín aulló de dolor cerrando los ojos, y cuando volvió abrirlos sonrió entre lágrimas al ver que todavía tenía la pistola. Pero al retirar las manos, vio que se quedaba por su lado en una mesa sobre la que nunca más escribiría.

Nephysto desincrustó la mano de Pasquín de la pistola, tendiéndosela con una retorcida sonrisa en la cara. Éste, llorando por no poder atraparla entre los dedos, intentó al menos sostenerla entre ambos muñones. No terminaba de entender por qué ahora se sentía débil aún teniendo un revólver, cuando siempre se había sentido tan fuerte incluso sin el arma. A pesar de todo la seguía queriendo como a un hijo, y solo sabía que si él ya no podía cuidar de ella, tendría que sobrevivir para llevarla al banco, y encontrarle a otro padre. El Noble se acercó de nuevo a él y a Pasquín se le cayó la pistola, pero todavía mantuvo el valor. Nephysto le preguntó dónde había escondido el Libro para enfermos y el Pistolero permaneció con la boca cerrada. Pensó que aunque le hubieran quitado las manos, no por ello le habían dejado sin puños. Al ver que aún conservaba las ganas de luchar, el Noble mandó que lo inmovilizaran, e instantes después Pasquín perdía la lengua y la conciencia sobre su propio charco de sangre.

Nephysto se dirigió entonces a Mórvido, que temblaba aterrado en un rincón, y le preguntó por el libro y por el frasco de medicinas. El chulo, que de haberla sabido le habría dado hasta la localización de la mismísima Mesa de

Salomón para que no le amputasen las manos en aquella otra, se limitó a encogerse de hombros llorando. Señaló con sus convulsos dedos el frasco que Acracio había dejado sobre un mueble al llegar, y Nephysto le respondió que ahí solo estaba la mitad del contenido, y que quería saber quién tenía el resto. Al ver que no contestaba, apartó las manos del Pistolero y puso las de Mórvido encima de la tabla, repitiendo el mismo proceso de antes sobre aquella mesa en la que el chulo nunca más volvería a comer. Seguidamente y sin dejarle tiempo para reaccionar, Nephysto ordenó que le cortaran también la lengua, pensando que si no le había dicho lo que necesitaba tampoco diría nada más. En cuanto le vio perder el conocimiento avanzó hacia Acracio, suponiendo que ya estaría lo suficientemente asustado, pero éste ni siquiera temblaba. Tan solo pensaba en su hermana, porque si ella estaba a salvo, él también se lo sentía. Le sacaron del faro junto al cuerpo inerte del gitano que, al igual que él, no se resistía a ser arrastrado; pues ambos estaban en paz.

Acracio se alegraba por sí mismo, porque moriría acompañado de un amigo con el seguiría compartiendo la comida del mismo plato, aunque en el Paraíso hubiera para todos. Y se alegraba porque sabía que el gitano, al igual que en el faro, abriría la verja del Cielo tanto a sus amigos como a sus enemigos; y porque —del mismo modo que en la cabaña— quitaría las puertas para que todo el mundo pudiese entrar al morir. En cambio se lamentaba por Anarkhío, porque intuía que si el Noble estaba ordenando arrastrar con ellos el cadáver de su hermano no era para abandonarlo en el campo, sino para llevárselo a la Pobla y darle algún horrible uso. En cualquier caso, Acracio no era capaz de pensar más que en Ihanet y en sus amigos, ya que a él jamás le matarían mientras ella aún viviese, y pudiera seguir haciéndolo por los dos.

Nephysto notó su tranquilidad y, furioso, le amenazó con ese enorme cuchillo que de tanto alimentarlo crecía como lo habría hecho esa niña a la que no pudo salvar con

él; porque ni siquiera estuvo presente durante la agresión. Mientras sus mercenarios continuaban arrastrando al gitano y a Acracio por el monte, el Noble preguntó una vez más por la ubicación de las medicinas —las cuáles tenía la joven—, acercándole el filo a la muñeca, pero el joven ni se inmutó. Seguía pensando en İhanet, y en que manos él ya tenía dos, mientras que mujeres como aquella solo había una, que además le prestaría las suyas para lo que hiciera falta. El Conde ordenó a sus sicarios detenerse al borde de un acantilado, y entonces Acracio supo que saltaría él mismo antes que traicionar a su hermana, y que estaba listo para irse con el resto de su familia allá donde todos los seres humanos fueran una. Nephysto le interrogó por última vez y él, que al contrario que İhanet nunca supo mentir ni callar, se preparó para saltar. Al menos eso sí sabría hacerlo, y se le daría mejor que a ella, que tardó más tiempo en aprender a volar.

Mientras tanto, el Encapuchado y la joven llamaban a la puerta del faro, y nadie respondía. Quizá, de pronto habían aprendido a estar todos en silencio, como el Pistolero antes de disparar, o como las mujeres de Mórvido y las plantas del Alquimista. Tal vez el gitano, que no había visto muchas puertas en su vida, no sabía cómo abrirla, o no se atrevía a acercarse a aquel trozo de madera que convertía cualquier casa en una cárcel. İhanet y Anarkhío, que no se atrevían a buscar otra explicación más realista, tan solo esperaban el sonido de una voz que les indicase que todos estaban bien. Y la escucharon, pero no provenía de aquella casa muda, sino de Acracio, que acababa de saltar al precipicio, dispuesto a abandonar por fin el Mundo en busca de otro mejor. Aquella, se dijo el muchacho, sería la última prisión de la que tendría que fugarse. Y finalmente la ironía querría que, después de haber conseguido escapar de todas siguiendo su propio camino, tuviera que irse de esa última guiándose por los pasos de otros presos que, al igual que él, no encontraron otra salida.

Anarkhío intentaba forzar la puerta del faro, pensando que su hermano aún se hallaba dentro, mientras İhanet

corría en busca del suyo, y éste lo hacía al encuentro de sus padres. Así, los golpes de Acracio contra las rocas, las pisadas de İhanet sobre el suelo, y los puñetazos del Encapuchado contra la puerta, se fundían todos en un mismo latido. Para cuando la joven llegó al borde del acantilado, Nephysto ya había tomado su pequeña carroza y se había marchado junto a sus mercenarios, llevándose el cuerpo del gitano. Acracio, que había rodado ya unos doce metros, se sujetaba semiconsciente a una rama que, al igual que el alma de su hermana, no tardaría en partirse. Cuando por fin lo hizo, el sol ya empezaba a esconderse entre las montañas, para no ver cómo Acracio se moría.

* * *

Justo cuando la escalera se desplomaba, Crucius rodó hacia un lado y un grito desgarrador resonó en aquella mansión donde, según la leyenda, solo podrían vivir las flores. El Señor da Morte se levantó tambaleándose y, al alzar la mirada hacia los escombros, vio a İhanet sollozando sobre el cuerpo inmóvil del Encapuchado; ambos arropados por un polvoriento sudario de estaca y yeso. Al mirar arriba, vio un enorme diente abierto a través del cuál únicamente se podía atisbar, en el agujero del techo, la caries oscura de aquel lugar maldito.

Enseguida dedujo que aquella bala que disparó a ciegas se estrelló contra alguna viga podrida, haciendo que parte del techo cayera sobre la escalera que —junto con İhanet— finalmente se había derrumbado. Crucius se dio cuenta de que mientras que él había rodado hacia un lado para no resultar herido, la joven había permanecido junto al Encapuchado, protegiéndole de los palos y las piedras con su propio cuerpo. El Señor da Morte comenzó a avanzar a hacia ella, sangrando y llorando por esa despiadada maldición que, mientras a algunos reyes codiciosos como pudiera serlo *Midas* les permitía hacer de oro aquello que

tocaban, a un banquero bueno y pobre como él, le condenaba a hacer de otro el oro que tocaba.

Al verlo İhanet tambaleándose hacia ella, convulsionándose y con su pistola en la mano, intentó levantarse con todas sus fuerzas. Al ver que no podía, se abrazó a Anarkhío pensando que quizá ya no volvería a hacerlo más, mientras temblaba de dolor y de miedo, y la viga de su espalda lo hacía con ella. Desde ahí no podía alcanzar su pistola ya sin balas, que perdió junto con varios huesos cuando aquella pesada tabla le cayó encima, como la enorme cruz de una vida entera sin su Dios.

Crucius continuó avanzando entre lágrimas, procurando no tropezarse con las piedras, la madera rota, y los escombros de aquella mujer que tantas veces le hacía besar el suelo. En cuanto llegó junto a İhanet cogió la pistola de la joven y, tras comprobar que no tenía balas, se deshizo nuevamente de ella. Luego se agachó junto a la mujer y le retiró la viga que descansaba sobre sus machacadas costillas, haciéndola reaccionar como si acabara de espantarle una hormiga, y abrazar de nuevo entre lágrimas a Anarkhío. El banquero trató de levantarla y, al ver que se resistía, cogió otra vez su propia pistola. Era consciente de que tampoco podría usarla, pues el Encapuchado le había entregado aquel revólver con dos únicas balas, y él acaba de gastar la última en la escalera.

Trató de imaginarse la historia de aquella pistola condenada a volverse contra todos sus dueños, pasando de mano en mano hasta regresar con el verdadero. Pensó en quién habría sido su anterior propietario, y en si dicha persona se la habría entregado voluntariamente al Encapuchado o si habría muerto sosteniéndola como a un hijo entre los brazos. De algún modo a Crucius —quizá sugestionado porque sabía que era el mismo modelo con el que Pasquín le enseñó a disparar— le resultaba familiar, y se preguntaba cuántas personas habrían encontrado su razón para vivir en aquel arma para matar. Quizá, para algún ladrón encerrado en prisión fue la cuchara con la que servir su venganza, o con la que apalancar las rejas. En caso del banquero, que no

se consideraba ningún ladrón aunque muchos le señalaran como tal, descubrió en una pistola como esa la ilusión que todos los niños pierden al crecer, y con la que él ni siquiera nació. Ocurrió gracias a su maestro, que le enseñó la magia de la vida y que la dinamita también podía correr por sus venas.

De cualquier forma, el Señor da Morte estaba completamente seguro de que aquel arma, al igual que la de Pasquín, había ayudado a seguir luchando a más de un miserable como él. Pero sobre todo lo estaba de que, aún sin balas, podría serle útil en esta ocasión, siendo como era Crucius un magnífico actor:

—¡Levántate! —ordenó, empujado por una ira enloquecida y rabiosa que ni siquiera necesitó fingir—. Dime dónde están la medicinas.

—Lo siento... no puedo... —respondió İhanet entre lágrimas, sosteniendo ya en pie las migajas de su costado y su valor con una sola mano—. Se lo prometí a mi hermano tras la muerte de nuestros padres... ¿Te acuerdas de que te conté que murieron?

Crucius lloraba.

Recordaba que en aquel momento, y aunque no entendiera nada cuando ella le confesó que la enfermedad de sus padres tenía cura, le dijo que sentía su muerte. Recordaba que limpió sus lágrimas y que la abrazó con un amor que jamás pensó que llegaría a sentir por nadie.

—¡No me importa! —exclamó ahora, sin poderse creerse lo que acababa de decir.

Pero aún más difícil le resultaba creer que İhanet le hubiese traicionado de un modo tan cruel, fingiendo ser una amiga transparente para terminar siendo invisible.

—¿Dónde están?! —repitió Crucius, apuntándola aún con su pistola.

—Lo siento... Nunca pensé que pudiera llegar a hacerte tanto daño...

—Claro, igual pensaste que robándome y utilizándome me harías algún tipo de bien...

—¡Basta, por favor...! ¿Acaso crees que no me sentía yo mal...?! ¡Sé que piensas que debería haberte dicho que estaba con Anarkhío...!

—No... Simplemente no debiste tratarme como a un gilipollas, llevándome a follar mientras él me robaba la maleta...

Desde aquella primera burla, cada sarcasmo de la joven retorció sus entrañas hasta volverlo loco, recordándole que hubo una vez un despreciable gusano que se dejó pisar a cambio de unos fugaces segundos de sexo. En cada una de las mordientes ironías de Ihanet, volvía a ver a esa Reina cruel y caprichosa enamorando a caricias a un pobre y desgraciado peón negro para que no denunciara sus trampas en el juego, y para llevarlo a la cama mientras otros le daban la vuelta al tablero.

—Lo lamento tanto, Crucius... Pero era la única forma de conseguir las medicinas... La idea era que solo cogiera unas gotas, pero no lo hizo así... —sollozó la joven—. ¿Y qué podía hacer yo...? ¿Acaso debía traicionarle a él y confesártelo todo, para que lo denunciaras y le metieran en la cárcel o lo mataran? ¡Lo quiero más que a nada en este mundo...! ¡¿Es que no lo entiendes?!

Aunque Mr. da Morte ya lo sabía, escuchar aquella declaración directamente de sus labios le rompió algo por dentro.

—¡¿Dónde están las medicinas?!

—Adelante... dispárame si te atreves...

Crucius bajó entonces la pistola y apuntó a la cabeza de Anarkhío. La mujer chilló como si fueran a disparar a la suya propia, y rápidamente se puso en medio. Cuando Crucius la apartó de una bofetada, la joven colocó llorando la temblorosa palma de su mano contra el cañón de la pistola.

—No le mates... Te diré dónde están las medicinas, pero... por favor... no le hagas daño...

Ihanet cayó de rodillas, sollozando ante la idea de traicionar a su familia y a su pueblo. Pero viendo que ya no podía ganar más tiempo, y que ahora toda su familia y su

pueblo era un único hombre que por sí solo valía más que una nación, abrió la boca dispuesta a revelarlo:

—Están en...

—¡İhanet...! —la cortó de repente el Encapuchado desde el suelo—. No lo hagas...

La joven rompió a reír entre lágrimas al ver que Anarkhío por fin había despertado, pero Crucius la sujetó del brazo e impidió que lo abrazara.

—Están ent...

—¡No lo hagas! ¡No te rindas! —repitió el Encapuchado, pese a que Crucius volvía a apuntarlo con la pistola.

De pronto, éste se dio cuenta de que la mujer miraba de soslayo hacia el hoyo donde él había descubierto *Un Libro para Enfermos*. Los ojos de İhanet eran ahora dos pompas pardas de jabón usado que al estallar limpiaban el maquillaje de su rostro, revelando las arrugas de una flor de papel, y los desvelos de una mentirosa. Y ahora Crucius ya conocía el secreto de aquel tiburón de espuma que fingía dominar los mares, cuando en realidad se ahogaba en su propio miedo.

De repente, aprovechando que Mr. da Morte estaba distraído, el Encapuchado se abalanzó sobre él con una pequeña navaja que escondía entre sus ropajes y que hundió en el muslo del Señor da Morte, haciéndole caer de rodillas. Al verlo en el suelo, İhanet y Anarkhío le inmovilizaron, e intentaron arrancar a Crucius un revólver que solo una persona conseguiría quitarle. Pese a los golpes no lo soltó, en remedio de aquella despedida en la que debió agarrar muy fuerte la pistola, y aún más a su maestro. Se defendió como pudo y volvió a apuntar a los dos jóvenes con el arma, obligándolos a tumbarse en el suelo mientras él, de nuevo en pie, se sacaba el cuchillo de la pierna resollando de dolor. Aún apuntándolos, y sabiendo ya dónde había escondido İhanet las medicinas, se abalanzó sobre Anarkhío con la misma navaja que éste acababa de clavarle y se la puso contra el cuello.

—¿Qué vas a hacer, Crucius...? Por favor, no... —sollozaba la mujer, sabiendo que el banquero ya no quería seguir viendo la felicidad en unos ojos que a él no le miraban.

—Dame un solo motivo... —gruñó Mr. da Morte, que ya únicamente deseaba verla sufrir tanto como sufrió él, intentando besar una boca llena de tierra.

—... Te... Te llevé al banco en mi caballo...

—Que compraste con el dinero que me habías robado.

—Te... te lo devuelvo... con las medicinas... Pero te lo suplico...

—No hace falta que me devuelvas nada, ya sé dónde está todo.

—Yo... te vendé con mis propias manos... —dijo una mujer a la que el banquero habría vendado con sus propios billetes.

—¿Y qué?

—Que yo te curé...

—Con mis propias medicinas.

İhanet sollozaba de rodillas en el suelo, sin saber ya qué hacer o decir para mantener con vida lo único que daba sentido a la suya.

—Crucius... Reconozco que al principio eras un juego que creía tener controlado... pero llegué a quererte más de lo que debía. No tienes ni idea de lo estúpida que me sentía al ver cómo iba cayendo en mi propia trampa... ni de lo mal que lo pasaba al darme cuenta del daño que te estaba haciendo... Pero ya no podía dar marcha atrás... Por favor, perdóname...

—No, no te perdono. Y si tanto me quieres, no te importará que haga esto —respondió finalmente el Señor da Morte, hundiendo el puñal en el cuello del Encapuchado y degollándolo ante las narices de İhanet.

La mujer, sin tan siquiera poder levantarse del suelo, se arrastró entre sollozos y convulsiones hasta el cuerpo sin vida de Anarkhío. El banquero le extrajo el cuchillo y directamente se lo guardó en el bolsillo izquierdo, pues en el derecho aún ocultaba su propia navaja. Al rozarla bre-

vemente, se dio cuenta de que no la había vuelto a utilizar desde que se la clavó en el hombro al Encapuchado, cuando éste le atacó con una tabla y lo arrojó escaleras abajo. En cualquier caso, Crucius tomó conciencia de que ambas navajas —la suya y la del muchacho— continuaban impregnadas de una ira tan visceral que ni con sangre conseguía limpiar las hojas. Todavía furioso, no se molestó en volver la vista atrás mientras caminaba hacia la maleta, que aún yacía entre los escombros de la escalera.

Una vez con ella, fue a por el candelabro y finalmente se encaminó hacia el lugar donde había encontrado *Un Libro para Enfermos*, dejando que İhanet perdiera los papeles zarandeando al anarquista que durante casi un año se los estuvo ordenando. Una vez en el hoyo, Crucius dejó la maleta y el candelabro en el suelo y avanzó un par de metros hacia la izquierda, donde la arena también parecía haber sido levantada. Con sus propias manos llenas de sangre, se agachó rápidamente y comenzó a escarbar en la tierra, mientras İhanet se revolvía en la de sus entrañas. De fondo, Mr. da Morte escuchaba los aullidos de aquella mujer ciega de amor que solo imploraba otros ojos con los que ver, sin acabar de entender por qué el hombre al que había convertido en el paraguas de sus penas, esta vez no se elevaba para darle cobijo con su abrazo. Siempre lo hacía cuando ella lloraba y —al final— se mojaban juntos porque, siendo los dos la misma lágrima, no podía caer uno sin el otro.

Crucius continuó cavando hasta que, de pronto, tocó un trozo de carne de la que sobresalía un hueso. Retrocedió asustado, antes de acercarse de nuevo para apartar la última capa de arena, y descubrir un cadáver enterrado. Al ver que le faltaban las manos, al igual que a aquel mendigo que permaneció a su lado durante la masacre en la Quinta, rompió a llorar pensando que se trataba del mismo. Aún podía recordar cómo pasó toda la noche agarrado a él, como un niño que en la cama se abraza a la almohada esperando a que llegue la luz y se vayan los monstruos. Pero aquellos monstruos no se fueron, mataron a muchos expresidarios

y ladrones en pijama, y permanecieron para siempre en las pesadillas del Señor da Morte.

Crucius se arrodilló para llorarlo, y para apartar con sus convulsas manos y el mayor de los respetos las greñas de aquel vagabundo que, pese a no tener casa, se la dio a él con su abrazo. Pero, al observar de nuevo lo que quedaba de su rostro, respiró aliviado entre lágrimas de alegría al darse cuenta de que no podía tratarse del mismo. Este mendigo tampoco tenía manos con las que pedir ni probablemente lengua con la que suplicar, pero sus rasgos ya casi borrados eran diferentes a los del otro vagabundo.

De pronto, Mr. da Morte recordó nítidamente la persecución en la Quinta. Y se dio cuenta de que, entre todos los ladrones que quisieron hacerle daño, hubo dos —y no solo uno, como pensaba hasta entonces— que trataron de ayudarlo. Dos héroes de capa caída que no podían abrochárselas sin sus manos pero que, al ver a Crucius casi desnudo e inmovilizado en el suelo, corrieron a su lado para arroparle con ellas. El más valiente de los dos perdió su espada tres años atrás, y aún así continuaba luchando; él no la necesitaba porque sus brazos ya terminaban en punta. El otro espadachín, también irreconocible, avanzaba igualmente a empujones junto al anterior, para abrirse paso entre todos los bandidos. Al no tener lengua, ninguno de los dos podían ordenar a los malhechores que dejaran en paz al único niño por el que todavía estaban dispuestos a descubrir su identidad. Pero Crucius estaba seguro de que, a pesar de sus antiguas heridas, aquellos paladines habrían conseguido rescatarlo; de no se porque los sicarios del Conde iniciaron aquel tiroteo con el que dejaron fuera de combate a uno, y mataron al otro.

Y aunque el Señor da Morte se alegraba ahora de que su amigo hubiera sobrevivido, le apenaba la muerte de aquel otro refugiado que también intentó ayudarlo, y llamarle pese a no tener voz. Quizá, perdiera antiguamente el habla al ver a Nephysto con un cuchillo muy grande, y del susto ya no pudo recuperarla. El banquero suponía que aquel

hombre pobre, al contrario que muchos ricos, tenía muchos amigos de los que despedirse y que no pudo decir adiós a ninguno. Y Crucius, que cuanto más le miraba más sentía que le conocía de algo, llegó a plantearse si no sería él uno de ellos. Dando por hecho que ya nunca lo averiguaría, se dispuso a enterrarlo de nuevo cuando, justo al coger sus brazos para moverlo, quedó al descubierto un símbolo que aún llevaba prendido en la ropa. Rápidamente se levantó a por el candelabro y lo situó junto a la insignia; iluminando el contorno de dos círculos entrelazados, uno con una cruz rosa y otro con una flecha azul. El Señor da Morte sintió que se le doblaban las piernas y cayó de rodillas al suelo, llorando y negando con la cabeza.

Se trataba de Mórvido, su antiguo compañero.

Desgarrado por el dolor, el banquero se arrojó sobre el cuerpo de su amigo en un abrazo que estremeció a los muertos. Aquel hombre era, junto con Pasquín, el único que a Crucius siempre le trató como a una persona con sentimientos, y no como a un cajero con monedas. De pronto se dio cuenta de que si aquel mendigo sin manos era Mórvido, el otro que intentaba hablarle con los ojos al no poder hacerlo con la boca, solo podía ser Pasquín. A fin de cuentas, aquella preciosa sonrisa casi oculta por la tristeza y por la barba tampoco podía ser de otra persona.

Llorando por la pérdida del chulo, tan solo le quedaba ya la esperanza de encontrar vivo al Pistolero, el único ladrón —y la única persona— que siempre daba más de lo que quitaba. Antes de volver a enterrar el cadáver con sus propias manos, Crucius se agachó para abrazarlo una vez más pero, al apoyar el brazo sobre su cuerpo, sintió el tacto de una enorme fisura en el pecho de su amigo. Intuyendo que aquel corte abrupto no era fruto de la descomposición ni mucho menos de las balas con las que los sicarios lo tirotearon, el Señor da Morte abrió sus ropajes entre lágrimas.

El cuerpo de Mórvido había sido rajado de arriba a abajo tras su muerte, del mismo modo que lo fue el cadáver del gitano que Nephysto le depositó en el banco, aunque —en

ese momento— aquel todavía se conservaba perfectamente. Sin apenas pensarlo y dejándose llevar únicamente por la intuición, Crucius introdujo sus temblorosas manos en las carcomidas entrañas del cadáver.

A su espalda, İhanet había soltado el cuerpo de Anarkhío y se arrastraba sollozando en busca de una tabla, tras haber guardado entre sus ropajes un alargado cristal que encontró en el suelo.

* * *

Acracio rodó por un barranco de la Çosta dü Morte, y el corazón de la joven con él.

Cuando al fin llegó junto a su hermano, İhanet se arrojó a su lado y acunándole contra su pecho le prometió que no se rendiría nunca, que enterraría a sus compañeros en la Quinta Post Mortem, y que le entregaría al Alquimista las medicinas en su lugar.

A lo lejos, una silueta se acercaba llorando por la llanura de Finishterram. Corría bajo aquel atardecer de caramelo oscuro que, por segunda vez en su vida tras la muerte de sus padres, a İhanet volvía a saberle amargo. Al llegar, Anarkhío se desplomó sobre los brazos de İhanet, y entre lágrimas le dijo que no encontraba a su hermano, y que en el faro había muchos hombres muertos y dos que sangraban porque les habían cortado las manos. La joven, que por Acracio ya no podía hacer nada más salvo cumplir su promesa, le cerró los ojos llorando, besando su rostro por última vez antes de correr con el Encapuchado hacia el faro. Cuando al fin llegaron, el sol ya había terminado de ocultarse para no ver cómo sufrían dos jóvenes que nunca entendieron por qué para una mitad del Mundo era de día mientras que para la otra era de noche, y por qué la mitad eran ricos, mientras la otra mitad eran pobres.

Al entrar al faro y ver las manos de Pasquín por un lado y el resto de su cuerpo inconsciente por otro, İhanet rompió a llorar de nuevo. Se sentía como una niña pequeña que de

un día para otro se hubiera quedado sin familia, y pudiera quedarse también sin amigos. Anarkhío encendió algunas velas con las que la joven cruzó entre los mercenarios que la nobleza no querría gastarse dinero en enterrar; y atrancó la puerta del faro con un par de sillas mientras İhanet se arrodillaba junto al Pistolero. Con las manos temblorosas, la mujer buscó en su bolso el frasco que servía para tratar heridas y quemaduras y, mientras acariciaba suavemente la cabeza de Pasquín, aplicó el líquido sobre las otras dos que asomaban de sus brazos. Al terminar, y viendo que tenía toda la barbilla y el cuello cubiertos de sangre, continuó curando esa lengua que durante tantos años estuvo tan afilada como el cuchillo que la había cortado. Llorando aún, İhanet le extrajo las balas y lo abrazó durante algunos segundos para luego colocarle la pistola sobre el pecho, pues sin ella le faltaba el corazón. A continuación fue a curar a aquel otro hombre al que no conocía de nada, y con el que terminó de gastar casi todo el contenido de aquel frasco que el Alquimista, cuando llegase, recibiría prácticamente vacío. İhanet no pudo evitar pensar que había ido hasta allí para darle algo, y que se iría habiéndoselo quitado todo.

Anarkhío, que durante todo el tiempo había permanecido temblando y llorando en un rincón, se arrastró entre los cadáveres hasta alcanzar a İhanet, y se dejó acariciar con sus manos llenas de sangre. Llevaban acurrucados el uno sobre el otro durante casi una hora cuando, de repente, oyeron que crujía la puerta. Ambos se quedaron paralizados, y ninguno se movió hasta que varios golpes contra la madera hicieron que saltaran del susto. İhanet se levantó y se abalanzó sobre el Pistolero, cogiendo su revólver entre unos dedos tan temblorosos que la joven apretó el gatillo sin darse cuenta. Asustada y creyendo por un momento que había disparado a Anarkhío, deseó que le hubieran cortado las manos a ella en lugar de a Pasquín, para usar bien aquella pistola. Afortunadamente no tenía balas, y volvió a colocarla sobre el pecho de la única persona que la necesitaba para vivir, en vez de para matar.

Entre tanto el Encapuchado también se había levantado e intentaba abrir a empujones la puerta interior que comunicaba con la torre, mientras el intruso lo imitaba en la entrada. Pero, a pesar de sus esfuerzos, Anarkhío no consiguió abrirla, ni pudo acceder a las escaleras de caracol que lo llevarían a lo alto del faro. Allí podrían esconderse bajo los ventanales rotos, entre todas esas malas hierbas que —al igual que las personas despreciadas— solían ser las mejores. O bien tras el enorme espejo con el que el Alquimista, más que dirigir la luz de su lámpara de aceite hacia los barcos que se perdían en el mar, intentaba hacer llegar la luz del sol hasta esas plantas que —al igual que las personas despreciadas— se morían en la sombra.

Finalmente el Encapuchado, sin saber qué hacer ni poder abrir la puerta que conducía a lo alto de la torre, optó por alzar entre sacudidas nerviosas una pequeña mesa con la que defenderse. Una ráfaga de viento apagó de súbito las pocas velas que quedaban encendidas, mientras el portón de la entrada derribaba las sillas que Anarkhío había colocado. Poco a poco, al puerta se fue abriendo con un chirrido escalofriante y la posible figura de Nephysto o de la Muerte se recortó en el umbral, sosteniendo una guadaña.

İhanet, en lugar de intentar huir, se arrojó sobre el cuerpo de Pasquín, tratando de proteger a una leyenda que precisamente por haber caído conseguiría elevarse sobre todas las demás. Sabía que aquel pistolero aún tendría muchas batallas que librar cuando se diese cuenta de que la fuerza estaba en él, y no en su pistola. A fin de cuentas, su auténtico valor residía en todas esas veces que, al contrario que los demás, se negaba a apretar el gatillo. Quien tampoco quiso mover un dedo fue el hombre de la guadaña que, al ver que İhanet intentaba proteger al Pistolero, se descubrió y resultó ser el Alquimista. Precisamente volvía a su hogar con nuevas plantas de las que quizá, algún día, brotaría la semilla de la libertad.

İhanet le contó llorando lo que había sucedido, y le entregó el frasco con un par de gotas, pues había empleado con Mórvido y Pasquín casi todo el contenido. A pesar de todo, el Alquimista no pudo culpar de nada a dos hermanos que se habían arriesgado a guardar en su casa un libro que hablaba de plantas prohibidas, ni a una mujer que quiso llevarle flores. Entre los tres sacaron del faro unos cadáveres con los que nadie podría dormir, para darse cuenta luego de que sin ellos tampoco. İhanet y Anarkhío permanecieron tumbados, y se abrazaron mientras el Alquimista subía al faro para regar las plantas con sus lágrimas. Cuando Pasquín y Mórvido se despertaron en mitad de la noche, se asomaron a la ventana para contemplar una luna que ya siempre verían menguante, y İhanet se acercó a ellos. A pesar de todo, el Pistolero no pudo culpar de nada a dos hermanos que se habían arriesgado a sacar de la cárcel a un hombre que hablaba de plantas prohibidas, ni a una mujer que moriría por sus flores.

A la mañana siguiente, y aunque İhanet y Anarkhío no estaban muy seguros de que fuera a hacerlo, el sol volvió a salir de nuevo. Y a pesar de que todavía no podían saberlo, aquel día brillaba precisamente para ellos. Porque, del mismo modo que el sol nacía al morir la luna, tras la muerte de sus dos hermanos nacería una nueva amistad. Y, del mismo modo que la luna necesitaba completarse con las cenizas del sol para ser luna llena, los dos muchachos solo podrían sentirse llenos cuando estuvieran juntos. Decidieron regresar a Mâdrid esa misma mañana, cuando Pasquín —pese a que habría querido que la tuviera Crucius— le entregó a Anarkhío su pistola. Probablemente intuyó que İhanet tendría más puntería, pero al mirarla a los ojos supo que la joven no necesitaba que nadie le entregara un arma para seguir luchando. Su hermano, al morir, ya le había dejado todas las que necesitaba, y guiaría sus manos allá donde estuviera.

Pasquín decidió acompañarles, y Mórvido a su vez quiso regresar a la Pobla con él; dos amigos que se daban la mano

sin podérsela coger. Vivirían en la Quinta Post Mortem, aquella hermosa mansión desvalijada que, como muchos de sus inquilinos, había perdido tantas partes de su cuerpo. Durante los dos últimos años, muchos refugiados fueron torturados y mutilados por intentar robar los secretos de los Nobles; o simplemente por coger a hurtadillas un trozo de pan para comer. En cualquier caso Ihanet, tal y como había prometido, intentaría robarle las medicinas secretas a Nephysto y a otros aristócratas del barrio de Alcornia, para poder ayudar al Pistolero y a los antiguos compañeros de Acracio. Al fin y al cabo, todos los ladrones de la Quinta llevaban un trocito del alma de su hermano y de sus padres pues —al igual que hacían con el resto de sus cosas— también ésta la compartían.

En cuanto a Anarkhío, deseaba recuperar el cadáver de su hermanastro para enterrarlo en la mansión junto al hermano de Ihanet, y que pudiera formar parte de aquella gran familia de ladrones. En cualquier caso la vida continuaba, y ambos pensaron que si el Pistolero aún tenía motivos para sonreír, ellos también los encontrarían. Finalmente los dos amigos envolvieron el cadáver de Acracio, dispuestos a iniciar otro gran viaje del que no sabían si regresarían. Mientras tanto, Mórbido y Pasquín se despidieron del Alquimista y de esas plantas secas a las que, al contrario que a ellos, en primavera volverían a crecerles las hojas.

Por su parte Nephysto, que llegó a Mâdrid unos días antes que los cuatro amigos, llevaba consigo a un muchacho que ya nunca volvería a caminar por sus calles. El Conde nunca se separaba de él por miedo a que lo se lo quitasen como a su hija, y había llegado a quererlo casi tanto como a ella. Tanto lo quería que si tenía que enterrarlo lo haría en algún templo donde estuviese cubierto de oro, y no de arena. A fin de cuentas, el cuerpo de aquel gitano pobre valía más que mil príncipes ricos. Finalmente, lo dejó en el banco del Señor da Morte porque en cuanto le vio supo que aquel hombre, al igual que el cadáver que escondería, tenía algo prodigioso en su interior. Y Nephysto sabía que

podía hacerle mucho daño si, por lo que fuera, le perdía a aquel muchacho al que él había dado lo mejor que tenía.

Algunos de los antiguos amigos de Acracio contemplaron el desfile de una pequeña carroza por unas calles que, al igual que las pocas personas que se congregaban a ambos lados, desconocían que estaban asistiendo a la marcha de un funeral. Varios de ellos siguieron al coche a hurtadillas, con la intención de dejar ahí dentro algunos de los motores que robaban en Alcornia. Seguro que en el pequeño carro de aquel Noble sí podrían funcionar, al contrario que en los enormes y pesados carruajes de otros aristócratas que, por la fuerza, tenían que recurrir siempre a sus caballos. Además, seguro que aquel Noble utilizaba un carro tan simple porque regresaba de algún viaje difícil; y que no había escogido un carruaje más ancho para poder atravesar los pasajes estrechos y que, si el coche era más bien feo, era porque el trayecto había sido hermoso.

Desconocían que dentro de aquel carruaje, más que anécdotas y aventuras, llevaban simplemente un saco de lona con el cuerpo de un amigo suyo cuyo espíritu, cuando al fin abrieran la tela, quedaría libre en el primer banco que el gitano pisaría en su vida. Pero aquel muchacho de la barriada no aspiraba a pisar ninguno porque, al contrario que su chabola, estos sí tenían puertas. Él solo deseaba estar en la Quinta Post Mortem, compartiendo la tierra con los suyos; y Anarkhío era consciente de ello. De modo que, cuando el joven recibió de un par de refugiados la extraña noticia de que un Noble vestido con ropajes dorados y tonos naranjas había ido en carruaje hasta un banco para dejar allí un saco enorme, enseguida dedujo quién iba dentro. Ihanet y el Encapuchado lo denunciaron a la policía, reclamándoles el cuerpo del fallecido; y algunos agentes se presentaron ante el Señor da Morte para llevarse a aquel joven cuya alma, en el interior de un ataúd de hierro, se estaría enfrentando a su última puerta.

Tras el juicio que inició Nephysto por la pérdida del cadáver, el propio asesino consiguió recuperarlo —varios

días después, y contra todo pronóstico— mediante sus sobornos habituales, de modo que para él la cosa no quedó más que en un pequeño susto. Pero no fue así para un banquero inocente que fue condenado a recibir cuarenta latigazos como un castigo que el cielo también debió sentir, porque cuando terminaron rompió a llover para limpiarle a Crucius la espalda, puesto que nadie más lo hacía. Seis meses después, el Conde de Alcurnia regresó al banco del Señor da Morte, entregándole esta vez una maleta y 20000 billetes con los que le haría su propia escalera al Paraíso si la cuidaba bien, o al Inframundo si se le ocurría perderla. Y así fue como Crucius terminó custodiando aquel maletín por cuyas medicinas había muerto tanta gente y que, tal y como le advirtió Nephysto, jamás debió abrir.

* * *

Al principio Crucius no encontró nada pero, tras casi un minuto hurgando entre las vísceras negras y los huesos de Mórvido, dio con el primer frasco de medicinas. A la luz del candelabro lo abrió con cuidado de no derramar ni una gota, comprobando el contenido antes de volver a cerrarlo con los dedos temblorosos. Puesto que ya guardaba su cuchillo en un bolsillo de su pantalón y el de Anarkhío en el otro; finalmente depositó el frasco en la maleta junto con el dinero, la Cruz Roja y el Libro para enfermos. Sin perder más tiempo, sumergió de nuevo sus convulsas manos en las entrañas consumidas del difunto y, poco a poco, fue dando con otros frascos. Según la conversación que había escuchado, İhanet custodiaba al menos diez; aunque solo siete se los hubieran robado a él.

Mientras continuaba buscando, supuso que la joven los había escondido dentro del cadáver pensando que Anarkhío o cualquier otro infeliz se ofrecería a sacarlos. Seguramente, los guardó inmediatamente después de que Mórvido muriera durante la masacre en la Quinta; al día

siguiente de que el propio banquero descubriera la trampilla y ella tuviera que sacar las cosas del escondite.

De pronto Mr. da Morte se acordó de que Nephysto, el día que fue a retirar sus 15000 espurias, le mencionó que la tarde anterior había visto a un forajido sin manos deambulando por el banco. Entonces el Noble —tal y como había relatado— siguió al bandido, y éste lo condujo directamente a la Quinta Post Mortem s/n, donde se escondía con los demás ladrones.

Esa misma noche, mientras Crucius buscaba a Acracio en la mansión, se produjo la masacre, y al día siguiente Nephysto —cuando fue a retirar sus 15000 espurias— se lo contó todo. El Señor da Morte, al recordar sus palabras, se preguntó si el Conde habría seguido a Mórvido o a Pasquín hasta la Quinta; y por qué un fugitivo se arriesgaba a salir de su refugio para ir al banco y reencontrarse con él.

Pensó que el chulo echaría tanto de menos su antiguo hogar que no pudo evitar acercarse, para saber cómo iba todo en aquel prostíbulo donde antes había dos buenos hermanos que compartían madres y casa. Y deseó que Pasquín echara tanto de menos a su antiguo amigo que hubiera decidido regresar, para devolverle la paz y el abrazo que, con las prisas, no pudo darle cuando se marchó.

Efectivamente, y aunque Crucius no tuviera forma de adivinarlo, aquel hombre mudo fue hasta allí solo para hablar con él y decirle que intentaban manipularle, y que no se dejase engañar por los besos de una traidora. Pasquín también quería conseguir las medicinas pero, al contrario que los demás, pensaba que un buen final en el que tuviese que morir o sufrir un banquero inocente, quizá no fuese tan buen final. Por eso intentó prevenirle, pero aquella tarde Mr. da Morte salió antes del banco para ir a la Quinta s/n, e intentar hallar la ubicación de un ladrón que ya llevaba meses muerto.

Crucius permanecía tan concentrado en la búsqueda y en sus propios pensamientos que no se daba cuenta de que Ìhanet avanzaba a su espalda, armada con una gruesa tabla de madera. Hasta que, de pronto, vio su sombra en

el suelo a la luz del candelabro. Estaba muy desdibujada, porque apenas quedaba ya nada de İhanet en el cuerpo que la proyectaba. El Señor da Morte rodó hacia un lado y esquivó un primer estacazo que tan solo logró rozar su piel, haciéndole gritar. Con el brazo sangrando se levantó y empezó a correr tambaleándose hacia la salida, pero la joven soltó la tabla y lo siguió, lanzándose sobre él. Ya en el suelo, rodaron el uno sobre el otro entre golpes y puñetazos hasta que İhanet cogió el cristal que llevaba escondido, y lanzó una punzada contra el cuello del banquero. Éste, atrapado bajo el cuerpo de la mujer, sujetó su mano cuando el filo ya le cortaba la garganta. Unas gotas de sangre rodaron junto al susurro de un nombre que İhanet no entendió, porque para ella sólo tenía sentido cuando provenía de los labios del Encapuchado. Aún así Crucius repitió sin esperanza el nombre de la bruja, mientras contemplaba esos ojos vacíos en los que solo veía dos bolas de cristal regresando una y otra vez al pasado; porque sin Anarkhío no existía el futuro.

El cristal afilado continuaba atravesando la piel del Señor da Morte, que solo podía pensar en Pasquín; y en que aún quería vivir para encontrar al Pistolero. De algún modo el banquero supo que su amigo aún le seguía esperando, y él quería volver con él, para ser sus manos en los mares de la Çosta dü Morte, y en cualquier otro lugar del Mundo. Sin poder resistir ya el filo del cristal, Crucius hizo un último esfuerzo y buscó el revólver bajo su capa, cayendo al igual que İhanet en su propia mentira. Para cuando recordó que no tenía balas ya era demasiado tarde, pero aún así tensó el percutor y apuntó a la joven; que soltó el cristal y retrocedió instintivamente mientras Mr. da Morte lo recogía y se incorporaba. Cuando la mujer estuvo lo suficientemente lejos, Crucius colocó el cañón de la pistola contra la palma de su propia mano y apretó el gatillo, riendo a carcajadas por haber conseguido engañar a quien tanto le había mentado a él.

Aún con la sonrisa en los labios, se dio la vuelta y regresó a por la maleta llena de frascos antes de dirigirse de nuevo

a la salida, sabiendo que aquella burla había sido su mejor venganza. İhanet se abalanzó furiosa contra da Morte que, al saberla completamente desarmada, ni siquiera se molestó en darse la vuelta. Al verle de espaldas, la joven ladrona deslizó rápidamente su mano en el bolsillo del banquero y le quitó el cuchillo de Anarkhío, con el que Crucius se había quedado después de que el muchacho se lo clavara en la pierna y él lo matara. Al sentir el roce de unos dedos, el Señor da Morte se giró bruscamente, y la mujer vio que su afilada y torcida sonrisa parecía la guadaña de la muerte. Aún así, İhanet le lanzó una estocada al vientre con aquel puñal que, al igual que ella, solo servía para hacer daño a los demás. Mientras paraba el golpe con la maleta, los ojos del banquero eran dos pepitas brillantes dejando escapar sus últimas lágrimas de oro, pues ya nunca más volvería a llorar.

Arrojó a la joven contra el suelo y empezó a alejarse, deseando marcharse de aquella casa que, como İhanet había dicho, sería el hogar de los soñadores y rebeldes durante toda la eternidad. Porque, cuando de nuevo se levantó y fue a clavarle el cuchillo de Anarkhío por la espalda, Crucius da Morte le hundió su propio puñal en el corazón.

Ynero

Los dos años y medio siguientes estuvo yendo de un lugar a otro sin descanso, intentando escapar de aquellos recuerdos y secretos que le acompañaban a todas partes, en una maleta a la que agarraba como a esa mujer a la que nunca quiso perder. Durante dos años, estuvo huyendo un hombre que llevaba escondida en una caja toda la salud que le faltaba en el corazón. Caminaba siempre solo, por callejones oscuros en los que ignoraba a los hombres, mujeres y niños que morían a sus pies; desconociendo que aunque aquel extraño viajero tenía la cura de todas las enfermedades, él era el más enfermo de todos. No se permitía hablar con nadie, ni tener ningún amigo, ni enamorarse de ninguna mujer, por miedo a que supieran que fue un banquero y volvieran a utilizarlo como moneda de cambio. Cada vez que empezaba a sentirse cómodo en un sitio se marchaba a otro lugar con el pasaporte falso que İhanet le entregó a Anarkhío sin saber que esa noche los dos terminarían su viaje.

Cuando Crucius los mató en la quinta Post Mortem, registró los ropajes de la mujer hasta encontrar las 5000 espurias que aún le debía. Después, rebuscó en la túnica del Encapuchado hasta hallar el documento que İhanet le dio, y que Anarkhío iba a utilizar como pasaporte falso. Antes de guardarlo en la maleta —junto con el resto de las cosas— Crucius lo abrió por curiosidad, y en la primera página de la libreta vio el rostro de su amigo Mórvido.

Durante sus largas travesías, Mr. da Morte siempre llevaba oculto su cuchillo por si alguna vez no tenía a mano la pistola que le entregó Anarkhío, y con la que mató al Juez Huertaz aquella noche en la que, prácticamente, todo acababa de empezar. El revólver también lo guardaba bajo su capa negra, y con el tiempo llegó a la conclusión de que se trataba del mismo con el que Pasquín le enseñó a disparar. Ahora, lo único que Crucius deseaba era devolvérselo a aquel Pistolero sin manos que, de algún modo, creía que aún seguiría disparando, y mejor que él. Si alguna vez volvía a verle, le entregaría esa pistola que lo había salvado y acompañado desde entonces, y una maleta —llena de medicinas— donde guardarla. El Señor da Morte sabía que, si él se la regalaba, Pasquín encontraría la forma de abrirla.

Con el tiempo, el banquero aprendió todos los secretos de *Un Libro para Enfermos* y empezó a preparar sus propias medicinas combinando diferentes flores que para él llegaron a valer más que sus monedas amarillas, porque a estas les faltaban los pétalos. Y si tres años atrás —mientras duró la estafa bancaria— se estuvo dedicando a vender el dinero de sus clientes como si fuera suyo, ahora vendía las flores de los bosques como si fueran suyos.

Por su parte los Nobles empezaron a abrir sus propios bancos en los que, al contrario que los banqueros humildes, contaban con el respaldo del Gobierno para financiarlos en caso de retirada masiva, por lo que podían operar con *Reserva Fraccionaria*. Después de haber perseguido a Crucius durante varios meses por miedo de que revelara los secretos del Libro para enfermos, descubrieron los de su libro de contabilidad, y quisieron cambiar al protagonista. A partir de entonces hicieron copias y las escondieron en sus maletines, junto con esas plumas y tinteros que sustituyeron por las antiguas plantas y frascos.

Junto al libro, en un cajón polvoriento del banco, encontraron el retrato de un ladrón sonriente por haber conseguido escapar hasta ese día de todas las cárceles, y cuya imagen borrosa por fin lograba huir del papel. Rebuscando un poco

más, dieron con una copia falsa de la Cruz Roja que abría el maletín de Nephysto. Pero las únicas que importaban ahora eran las que utilizarían en las sumas, y el libro de aquel banquero que se arriesgó a escribir sus cuentas con los lápices de otras personas, estaba lleno de cruces.

El Señor da Morte, al saberse perseguido, mantuvo siempre la boca y la maleta bien cerradas ante los que se morían de curiosidad y ante los que simplemente se morían, al no poder pagar las 1000 espurias que aquel hombre exigía por cada uno de los frascos. Con el tiempo, la Nobleza quedó convencida de que Mr. da Morte jamás perdería el Libro para enfermos —que él mismo había recuperado—, y de que nunca se uniría al bando de aquellos rebeldes que le habían hecho tanto daño, por lo que le nombraron Conde de Alcurnia. Ya no quería saber nada del pueblo muerto de hambre, ni de esas personas que le alabaron cuando les regaló dinero pero quisieron colgarlo cuando dejó de hacerlo; ni de aquellas otras que saquearon la granja de sus padres. Al final, el mundo entero estaba tan podrido como esos mendrugos de pan por los que se devoraban los unos a los otros, y él no pensaba quedarse atrás. Por eso el Conde da Morte también mataba, cogía su pistola cuando hacía falta y no le importaba llevarse por delante a quien fuera, incluso si eran niños o mendigos que trataban de robarle la antigua maleta de Nephysto, pensando que llevaba dinero.

Una vez, en Françibell, el nuevo Conde llegó por casualidad al prostíbulo que abandonó Mórvido (al marcharse a Mâdrid) ocho años atrás, y en el que ahora estaba viviendo el Alquimista tras su huida de Gâlizhia. Recordaba a Crucius porque —casi ocho años atrás— le hizo guardar algunas hojas de plantas prohibidas en el banco, de modo que el Alquimista enseguida ofreció al Conde da Morte una habitación donde pasar la noche. Cuando éste ya estaba a punto de dormirse y por fin creía que las cosas le iban a ir bien, al menos durante las cuatro horas que estuviera bajo el susurro y el abrazo de las sábanas, sorprendió al Alquimista intentando llevarse la maleta. El Conde, que dormía

con su pistola debajo de la almohada, no dudó en matar a aquel hombre que, al salir el sol y como todas las mañanas desde que empezó a vivir para ellas, volvería a alimentar a sus plantas en el jardín.

Varios meses después, Crucius tuvo noticia de un antiguo faro abandonado en Finishterram que, según contaba la leyenda, era mágico. Al parecer, y aunque no se encendía jamás, todos los barcos que navegaban hasta la Çosta dü Morte lograban arribar pese a la oscuridad, como si un faro sin luz les indicara la ruta. Como si, a pesar de todo, una persona sin dedos les señalara el camino. Al salir de la nave, a veces se encontraban a un hombre sin manos paseando por la orilla, y aunque éste nunca decía nada, los navegantes tenían la certeza de que les había estado llamando a tierra. Tras escuchar esta historia, por primera vez en dos años tuvo Crucius perfectamente claro cuál sería su próximo destino. Tan solo quería encontrar a la única persona por la que seguía mereciendo la pena vivir, y por la que tener manos aún podía servir para algo bueno, después de haber robado y matado a tanta gente.

Pero el Conde da Morte fue primero a Mâdrid para dejar la maleta en algún lugar seguro, pues quería que los frascos estuvieran a buen recaudo mientras él permanecía en Gâlizhia, buscando al nuevo Alquimista del faro. Estaba cansado de llevar a todas partes aquel fardo que aunque al principio prometía lo contrario, solo le estaba quitando la salud y el sueño; igual que a todos los que alguna vez llegaban a tener el maletín en sus manos. Cada vez más veces se regocijaba ante la idea de destruir todos los frascos, como medida necesaria para impedir que un día se los robaran y averiguaran las recetas. Pero finalmente siempre desechaba esa opción ante la dificultad de conseguir nuevas plantas en caso de necesidad, pues muchas de las especies no se encontraban en cualquier país.

Al llegar a su ciudad, lo primero que hizo Crucius fue ir a la granja para ver a sus padres y entregar unas gotas de vida a quienes se la dieron a él. Después de haber cus-

todiado las medicinas con tanto recelo durante dos años y medio, en los que vio morir a decenas de mentirosos que jamás podrían pagarle 1000 espurias, incluso se alegró de poder dar alguna utilidad a aquellos frascos, ayudando con ellos a quienes quería. Tras visitar a sus padres buscó a Membrillo, y no paró hasta encontrarlo y entregar 10000 espurias a un anciano que nunca deseó recuperar su dinero, sino solo que el Señor da Morte recuperase su vida.

Finalmente emprendió el camino hacia el banco, deseando volver a entrar en aquel lugar que aunque por miles de motivos le trajera muy malos recuerdos, el de Pasquín cruzando la puerta para dejarle su pistola y enseñarle a disparar era más poderoso que todos ellos. Aquel Pistolero siempre fue el mejor porque no existía el odio en su corazón de vaquero, y Mr. da Morte necesitaba encontrarlo para aprender a perdonar, y a vivir sin rencor hacia los que le habían robado las balas. Su maestro intentó enseñarle todo cuanto sabía y olvidó lo más importante. Le mostró cómo subir el arma, pero se marchó de su vida sin haberle dicho cómo bajarla. Por eso ahora Crucius tenía que encontrarlo pero, por encima de todo, el antiguo banquero deseaba volver con su amigo porque, sin él, se sentía como la cara de una moneda sin cruz.

Por el camino, el Conde da Morte iba acariciando con suavidad el amuleto de la Cruz Roja que llevaba siempre bajo la camisa, pues no parecía muy buena idea llevar la Cruz que abría el maletín encajada en el propio maletín. Aún no había decidido si debía dejarlo en uno de los antiguos ataúdes del banco mientras él permanecía de viaje, o si era mejor enterrarlo en la Quinta Post Mortem hasta su regreso. En cualquier caso, no podía abandonar la maleta a su suerte, por lo que había contratado a unos matones para que la vigilaran durante su ausencia. Ninguno de ellos conservaba ya esa mirada vacilante de críos de dieciséis años, aún dudosos de si se debe cazar en las calles para comer; y los cuatro gatos se habían convertido en cuatro tigres vestidos de traje. Desde hacía un par de años usaban la ropa

y la piel de aquellos dos mercenarios a los que mataron con el revólver que encontraron en el bolsillo de un Juez asesinado a sangre fría. Y ahora el Noble, que había tenido buenas referencias de aquellos cazarrecompensas, contrató a los cuatro para que inspeccionaran de vez en cuando su maleta y mataran a cualquiera que intentase robarla.

Por fin Crucius llegó al antiguo prostíbulo, y no pudo evitar una mueca de sorpresa al ver la puerta entornada y a un hombre de unos treinta años atareado detrás de su antigua mesa. Siempre pensó que el banco permanecería cerrado o abandonado hasta su regreso —a menos que lo utilizaran sus padres—, pero pese a su creencia no era así. Miró al nuevo banquero no sin cierto rencor al saber que le estaba robando un trabajo que aún podría ser el suyo. Y, al mismo tiempo, le observó con una profunda tristeza que no pudo evitar, recordando que una vez existió un joven de veinte años con miles de ilusiones y la sonrisa de quien todavía no ha contemplado una montaña de oro a la que jamás podría subir.

Por aquel entonces Mr. da Morte, al igual que ahora ese pobre desgraciado de clase humilde, desconocía dónde se estaba metiendo; y que un trabajo así terminaba por enloquecer al mejor de los hombres. Y es que todos los banqueros que trabajasen con un *Coefficiente de Caja* del 100%, lo quisieran o no, estaban condenados a sufrir, cuidando el dinero de sus clientes con la misma entrega que si estuvieran cuidando de unos niños a los que —por mucho que quisieran— jamás podrían convertir en sus hijos, pues estos ya tenían a sus padres. De este modo y al igual que el antiguo banquero, el nuevo envejecería también solo, viendo pasar los años, los billetes y a las mujeres por un banco en el que, al final, nunca se quedaban.

El Conde da Morte entró en el banco cerrando la puerta a su espalda, y casi al instante el tipo trajeado le saludó al otro lado del mostrador.

—Buenos días. ¿Cómo estamos? —preguntó cortésmente a modo de saludo haciendo como que despejaba una mesa ya de por sí bastante limpia salvo por una hoja y una pluma.

—Yo bien... —respondió Crucius, Conde a sus treinta y tres años, cogiendo la pluma para comprobar que efectivamente era la suya, y dejándola de nuevo en su sitio—. Venía a dejar esta maleta con 20000 espurias...

—Es una gran cantidad —señaló el humilde banquero con la expresión inalterable, a pesar de que tras escuchar la cifra se le salía el corazón del pecho.

—Lo es. Y obviamente te pagaré una buena comisión por la guarda y custodia de ese dinero. Te ofrezco 100 espurias al mes.

—El doble o nada. No acepto comisiones de menos del 1% al mes por guardar dinero.

—Está bien, está bien... Que sean 200.

—Bien, pues deme la maleta para que compruebe que efectivamente están las 20000 espurias y formalizamos el acuerdo.

—Tranquilo, que las 20000 espurias están ya bien contadas, y no deben salir del maletín. Escúchame bien, esa maleta y lo que hay en su interior vale mucho más que cien millones de vidas juntas —advirtió el Conde da Morte, acariciando el amuleto de la Cruz Roja que escondía bajo la camisa—. Lo que hay en esa maleta es único, no debes tocar ni uno solo de los billetes que contiene.

El banquero fue a replicar cuando de repente se abrió la puerta, dejando paso a un niño de unos ocho años correctamente alimentado y vestido, de cabello y ojos oscuros como los de ambos banqueros, y al que Crucius ya creía conocer. El pequeño avanzó decididamente hacia el mostrador ignorando la presencia del Conde da Morte, y le dio un beso al banquero. Éste, devolviéndole el abrazo, le preguntó por «mamá», y el niño respondió «ya viene».

Quizá, se lamentó Crucius, no todos los banqueros estuvieran condenados a envejecer siempre solos.

En ese momento la puerta volvió a abrirse y esta vez cruzó el umbral una mujer tan hermosa que, de un instante para otro, el dinero había dejado de ser lo más valioso de aquel banco. El Señor da Morte, ya más calmado con tan

solo mirarla, pensó que una dama tan bella nunca debería ser juzgada por nada ni por nadie; ni siquiera por aquel que hacía poco más de dos años y medio aún era su marido. Fue a saludar a la antigua esposa del Juez Huertaz tal vez con un beso en la mejilla, pero la doncella apenas se detuvo y Crucius tuvo que conformarse con dárselo en la mano. Tras el breve encuentro, la mujer pasó de largo y se dirigió directamente al banquero para besarle en los labios. El Conde da Morte apretó contra su pecho aquella maleta en la que sus penas iban etiquetadas en frascos.

—Te veo en un rato —le susurró la dama al banquero, acariciándolo con una ternura que hizo que Crucius tuviera que tragarse unas lágrimas que ya se le escapaban casi tanto como las mujeres—. Venga —añadió ella, tendiéndole la mano al niño.

—Mamá, ¿vamos a...?

La puerta volvió a cerrarse junto con el corazón de Crucius, mientras resonaba el eco de su último latido y el de aquel portazo con el que la doncella se despedía. La antigua esposa del Juez había salido del banco sin dejar que el Señor da Morte le diera un beso que, quizá, habría dejado en su mejilla la huella del dinero, y no la de unos labios. Intentando animarse, se dijo que la dama tendría prisa por llegar a casa y preparar algo de comer a aquel niño cuyo verdadero padre era el Juez Huertaz. Lo cual tampoco consiguió animarle, pues significaría que aquel banquero —al contrario que él— sí podía permitirse el lujo de querer a un niño que con el tiempo terminaría convirtiéndose en su propio hijo. Y el muchacho, junto con la hermosa dama, posiblemente le darían alas para llegar a esas montañas de oro que Mr. da Morte nunca pudo escalar.

—Antes no trabajabas aquí, ¿verdad? Quiero decir, hace un par de años había otro banquero... —espetó entonces Crucius, apretando desconsolado el amuleto de la Cruz Roja que ocultaba bajo la camisa.

—Sí, pero ahora estoy yo.

—¿Sabes qué ocurrió? —volvió a preguntar, intentando mantener la mente ocupada.

—Al principio este sitio era un banco en la planta de abajo y un prostíbulo en la de arriba. El chulo, que era el dueño del recinto, se fue de la Pobla, y durante varios años lo estuvo llevando solo el banquero, que cuando quebró también huyó de Escornia. Hace un año encontraron el cuerpo del chulo en una mansión abandonada. Como confirmaron que murió sin haber hecho testamento, y por lo tanto este local ya no era de nadie, la Administración lo expropió como pago por la deuda del banquero.

«Podían haberse expropiado los cojones, o haberse colgado de ellos como pago por mi deuda» —pensó Crucius, furioso por el embargo.

—¿Y luego lo subastaron y tú lo compraste?

—Así es. Bueno... volviendo a lo del depósito... si antes no le entendí mal... ¿me estaba usted diciendo que no puedo coger las 20000 espurias?

—Que no puedes cogerlas, ni prestarlas, ni gastarlas... Vamos, que ni las toques. Querré que me devuelvas exactamente los mismos billetes que he depositado y no otros, aunque tengan el mismo valor —añadió Crucius mientras abría la maleta sobre el mostrador y delante del propio banquero extraía cada fajo de billetes.

—Perdone, pero resulta que mi trabajo consiste en devolverle la misma cantidad que usted deposita en el banco, si le devuelvo los mismos billetes u otros diferentes eso ya es cosa mía mientras el señor de los frunces y los volantes que aparece dibujado en todos se encuentre también en estos.

—Y me tienes que guardar también la maleta mientras yo me voy de viaje —añadió el Conde, ignorando el comentario del banquero.

—Éste es un banco serio, no las consignas de un ferrocarril de juguete; si quiere que le guarde también la maleta tendrá que pagarme una comisión extra.

—Te veo poco receptivo. Creo que va a ser mejor que le lleve el dinero a otro banquero que esté de acuerdo con

devolverme los mismos billetes, firmados con una dedicatoria de amor si hace falta, en su maleta correspondiente.

—Espere, ¿de modo que el dinero dentro de su maleta y ya está? Si no va a pedirme ninguna otra incongruencia entonces de acuerdo.

—El dinero dentro de la maleta, nada más —corroboró Crucius, dudando si hacía bien en dejarla en el banco mientras él permanecía fuera de Mâdrid. A fin de cuentas, ya existió otro Conde que también realizó un viaje a Gâlizhia tres años atrás, convencido de que durante su ausencia nadie abriría el maletín. El Señor da Morte, intentando tranquilizarse, recordó que nadie tendría acceso al compartimiento secreto mientras la Cruz Roja permaneciera en su poder.

—¿Y la comisión de dónde la obtengo? Porque el dinero ya dijo usted que no debía sacarlo de la maleta para nada, así que imagino que no podré tomar mi comisión de ahí.

—No, no, no, por supuesto que no. Todos los meses pasarán por aquí dos de mis hombres para comprobarla y darte las 200 espurias en mano. Yo no podré hacerlo, pues estaré de viaje en Gâlizhia. Debo encontrar allí a alguien importante, y no sé cuánto tiempo me llevará, pero mientras tanto te pagarán ellos.

—Bueno, entonces si ya está todo dicho me retiro al almacén para guardar la maleta. Que tenga usted una buena tarde y un buen viaje, por si no vuelvo a verle otro día por aquí —se despidió el banquero, caminando hacia la puerta del almacén mientras Crucius se dirigía a la de la salida.

Antes de abrirla, el Conde da Morte se giró de nuevo para comprobar que guardaba el maletín en la despensa. No se fiaba de aquel hombre con el que además de su vida estaba compartiendo su cama, ni de una doncella que tal vez pretendía llevársela para cuidar de algún enfermo.

Mr. da Morte recordó aquella noche en la que İhanet lo sedujo para robarle, fingiendo estar asustada por haber salvado a un niño de un policía malvado y listo para cortarle la mano y llevárselo. Angustiado, se imaginó a la nueva dama simulando unas lágrimas en el banco, tras

haber salvado a su hijo de un Juez malvado y listo para cogerle la mano y llevárselo. E inmediatamente supo que el nuevo banquero también se doblegaría ante las caricias y que, tan inocente como lo fue él, terminaría acostándose con la viuda y sus fantasmas. Pero a la mañana siguiente, al levantarse solo y descubrir que la mujer se había llevado la maleta, intentaría cortarse las venas con una de las pocas monedas que le hubiese dejado. Tal vez, aquel pobre banquero también estuviera destinado a que alguien le quitara lo que más quería, y a terminar odiando a todos los ladrones mientras viajaba a Gálizhia en busca de un fugitivo que los amase.

Pese a todo, el Conde da Morte mantuvo su decisión de dejar la maleta en el banco, consciente de que en algún sitio tendría que dejarla si no quería seguir cargando con ella. Sabía que tanto si la depositaba en el banco como si la enterraba en la Quinta o la escondía en cualquier otro lugar, existiría la posibilidad de que se la robaran. Pero en ese caso el ladrón desconocería la existencia de un compartimento secreto que tampoco podría abrir sin la llave, por lo que las medicinas se encontrarían a salvo y él podría recuperar la maleta con la ayuda de sus mercenarios. Aún así, el Noble le advirtió una vez más:

—Y recuerda, guárdala como si fuera el último tesoro sobre la Tierra, porque algo más que tu vida está en juego.

—No se preocupe, adiós... —respondió el banquero con un deje de socarronería, ya cansado de aguantarle.

El Conde da Morte abrió por fin la puerta y se dispuso a cruzar el umbral. Allí dejaba a un banquero —codicioso como lo eran todos— con una mujer, una cama para saltar con ella, y unas alas echas de billetes con las que elevarse juntos hasta el cielo.

El único problema era que solo Crucius le había avisado de que, si la codicia le impulsaba a gastar el dinero y a volar demasiado alto, el sol derretiría sus alas de oro. Nervioso porque iban dentro de la maleta que le confiaba, el Conde da Morte volvió a apretar la Cruz Roja contra su pecho. Una

vez más, se calmó al recordar que sólo él tenía la llave del Jardín del que había expulsado al ser humano.

—Y no abras la maleta —advirtió por última vez antes de cerrar la puerta.

Desconocía que la leyenda de la Quinta Post Mortem se estaba cumpliendo, y que de los cadáveres estaban creciendo nuevas flores.

Esta historia podría estar basada en hechos reales de diferentes épocas.

Antecedentes históricos

Calisto, cristiano y esclavo de Carpóforo, comenzó un negocio de banca a cuenta de éste, en Roma, durante el año 190 DC aproximadamente. Fue condenado por delito de apropiación indebida sobre los depósitos de sus clientes al no poder devolverles sus ahorros; e intentó huir del país por mar y suicidarse. Fue flagelado y condenado a trabajos forzosos en las minas de Cerdeña. Ya libre, fue elegido XVII Papa en el año 217.

El 13 de febrero del año 1300 se decretó en Cataluña que cualquier banquero que quebrase sería humillado por un vocero público, y obligado a consumir solo pan y agua hasta devolver a sus clientes la cantidad íntegra de sus depósitos. El 14 de agosto de 1321 se modificó la regulación, decretándose que los banqueros que en un año no pagasen sus deudas, serían decapitados frente a su mesa. Así le ocurrió a Francesch Castello en el año 1360.

Páginas 48, 64 y 65 del libro Dinero, crédito bancario y ciclos económicos, de Jesús Huerta de Soto.

Los antiguos certificados de depósito que entregaban los banqueros eran los equivalentes a las libretas bancarias actuales, cuyo saldo virtual se utiliza como si fuera dinero (siendo así un sustituto monetario perfecto) gracias a las tarjetas bancarias, cheques, y demás instrumentos de pago facilitados por la banca. Para más información sobre el funcionamiento de los bancos y la creación de dinero por parte de estos, se puede consultar el texto *Mitos de la creación de dinero en la Escuela Austríaca*.

Fuentes

El Depósito Irregular a lo largo de la historia.

www.anarcocapitalista.com/JHSLecciones23.htm

www.anarcocapitalista.com/JHSLecciones24.htm

La Teoría Austríaca del Ciclo Económico.

www.anarcocapitalista.com/JHSLecciones29.htm

www.anarcocapitalista.com/JHSLecciones30.htm

www.anarcocapitalista.com

Especulación

www.invertirenbolsa.info/clases_economia/especuladores_son_buenos_para_la_sociedad.htm

www.invertirenbolsa.info/clases_economia.htm

Nota: Todas las plantas medicinales citadas en el libro existen, y a algunas como la *Annona Muricata*, *Cannabis*, etc, se le atribuyen también propiedades contra el Sida y otras muchas enfermedades no mencionadas. No obstante, no está científicamente demostrada la efectividad de las plantas medicinales contra la mayoría de las enfermedades citadas, ni contra muchas otras; aunque un gran número de personas dan testimonio de su eficacia a través de internet. La autora no se responsabiliza del uso que los lectores puedan darle a esta información, ni tiene ningún tipo de conocimiento sobre medicina ni botánica. Toda la información ha sido obtenida de diversas páginas de Internet, entre ellas <http://www.dolcarevolucio.cat/es/>

Agradecimientos: *In der Palästra, The Virgin Queen*
y *Holding out for a Hero*.

De Anna-Varney Cantodea (banda musical
Sopor Aeternus & The Ensemble of Shadows).

**Para más información,
véase nuestra página web
www.unioneditorial.es**